



Páginas libres

Comentario [LT1]:

Manuel González Prada

Índice

Primera Parte

Conferencia en el Ateneo de Lima

Discurso en el Palacio de la Exposición

Discurso en el Teatro Olimpo

Discurso en el entierro de Luis Márquez

Segunda Parte

Grau

Discurso en el Politeama

Perú i Chile

15 de Julio

Tercera Parte

Vijil

Instrucción católica

Libertad d'escribir

Propaganda i ataque

Cuarta Parte

Víctor Hugo

Renan

Valera

Castelar

Quinta Parte

Los fragmentos de Luzbel

Notas acerca del idioma

La Revolución Francesa

La muerte i la vida

Primera Parte
CONFERENCIA EN EL ATENEO DE LIMA

I

Señores:

Si los hombres de genio son cordilleras nevadas, los imitadores no pasan de riachuelos alimentados con el deshielo de la cumbre.

Pero no sólo hai el genio que inventa i el ingenio que rejuvenece i explota lo inventado; abunda la mediocridad que remeda o copia. ¡Cuánta mala epopeya orijinaron la Iliada i la Odisea! ¡Cuánta mala tragedia las obras de Sófocles i Eurípides! ¡Cuánta mala canción las odas de Píndaro i Horacio! ¡Cuánta mala égloga las pastorales de Teócrito i Virgilio! Todo lo bueno, todo lo grande, todo lo bello, fue maleado, empequeñecido i afeado por imitadores incipientes.

Siglos de siglos persistió la monomanía de componer variaciones sobre el tema greco-latino, i hubo en la literatura una Roma falsificada i una Grecia doblemente hechiza, porque todos miraban a los griegos con el cristal romano. Muchos quisieron seguir fielmente las huellas de latinos i helenos ¡como si tras del hombre sano i fuerte pudiera caminar el cojo que vacila en sus muletas o el hemipléjico que s'enreda en sus mismos pies!

La imitación, que sirve para ejercitarse en lo manual o técnico de las artes, no debe considerarse como el arte mismo ni como su primordial objeto. Imitar equivale a moverse i fatigarse en el wagón de un ferrocarril: nos imaginamos realizar mucho i no hacemos más que seguir el impulso del motor.

En literatura, como en todo, el Perú vivió siempre de la imitación. Ayer imitamos a Quintana, Espronceda, Zorrilla, Campoamor, Trueba, i hoi continuamos la serie de imitaciones con Heine i Bécquer en el verso, con Catalina i Selgas en la prosa. Como Bécquer escribió composiciones poéticas de cortísimo aliento, i Selgas artículos no mui largos en frases diminutas i algo bíblicas, va cundiendo en el Perú el gusto por las rimas de dos cuartetas asonantadas i l'afición al articulillo erizado de antítesis, concetti i calembours, quiere decir, entramos en plena literatura frívola.

II

Severo Catalina poseía sensibilidad exquisita, claro talento i vasta erudición. Hebraizante, con fe ciega en los dogmas del Catolicismo, salió a refutar la Vida de Jesús, cuando se había hecho moda romper lanzas con Renán. Pasada la moda, se hundieron en el olvido refutaciones con refutadores, i Catalina sobrenada hoi, no por la Contestación a Renán, sino por el libro *La Mujer*, que mui joven dio a luz con un prólogo de Campoamor.

En *La Mujer*, Catalina descubre miras opuestas a Balzac; pero no encierra el meollo de Aimé-Martin ni el jeneroso espíritu de Michelet. El libro ensalza tanto al bello sexo i despide un olor tan pronunciado a misticismo, que parece escrito con polvos de rosa disueltos en agua bendita. Obras con semejante índole entretienen a los dieciocho año hacen sonreír a los veinticinco e infunden sueño a los treinta. No deben tomarse a lo serio, sino como el ditirambo de un seminarista que no ha perdido la gracia virjinal.

Ahí, la frase asmática de Saavedra Fajardo alterna con el período hético del mal Quevedo, del que maneja la pluma en horas menguadas. De cuando en cuanto relampaguea el espíritu de un Lamennais correjido y espurgado por la Congregación del Índice.

En sus obras posteriores a *La Mujer*, Catalina cambia de forma, pero no de fondo: abandona el estilo clausulado para valerse del período inacabable i lánguido de Mateo

Alemán; pero continua encorvándose bajo el yugo de la Fe, sin conocer las tormentas de la duda ni subir a las cumbres de la Razón.

Si con ninguno de sus escritos logra convencer al que niega ni afianzar al que vacila, tampoco inflama odios ni causa repulsión, porque en todas sus frases revela al creyente sincero i al hombre de corazón leal. En sus obras trasciende la melancolía, ese vago presentimiento, ese algo triste de los hombres destinados a morir jóvenes.

*

A Catalina siguió José Selgas i Carrasco. Después de publicar dos colecciones de versos, la Primavera i el Estío, Selgas descuidó la poesía i se lanzó denodadamente a la prosa.

Con erudición superficial i de segunda mano, con citas copiadas de controversistas franceses, emprende una cruzada contra Ciencia i civilización modernas. Se manifiesta agresivo, cáustico, mordaz, sangriento, i como todo hombre fácil en atacar, no sabe defenderse ni resistir cuando se ve acometido. Sirviéndose de armas que no maneja bien, trata de fulminar golpes mortales, i deja todo el cuerpo a merced del enemigo. Aunque algunas veces aturda, jamás derriba, porque sus argumentos recuerdan los ruidosos pero inofensivos golpes con vejiga llena de aire. Estrechando mucho, s'escurre como Voltaire, disparando un chiste.

Prescindiendo aquí de las ideas trasnochadas i recalcitrantes, sería injusto negar a Selgas un ingenio móvil, sutil i penetrante: acaso no hai hombre más paradójal en España. No obstante, afanándose en rayar por agudo, peca más de una vez por incomprendible. Como abusa de l'antífrasis, no sabemos si habla con seriedad o se burla de nosotros.

En él no hai sucesión lójica de juicios, sino agrupamiento de ideas por lo jeneral inconexas. Puede tijeretearse por acápite cualquier escrito de Selgas, introducirse los retazos en una bola de lotería, sacarles i leerles, con probabilidad de obtener un nuevo artículo. No posee la concentración, el mucho en poco, i lejos de arrojar centigramos de oro en polvo, descarga lluvias de arena. Selgas parece un Castelar desmenuzado i teñido de carlista.

En el estilo, asmático entre los asmáticos, fatiga con los retruécanos, aburre con las antítesis, desconcierta con el rebuscamiento. Según la espresión de Voltaire, "pesa huevos de hormiga en balanzas de telaraña". No se le debe llamar domador de frases, sino martirizador de vocablos. Juega con palabras, como los prestidijitadores japoneses con pañales; i estrahe del tintero líneas i más líneas de frases cortas i abigarradas, como los embaucadores de ferias se sacan del estómago varas i más varas de cintas angostas i multicoloras.

A más de ambiguo, flaquea por amanerado, descubriendo en cada jiro al escritor ganoso de producir efecto. Quiere manifestar ingenio hasta en la colocación de signos ortográficos. Imposible leerle de seguido: la lectura de Selgas parece ascensión fatigosa por interminable i oscura escalera salomónica: esperamos ráfagas de luz, momentos de tomar descanso; pero descanso i luz no llegan.

Nunca va en línea recta hacia el asunto, sino trazando curvas o ángulos, i retorciéndose i ovillándose; de modo que cuando nos le figuramos mui lejos de nosotros, se divierte en hacer cabriolas a nuestras espaldas. Como personaje de comedia májica, se oculta en las nubes, i de repente asoma por un escotillón. Selgas, en fin, sube a la cuerda floja, da saltos mortales, realiza prodijios i agilidad, hasta que pierde el equilibrio, suelta la vara i cae sobre los espectadores.

*

Tales son en bosquejo Catalina i Selgas, prosadores sin lejitima orijinalidad, pues se derivan de los gacetilleros parisienses. Viértanse al francés los artículos de Catalina y

Selgas (si Selgas puede traducirse), publíquense las versiones en cualquier diario del Sena, i pasarán confundidas entre las mil i mil producciones de los innumerables escritores franceses.

III

¿Quién es Heine, quién el hombre que funda 7 escuela en Alemania, se populariza en Francia, penetra en Inglaterra, invade Rusia, se hace traducir en el Japón i viene a ejercer irresistible propaganda en América i España? Nadie caracteriza con más precisión a Enrique Heine que él mismo cuando se llama "un ruiseñor alemán anidado en la peluca de Voltaire@ pues amalgama el sentimiento jermánico de un Schiller con la chispa francesa de un Rabelais.

Aunque artista consumado, no produce con serenidad i pulso firme de pintor que ilumina cuadros, sino con dolores de mujer que alumbró un niño. Su poesía, vaso de hiel con bordes azucarados, como lo declara en Atta Troll, "frenesí encaminado por la cordura, prudencia que desvaría, quejidos de moribundo que repentinamente se-trasforman en carcajadas".

Como piensa con el cerebro de Mefistófeles i siente con el corazón de Fausto, su ironía se acerca a lo satánico i su sensibilidad se roza con lo paradisiaco. La mujer le infunde ternuras de madre i lascivias de sátiro, su amor no se parece al lago azul en que se refleja el cielo, sino al torrente que huye hacia el mar, recojiendo el arroyuelo de las montañas i el albañal de las ciudades.

No le creamos cuando nos diga que "sólo amó verdaderamente a muertos i estatuas"; por el contrario, pensemos que debió repetirnos como el antiguo minnesänger: "Yo me alimenté del amor, esa médula del alma@. Nació con asombrosa precocidad de sentimientos. Niño, recitaba en la fiesta de un liceo el Buzo de Schiller; mas de pronto enmudece i queda como petrificado: sus ojos se habían fijado en los ojos azules de una hermosa joven. Amó con delirio a su prima Molly Heine i conservó siempre un cariño entrañable a su madre. Verdad que una i otra no escapan a los dardos de su ironía, como no se libraba ni él mismo, porque era propio de Heine velar con un chiste sus pasiones, disimular con una risotada sus dolores; como la heroína del cuento, baila con un puñal en las entrañas; como Voltaire, está con una pierna en la tumba i hace piruetas con la otra.

Odió con toda su alma. Casi moribundo, teniendo que levantarse los párpados para ver, escribe sus memorias i esclama en un arranque de regocijo febril: "Los he cojido. Muertos o vivos no se m'escaparán ya. ¡Ai del que lea estas líneas, si osó atacarme! Heine no muere como un cualquiera, i las garras del tigre sobrevivirán al tigre mismo".

L=audacia de Heine parecerá increíble a quien no esté familiarizado con la llaneza infantil de los autores alemanes; pocos habrán escrito rasgos más atrevidos ni valientes. A nadie respeta: zahiere a Schlegel, Hegel i Boerne, arremete contra Goethe, no perdona poeta de Suevia, se ríe socarronamente de Madame Stäel, moteja a Ballanche, llama a Villemain "un dómine ignorante@, a Chateaubriand "un loco lúgubre", a Víctor Hugo "un hombre jorobado moralmente".

Prusiano, escarnece a Prusia i se mofa de la vieja Alemania i del antiguo i buen derecho glorificado por Uhland. Poco después que Arndt había cantado la formación de la patria jermánica, tibias aún las cenizas de Koerner, Heine lleva el descaro hasta celebrar en los Dos Granaderos l=apoteosis de Napoleón Bonaparte, el hombre de Jena i Tilsitt. Nunca hizo gala de patriota, i un solo país amó invariablemente, Francia, donde vivió gran parte de su vida, donde contrajo matrimonio, donde exhaló el último suspiro. En una carta dirigida a su amigo Christian Sethe por los años de 1822, escribía ya: "Todo lo alemán m=es antipático, i tú eres alemán por desgracia. Todo lo alemán me produce efecto vomitivo. El idioma alemán me destroza las orejas".En nada cree, salvo perfidia i belleza

de la mujer amada. "Yo no creo en Diablo, infierno ni penas infernales; sólo creo en tus ojos i en tu corazón diabólico". Llama a los dioses del Cristianismo "zorros con piel de cordero", al Catolicismo el "período mórbido de la Humanidad". Para todas las religiones tuvo siempre la carcajada de Voltaire, i aunque judío de nacimiento i luterano de conveniencia o capricho, sólo rindió culto literario a las divinidades griegas. Enfermo, acometido ya de la parálisis, recorre las galerías del Louvre i no vuelve los ojos a las madonas de los pintores italianos, sino que vertiendo lágrimas como un pagano del siglo IV, cae de rodillas ante la Venus de Milo.

La originalidad de Heine estriba en el modo cómico-serio de sentir, en la independencia de pensar i en la franqueza de expresarse; su forma no revela nada superior a Goethe ni a Schiller, aunque se manifiesta más armonioso que Tieck, más conciso que Rückert, más plástico que Uhland. El mismo confesó que en su Intermezzo lírico había imitado la cadencia de los lieder compuestos por Wilhelm Müller, que antes de aprender en las obras de Wilhelm Schlegel los secretos de la métrica había cedido al influjo del canto popular germánico. I tuvo razón: anteriormente a Wilhelm Müller, anteriormente a Goethe, el lied existía con toda su frescura, con toda su sencillez, con toda su flexibilidad. Remontándose hasta la Antología Griega, se ve que muchos epigramas helénicos tienen todos los caracteres del lied germánico. Algunas composiciones del Intermezzo lírico, del Regreso i de la Nueva Primavera, figurarían sin desdoro junto a los epigramas de Meleagro, Rufino i Pablo el Silentario.

Mas, nada tan inexacto como calificar a Heine de griego; no pasa de un greco-alejandrino que viajó por Asia, leyó a Luciano i hojeó la Antología de Meleagro. El buen gusto helénico no abunda en Alemania; si las obras de los griegos parecen un ordenado parque inglés, las obras de los alemanes semejan un bosque virgen de América, donde no se penetra sin brújula ni machete. Heine, dotado de inspiración nómada i cosmopolita, coje sus argumentos donde los encuentra; pasa de la Biblia al Shah-nameh, del Shah-nameh al Ramayana, del Ramayana al Edda escandinavo i del Edda escandinavo a los romanos castellanos, alas baladas escocesas o a los flabiaux franceses.

Poeta i alemán, cede a la atracción de Goethe, así como ningún filósofo germánico resiste a la influencia de Kant. Heine sigue al cantor de Fausto como Schopenhauer al filósofo de la Crítica de la Razón pura. Cuando los hombres como Kant i Goethe golpean la Tierra con sus plantas, el suelo retiembla por tan largo tiempo que jeneraciones enteras ceden al movimiento de trepidación.

Sin embargo, entre la nube de poetas que desde principios del siglo surjieron en Alemania, Enrique Heine se dibuja como una personalidad; se distingue de todos, no se confunde con ninguno. La acritud de su carácter, la hiel de sus versos, deben atribuírse, más que a nativa malignidad, a las contrariedades de su vida, a su amor desgraciado, a sus continuas enfermedades, a la parálisis que años enteros le clavó en el lecho hasta victimarle en 1856. Célebre por sus cantos, es más célebre por sus dolores.

Pasar de Heine a Bécquer vale ir de maestro a discípulo que funda escuela. El pintor i poeta sevillano Gustavo Adolfo Bécquer murió en la plenitud de la vida, sin haber podido encerrar en la tela ni el libro todas las creaciones fantásticas que revoloteaban en su cerebro.

De justa popularidad disfruta hoi en España i América, i su influencia literaria se estiende con la rapidez de una corriente eléctrica. Mientras muchos no salen de la oscuridad aunque publiquen largos poemas i voluminosas novelas, él, con unos cuantos versos i unas cuantas leyendas, se coloca en primera línea, se granjea reputación universal.

Bécquer va germanizando la poesía castellana, como Meléndez Valdés, Cienfuegos, y Quintana la francesaron, como Boscán i Garcilaso la italianizaron. Con sus ideas sencillas, con sus sentimientos sinceros i particularmente con su expresión parca i hasta económica,

se levanta como un revolucionario para reaccionar contra la intemperancia verbosa de los poetas españoles.

Imita sin perder la individualidad; su obra no consiste en traducir con infiel maestría versos de poetas germánicos, sino en dar al estilo la simpleza, la injenuidad, la transparencia, la delicada ironía, en una palabra, todo el sabor del lied alemán. No tiene composiciones que recuerden *La Romería de Kevlaar*, *La Maldición del Poeta* o *La novia de Corinto*; pero Heine, Uhland i Goethe no escribieron un lied semejante a la última rima:

En la imponente nave
del templo bizantino

Vi la gótica tumba a la indecisa

Luz que temblaba en los pintados vidrios.

En algunas ideas, parece alemán lejítimo, se penetra del espíritu germánico, ve a la mujer como la ven los alemanes, i si por rezagos místicos se aparta de Heine, por el idealismo se roza con los poetas de Suevia.

Cuando escribe:

Es una estatua inanimada... pero...

¡Es tan hermosa!

descubre al discípulo de Heine, al amante del Intermezzo lírico; cuando esclama:

I entonces comprendí por qué se llora!

I entonces comprendí por qué se mata!

deja traslucir al español de buena raza, al hombre que lleva en sus venas sangre de García del Castañar y del Alcalde de Zalamea. De su viaje ideal por la tierra de Hermann i Thusnelda regresa con la melancolía, esa flor nacida en las nieves del Norte i forma la fusión agradable i estraña de andaluz con alemán.

Gracias, tal vez, al buen gusto de su editor i biógrafo, Bécquer se presenta con leve pero rico bagaje literario i logra escapar al defecto que Heine reconoció en sus propias obras, la monotonía. Cansa leer de seguido el Intermezzo, el Regreso i la Nueva Primavera, por la repetición de lo mismo con diferentes palabras, mientras se lee i se relee con incesante deleite la diminuta colección de Rimas. ¿Qué poeta o aficionado no las sabe de memoria?

Menos irónico i amargo que Heine, tan melancólico i apasionado, el poeta español se distingue del alemán por un tinte de resignación i bondad. Bécquer, herido en el corazón por mano de una mujer, desea curarse con algún bálsamo, se cubre de vendas i aguarda en la misericordia de algo superior al hombre; todo lo contrario de Heine que rasga las ligaduras de su herida, vierte agua corrosiva en la carne irritada, i levanta los puños amenazando a Tierra i Firmamento. Las composiciones de ambos tienen "un dejo de lágrimas i de amor"; pero en las Rimas no hai ese abuso de caídas epigramáticas ni esas continuas carcajadas sardónicas que en el autor del Intermezzo dejeneran en una especie de tic nervioso. Atenuada, pues, algo tibia i, por decirlo así, más resistible a los ojos españoles, viene la inspiración de Heine después de incidir en el cerebro de Bécquer.

La estudiada negligencia en el lenguaje, la rima jeneralmente asonantada, el ritmo suave aunque un tanto descuidado, hacen de Bécquer un versificador sui generis. No presenta novedades en la estrofa ni en el verso, como las presentan Iriarte, Espronceda, Zorrilla, l'Avellaneda i Sinibaldo de Mas; pero en lo antiguo ha marcado el sello de su individual. L'asonantada estrofa de cuatro versos, el heptasílabo i el endecasílabo dirán: por aquí pasó Bécquer.

Tiene a veces la ternura de Lamartine i recuerda la forma escultural i pictórica de, Théophile Gautier. Algunas de sus composiciones esencialmente gráficas, parecen bultos de mármol o te las de colores. I hace mucho con poco trabajo, bastándole unos cuantos malletazos o pinceladas para que la estatua surja del bloque o la figura se destaque del lienzo.

En prosa imita los *Reisebilder* o Cuadros de Viaje del mismo Heine, i aunque en algunas ocasiones nos abrumba con arquitectura, como Víctor Hugo en *Nuestra Señora de París*, sujere la idea de un Juan Pablo sin nebulosidades de Selva negra o de un Hoffmann sin humo de pipa ni espuma de cerveza. Sus leyendas resisten el paralelo con Trilby de Nodier.

Tanto en verso como en prosa, oculta su arte con maestría sin poner en contradicción al hombre con el escritor; en sus obras palpamos la vida, sentimos los estremecimientos de los músculos i las vibraciones de los nervios. Posee, como ninguno, el don raro i envidiable de hacerse amar por sus lectores.

Heine i Bécquer aparecen, pues, como maestro y vulgarizador del jermanismo en España. Vulgarizador, no iniciador, debe llamarse al poeta de las Rimas, porque antes dél se presentan con tendencias a la imitación alemana, Barrantes en las *Baladas Españolas* (1853), Augusto Ferrán en *la Soledad* (1860) i Ventura Ruiz Aguilera en *el Dolor de los Dolores* (1812). Pero estos jermanistas vinieron temprano, mientras Bécquer asomó en el instante propicio, cuando todos volvían los ojos a Prusia rodeada con el prestigio de sus victorias, cuando el Imperio Alemán acababa de ser proclamado en el castillo de Versailles.

*

Los que interpretan majistralmente a los alemanes imprimen el cuño español en el oro del Rhin; pero los que traducen al Heine de las traducciones francesas, los que imitan o calcan a Bécquer ¿se penetran del espíritu jermánico? Caminan a tientas, imitan i calcan por imitar i calcar; no merecen el calificativo de jermanistas o jermanizantes, sino de teutomaníacos. Sustituyen mal con mal: cambian el intimismo lacrimoso, degeneración d'Espronceda i Zorrilla, con el individualismo nebuloso, degeneración de Schiller i Heine.

A más de la poesía subjetiva del Intermezzo lírico, abunda en Alemania la poesía objetiva de las baladas. ¿Por qué los jermanistas castellanos no aclimatan en su idioma el objetivismo alemán? ¿Por qué no toman el elemento dramático que predomina en las baladas de Bürger, Schiller, Uhland i muchas del mismo Heine? Ya que nuestra carece de perspectiva, relieve, claroscuro i ritmo ¿por qué los poetas no estudian la forma arquitectónica, escultural, pictórica i musical de Goethe? Sí, Goethe, a pesar de su frialdad marmórea (frialdad esplicable por el dominio del ingenio sobre la inspiración), tiene una fuerza del ritmo, i en sus versos parece realizar imposibles, como un=arquitectura en movimiento, como una música petrificada, como una pintura con palabras.

Hai que repetirlo, se imita sin saber cómo ni para qué. De la propensión extravagante a remedar inconsiderablemente, brotan innumerables composiciones híbridas. Al chubasco de las doloras, a la inundación de los sonetos, sigue hoi la garúa de las poesías homeopáticas y liliputienses. ¿Qué periódico literario de América o España no encierra dos cuartetos asonantados, con el indispensable título de rima, imitación de un lied o becquerismo? ¿Qué disgusto i hastío no prueba uno al encontrarse con esos abortos embrionarios o monstruos bicéfalos, después de saborear el desbordamiento lírico de un Lamartine o la exuberancia épica de un Víctor Hugo! Si la poesía castellana tiene que reducirse a ineptias i vaciedades propinadas en dosis infinitesimal, renunciemos de una vez a poetas i versos.

IV

Si refranes i cantos populares revelan el nacimiento de las literaturas, las composiciones alambicadas i pequeñas dan indicios de agotamiento i caducidad. El hombre anda con pasos cortos en la infancia i en la vejez. La decadencia se denuncia en el gusto por las

bagatelas, no en el naturalismo de un prosador como Zola ,ni el ateísmo de un poeta como Richepin.

Hai escritos en que el período breve o sentencioso cuadra bien, y nadie se disgusta con las Máximas de un Vauvenargues ni con los Pensamientos de un Joubert.)A quién no agradan el bíblico i el paralelismo hebreo de un Lamennais? Las pasiones violentas, los pensamientos delicados, las descripciones a vuelo de pájaro, exigen una poesía de corta dimensión; de ahí que en Grecia todos los escritores proporcionen materiales a l'Antología, desde Homero hasta Platón. Los sonetos entran por miles en Lope de Vega, un madrigal redime del olvido a Gutierre de Cetina i los epigramas de ocho versos popularizan el nombre de Iglesias. Pero las composiciones fujitivas de los verdaderos poetas son chispas de brillantes o frisos de mármol pentélico, mientras las cuartetos asonantadas de los becqueristas son fragmento de sustancias opacas i amorfas. Las rimas distan un paso de los acrósticos, charadas, enigmas, logogrifos, laberintos i demás productos de las inteligencias que tienen por única actividad el bostezo.

En el orden físico, lo mui pequeño escapa de los cataclismos merced a su organización tenaz i relativamente perfecta, i en literatura, lo mui corto i mui bueno vive mucho. Donde perecen la historia i el poema, se salvan el cuento i la oda. Las producciones diminutas exigen un pensamiento orijinal i un estilo en armonía con el asunto: la forma da el mérito; n=olvidemos que sólo por la forma, el carbono se llama unas veces carbón i otras veces diamante.

Si el pensamiento rasa con lo vulgar, si el estilo carece de plasticidad ¿qué nos ofrecen los escritores galojermánicos en su prosa asmática i en su verso microscópico? La exigüidad en la producción ¿denota economía de fuerzas o impotencia? Las rocas producen liquen porque no tienen sustancia para nutrir al cedro. Los que gozamos con la prosa i el verso de los maestros podemos alimentarnos con médula de leones ¿por qué someternos al réjimen de los dispépticos, a dieta medida? Si las naciones d=Europa figuran como los grandes paquidermos del reino intelectual, no representemos en el Perú a los microbios de la literatura.

La improvisación pertenece a tribuna i diario. A oradores i periodistas se les tolera el atropellamiento en ideas, la escabrosidad en estilo i hasta la indisciplina gramatical. Verdad que en lo improvisado se cristaliza muchas veces lo mejor i más orijinal de nuestro ingenio, algo como la secreción espontánea de la goma en el árbol; pero, acostumbrándonos al trabajo incorrecto i precipitado, nos volvemos incapaces de componer obras destinadas a vivir. Lo que poco cuesta, poco dura. Los libros que admiran i deleitan a la Humanidad, fueron pensados i escritos en largas horas de soledad i recojimiento, costaron a sus autores el hierro de la sangre i el fósforo del cerebro.

Cierto que el mundo avanza i avanza: en la vorájjine, de las sociedades modernas, nos sentimos empujados a vivir lijaramente, a pasar desflorando las cosas; n=obstante, disponemos de ocios para leer una novela de Pérez Galdós o presenciar un drama de García Gutiérrez. Felizmente, no ha sonado la hora de reducir el verso a seguidillas i la prosa a descosidos telegramas. Discernimos todavía que entre un centón de rimas seudo jermánicas i una poesía de Quintana o Núñez de Arce, hai la distancia del médano al bloque de mármol. Sabemos que entre la prosa cortada, intercadente i antifonal i la prosa de un verdadero escritor no cabe similitud, pues una sucesión de párrafos sin trabazón, desligados, incoherentes, no constituye discurso, así como no forman cadena las series de anillos desabracados i puestos en fila.

No imaginéis, señores, que se desea preconizar la prosa anémica, desmayada i heteróclita, que toma lo ficticio por natural, el énfasis por magnificencia, la obesidad por robustez; la prosa de inversiones violentas, d=exhumaciones arcaicas i de purismos seniles; la prosa de relativos entre relativos, de accidentes que modifican accidentes i de períodos

inconmensurables i sin unidad; la prosa inventada por académicos españoles que tienden a resucitar el volapuk de la época terciaria; la prosa imitada por correspondientes americanos que en Venezuela i Colombia están modificando la valerosa i progresiva lengua castellana.

Entre la lluvia de frases que se ajitan con vertiginoso revoloteo de murciélago i l'aglomeración de períodos que se mueven con insoportable lentitud de serpiente amodorrada, existe la prosa natural, la prosa griega, la que brota espontáneamente cuando no seguimos las preocupaciones d'escuela ni adoptamos una manera convencional. Sainte-Beuve aconseja que "se haga lo posible para escribir como se habla, i nadie s=espresa con períodos elefantinos o desmesurados. Recapacitándolo con madurez, la buena prosa se reduce a conversación de jentes cultas. En ella no hai afeites, remilgamientos ni altisonancias: todo fluye i se desliza con llaneza, desenfado i soltura. Los arranques enérgicos sirven de modelo en materia de sencillez o naturalidad, tienen el aire de algo que se le ocurre a cualquiera con sólo cojer la pluma.

La llamada vestidura majestuosa de la lengua castellana consiste muchas veces en perifollo de lugareña con ínfulas de señorona, en pura fraseología que pugna directamente con el carácter de la época. El público se inclina siempre al escrito que nutre, en vez de sólo hartar, i prefiere la concisión i lucidez de un Condillac a la difusión ¡oscuridad de un bizantino. Quien escribe hoi i desea vivir mañana, debe pertenecer al día, a la hora, al momento en que maneja la pluma. Si un autor sale de su tiempo, ha de ser par=adivinar las cosas futuras, no para desenterrar ideas i palabras muertas.

Arcaísmo implica retroceso: a escritor arcaico, pensador retrógrado. Ningún autor con lenguaje avejentado, por más pensamientos juveniles que emplee, logrará nunca el favor del público, porque las ideas del siglo injeridas en estilo vetusto recuerdan las esencias balsámicas inyectadas en las arterias de un muerto: preservan de la fermentación cadavérica; pero no comunican lozanía, calor ni vida. Las razones que Cervantes i Garcilaso tuvieron para no espresarse como Juan de Mena o Alfonso el Sabio nos asisten hoi para no escribir como los hombres de los siglos XVI i XVIII.

Las lenguas no se rejuvenecen con retrogradar a la forma primitiva, como el viejo no se quita las arrugas con envolverse en los pañales del niño ni con regresar al pecho de las nodrizas. Platón decía que "en materia de lenguaje el pueblo era un excelente maestro". Los idiomas se vigorizan i retemplan en la fuente popular, más que en las reglas muertas de los gramáticos i en las exhumaciones prehistóricas de los eruditos. De las canciones, refranes i dichos del vulgo brotan las palabras orijinales, las frases gráficas, las construcciones atrevidas. Las multitudes trasforman las lenguas, como los infusorios modifican los continentes.

El purismo no pasa de un=afectación, i como dice mui bien Balmes, Ala afectación es intolerable, i la peor es la afectación de la naturalidad". En el estilo de los puristas modernos nada se dobla con la suavidad de un=articulación, todo rechina i tropieza como gozne desengrasado i oxidado. En el arte se descubre el artificio. Comúnmente se ve a escritores que en una cláusula emplean todo el corte gramatical del siglo XVII, i en otra varían de fraseo i cometen imperdonables galicismos de construcción: recuerdan a los pordioseros jóvenes que se disfrazan de viejos baldados, hasta que de repente arrojan las muletas i caminan con agilidad i desembarazo.

Los puristas pecan también por oscuros; i donde no hay nitidez en la elocución, falta claridad en el concepto. Cuando los pensamientos andan confundidos en el cerebro, como serpientes enroscadas en el interior de un frasco, las palabras chocan con las palabras, como lima contra lima. En el prosador de largo aliento, las ideas desfilan bajo la bóveda del cráneo, como hilera de palomas blancas bajo la cúpula de un templo, i períodos fáciles suceden a períodos naturales, como vibraciones de lámina de bronce sacudida por manos de un coloso.

El escritor ha de hablar como todos hablamos, no como un Apolo que pronuncia oráculos anfibolójicos ni como una esfinge que propone enigmas indescifrables. ¿Para qué hacer gala de un vocabulario inusitado i estravagante? ¿Para qué el exajerado lujo en los modismos que imposibilitan o dificultan mucho la traducción? ¿Para qué un lenguaje natural en la vida i un lenguaje artificial en el libro? El terreno del amaneramiento i ampulosidad es ocasionado a peligros: quien vacila como Solís puede resbalar como el Conde de Toreno i caer como frai Jerundio de Campazas.

Ni en poesía de buena ley caben atildamientos pueriles, retóricas de estudiante, estilo enrevesado ni trasposiciones quebradizas: poeta que s'enreda en hipérbaton forzado hace pensar en el viajero que rodea en busca de puente, porque no encuentra vado y se intimida con el río. Toda licencia en el verso denuncia impotencia del versificador. Molière tiene derecho a llamarse el poeta cómico de los tiempos modernos, i ¿en qué se distingue el verso de Molière? Frai Luis de León brilla entre los mayores poetas líricos d=España, i ¿en qué se distingue el verso de frai Luis León? "Repito, esclama Hermosilla, que en los mejores versos de Garcilaso, Herrera, aunque fue más atrevido, los Argensolas, Rioja y demás, no hay arcaísmos ni licencias, ni las necesitan para bellísimos, como en efecto lo son".

Media enorme distancia entre versificador i poeta: el versificador muele, tamiza i espolvorea palabras; el poeta forja ritmos como los Cíclopes majaban el hierro, i arroja ideas grandiosas como los Titanes fulminaban peñascos. Los maestros claudican también: Víctor Hugo i Quevedo son antitéticos; Goethe i Dante, secos y oscuros; Lamartine, pampanoso; Lope de Vega, incorrecto; Calderón gonórico; Quintana, hinchado; Campoamor, prosaico; pero ninguno incurre en afeminamientos: caen a veces como gladiador fatigado, nunca se desmayan como cortesano sin virilidad.

V

Góngora, Cienfuegos i Zorrilla, tres pecadores impenitentes de la literatura castellana, pero también tres verdaderos poetas, dan ejemplo de innovadores i hasta revolucionarios. Algo semejante realizan en las sagas nacionales los autores del Romancero; en la novela, Cervantes; en el teatro, Lope de Vega, Calderón i Echegaray. Se diría que los ingenios españoles llevan en sus entrañas todo el calor i toda la rebeldía de los vientos africanos. Bárbaros si se quiere, pero bárbaros libres. Por eso el clasicismo de Racine i Boileau no pudo arraigar en España, que se manifestó romántica con Lope de Vega i Calderón, antes que Alemania pon Tieck i Schlegel, antes que Francia con Madame Stael i Chateaubriand. España tuvo por ley: ortodoja en religión, heterodoja en literatura.

Basados, pues, en la tradición de independencia literaria, que puede remontarse hasta los poetas ibérico-latinos como Séneca i Lucano, dejemos las andaderas de la infancia i busquemos en otras literaturas nuevos elementos i nuevas impulsiones. Al espíritu de naciones ultramontanas i monárquicas prefiramos el espíritu libre i democrático del Siglo.

Volvamos los ojos a los autores castellanos, estudiemos sus obras maestras, enriquezcamos su armoniosa lengua; pero recordemos constantemente que la dependencia intelectual d=España significaría para nosotros la indefinida prolongación de la niñez. Del español nos separan ya las influencias del clima, los cruzamientos etnográficos, el íntimo roce con los europeos, la educación afrancesada i 64 años de tempestuosa vida republicana. La inmigración de los extranjeros no viene al Perú como ráfaga momentánea, sino como atmósfera estable que desaloja a ;'atmósfera española i penetra en nuestros pulmones modificándonos física i moralmente. Vamos perdiendo ya el desapego a la vida, desapego tan marcado en los antiguos españoles, i nos contajiamos con la tristeza jembunda que distingue al indíjena peruano.

No hablamos hoy como hablaban los conquistadores: las lenguas americanas nos proveen de neologismos que usamos con derecho, por no tener equivalentes en castellano, por expresar ideas exclusivamente nuestras, por nombrar cosas íntimamente relacionadas con nuestra vida. Hasta en la pronunciación ¡cuánto hemos cambiado! Tendemos a eludir la *n* en la partícula *trans*, *i* a cambiar por *s* la *x* de la preposición latina *ex*, antes de consonante, en principio de vocablo. Señores, el que habla en este momento ¿qué sería en alguna academia de Madrid? Casi un bárbaro, que pronuncia la *ll* como la *y*, confunde la *b* con la *i* y no distingue la *s* de la *z* ni de la *c* en sus sonidos suaves.

Cien causas actúan sobre nosotros para diferenciarnos de nuestros padres: sigamos el empuje, marchemos hacia donde el siglo nos impele. Los literatos del Indostán fueron indostánicos, los literatos de Grecia fueron griegos, los literatos de América *i* del siglo XIX seamos americanos *i* del siglo XIX. *I* no tomemos por americanismo la prolija enumeración de nuestra fauna *i* de nuestra flora o la minuciosa pintura de nuestros fenómenos meteorológicos, en lenguaje saturado de provincialismos ociosos *i* rebuscados. La nacionalidad del escritor se funda, no tanto en la copia fotográfica del escenario (casi el mismo en todas partes), como en la sincera expresión del yo *i* en la exacta figuración del medio social. Valmiki *i* Homero no valen porque hayan descrito amaneceres en el Ganjes o noches de luna en el Pireo, sino porque evocan dos civilizaciones muertas.

Inútil resultaría la emancipación política, si en la forma nos limitáramos al exajerado purismo de Madrid, si en el fondo nos sometiéramos al Syllabus de Roma. Despojándonos de la tendencia que nos induce a preferir el follaje de las palabras al fruto de las ideas, *i* el repiqueteo del consonante a la música del ritmo, pensemos con la independencia jermánica *i* expresémosnos en prosa como la prosa francesa o en verso como el verso inglés. A otros pueblos *i* otras épocas, otros gobiernos, otras religiones, otras literaturas.

Acabemos ya el viaje milenario por regiones de idealismo sin consistencia *i* regresemos al seno de la realidad, recordando que fuera de la Naturaleza no hai más que simbolismos ilusorios fantasías mitológicas, desvanecimientos metafísicos. A fuerza de ascender a cumbres enrarecidas, nos estamos volviendo vaporosos, aeriformes: solidifiquémonos! Más vale ser hierro que nube.

Las Matemáticas, las Ciencias Naturales *i* la Industria nada envidian a los siglos pasados: sólo la Literatura *i* el Arte claman por que venga un soplo del antiguo mundo helénico a perfumar de ambrosía el Universo, a desvanecer las místicas alucinaciones del fanatismo católico *i* a rehabilitar la materia injustamente vilipendiada por las hipocresías del tartufo.

Arrostrando el neologismo, el estranjerismo o el provincialismo, que rejuvenecen *i* enriquecen el idioma, rompiendo el molde convencional de la forma cuando lo exijan las ideas *y* no profesando más religión literaria que el respeto a la lógica, dejemos las encrucijadas de un sistema exclusivista *i* marchemos por el ancho *i* luminoso camino del Arte libre. No acatemos como oráculo el fallo de autoridades, sean quienes fueren, ni temamos atacar errores divinizados por muchedumbres inconscientes: lo único infalible, la Ciencia; lo único inviolable, la verdad.

Lejos de aquí los teóricos *i* soñadores que trazan demarcaciones entre ciudadanos *i* poeta. ¡Cómico recurso par'almacenar fuerza *i* ahorrar vida mientras los buenos *i* sencillos se afanan, luchan *i* mueren por nosotros! Contra un Arquíloco *i* un Horacio, que arrojan el escudo *i* huyen del combate, protestan un Garcilaso en Frejus, *i* un Cervantes en Lepanto. Jenio de poeta, jenio de acción. Ercilla escribe en la noche lo que pelea en el día, Byron envidia las victorias de Bonaparte *i* corre a morir en Mesolonghi. Espronceda sube a las barricadas de París. Cuando Ugo Fóscolo nos habla del "espíritu guerrero que ruje en sus entrañas", descubre al hombre inspirado *i* no se confunde con el simple aglomerador de consonantes. El poeta lejítirno se parece al árbol nacido en la cumbre de un monte: por las

ramas, que forman la imaginación, pertenece a las nubes; por las raíces, que constituyen los afectos, se liga con el suelo.

Si los hombres de ayer trabajaron por nosotros, los de hoy estamos obligados a trabajar por los de mañana. Contamos con un acreedor, el porvenir. ¡Que nuestros poetas, en vez de pasar como interminable procesión de resucitadas plañideras que se dirigen a la danza macabra, desfilen como lejiones de hombres que llevan en su corazón el fuego de las pasiones fecundas; en sus labios, el presajio de la victoria; en sus mejillas, el color de la sangre, es decir, el tinte de la juventud, del amor i de las rosas! ¡Que nuestros Prosadores, en lugar de afeminarse o enervarse con prosa cortesana i enfermiza, usen la prosa leal i sana, prefiriendo al crepúsculo de las sectas, el día sin nubes de la Razón, viendo más allá del círculo estrecho de familia i patria el horizonte de la Humanidad!

No aguardemos la paz octaviana. Esperar un Siglo de oro contará por muchos años como utopía en América i señaladamente en el Perú. Quizá nosotros muramos en el desierto, sin divisar la tierra prometida. De todas las jeneraciones nacidas en el país somos la jeneración más triste, más combatida, más probada. El terremoto derriba nuestras ciudades, el mar arrasa nuestros puertos, la helada i las criptógamas destruyen nuestras cosechas, la fiebre amarilla diezma nuestras poblaciones, la invasión extranjera tala, incendia i mata, i la guerra civil termina lo que la invasión empieza. A nuestros pies se abre un abismo, a nuestros costados se levantan dos muros de bronce; pero (no desmayemos! Imitemos al Gunnar de las leyendas escandinavas, al héroe, que entona un himno valeroso, mientras en su cuerpo s'enroscan serpientes i se apacientan víboras.

Si hay placer en conquistar con la espada, no falta dulzura en iluminar con l'antorcha. Gloria por gloria, vale más dejar chispas de luz que regueros de sangre. Alejandro en el Indus, César en el Capitolio, Napoleón en Austerlitz, no eclipsan a Homero vagando por las ciudades griegas para entonar las rapsodias de la Iliada, a Bernardo de Palissy quemando sus muebles par'atizar un horno de porcelanas, a Galileo encerrado en una prisión i meditando en el movimiento de la Tierra. Si merece páginas de oro el guerrero que lleva la justicia encarnada en el hierro ¡cuán envidiable el escritor que huye de sectas o banderías, sigue las causas nobles, i al fin de la vida se acusa como Béranger de una sola fragilidad: "Haber sido el adulador de la desgracia"!

En ninguna parte conviene más que en las naciones sudamericanas enaltecer el brillo de artes i ciencias sobre el deslumbramiento de victorias militares. Los americanos vivimos entre la época secundaria i la época terciaria, en el reinado de reptiles jigantescos i mamíferos colosales. Que palabra i pluma sirvan para lo que deben servir: lejos adulación i mentira. La inteligencia no tiene por qué abdicar ante la fuerza; por el contrario, la voz del hombre razonable i culto debe ser un correctivo a la obra perniciosa de cerebros rudimentarios.

La patria, que nos da el agua de sus ríos i los frutos de sus campos, tiene derecho a saber el empleo de nuestros brazos i la consagración de nuestra inteligencia. Ahora bien ¿qué responde ríamos si hubiera llegado la hora de la cuenta? Eliminemos el diario, que periodista no quiere decir literato, i concretémonos a la verdadera literatura. En el artículo insustancial, plagado de antítesis, equívocos i chilindrinas; en la rima de dos cuartetos asonantados, sin novedad, inspiración ni acentos rítmicos ¿se resume todo el alimento que reservamos al pueblo herido i mutilado por el enemigo extranjero? Semejante literatura no viene como lluvia de luciérnagas en noche tenebrosa, sino como danza de fuegos fatuos entre losas de cementerio.

Insistamos sobre la necesidad de trabajo i estudio. Novelas, poemas i dramas no emerjen del cerebro como islas en erupciones volcánicas. Las obras nacen de un modo fragmentario, con eyaculaciones sucesivas. Somos como ciertas fuentes

que manan con intermitencias o a borbotones; el buen o mal gusto consiste en dirigir el agua Por acueductos de mármol o cauces de tierra.

Diderot practica cien oficios por más de veinte años y va de taller en taller acoplando materiales para la Enciclopedia, Rousseau medita seis o siete horas buscando la palabra más precisa, Goethe se confunde con los estudiantes alemanes para escuchar las lecciones del anatomista Wilhelm Loder, Wilhelm Schlegel emprende a los cincuenta años el estudio del sánscrito, Balzac sucumbe estenuado por la fatiga, Bello aprende griego en la vejez i copia sus manuscritos hasta ocho veces. Pero hai un ejemplo más digno de recordarse: el hombre que llamó al genio "una larga paciencia", Buffon, escribe a los setenta años las Épocas de la Naturaleza i con su propia mano la transcribe dieciocho veces.

Baudelaire afirma que "jeneralmente los criollos carecen de orijinalidad en los trabajos literarios i de fuerza en la concepción o la espresión, como almas femeninas creadas únicamente para contemplar i gozar". Sin embargo, en América, en el Perú mismo, algunos hombres revelaron singulares aptitudes para las ciencias, las artes i la literatura; muchos, dejando la contemplación i el goce, perseveraron en labores fecundas i serias.

Digan lo que digan las mediocridades importantes i descontentadizas, nuestro público leyó todo lo digno de leerse, i los Gobiernos costearon o colmaron de beneficios a los autores. Con pocas i voluntarias exclusiones, ¿qué peruano de clara intelijencia no fue profesor de universidad, diputado, ministro, vocal de una corte, agente financiero en Europa, cónsul o plenipotenciario? Quizá sufrimos dos calamidades: la protección oficial i desproporcionada al libro fósil o hueco, i el acaparamiento de los cargos públicos por las medianías literarias.

Acusar a su país de ingratitud, recurso de ineptos i negligentes. Escondamos luz en el cráneo, i llegaremos a la cumbre porque la intelijencia, con la virtud ascendente del hidrójeno en el globo, sube dejando en las capas inferiores a l'aristocracia de la sangre i a l'aristocracia del dinero. Hoi el camino está llano para todos, hoi la imprenta se abre para todos, todos pueden hablar i mostrarse como son. Si hai sabios ocultos, que nos descubran su sabiduría; si hai literatos eminentes, que nos enseñen sus producciones; si hai políticos de amplio vuelo, que nos desenvuelvan sus planes; si hai guerreros invencibles, que nos desarrollen su táctica i estrategia; si hai industriales ingeniosos, que nos patenten sus descubrimientos o aplicaciones. No creamos en jenios mudos ni en modestias sobrehumanas: quien no alza la voz en el certamen del Siglo, es porque nada tiene que decir. No arguyan con obstáculos insuperables: el hombre de talento sólido, como el César de buena raza, atraviesa el Rubicón.

En fin, señores: el filósofo i economista Saint-Simon mantenía un criado que al rayar l'aurora le despertaba repitiendo:--"levántese usted, señor conde, porque tiene mui grandes cosas que hacer". ¡Ojalá nuestras sociedades científicas, literarias i artísticas se unieran para decir constantemente al Perú: Abre los ojos, deja la horrorosa pesadilla de sangre, porque el Siglo avanza con pasos gigantescos, i tiene mucho camino que recorrer, i mucha herida que restañar, i mucha ruina que reconstruir!

1886

DISCURSO EN EL PALACIO DE LA EXPOSICIÓN

Señores:

La Memoria del señor Márquez¹ manifiesta los progresos que el Círculo Literario realizó hasta el día; la fiesta de hoi asegura los que realizará mañana.

En oposición a los políticos que nos cubrieron de vergüenza i oprobio se levantan los literatos que prometen lustre i nombra día. Después de los bárbaros que hirieron con la espada vienen los hombres cultos que desean civilizar con la pluma³.

La nación debería regocijarse al ver que jóvenes predominan en las filas del Círculo Literario: una juventud que produce obras de arte es una Primavera que florece.

Sólo de jóvenes podía esperarse la franca libertad en la emisión de las ideas i l=altivez democrática en el estilo. Ellos, escandalizando a los timoratos i asustadizos, lanzan el pensamiento sin velarle con frases ambiguas ni mutilarle con restricciones oratorias: saben que si la verdad quema como el hierro candente, ilumina i fecunda como el Sol.

Para pensar i escribir libremente, par=acometer empresas fecundas, se necesita aprovechar el fujitivo entusiasmo de la edad en que el músculo guarda vigor y el cerebro lucidez. Cuando pasa la juventud, cuando mostramos la frente emblanquecida por las canas i escondemos la consciencia ennegrecida por las prevaricaciones, empiezan las sinuosidades en las ideas, las transacciones con el error i hasta los pueriles miedos de ultratumba. (Cuántos hombres dejan ver en sus últimos años la capucha del monje bajo el gorro frijio de la libertad!

El pensamiento esclavo no merece llamarse pensamiento; i la literatura que desdeña o teme basarse en las deducciones de la ciencia positiva⁵ puede constituir una restauración arqueológica, digna de archivar en las galerías de un museo; pero no un edificio viviente que arranque el aplauso de los contemporáneos i despierte l'admiración de la posteridad. Las hipótesis de la Ciencia no atesoran menos inspiración que todas las afirmaciones de las añejas teogonías. La poesía humana i útil, la que salva el mar de los siglos i vive más joven cuanto más vieja, tuvo carácter de verdadera, porque todo el arte del poeta consiste en vestir de púrpura la verdad i hacerla moverse a compás del ritmo.

Las Musas de l=antigüedad duermen el sueño de la muerte bajo el artístico mármol de Paros, la Fe de la Edad media desciende a hundirse en el polvo de las catacumbas; pero las fuentes de la inspiración no se agotan ni se agotarán. La Ciencia tiene flores inmortales de donde pueden las abejas extraer miel de poesía.

El Arte ocupa la misma jerarquía que Relijión i Ciencia. Como posee música o ritmo, escede a la Ciencia en armonía; i como no depende de creencias locales ni se manchó jamás con sangre, escede a la Relijión en lo universal i lo immaculado.

Para muchos necios i también para unos cuantos sabios, el artista se reduce a un ser extraviado en el camino de la vida ¡como si la disquisición del filósofo, el escolio del erudito, el discurso del orador, el artículo del periodista o el informe del abogado, fueran superiores al cuadro del pintor, a la partitura del músico, al monumento del arquitecto, a la estatua del escultor, al himno del poeta! El hombre que pierde los cabellos de su frente i acorta la vista de sus ojos, velando por engrosar las páginas de un libro consagrado a la instrucción o entretenimiento de sus semejantes, merece tanta gloria como el misionero que va de montaña en montaña predicando el amor entre los hombres, como el médico que lucha brazo a brazo con la muerte en la ciudad assolada por la peste, como el soldado que pelea valerosamente en el campo de batalla.

Concluyo, señores, empleando el yo importuno i enojoso. No cuento con bagaje literario, i sucedo en la presidencia del Círculo al escritor que supo deleitarnos con la Sabatina i la Novia del Colejial; carezco de iniciativa, i me veo desde hoi a la cabeza de un=agrupación destinada a convertirse en el partido radical de nuestra literatura. Mas una consideración me alienta: yo no vengo a guiar, sino a ser arrastrado por el buen camino.

1887

Notas

1 Luis Enrique Márquez (1846-1888), colaboró en El Perú Ilustrado y fue el primer presidente del Círculo Literario. González Prada escribió un ensayo para las ceremonias fúnebres, "Discurso en el entierro de Luis Márquez" .

2 El Círculo literario, agrupación literaria, ideológica contraria al Club Literario (aunque González Prada por un tiempo pertenecía a los dos) que buscaba la liberación de los cánones y tradiciones. Notablemente no se asocia ninguna escritora abiertamente con este grupo .

Aquí González Prada invierte la suposición de Domingo Faustino Sarmiento (Argentina 1811-1888) sobre la superioridad de la civilización sobre la barbarie, es decir de la ciudad frente a la pampa (lo campestre)

4 Aquí estamos ante el tema eterno de González Prada: el elogio de los jóvenes (la pureza y el vigor) y la censura de los viejos (la corrupción) .

La ciencia positiva es la que propone Auguste Comte, el primer sociólogo. Por medio de ella se puede liberar de las primeras dos etapas de la humanidad, la teológica y la metafísica, llegando a la tercera, la positiva, derivada por la investigación empírica .

6 La expresión "partido radical de nuestra literatura" es un presagio. González Prada y sus discípulos convertirán al Círculo en el partido político más radical de aquel entonces, la Unión Nacional .

DISCURSO EN EL TEATRO OLIMPO

Señores:

Vengo a ser arrastrado por el buen camino, dije en 1887 al asumir la presidencia del Círculo Literario; i hoy me cumple decir que en el año transcurrido no fuí el capitán a la cabeza de su compañía, sino el recluta enrolado a las filas de hombres sin arrugas en la frente ni repliegues en el corazón.

Felizmente, lejos de dar estériles vueltas al rededor de una columna como el personaje de la leyenda popular, nos dirigimos hacia las rejiones de la luz, i ya divisamos el país donde retumban las tempestades.

El Círculo Literario, la pacífica sociedad de poetas i soñadores, tiende a convertirse en centro militante i propagandista. ¿De dónde nacen los impulsos de radicalismo en literatura? Aquí llegan ráfagas de los huracanes que azotan a las capitales europeas, repercuten voces de la Francia incrédula i republicana. Hai aquí una juventud que lucha abiertamente por destrozarse los vínculos que nos unen a lo pasado; una juventud que desea matar con muerte violenta lo que parece destinado a sucumbir con agonía importunamente larga; una juventud, en fin, que se impacienta por suprimir obstáculos i abrirse camino para enarbolar la bandera roja en los desmantelados torreones de la literatura nacional.

Los propósitos no pueden ser más osados: se ha emprendido la ruta; mas partir no significa llegar. Al punto que hemos arribado, conviene orientarse, ver qué valen nuestras fuerzas, quién debe guiarnos i contra qué resistencias vamos a luchar.

I

¿Qué valen nuestras fuerzas?

Ni nosotros podemos medirlas con exactitud. Cada día contamos con nuevas adhesiones, nuestro número crece hora por hora. Ayer fuimos un grupo, hoy somos una legión, mañana seremos muchas falanjes. Parece que a la voz de aliento lanzada por el Círculo Literario de Lima, toda la juventud ilustrada del Perú despierta i se contajia con la fiebre saludable de marchar adelante.

Como no reina aquí el provincialismo ni la mezquina preocupación de nacionalidad, muchos jóvenes de nuestras provincias i del extranjero colaboran con nosotros. Los hombres de nacionalidad distinta i de sentimientos i aspiraciones iguales son como bosques

de árboles gigantescos: tienen separados los troncos, pero confunden sus raíces i entrelazan sus copas: se juntan por lo más profundo i lo más elevado.

Estamos en el período de formación: apenas si movemos la pluma o desplegamos los labios. Lo que hemos hecho vale poco, nada, en comparación de lo que podemos i debemos hacer.

Lejos la jactancia ridícula de saberlo todo i la vanidad pueril de creernos privilegiados talentos; nuestro poder estriba en la unión: todos los rayos del Sol, difundidos en la superficie de la Tierra, no bastan a inflamar un solo grano de pólvora, mientras unos cuantos haces de luz solar, reunidos en un espejo ustorio, prenden la mina que hace volar al monte de granito.

Cuando llegue la hora oportuna, cuando resuene el clarín i nuestras guerrillas se desplieguen por las más humildes provincias de la república, el Perú contemplará una cruzada contra el espíritu decrepito de lo pasado, una guerra contra todo lo que implique retroceso en la Ciencia, en el Arte i en la Literatura.

II

¿Quién debe guiarnos?

Ningún escritor nacional ni español.

Aquí nadie tiene que arrogarse el título de maestro, porque todos somos discípulos o aficionados. Contamos bonitas composiciones en verso, pero no podemos citar un gran poeta; poseemos bonitos i hasta buenos artículos en prosa, pero carecemos de un gran prosador. ¿Dónde la obra, en prosa o verso, que se imponga por cualidades superiores? Cítese la novela, el drama, el poema... Nacidos ayer a la vida independiente, nuestras producciones intelectuales se parecen a la grama salobre de las playas recién abandonadas por el mar.

Cultivamos una literatura de transición, vacilaciones, tanteos y luces crepusculares. De la poesía van desapareciendo las descoloridas imitaciones de Bécquer; pero en la prosa reina siempre la mala tradición², ese monstruo enjendrado por las falsificaciones agrídulcetes de la historia i la caricatura microscópica de la novela.

El Perú no cuenta hoi con un literato que por el caudal i atrevimiento de sus ideas se levante a l'altura de los escritores europeos, ni que en el estilo se liberte de la imitación pseudo purista o del romanticismo trasnochado. Hai gala de arcaísmos, lujo de refranes i hasta choque de palabras grandilocuentes; pero ¿dónde brotan las ideas? Se oye ruido de muchas alas; mas no se mira volar el águila.

En nuestra sangre fermentan los vicios i virtudes de nuestros abuelos: nada nuevo aprenderemos de la España monarquista ultramontana. Hai en l'antigua Metrópoli una juventud republicana i librepensadora que trabaja por difundir jérmenes de vida en el Mar muerto de la Monarquía española; pero no conocemos (los escritos i apenas sabemos los nombres de esa juventud; ella no se acuerda de nosotros, nos desdeña i nos olvida. La España que viene hacia el Perú, la que nos llama i quiere deslumbrarnos con títulos académicos, es la de Nocedal en relijión, de Cánovas⁴ en política i de los Guerra i Orbe en literatura.

Regresar a España para introducir nuevamente su sangre en nuestras venas i sus semillas en nuestra literatura equivale a retrogradar. El enfermo que deseara trasfundir en sus venas otra sangre, elejirá la de un amigo fuerte i joven, no la de un abuelo decrepito i estenuado. La renovación de las simientes debe considerarse también como precepto literario: siempre la misma semilla en el mismo terreno hace dejenar la especie.

Saint-Beuve aconseja bien: "En la misma lengua no escoje uno sus maestros sin acercárseles demasiado ni ser absorbido por ellos; sucede como en los matrimonios de familia, que nada vigoroso producen. Para sus religiones i sus alianzas hai que alejarse más".

Los taladores de selvas primitivas, los arrojadores de semillas nuevas no pertenecen a España: Hegel i Schopenhauer nacieron en Alemania⁶, Darwin i Spencer en Inglaterra, Fourier i Auguste Comte en Francia. Entonces ¿por qué beber en el riachuelo cuando se puede acudir a la misma fuente? El agua del riachuelo--Madrid viene de la fuente--: París. Hoi, con algunas escepciones, no existe literatura española, sino literatura francesa en castellano.

A los representantes oficiales de la literatura española se les debe aplicar las palabras de Biot a las congregaciones docentes: "Se parecen a las antiguas estatuas que servían para guiar a los viajeros, i hoi mismo, desde hace miles de años, continúan señalando con el dedo inmóvil caminos que ya no existen". Nuestra guía debe estar, pues, en el estudio de los grandes escritores extranjeros, en la imitación de ninguno. Estudiar ordenadamente es asimilar el jugo segregado por otros; imitar servilmente, significa petrificarse en un molde.

III

¿Contra qué resistencias vamos a luchar?

En las naciones europeas existen: una nobleza rica, influyente i de tradiciones arraigadas; un clero respetable, tanto por el saber como por l'austeridad de conducta; una burguesía mercantil que pretende convertir en blasones los billetes de banco; i unos campesinos fanáticos por ignorancia i monarquistas por costumbre. Esa nobleza i ese clero, esa burguesía i esos campesinos, oponen tenaces resistencias al espíritu democrático i racionalista.

Nada igual ocurre en el Perú.

Aquí no existe nobleza; i a la idea de linaje puro, sonrío maliciosamente el que sabe cómo vivieron las familias nobles del Perú en tiempo del Coloniaje, señaladamente en el siglo XVII.

Aquí, el clero carece de saber, intelijencia o virtud, i no forma un cuerpo unido ni homogéneo: cura, fraile i clérigo se repelen, viven divorciados por antagonismo hereditario.

Aquí no conocemos la burguesía europea; hai, sí, una especie de clase media, intelijente, de buen sentido, trabajadora, católica, pero indiferente a luchas religiosas, amante de su país, pero hastiada con la política de que sólo recibe perjuicios, desengaños i deshonra.

Aquí, el pueblo de la sierra, cuerpo inerte, obedece al primer empuje; el de la costa, cuerpo flotante, cede a todos los vientos i a todas las olas. Hoi el pueblo, que no debe llamarse cristiano sino fetichista, oye i sigue al sacerdote; pero el día que impere en las leyes la completa libertad, escuchará i seguirá también al filósofo.

No existen, pues, en nuestro país elementos para constituir un partido reaccionario capaz de oponer resistencias insuperables.

Partido sin jefe no se llama partido. ¿Quién se apellida aquí Francia, García Moreno, siquiera Núñez? Los mal nombrados partidos del Perú son fragmentos orgánicos que se ajitan i claman por un cerebro, pedazos de serpiente que palpitan, saltan i quieren unirse con una cabeza que no existe. Hai cráneos, pero no cerebros. Ninguno de nuestros hombres públicos asoma con la actitud vertical que se necesita para seducir i mandar; todos se alejan encorvados, llevando en sus espaldas una montaña de ignominias.

Esceptuando la Independencia i el 2 de Mayo, en el Perú no se vertió una sola gota de sangre por una idea ni se hizo revolución alguna por un principio; las causas fueron partidos; los partidos, luchas subterráneas de ambiciones personales. Las novísimas agrupaciones de conservadores o clericales confirman hoi la regla; se presentan como cuerpos amorfos, sedimentarios, formados por el detritus de nuestros malos partidos. Todos los pecadores en política, todos los hijos pródigos de la democracia, todos los hombres que sienten ya en su carne el olor a polvo de tumbas, acuden a buscar perdón i olvido en quien olvida i perdona, se refugian en esas casas de misericordia llamadas partidos retrógrados.

No puede negarse la influencia del clero secular en Lima, Cajamarca i Arequipa. Si algunos hombres respiran el aire sano del siglo XIX, casi todas las mujeres se asfixian en la atmósfera de la Edad media. La mujer, la parte sensible de la Humanidad, no pertenece a la parte pensadora: está en nuestros brazos, pero no en nuestro cerebro; siente, pero no piensa con nosotros, porque vive en místico desposorio con el sacerdote católico, porque ha celebrado bodas negras con los hombres del error, de la oscuridad i de la muerte.

Para salvar a la mujer i con la mujer al niño, nos veremos frente a frente del clero secular, disperso en reducidas agrupaciones, abroquelado con la Lei de Imprenta i armado con la Teología.

Dejemos a la prensa relijiosa calumniar i mentir: el sembrador de ideas no combate con fulminadores de improperios ni con amasadores de lodo. El gañán que abre surcos donde ha de jerminalar trigo, no se detiene a pisotear gusanos removidos i secados al Sol con la punta del arado.

No temamos la Teología con sus fantasmagorías estramundanas. Cuando Europa invadió Asia, los hijos del Oriente quisieron detener a los hijos del Norte con gigantescos ídolos de madera, cartón i trapo: cuando los hombres de hoi invadimos el país de las tinieblas, surjen los hombres de ayer creyendo amedrantarnos con fantasmas i simulacros de la superstición.

El filósofo no retrocede, sigue adelante, penetra en el templo i rasga el velo, porque sabe que en el santuario no hai más que un sacerdote con todas las flaquezas de la humanidad, i un ídolo sin labios para responder a las amenazas de nuestros labios, ni brazos para detener los formidables golpes de nuestros brazos.

IV

Sea cual fuere el programa del Círculo Literario hai tres cosas que no podemos olvidar: la honradez en el escritor, la verdad, en el estilo i la verdad en las ideas. Señores, recordémoslo siempre: sólo con la honradez en el escritor, sólo con la verdad en los escritos, haremos del Círculo Literario una institución útil, respetable, invencible.

En vano los hombres del poder desdeñan al escritor público i disimulan con la sonrisa del desdén los calofríos del miedo a la verdad: si hai algo más fuerte que el hierro, más duradero que el granito i más destructor que el fuego, es la palabra de un hombre honrado.

Desgraciadamente, nada se prostituyó más en el Perú que la palabra: ella debía unir i dividir, debía civilizar i embruteció, debía censurar i aduló. En nuestro desquiciamiento jeneral, la pluma tiene la misma culpa que la espada.

El diario carece de prestigio, no representa la fuerza inteligente de la razón, sino la embestida ciega de las malas pasiones. Desde el editorial ampuloso i kilométrico hasta la crónica insustancial i chocarrera, se oye la diatriba sórdida, la envidia solapada i algo como crujido de carne viva, despedazada por dientes de hiena. Esas frases gastadas i pensamientos triviales que se vacian en las enormes i amenazadoras columnas del periódico, recuerdan el bullicioso río de fango i piedras que se precipita a rellenar las hondonadas i resquebrajaduras de un valle.

Si desde la guerra con Chile el nivel moral del país continúa descendiendo, nadie contribuyó más al descenso que el literato con sus adulaciones i mentiras, que el periodista con su improbidad i mala fe. Ambos, que debieron convertirse en acusadores i justicieros de los grandes criminales políticos, se hicieron encubridores i cómplices. El publicista rodeó con atmósfera de simpatías a detentadores de l'hacienda nacional, i el poeta prodigó versos a caudillos salpicados con sangre de las guerras civiles. Las sediciones de pretorianos, las dictaduras de Bajo Imperio, las persecuciones i destierros, los asesinatos en las cuadras de los cuarteles, los saqueos al tesoro público, todo fué posible, porque tiranos ladrones contaron con el silencio o el aplauso de una prensa cobarde, venal o cortesana.

Como en el Ahasverus d'Edgar Quinet pasan a ojos del poeta las mujeres resucitadas, llevando en el corazón la herida del amor incurable, así mañana, ante las miradas de la posteridad, desfilarán nuestros escritores, queriendo ocultar en el pecho la lepra de la venalidad.

Es, señores, que hai la literatura de los hombres eternamente postrados, como las esfinges de piedra en el Egipto esclavo, i la literatura de los hombres eternamente de pie, como el Apolo de marmol en la Grecia libre.

Apartándonos d'escuelas i sistemas, adquiriremos verdad en estilo i en ideas. Clasicismo i romanticismo, idealismo i realismo, cuestiones de nombres, pura logomaquia. No hay más que obras buenas o malas: obra buena quiere decir verdad en forma clara i concisa; obra mala, mentira en ideas i forma.

Verdad en estilo i lenguaje vale tanto como verdad en el fondo. Hablar hoi con idiotismo i vocablos de otros siglos, significa mentir, falsificar el idioma. Como las palabras espresan ideas, tienen su medio propio en que nacen i viven; injerir en un escrito moderno una frase anticuada, equivale a incrustar en la frente de un vivo el ojo cristalizado de una momia.

En todas las literaturas abundan escritores arcaicos, aplaudidos por las academias i desdeñados por el Público; pero no se conoce en la Historia el movimiento regresivo de todo un pueblo hacia las formas primitivas de su lengua.

El idioma es a las palabras como los períodos jeológicos especies; la especie una vez desaparecida no reaparece jamás. Pudo Cuvier reconstituir la osamenta de animales fósiles; pero no imaginó restablecer las funciones fisiológicas, devolver el músculo vivo al esqueleto muerto. Así, el escritor anticuado compone obras que tienen la rijidez del alambre i la frialdad del mármol, pero no la morbidez de la carne ni el calor de la sangre.

El estilo, para coronar su verdad, debe adaptarse a nuestro carácter i a nuestra época. Hombres de imaginación ardiente i voluntad inclinada a ceder, necesitamos un estilo que seduzca con imágenes brillantes i se imponga con arranques imperativos. Aquí nos deleitamos con estilo salpicado de figuras i nos arrebatamos con frases duras i frías como la hoja de una espada.

La palabra que se dirija hoi a nuestro pueblo debe despertar a todos, poner en pie a todos, ajitar a todos, como campana de incendio en avanzadas horas de la noche. Después de San Juan i Miraflores, en el cobarde abatimiento que nos envilece i nos abrume, nadie tiene derecho de repetir miserias i puerilidades, todos vivimos en la obligación de pronunciar frases que levanten los pensamientos i fortalezcan los corazones.

Algo muere, pero también algo nace: muere la mentira con las lucubraciones metafísicas i teológicas, nace la verdad con la Ciencia positiva. Una vieja Atlántida se hunde poco a poco bajo las aguas del Océano; pero un nuevo i hermoso continente surge de] mar, ostentando su flora sin espinos i su fauna sin tigres.

Empiece ya en nuestra literatura el reinado de la Ciencia. Los hombres no quieren deleitarse hoi con música de estrofas insulsas i bien pulidas ni con períodos altisonantes i vacíos todos, desde el niño hasta el viejo, tenemos sed de verdades. Sí, verdades aunque

sean pedestres: a vestirse con alas de cera para elevarse unos cuantos metros i caer, es preferible tener pies musculosos i triple calzado de bronce para marchar en triunfo sobre espinas i rocas de la Tierra.

Cortezanos, políticos i diplomáticos no piensan así: llaman prudencia al miedo, a la confabulación de callarse, a la mentira sin palabras. Cierto, el camino de la sinceridad no está circundado de rosas: cada verdad salida de nuestros labios concita un odio implacable, cada paso en línea recta significa un amigo menos. La verdad aísla; no importa: nada más solitario que las cumbres, ni más luminoso que los rayos del sol.

Rompamos el pacto infame i tácito de hablar a media voz. Dejemos la encrucijada por el camino real, i l'ambigüedad por la palabra precisa. Al atacar el error i acometer contra sus secuaces, no propinemos cintarazos con espada metida en la funda: arrojemos estocadas a fondo, con hoja libre, limpia, centelleando al Sol.

Venga, pues, la verdad en su desnudez hermosa i casta, sin el velo de la sátira ni la vestidura del apólogo: el niño delicado i la mujer meticulosa endulzan las orillas del vaso que guarda el medicamento heroico, pero acibarado; el hombre apura de un solo trago la más amarga pócima, siempre que encierre vida y salud.

En fin, señores, seamos verdaderos, aunque la verdad cause nuestra desgracia: con tal que l'antorcha ilumine (poco importa si quema la mano que la enciende i l'ajita!

Seamos verdaderos, aunque la verdad desquicie una nación entera: ¡poco importan las lágrimas, los dolores i los sacrificios de una sola jeneración, si esas lágrimas, si esos dolores, si esos sacrificios redundan en provecho de cien jeneraciones!

Seamos verdaderos, aunque la verdad convierta al Globo en escombros i ceniza: ¡poco importa la ruina de la Tierra, si por sus soledades silenciosas i muertas sigue retumbando eternamente el eco de la verdad!

1888

Notas

Gustavo Adolfo Bécquer (1836-1870), poeta de Sevilla, España, que dio un toque personalísimo al romanticismo. Escribió poesías y leyendas .

2 La tradición peruana es un género cultivado por Ricardo Palma (desarrollado con el escritor venezolano Camacho) que combina la historia con la imaginación, muchas veces comentando un refrán desde la perspectiva de la sátira. Como se inspiraba en el pasado (la colonia), González Prada lo denunciaba como un estorbo a la modernidad .

No sabemos si González Prada se refiere al padre o al hijo. El primero, Cándido Necedal (1821-1885) fue político carlista mientras que el hijo Ramón (1848-1907) también se ejerció como político. Los dos fueron escritores .

4 Antonio Cánovas del Castillo, fue político español muy activo en el Consejo de ministros. También fue autor de por lo menos una novela histórica. Fue asesinado por el anarquista Angioillo .

Acaso González Prada se refiere a Luis Fernández-Guerra y Orbe (1818-1890), escritor prolífico español .

6 Jorge Guillermo Federico Hegel (1770-1831) y Schopenhauer (1788-1860) son quizá los dos filósofos más importantes del siglo XIX. Hegel veía la unidad entre la naturaleza y el espíritu. A él debemos la estructura dialéctica de tesis, antítesis, síntesis sobre la cual Marx iba a basar su teoría social. Si Hegel se asocia con el fenomenología, Schopenhauer es conocido como el filósofo pesimista por autonomasia .

DISCURSO EN EL ENTIERRO DE LUIS MÁRQUEZ

Señores:

No vengo a derramar públicas lágrimas por el hombre libertado ya del horror de pensar i del oprobio de vivir: consagro un recuerdo al fundador del Círculo Literario, doi el último adiós al poeta, nada más.

Los héroes de los antiguos tiempos lloraban como niños i mujeres; los hombres de hoy no sabemos, no queremos llorar, i cuando sentimos que las lágrimas pugnan por subir a nuestros ojos realizamos un supremo esfuerzo para detenerlas en lo íntimo del corazón.

Gastados precozmente en el uso de la vida, como la piedra contra el acero, conservamos, sin embargo, el culto a los muertos que se resume en el culto a nosotros mismos, pues en el sepulcro de los seres queridos encerramos un amor, un=alegría o una esperanza. Al acompañar hasta la última morada los restos de un hombre idolatrado, pensamos enterrar a otro, i nos enterramos a nosotros mismos.

Aunque existir no sea más que vacilar entre un mal cierto i conocido -la vida-, i otro mal dudoso e ignorado -la muerte-, amamos la roca estéril en que nacemos, a modo de aquellos árboles que ahondan sus raíces en las grietas de los peñascos; suspiramos por un Sol que ve con tanta indiferencia nuestra cuna como nuestro sepulcro; i sentimos la desolación de las ruinas cuando alguno de los nuestros cae devorado por ese abismo implacable en que nosotros nos despeñaremos mañana.

En vano repiten los antiguos por boca de Menandro; "Mueren jóvenes los predilectos de los dioses"; en vano también mumuran los ilusos de hoy: "Es horrible morir, dulce haber muerto". Los que no tienen idea segura de lo que puede seguir a esa inmersión en las tinieblas, llamada muerte, balancean del desaliento a la esperanza; i cuando se hallan al pie de una tumba querida, empiezan por reclinar la frente en el mármol frío, silencioso e impenetrable, i acaban por lanzar una mirada de indignación i despecho hacia esa inmensidad más fría, más silenciosa i más impenetrable que la piedra de los sepulcros.

¡La vida.! .. (La muerte!... Platón, después de medio siglo de meditaciones i desvelos, supo tanto sobre la vida i la muerte, como sabe hoy el labrador que mece la cuna de sus hijos o se reclina en la piedra que marca la fosa de sus abuelos. Pasaron siglos de siglos, pasarán nuevos siglos de siglos, i los hombres quedaremos siempre mudos i aterrados ante el secreto inviolable de la cuna i del sepulcro. ¡Filosofías! ¡Relijiones! ¡Sondas arroja as a profundizar lo insondable! ¡Torres de Babel levantadas para ascender a lo inaccesible! Al hombre, a este puñado de polvo que la casualidad reúne i la casualidad dispersa, no le quedan más que dos verdades: la pesadilla amarga de la existencia i el hecho brutal de la muerte.

Sin embargo, ¿todo aparece en la vida color de sangre? ¿Habitamos un planeta de sólo tinieblas i horrores? Las frases homéricas "Tierra-madre, dulce vida" ¿son ilusiones de poetas, o hai instantes en que saboreamos la dulzura de vivir i contemplamos a la Tierra como buena i amorosa madre? Tal vez; pero en el combate diario, en casi todas las horas de nuestro desaliento, pensamos como Lucrecio: "Si los dioses existen, se bastan a sí gozan tranquilamente de su inmortalidad sin acordarse de nosotros@".

Mas, ¿a qué vanas palabras en el lugar del silencio? La vida, esa negra interrogación, oculta su clara respuesta aquí, en estos nichos abiertos, en estas bocas de fieras hambrientas que amenazan devorarnos.

¡Adiós, amigo! Tú, que de los labios destilabas la miel ática de los chistes, probaste ya el acibarado veneno de la agonía. Tú atravesaste ya por el tenebroso puente que nos lleva deste mundo al país de que ningún viajero regresó jamás. ¡Tú sabes ya si la Naturaleza es amiga bondadosa que nos acoje en su seno para infundirnos sueño de felices visiones, o madre sin entrañas que guarda para sí la salud, la juventud i la eternidad, reservando para sus hijos las enfermedades, la vejez i la nada!

1888

SEGUNDA PARTE

GRAU

I

Épocas hai en que todo un pueblo se personifica en un solo individuo: Grecia en Alejandro, Roma en César, España en Carlos V, Inglaterra en Cromwell, Francia en Napoleón, América en Bolívar. El Perú en 1879 no era Prado, La Puerta ni Piérola, era Grau.

Cuando el Huáscar zarpaba de algún puerto en busca de aventuras, siempre arriesgadas, aunque a veces infructuosas, todos volvían los ojos al Comandante de la nave, todos le seguían con las alas del corazón, todos estaban con él. Nadie ignoraba que el triunfo rayaba en lo imposible, atendida la superioridad de la escuadra chilena; pero el orgullo nacional se lisonjeaba de ver en el Huáscar un caballero andante de los mares, una imagen del famoso paladín que no contaba sus enemigos antes del combate, porque aguardaba contarles vencidos o muertos.

Nosotros, lejítimos herederos de la caballerosidad española, nos embriagábamos con el perfume de acciones heroicas, en tanto que otros, menos ilusos que nosotros i más imbuídos en las máximas del siglo, desdeñaban el humo de la gloria i s'engolosinaban con el manjar de victorias fáciles i baratas.

I merecíamos disculpa!

El Huáscar forzaba los bloqueos, daba caza a los trasportes sorprendía las escuadras, bombardeaba los puertos, escapaba ileso de las celadas o persecuciones, i más que nave, parecía un ser viviente con vuelo de águila, vista de lince i astucia de zorro. Merced al Huáscar, el mundo que sigue la causa de los vencedores, olvidaba nuestros desastres i nos quemaba incienso; merced al, Huáscar, los corazones menos abiertos a la esperanza cobraban entusiasmo i sentían el jeneroso estímulo del sacrificio; merced al Huáscar, en fin, el enemigo se desconcertaba en sus planes, tenía, vacilaciones desalentadoras i devoraba el despecho de la vanidad humillada, porque el monitor, vijilando las costas del Sur, apareciendo en el instante menos aguardado, parecía decir a l=ambición de Chile: "Tú no pasarás de aquí". Todo esto debimos al Huáscar, i el alma del monitor era Grau.

II

Nació Miguel Grau en Piura el año 1834. Nada notable ocurre en su infancia, i sólo merece consignarse que, después de recibir la instrucción primaria en la Escuela Náutica de Paita, se trasladó a Lima para continuar su educación en el colejio del poeta" Fernando Velarde.

A la muerte del discípulo, el maestro le consagró una entusiasta composición en verso. Descartando las exajeraciones, naturales a un poeta sentimental i romántico, se puede coleccionar por los endecasílabos de Velarde, que Grau era un niño tranquilo i silencioso, quien sabe taciturno.

Nunca fuiste risueño ni elocuente
Y tu faz pocas veces sonreía
Pero inspirabas entusiasmo ardiente,
Cariñosa y profunda simpatía
(Ferando Velarde)

Mui pronto debió de hastiarse con los estudios i más aún con el réjimen escolar, cuando al empezar l=adolescencia s'enrola en la tripulación de un buque mercante. Seis o siete

años navegó por América, Europa i Asia, queriendo ser piloto práctico antes que marino teórico, prefiriendo costear continentes i correr temporales a navegar mecido constantemente por las olas del Pacífico.

Consideró la marina mercante como una escuela transitoria, no como una profesión estable, pues al creerse con aptitudes para gobernar un buque, ingresó a la Armada nacional. ¿A qué seguir paso a paso la carrera del guardia marina en 1857, del capitán de navío en 1873, del contralmirante en 1879? Reconstituir conforme a plan matemático la existencia de un personaje, conceder intención al más insignificante de sus actos, ver augurios de proezas en los juegos inocentes del niño, es fantasear una leyenda, no escribir una biografía. En el ordinario curso de la vida, el hombre camina prosaicamente, a ras del suelo, i sólo se descubre superior a los demás, con intermitencias, en los instantes supremos.

El año 1865 hubo momento en que Grau se atrajo las miradas de toda la nación, en que tuvo pendiente de sus manos la suerte del país. Conducía de los astilleros ingleses un buque de guerra a tiempo que la República se había revolucionado para deshacer el tratado Vivanco-Pareja. Plegándose a los revolucionarios, entregándoles el dominio del mar, Grau contribuyó eficazmente al derrumbamiento de Pezet.

La popularidad de Grau empieza al encenderse la guerra contra Chile. Antes pudo confundirse con sus émulos i compañeros de armas o diseñarse con las figuras más notables del cuadro; pero en los días de la prueba se dibujó de cuerpo entero, se destacó sobre todos, les eclipsó a todos. Fué comparado con Noel y Gálvez, i disfrutó como Washington la dicha de ser "el primero en el amor de sus conciudadanos". El Perú todo le apostrofaba como, Napoleón a Goethe: "Eres un hombre".

III

Y lo era, tanto por el valor como por las otras cualidades morales. En su vida, en su persona, en la más insignificante sus acciones, se conformaba con el tipo lejendario del marino.

Humano hasta el esceso, practicaba jenerosidades que en el fragor de la guerra concluían por sublevar nuestra cólera. Hoi mismo, al recordar la saña implacable del chileno vencedor, deploramos la exajerada clemencia de Grau en la noche de Iquique. Para comprenderle i disculparle, se necesita realizar un esfuerzo, acallar las punzadas de la herida entreabierta, ver los acontecimientos desde mayor altura. Entonces se reconoce que no merecen llamarse grandes los tigres que matan por matar o hieren por herir, sino los hombres que hasta en el vértigo de la lucha saben economizar vidas i ahorrar dolores.

Sencillo, arraigado a las tradiciones religiosas, ajeno a las dudas del filósofo, hacía gala de cristiano i demandaba la absolución del sacerdote antes de partir con la bendición de todos los corazones. Siendo sinceramente religioso, no conocía la codicia --esa vitalidad de los hombres yertos--, ni la cólera violenta --ese momentáneo valor de los cobardes--, ni la soberbia --ese calor maldito que sólo enjendra víboras en el pecho-- A tanto llegaba la humildad de su carácter que, hostigado un día por las alabanzas de los necios que asedian a los hombres de mérito, exclamó: "Vamos, yo no soi más que un pobre marinero que trata de servir a su patria".

Por su silencio en el peligro, parecía hijo de otros climas, pues nunca daba indicios del bullicioso atolondramiento que distingue a los pueblos meridionales. Si alguna vez hubiera querido arengar a su tripulación, habría dicho espartanamente, como Nelson en Trafalgar: "La patria confía en que todos cumplan con su deber". Hasta en el porte familiar se manifestaba sobrio de palabras: lejos dél la verbosidad que falsifica la elocuencia i remeda el talento. Hablaba como anticipándose al pensamiento de sus con la más leve contradicción. Su cerebro discernía con lentitud, su palabra fluía con largos intervalos de

silencio, i su voz de timbre femenino contrastaba notablemente con sus facciones varoniles i toscas.

Ese marino forjado en el yunque de los espíritus fuertes, inflexible en aplicar a los culpables todo el rigor de las ordenanzas, se hallaba dotado de sensibilidad esquisita, amaba tiernamente a sus hijos, tenía marcada predilección por los niños. Sin embargo, su enerjía moral no s'energaba con el sentimiento como lo probó en 1865 al adherirse a la revolución: rechazando ascensos i pingües ofertas de oro, desoyendo las sujestiones o consejos de sus más íntimos amigos, resistiendo a los ruegos e intimaciones de su mismo padre, hizo lo que le parecía mejor, cumplió con su deber.

Tan inmaculado en la vida privada como en la pública, tan honrado en el salón de la casa como en el camarote del buque, formaba contraste con nuestros políticos i nuestros guerreros, existía como un verdadero anacronismo.

Como flor de sus virtudes, transcendía la resignación: nadie conocía más el peligro, i marchaba de frente, con los ojos abiertos, con la serenidad en el semblante. En él, nada cómico ni estudiado: personificaba la naturalidad. Al ver su rostro leal i abierto, al cojer su mano áspera i encallecida, se palpaba que la sangre venia de un corazón noble i jeneroso.

Tal era el hombre que en buque mal artillado, con marinería inesperta, se vió rodeado i acometido por toda la escuadra chilena el 8 de Octubre de 1879.

IV

En el combate homérico de uno contra siete, pudo Grau rendirse al enemigo; pero comprendió que por voluntad nacional estaba condenado a morir, que sus compatriotas no le habrían perdonado el mendigar la vida en la escala de los buques vencedores. Efectivamente. Si a los admiradores de Grau se les hubiera preguntado qué exijían del Comandante del Huáscar el 8 de Octubre, todos habrían respondido con el Horacio de Corneille: Que muriera! ".

Todo podía sufrirse con estoica resignación, menos el Huáscar a flote con su Comandante vivo. Necesitábamos el sacrificio de los buenos i humildes para borrar el oprobio de malos i soberbio Sin Grau en la Punta de Angamos, sin Bolognesi en el Morro de Arica ¿tendríamos derecho de llamarnos nación? ¡Qué escándalo no dimos al mundo, desde las ridículas escaramuzas hasta las inesplicables dispersiones en masa, desde la fuga traidora de los caudillos hasta las sediciones bizantinas, desde la maquinaciones subterráneas de los ambiciosos vulgares hasta las tristes arlequinadas de los héroes funambulescos!

En la guerra con Chile, no sólo derramamos la sangre, exhibimos la lepra. Se disculpa el encalle de una fragata con tripulación novel i capitán atolondrado, se perdona la derrota de un ejército indisciplinado con jefes ineptos o cobardes, se concibe el amilanamiento de un pueblo por los continuos descalabros en mar i tierra; pero no se disculpa, no se perdona ni se concibe la reversión del orden moral, el completo desbarajuste de la vida pública, la danza macabra de polichinelas con disfraz de Alejandro i Césares.

Sin embargo, en el grotesco i sombrío drama de la derrota, surjieron de cuando en cuando figuras luminosas i simpáticas. La guerra, con todos sus males, nos hizo el bien de probar que todavía sabemos enjendrar hombres de temple viril. Alentémonos, pues: la rosa no florece en el pantano; i el pueblo en que nacen un Grau i un Bolognesi no está ni muerto ni completamente dejenerado. Regocijémonos, si es posible: la tristeza de los injustamente vencidos conoce alegrías sinceras, así como el sueño de los vencedores implacables tiene despertamientos amargos, pesadillas horrorosas.

La columna rostral erijida para conmemorar el 2 de Mayo se corona con la victoria en actitud de subir al cielo, es decir, a la rejión impasible que no escucha los ayes de la víctima ni las imprecaciones del verdugo. El futuro monumento de Grau ostentará en su

parte más encumbrada un coloso en ademán d'estender el brazo derecho hacia los mares del Sur.

Catalina de Rusia fijó en una calle meridional de Sampetersburgo un cartel que decía: "Por aquí es el camino a Constantinopla". Cuando la raza eslava siente impulsos de caminar hacia las Atierras verdes" ¿no recuerda las tentadoras palabras de Catalina? Si Grau se levantara hoi del sepulcro, nos diría... Es inútil repetir sus palabras: todos adivinamos ya qué deberes hemos de cumplir, adónde tenemos que dirijirnos mañana.

1885

DISCURSO EN EL POLITEAMA

I

Señores:

Los que pisan el umbral de la vida se juntan hoi para dar una lección a los que se acercan a las puertas del sepulcro. La fiesta que presenciamos tiene mucho de patriotismo i algo de ironía: el niño quiere rescatar con el oro lo que el hombre no supo defender con el hierro.

Los viejos deben temblar ante los niños, porque la generación que se levanta es siempre acusadora i juez de la jeneración que descende. De aquí, de estos grupos alegres i bulliciosos, saldrá el pensador austero i taciturno; de aquí, el poeta que fulmine las estrofas de acero retemplado; de aquí, el historiador que marque la frente del culpable con un sello de indeleble ignominia.

Niños, sed hombres, madrugad a la vida, porque ninguna jeneración recibió herencia más triste, porque ninguna tuvo deberes más sagrados que cumplir, errores más graves que remediar ni venganzas más justas que satisfacer.

En la orjía de la época independiente, vuestros antepasados bebieron el vino jeneroso i dejaron las heces. Siendo superiores a vuestros padres, tendréis derecho para escribir el bochornoso epitafio de una jeneración que se va, manchada con la guerra civil de medio siglo, con la quiebra fraudulenta i con la mutilación del territorio nacional.

Si en estos momentos fuera oportuno recordar vergüenzas i renovar dolores, no acusaríamos a unos ni disculparíamos a otros. Quien puede arrojar la primera piedra?

La mano brutal de Chile despedazó nuestra carne i machacó nuestros huesos; pero los verdaderos vencedores, las armas del enemigo, fueron nuestra ignorancia i nuestro espíritu de servidumbre.

II

Sin especialistas, o más bien dicho, con aficionados que presumían de omniscientes, vivimos de ensayo en ensayo: ensayos de aficionados en Diplomacia, ensayos de aficionados en Economía Política, ensayos de aficionados en Lejislación i hasta ensayos de aficionados en Tácticas i Estrategias. El Perú fué cuerpo vivo, espuesto sobre el mármol de un anfiteatro, para sufrir las amputaciones de cirujanos que tenían ojos con cataratas seniles i manos con temblores de paralítico. Vimos al abogado dirijir l'hacienda pública, al médico emprender obras de injeniatura, al teólogo fantasear sobre política interior, al marino decretar en administración de justicia, al comerciante mandar cuerpos d=ejército...Cuánto no vimos en esa fermentación tumultuosa de todas las mediocridades, en esas vertiginosas apariciones i desapariciones de figuras sin consistencia de hombre, en ese continuo cambio de papeles, en esa Babel, en fin, donde la ignorancia vanidosa i vocinglera se sobrepuso siempre al saber humilde i silencioso!

Con las muchedumbres libres aunque indisciplinadas de la Revolución, Francia marchó a la victoria; con los ejércitos de indios disciplinados i sin libertad, el Perú irá siempre a la

derrota. Si del indio hicimos un siervo ¿qué patria defenderá? Como el siervo de la Edad media, sólo combatirá por el señor feudal.

I, aunque sea duro i hasta cruel repetirlo aquí, no imaginéis, señores, que el espíritu de servidumbre sea peculiar a sólo el indio de la puna: también los mestizos de la costa recordamos tener en nuestras venas sangre de los súbditos de Felipe II mezclada con sangre de los súbditos de Huayna-Capac. Nuestra columna vertebral tiende a inclinarse.

La nobleza española dejó su descendencia dejenerada i despilfarradora: el vencedor de la Independencia legó su prole de militares i oficinistas. A sembrar el trigo i estaer el metal, la juventud de la jeneración pasada prefirió atrofiar el cerebro en las cuadras de los cuarteles i apergaminar la piel en las oficinas del Estado. Los hombres aptos para las rudas labores del campo i de la mina, buscaron el manjar caído del festín de los gobiernos, ejercieron una insaciable succión en los jugos del erario nacional i sobrepusieron el caudillo que daba el pan i los honores a la patria que exigía el oro i los sacrificios. Por eso, aunque siempre existieron en el Perú liberales i conservadores, nunca hubo un verdadero partido liberal ni un verdadero partido conservador, sino tres grandes divisiones: los gobiernistas, los conspiradores i los indiferentes por egoísmo, imbecilidad o desengaño. Por eso, en el momento supremo de la lucha, no fuimos contra el enemigo un coloso di bronce, sino una agrupación de limaduras de plomo; no una patria unida i fuerte, sino una serie de individuos atraídos por el interés particular y repelidos entre sí por el espíritu de bandería. Por eso, cuando el más oscuro soldado del ejército invasor no tenía en sus labios más nombre que Chile, nosotros, desde el primer jeneral hasta el último recluta, repetíamos el nombre de un caudillo, éramos siervos de la Edad media que invocábamos al señor feudal.

Indios de punas i serranías, mestizos de la costa, todos fuimos ignorantes i siervos; i no vencimos ni podíamos vencer.

III

Si la ignorancia de los gobernantes i la servidumbre de los gobernados fueron nuestros vencedores, acudamos a la Ciencia, ese redentor que nos enseña a suavizar la tiranía de la Naturaleza, adoremos la Libertad, esa madre enjendradora de hombres fuertes.

No hablo, señores, de la ciencia momificada que va reduciéndose a polvo en nuestras universidades retrógradas: hablo de la Ciencia robustecida con la sangre del siglo, de la Ciencia con ideas de radio gigantesco, de la Ciencia que trasciende a juventud i sabe a miel de panales griegos, de la Ciencia positiva que en sólo un siglo de aplicaciones industriales produjo más bienes a la Humanidad que milenios enteros de Teología i Metafísica.

Hablo, señores, de la libertad para todos, i principalmente para los más desvalidos. No forman el verdadero Perú las agrupaciones de criollos i extranjeros que habitan la faja de tierra situada entre el Pacífico i los Andes; la nación está formada por las muchedumbres de indios diseminadas en la banda oriental de la cordillera. Trescientos años há que el indio rastrea en las capas inferiores de la civilización, siendo un híbrido con los vicios del bárbaro i sin las virtudes del europeo: enseñadle siquiera a leer i escribir, i veréis si en un cuarto de siglo se levanta o no a la dignidad de hombre. A vosotros, maestros d=escuela, toca galvanizar una raza que se adormece bajo la tiranía del juez de paz, del gobernador i del cura, esa trinidad embrutecedora del indio.

Cuando tengamos pueblo sin espíritu de servidumbre, i militares i políticos a l=altura del siglo, recuperaremos Arica i Tacna, i entonces i sólo entonces marcharemos sobre Iquique i Tarapacá, daremos el golpe decisivo, primero i último.

Para ese gran día, que al fin llegará porque el porvenir nos debe una victoria, fiemos sólo en la luz de nuestro cerebro i en la fuerza de nuestros brazos. Pasaron los tiempos en que únicamente el valor decidía de los combates: hoi la guerra es un, problema, la Ciencia

resuelve la ecuación. Abandonemos el romanticismo internacional i la fe en los auxilios sobrehumanos: la Tierra escarnece a los vencidos, i el Cielo no tiene rayos para el verdugo.

En esta obra de reconstitución i venganza no contemos con los hombres del pasado: los troncos añosos i carcomidos produjeron ya sus flores de aroma deletéreo i sus frutas de sabor amargo. ¡Que vengan árboles nuevos a dar flores nuevas i frutas nuevas! ¡Los viejos a la tumba, los jóvenes a la obra!

IV

¿Por qué desesperar? No hemos venido aquí para derramar lágrimas sobre las ruinas de una segunda Jerusalén, sino a fortalecernos con la esperanza. Dejemos a Boabdil llorar como mujer, nosotros esperemos como hombres.

Nunca menos que ahora conviene el abatimiento del ánimo cobarde ni las quejas del pecho sin virilidad: hoi que Tacna rompe su silencio i nos envía el recuerdo del hermano cautivo al hermano libre, elevémonos unas cuantas pulgadas sobre el fango de las ambiciones personales, i a las palabras de amor i esperanza respondamos con palabras de aliento i fraternidad.

¿Por qué desalentarse? Nuestro clima, nuestro suelo ¿son acaso los últimos del Universo? En la tierra no hai oro par=adquirir las riquezas que debe producir una sola Primavera del Perú. ¿Acaso nuestro cerebro tiene la forma rudimentaria de los cerebros hotentotes, o nuestra carne fué amasada con el barro de Sodoma? Nuestros pueblos de la sierra son hombres amodorrados, no estatuas petrificadas.

No carece nuestra raza d'electricidad en los nervios ni de fósforo en el cerebro; nos falta, sí, consistencia en el músculo i hierro en la sangre. Anémicos i nerviosos, no sabemos amar ni odiar con firmeza. Versátiles en política, amamos hoi a un caudillo hasta sacrificar nuestros derechos en aras de la dictadura; i le odiamos mañana hasta derribarle i hundirle bajo un aluvión de lodo y sangre. Sin paciencia de aguardar el bien, exigimos improvisar lo que es obra de la incubación tardía, queremos que un hombre repare en un día las faltas de cuatro jeneraciones. La historia de muchos gobiernos del Perú cabe en tres palabras: imbecilidad en acción; pero la vida toda del pueblo se resume en otras tres: versatilidad en movimiento.

Si somos versátiles en amor, no lo somos menos en odio: el puñal está penetrando en nuestras entrañas i ya perdonamos al asesino. Alguien ha talado nuestros campos i quemado nuestras ciudades i mutilado nuestro territorio i asaltado nuestras riquezas convertido el país entero en ruinas de un cementerio; pues bien, señores, ese alguien a quien jurábamos rencor eterno i venganza implacable, empieza a ser contado en el número de nuestros amigos, no es aborrecido por nosotros con todo el fuego de la sangre, con toda la cólera del corazón.

Ya que hipocresía i mentira forman los polos de la Diplomacia, dejemos a los gobiernos mentir hipócritamente jurándose amistad i olvido. Nosotros, hombres libres reunidos aquí para escuchar palabras de lealtad i franqueza, nosotros que no tememos esplicaciones ni respetamos susceptibilidades, nosotros levantemos la voz para enderezar el esqueleto destas muchedumbres encorvadas, hagamos por oxijenar est'atmósfera viciada con la respiración de tantos organismos infectos, i lancemos una chispa que inflame en el corazón del pueblo el fuego par=amar con firmeza todo lo que se debe amar, i para odiar con firmeza también todo lo que se debe odiar.

¡Ojalá, señores, la lección dada hoi por los Colejios libres de Lima halle ejemplo en los más humildes caseríos de la República! ¡Ojalá todas las frases repetidas en fiestas semejantes no sean melifluas alocuciones destinadas a morir entre las paredes de un teatro, sino rudos martillazos que retumben por todos los ámbitos del país! ¡Ojalá cada una de mis palabras se convierta en trueno que repercuta en el corazón de todos los peruanos i

despierte los dos sentimientos capaces de rejenerarnos i salvarnos: el amor a la patria i el odio a Chile! Coloquemos nuestra mano sobre el pecho, el corazón nos dirá si debemos aborrecerle...

Si el odio injusto pierde a los individuos, el odio justo salva siempre a las naciones. Por el odio a Prusia, hoi Francia es poderosa como nunca. Cuando París vencido se ajita, Berlín vencedor se pone de pie. Todos los días, a cada momento, admiramos las proezas de los hombres que triunfaron en las llanuras de Maratón o se hicieron matar en los desfiladeros de las Termópilas; i bien, "la grandeza moral de los antiguos helenos consistía en el amor constante a sus amigos i en el odio inmutable a sus enemigos. No fomentemos, pues, en nosotros mismos los sentimientos anodinos del guardador de serrallos, sino las pasiones formidables del hombre nacido para enjendrar a los futuros vengadores. No diga el mundo que el recuerdo de la injuria se borró de nuestra memoria antes que desapareciera de nuestras espaldas la roncha levantada por el látigo chileno.

Verdad, hoi nada podemos, somos impotentes; pero aticemos el rencor, revolvámonos en nuestro despecho como la fiera se revuelca en las espinas; i si no tenemos garras para desgarrar ni dientes para morder ¡que siquiera los mal apagados rujidos de nuestra cólera viril vayan de cuando en cuando a turbar el sueño del orgulloso vencedor!

1888

PERÚ I CHILE

I

El Perú no sufrió calamidad más desastrosa que la guerra con Chile. Las campañas de la Independencia i la segunda lucha con España nos costaron preciosas vidas i grandes sacrificios; pero nos dieron vida propia, nombradía i levantaron el espíritu nacional. El 9 de diciembre nacimos, el 2 de Mayo crecimos, nos ajigantamos.

Es que, en 1824 i 1866, no sufrimos el empequeñecimiento de la derrota. La sangre derramada en los campos de batalla, los capitales destruídos en el incendio, las riquezas perdidas en el saqueo de las poblaciones, mui poco significan en comparación de los males que inficionan el organismo de las naciones vencidas. El perjuicio causado por nuestro vencedor no está en los asesinatos, en las devastaciones ni en las rapiñas: está en lo que nos deja i nos enseña.

Chile se lleva guano, salitre i largos jirones de territorio; pero nos deja el amilanamiento, la pequeñez d=espíritu, la conformidad con la derrota i el tedio de vivir modesta i honradamente. Se nota en los ánimos apatía que subleva, pereza que produce rabia, envilecimiento que mueve a náuseas.

Chile nos enseña su ferocidad araucana. En la última contienda civil nos mostramos crueles hasta la barbarie, hicimos Y que el roce con un enemigo implacable i sanguinario había endurecido nuestras entrañas. Brotaron, de no sabemos dónde, al en cólera o fieras desconocidas en la fauna peruana. La injénita mansedumbre del carácter nacional tuvo regresiones a la fiereza primitiva. En la nación magnánima (donde las discordias civiles terminaron siempre con el olvido para los errores comunes i la conmiseración para el hermano caído) queda hoi, después de i lucha, el odio d=enemigos vascuences, el rencor de tigre a tigre. Rencor i odio que deberíamos reservar para el enemigo de todos, los atizamos contra nosotros mismos. De nuestro sueño cataléptico, despertamos para sólo esgrimir los puños i lanzarnos imprecaciones de muerte.

Es que en el comercio íntimo, en el trato duradero i en la conquista secular, se opera fusión de razas con amalgamiento de vicios i virtudes; mientras en la invasión destructora i violenta, vencido i vencedor olvidan las virtudes propias i adquieren los vicios del extraño.

Los pueblos más civilizados ocultan su reverso salvaje i bestial: en la guerra se verifica el choque de hombre contra hombre por el lado bestial i salvaje.

Si el Perú se contagi6 con la ferocidad araucana, Chile se contamin6 con el virus peruano. El contacto de ambas naciones recuerda el abrazo de Almanzor, un medio de comunicarse la peste. Nadie ignora que nuestro vencedor de ayer se ve atacado ya por el c6ncer de la m6s s6rdida corrupci6n p6blica: las prensas de Santiago i Valpara6so lo dicen a todas horas i en todos los tonos. Chile retrata hoy al Per6 de la Consolidaci6n i del contrato Dreyfus: entra por el camino que nosotros seguíamos, ser6 lo que fuimos. El mendigo que hace poco se llamaba feliz con la raja de sandía i el puñado de porotos, se ahitar6 mañana en los opíparos festines del magnate improvisado. Con facilidad se vuelve pródigo el tahir que entra pobre a la casa de juego i sale rico por un golpe de fortuna.

Pero no veamos una compensaci6n de nuestras calamidades en la corrupci6n pol6tica de nuestro enemigo ni pensemos abandonarle nuestra riqueza i nuestro territorio como un presente griego, ni creamos que en su organismo acabamos de inocular un jermen de muerte prematura.

Chile, con todas sus miserias, nos vencer6 mañana i siempre, si continuamos siendo lo que fuimos i lo que somos. Rodeado con el prestigio de sus victorias, posee cr6dito; as6 que en toda guerra tendr6 dinero, i con el dinero, soldados i buques, rifles i cañones, amigos i espías.

De loco debe tacharse al pueblo que para robustecerse no abriga m6s esperanza que la debilitaci6n de los pueblos limítrofes. Ver encorvarse al vecino ¿equivale a crecer nosotros? Ver sangrar un enemigo ¿da una gota de sangre a nuestras venas? El decaimiento de Chile deber6 regocijarnos, si el nuestro cesara o fuera menor, si en tanto que 6l se achica nosotros creciéramos; pero mientras Chile decrece en progresi6n aritm6tica, nosotros lo hacemos en progresi6n jeom6tica. La fuerza de las naciones se oculta en ellas mismas, viene de su elevaci6n moral. La luz del gas que arde a nuestros ojos, irradia los rayos del Sol almacenados en las entrañas de la Tierra; el hombre que nos deslumbra con su jenerosidad o hero6smo, descubre las virtudes en incubadas lentamente al calor de una buena educaci6n.

II

De veinte años a la fecha, desde las victorias de Prusia, el mundo europeo tiende a convertir sus hombres en soldados i sus poblaciones en cuarteles. A la plaga de los individuos --el alcoholismo-- responde la peste de las naciones --el militarismo--. Nadie se pregunta si habr6 conflagraci6n universal, s6lo se quiere adivinar qui6n desenvainar6 la espada, d6nde ser6 el campo de batalla, qu6 naciones quedar6n arrolladas, pisoteadas i pulverizadas. Todos aguardan la crisis suprema, porque saben que los bedores de sangre sufren tambi6n sus ataques de delirium tremens.

Chile, con el instinto de imitaci6n, natural a los pueblos juveniles, remeda el esp6ritu guerrero de Alemania i enarbola en Am6rica el estandarte de la conquista. El Imperio Alem6n apres6 con sus garras de 6guila Alsacia i Lorena; Chile coji6 con sus uñas de buitre Iquique y Tarapac6, i, para ser m6s que Alemania, piensa cojer Arica, Tacna i acaso el Per6 entero.

Entre tanto ¿qu6 hacemos nosotros? Viviendo en la regi6n de las teorías, olvidamos que los estados no se rijen por humanitarismo rom6ntico ni ponen la mejilla izquierda cuando reciben una bofetada en la derecha; olvidamos que ante la inmolaci6n de un pueblo todos observan una purdencia ego6sta, cuando no cubren de flores al vencedor i abruman de ignominias al vencido; olvidamos, por 6ltimo, que en las relaciones individuales los hombres menos civilizados conservan un resto de pudor social i guardan las apariencias de

guiarse por la filantropía, mientras en la vida internacional las naciones más cultas se quitan la epidermis civilizada i proceden como salvajes en la selva.

Nosotros no caímos porque las guerras civiles no debilitaran o nos esquilmaran. Luchas más desgarradoras i tenaces que las nuestras sostuvieron l'Arjentina, Venezuela, Colombia i particularmente México. Caímos porque Chile, que vela mientras el Perú duerme, nos sorprendió pobres i sin crédito, desprevenidos i mal armados, sin ejército ni marina.

-Ojalá hubiéramos pasado por algunas de aquellas revoluciones que remueven de alto abajo la sociedad i la dividen en dos bandos sin consentir indiferentes o egoístas! Desgraciadamente, como las tempestades en el Océano, todas nuestras sediciones de cuartel se deslizaron por la superficie sin alcanzar a sacudir el fondo.

Si las sediciones de pretorianos denuncian decadencia, los continuos levantamientos populares manifiestan superabundancia de vida. Las naciones jóvenes poseen un sobrante de fuerza que dirijen contra su propio organismo cuando no l'emplean en l'agricultura, la industria, las artes o la conquista. Los pueblos se ajitan para su bien, como los niños saltan i corren para lubricar sus articulaciones i desarrollar sus músculos. Las guerras civiles sirven de aprendizaje para las guerras exteriores: son la gimnasia de las naciones. Santas las llamó Joseph de Maistre, i Chateaubriand sostuvo que reemplaban i rejeneraban a los pueblos.

Nuestros procedimos en sentido inverso: figurándonos que nuestro empirismo semiteológico i semiescolástico era el summum de la sabiduría, cerramos el paso a todo lo que no fuera exclusivamente nacional i nos entregamos ciegamente a la iniciativa de nuestros hombres. I ¿qué tuvimos? Lo de siempre: buenos sabios que de la instrucción pública hicieron un caos, buenos hacendistas que nunca organizaron un solo presupuesto, buenos diplomáticos que celebraron convenciones funestas, buenos marinos que encallaron los buques i buenos militares que perdieron las batallas.

Hoi mismo, después del tremendo cataclismo, nos adormecemos en la confianza, olvidamos que Chile nos daría mil vidas para la juventud, no para hombres que han de luchar en los campos de batalla, sino para funcionarios pasivos que han de anquilosar sus articulaciones entre los cuatro muros de una oficina. Continuamos con todas nuestras preocupaciones de casta i secta, con todas nuestras pequeñeces de campanario. Si persona estraña viene a ofrecernos luz o a querer inocularnos el fermento de vida moderna, nos sublevamos en masa, nos creemos ofendidos el orgullo nacional, i llamamos dignidad herida a lo que en todas partes se nombra ignorancia presuntuosa i desvergonzada. Cuando pluma estrañera censura nuestros vicios sociales o descubre las miserias de nuestros hombres públicos, estallamos de ira i pregonamos a la faz del mundo que en los negocios del Perú deben mezclarse únicamente los peruanos, que nuestros hombres públicos no pertenecen al tribunal del jénero humano, sino a la jurisdicción privativa de sus compatriotas... Afirmaciones de topo que nada concibe más allá de la topera, exclusivismos de infusorio que limita su radio visual a la gota de agua.

III

Nada tan hermoso como derribar fronteras i destruir el sentimiento egoísta de las nacionalidades par'hacer de la Tierra un solo pueblo i de la Humanidad una sola familia. Todos los espíritus elevados i jenerosos converjen hoy al cosmopolitismo, todos repetirían con Schopenhauer que "el patriotismo es la pasión de los necios i la más necia de todas las pasiones". Pero, mientras llega la hora de la paz universal, mientras vivimos en una comarca de corderos i lobos, hai que andar prevenidos para mostrarse corderos con el cordero i lobos con el lobo.

Tenemos que cerrar el paso a la conquista i defender palmo a palmo nuestro territorio, porque la patria no es sólo el pedazo de tierra que hoy bebe nuestras lágrimas i mañana

beberá nuestra sangre, sino también el molde especial en que se vacía nuestro sér, o mejor dicho, l'atmósfera intelectual i moral que respiramos. Tanto debe el hombre al país en que nace, como el árbol al terreno en que arraiga. Conquistarnos, equivale a modificar súbitamente nuestro modo d'existir, a sumerjinos en otro medio ambiente para condenarnos a la asfixia.

I no todo se reduce a nuestro mezquino interés personal. Gozamos de las propiedades nacionales como se goza de un bien usufructuario: si de nuestros padres heredamos un territorio grande i libre, un territorio grande i libre debemos legar a nuestros descendientes, ahorrándoles la afrenta de nacer en país vencido i mutilado, evitándoles el sacrificio de recuperar a costa de su sangre los bienes i derechos que nosotros no supimos defender a costa de la nuestra. Nada tan cobarde como la jeneración que paga sus deudas endosándolas a las jeneraciones futuras.

Ideas más nobles obligan también a repeler todo ataque i vengar todo atropellamiento. "Sufrir una injuria es dar alas a la violencia i contribuir cobardemente al triunfo de la injusticia. Si, el derecho vulnerado cediera sin resistir, el mundo caería mui pronto en garras de la iniquidad".

Los hombres de ayer, que olvidaron todo eso, desfilan a nuestros ojos, sofocando en su pecho la voz del remordimiento i queriendo borrar de su frente las indelebles manchas de lodo i sangre; los hombres de hoì seremos execrados por la jeneración de mañana, si no damos a nuestros músculos vigor para herir i a nuestro cerebro luz para saber dirigir el golpe.

Necesitamos verificar una evolución par'adaptamos al medio internacional en que vivimos. Por carácter, por la benignidad del clima, por la riqueza del país, por la facilidad de vivir holgadamente con poco trabajo, somos pacíficos, anticonquistadores, amigos del reposo i refractarios a la emigración. Por nuestra posición jeográfica, rodeados del Ecuador, el Brasil, Bolivia i Chile, condenados fatalmente a ser campo de batalla donde se rifen los destinos de Sud América, tenemos, que trasformamos en nación belicosa. El porvenir nos emplaza para una guerra defensiva. O combatientes o esclavos.

Cierto, el querer caprichoso no basta para crear instintos nacionales o improvisar acontecimientos; pero la voluntad, firme i guiada por la Ciencia, logra modificar el mundo esterno, variar lentamente la condición moral de las sociedades i convertir al hombre en la verdadera Providencia de la Humanidad. Hai animal

submarino que, a falta de ojos, adquiere antenas para caminar a tientas en las profundidades tenebrosas, i -un pueblo hundido e el oprobio de la derrota no puede crearse pasiones para odiar ni fuerzas para vengarse!

La evolución salvadora se verificará por movimiento simultáneo del organismo social, no por simple iniciativa de los mandatarios. ¿Por qué aguardar todo de arriba? La desconfianza nosotros mismos, el pernicioso sistema de centralizar todo en m nos del Gobierno, la manía de someternos humildemente al impulso de la capital, influyeron desastrosamente en la fortuna del país. Especie de ciegos acostumbrados al lazarillo, quedamos inmóviles al sentirnos solos. Cuando en la guerra perdimos Lima, nos encontramos sin ojos, sin cerebro, como decapitados : En la nación bien organizada el pueblo no vive como el pasajero que descansadamente dormita en su camarote i de cuando en cuando abre los ojos para saber por curiosidad el número de leguas recorridas: por el contrario, todos mandan, todos trabajan, todos velan, porque hacen a la vez de capitán, de tripulación i de pasajeros.

IV

Hai un valor que en los lances supremos conduce al sacrificio, i otro valor que en la existencia diaria se ciñe al cumplimiento de vulgares deberes. No necesitamos ahora del

valor poético i acaso fácil porque sólo requiere un momento de resolución; necesitamos, sí, del valor prosaico i acaso difícil porque exige constancia en el trabajo i conformidad en la medianía. Morir violentamente, a la luz del Sol, entre el aplauso de la muchedumbre, causa menos amargura que perecer lentamente en la oscuridad i silencio de una mina.

Estamos caídos, pero no clavados contra una peña; mutilados, pero no impotentes; desangrados, pero no muertos. Unos cuantos años de cordura, un ahorro de fuerzas, i nos veremos en condiciones de actuar con eficacia. Seamos una perenne amenaza, ya que todavía no podemos ser más. Con nuestro rencor siempre vivo con nuestra severa actitud de hombres, mantendremos al enemigo en continua zozobra, le obligaremos a gastar oro en descomunales armamentos i agotaremos sus jugos. Un día de tranquilidad en el Perú es una noche de pesadilla en Chile.

Hablar de revancha inmediata, de próxima reivindicación a mano armada, toca en delirio; lo seguro, lo cuerdo, estriba en

apercibirse para la obra mañana. Trabajemos con la paciencia de la hormiga, i acometamos con la destreza del gavilán. Que la codicia de Chile engulla guano i salitre; ya vendrá la hora de que su carne coma hierro i plomo.

Dejemos a otros el soñar reivindicaciones sin combates o revoluciones sin víctimas, i pensemos que lo malo no está en derramar sangre, sino en derramarla infructuosamente. Los pueblos no cuentan con más derechos que los defendidos o conquistados con el hierro; y la libertad nace en las barricadas o campos de batalla, no en protocolos diplomáticos ni ergos y distingos de Salamanca.

Digan lo que digan ilusos i sentimentales, quien vence, vence. El vencedor, aunque pulverice al vencido i cometa delitos de lesa humanidad, deslumbra i seduce al mundo. En la mascarada de la Historia, todo crimen con la aureola del buen éxito se conquista el nombre de virtud.

Si algo cuesta salir vencido; respondan los habitantes de Iquique i Tarapacá, condenados a vivir de huéspedes en su propia

casa; responden los de Arica i Tacna, destinados a esperar dudoso rescate, como navegantes cautivados por piratas arjelinos.

Nosotros, que vemos el Sol sin que nos dé sombra la figura del invasor, no alcanzamos a imaginar la reprimida cólera de los peruanos sometidos a la dominación de Chile. Ellos confían i esperan en nosotros. No hablan; pero en silencio nos tienden los brazos, en silencio vuelven los ojos hacia nosotros, en silencio paran el oído aguardando escuchar el rumor de nuestros pasos. Como la Polonia de Víctor Hugo, las poblaciones del Sur esperan i esperan, i nadie va.

I ¿quién ha de ir? Antes que nosotros vayamos hacia ellas alguien regresará contra nosotros. Chile no olvida el camino del Perú, volverá. I sus venidas son de temerse, porque recuerdan las invasiones de los hunos i las razzias de los árboles: él destruye todo lo inmueble, desde la casa del rico hacendado hasta la choza del pobre indio; él traslada a Santiago todo lo mueble, desde el laboratorio de la escuela hasta el urinario de la plaza pública. Quien fabrique un habitación, trabaje una mina o siembre un campo, debe pensar que fabrica, trabaja o siembra para Chile. La madre que se regocija con su hijo primojénito, debe pensar que ha de verle acribillado por balas chilenas; el padre que se enorgullezca con su hija predilecta, debe pensar que ha de verla violada por un soldado chileno.

Mientras se desgalgue la segunda invasión, atengámonos, ver en todas nuestras cuestiones financieras o internacionales la solapada intervención de Chile, cuando no la injerencia escandalosa i las órdenes conminatorias. Resuelto el problema de Arica y Tacna, suscitará nuevas complicaciones para mantenernos en continuo jaque; i el día que aparente olvidarnos o finja sentimientos benévolos, será cuando piense más en nosotros i fragüe mayores perfidias en nuestro daño. No satisfecho con habernos herido i espoliado ni con

hacernos sentir a cada momento la humillación de la derrota, Chile buscará frívolos achaques para denigrarnos i acometernos, porque persigue la obra sistemática i brutal de imprimirnos en la cara un afrentoso estigma, de clavarnos un puñal en el corazón.

1888

15 DE JULIO

La mejor manera de honrar la memoria de los hombres sacrificados por una idea consiste en imitar su ejemplo, no en lamentarse como plañideras ni en rezar como cartujos. Nos haríamos dignos de Bolognesi i Grau, si en vez de limitarnos a enterrar montones de polvo i huesos, sepultáramos hoi todas nuestras miserias i todos nuestros vicios. Los vivos seríamos superiores a los muertos, si trazáramos una línea de luz i dijéramos: aquí termina un pasado de ignominias, aquí empieza un porvenir de rejeneración.

Un soplo de ira sacude el corazón más indiferente al recordar que todo sacrificio fué inútil, al ver que hoi se reduce a procesión fúnebre lo que pudo ser una marcha triunfal hacia l'apoteosis.

Cuando el 2 de Mayo conducíamos al cementerio los cadáveres de nuestros guerreros, destrozados por las bombas españolas, no parecíamos una muchedumbre de sombras escoltando una caravana de ataúdes.

En vano queremos regocijarnos con el recuerdo de acciones heroicas, en vano intentamos seducir al mundo con la justicia 4 nuestra causa i l'alevosía de] enemigo implacable: todos escondemos en el pecho la tristeza del derrotado, todos mostramos en la frente la humillación del vencido.

Como los sacerdotes del Paganismo ya decrepito no podían encontrarse cara a cara sin sonreír maliciosamente, así los hijo, deste pueblo desmembrado i abatido no podemos mirarnos frente a frente sin sonrojarnos de vergüenza.

Esta fúnebre ceremonia recuerda el careo del criminal con la víctima. Estos muertos, si nos honran i nos vindican, también nos acusan. Si estérilmente se sacrificaron ¿ de quién fué la culpa?

Más que recordar acciones mil veces recordadas, más que ensalzar nombres mil veces ensalzados, convendría pensar en estos momentos por qué caímos al abismo cuando podíamos estar de pie sobre la cumbre, por qué fuimos vencidos cuando teníamos derecho i obligación de vencer, por qué no marchamos hoi por el camino de la reivindicación i la venganza.

Pero ¿a qué salpicar de lodo la cara de los vivos mientras cubrimos de flores la tumba de los muertos? Sepultemos con amor a los buenos que nos honran, dejemos en paz a los malos que nos envilecieron i nos envilecen.

II

Todos habríamos deseado que la traslación de nuestros muertos se hubiera reducido a ceremonia de familia; pero la Diplomacia no lo quiso: el hermano en duelo tuvo que verse entre los restos del hermano asesinado i l'aborrecida figura del matador. Nuestro enemigo acaba de enviarnos con ironía sangrienta a los mismos que en el campo de batalla negaron cuartel al prisionero i al herido, a los mismos que en el templo bendijeron i glorificaron el robo, el asesinato i el incendio.

Chile, como el tirano que mataba sus mujeres i después, saciaba en el cadáver su apetito de fiera con delirio jenesíaco, chupó ayer nuestra sangre, trituro nuestros músculos, quiere hoi celebrar con nosotros un contubernio imposible, sobre el polvo de un cementerio.

No creamos en la sinceridad de sus palabras ni en la buena fe de sus actos: hoi se abraza contra nosotros para con la fuerza del abrazo hundir más i más el puñal que nos clavó en

las entrañas. Dejemos ya de alucinarnos: en nuestro enemigo, el hábito de aborrecernos se ha convertido en instinto de raza. En el pueblo chileno, la guerra contra el Perú se parece a la guerra santa entre musulmanes: hasta las piedras de las calles se levantarían para venir a golpear, destrozar i desmenuzar nuestro cráneo. Chile, como el Alejandro crapuloso en el festín de Drydon, mataría siete veces a nuestros muertos; más aún: como el Oteló de Shakespeare, se gozaría en matarnos eternamente.

Aquí, al rededor destes sepulcros, debemos reunirnos fielmente, no par'hablar de confraternidad americana i olvido de las injurias, sino para despertar el odio cuando se adormezca en nuestros corazones, para reabrir i enconar la herida cuando el tiempo quiera cicatrizar lo que no debe cicatrizarse nunca.

Tenderemos la mano al vencedor, después que una jeneración más varonil i más aguerrida que la jeneración presente haya desencadenado sobre el territorio enemigo la tempestad de asolación que Chile hizo pasar sobre nosotros, después que la sangre de sus habitantes haya corrido como nuestra sangre, de sus habitantes haya corrido como nuestra sangre, después que sus campos hayan sido talados como nuestros campos, después que sus poblaciones hayan ardido como nuestras poblaciones.

Entre tanto, nada de insultos procaces, de provocaciones insensatas ni d'empresas aventuradas o prematuras; pero tampoco nada de adulaciones i bajezas, nada de convertirse los diplomáticos en lacayos palaciegos, ni los presidentes de la República en humildes caporales de Chile. Vamos creciendo lentamente, ocultamente como el banco de corales en las inmensidades del Océano. En la escuela, en el taller, en el cuartel, en el hogar, en todas partes, sembramos grano a grano la buena semilla. Acumulemos gota a gota el deseo, de la revancha; i cuando las gotas hayan formado un mar i tenga fuerza nuestro brazo i esté cultivada nuestra intelijencia... entonces cumplamos con nuestro deber.

Recordemos que al vencido le queda un solo consuelo: no esperar clemencia del vencedor. Seamos prácticos: n'olvidemos que las repúblicas rejidas por espíritu de vagas teorías son mujeres jóvenes i ardorosas condenadas a las estériles caricias de un viejo impotente. Abramos los ojos si no queremos que la jeneración naciente sea mañana lo que nosotros somos hoi: enterradores de muertos i lamentadores de infortunios.

En fin, no imaginemos que con haber agotado las flores de los jardines, las figuras de la Retórica i los responsos de la Liturgia, hemos hecho cuanto un pueblo tiene que hacer por la memoria de sus buenos hijos. Hoi celebramos una ceremonia provisional. Los funerales de Atila fueron batallas sangrientas. El funeral digno de Grau i Bolognesi le celebraremos mañana, es decir, le celebrará la jeneración gloriosa que gane a Chile la batalla campal que nos devuelva Arica i Tacna, Iquique i Tarapacá.

1890

TERCERA PARTE

VIJIL

Francisco de Paula González Vijil nació en Tacna el 13 de setiembre de 1792.

En los Apuntes acerca de mi vida, o breve autobiografía inédita que redactó en Diciembre de 1867, dice:

"Mis padres fueron el señor don Joaquín González Vijil y la señora doña Micaela Yañez. Era yo el primogénito de mis hermanos, y por esta circunstancia me dedicaron mis padres al estudio.

Recibí la beca en el seminario conciliar de Arequipa el 16 de Julio de 1803, cuando era obispo el señor Chávez de la Roza, insigne protector, padre del colegio. Estudié Gramática, filosofía, Matemáticas y Teología.

El 12 de Setiembre de 1812 me gradué de doctor teólogo en la universidad de San Antonio de Cuzco. Regresé por Arequipa a Tacna, donde estudié el Derecho Natural con el señor cura doctor don Juan José de la Fuente y Bustamante.

En 1815 me invitó el señor obispo la Encina con el vicerrectorado y la cátedra de Teología en el seminario, si estaba resuelto a ordenarme. Empecé mi viaje a Arequipa, entré a ejercicios en la misma casa del señor obispo; y aterrado a vista de lo que iba a hacer, me fugué la víspera de la ordenación. Después de algunos días, me presenté al señor obispo, quien me recibió con los brazos abiertos. Me dió la cátedra de Filosofía y Matemáticas en el colegio.

En 1817 me enfermé gravemente, y me vino otra vez el pensamiento de ordenarme, lo que apoyó mi director espiritual el venerable padre fray Mateo Campló. Me ordenó de subdiácono en Diciembre de 1818, de diácono en Marzo de 1819 y de presbítero en Setiembre del mismo año el señor Goyeneche, que de antemano me nombrara vicerrector y catedrático de Teología. Fuí a Tacna a decir la primera misa.

En 1822 hice oposición a la silla magisterial del coro de Arequipa. En 1823 me separé enteramente del seminario y volví a Tacna"...

Los Apuntes no derraman mucha luz sobre lo conocido desde 1823 hasta 1826. Acaso esos tres años fueron una época de violentas crisis a lo Jouffroy o de interminables combates a lo Lamennais. ¿Por qué la separación misteriosa i súbita del seminario? ¿Por qué sólo venirle otra vez el pensamiento de ordenarse cuando se vió enfermo de gravedad, probablemente cuando el cerebro no estaría en el ejercicio libre de sus funciones? Esa fuga o escapada en 1815, la víspera de la ordenación, ¿s'esplica por exagerado escrúpulo del buen creyente o por instintiva repugnancia del hombre sin fe a dejarse investir de carácter religioso? Quién sabe si Vijil se consagró a la carrera eclesiástica, no por inclinación espontánea, sino por una de aquellas vocaciones artificiales fomentadas en el seno de las familias católicas. Tal vez la frase "me dedicaron mis padres al estudio" debe de interpretarse por "me dedicaron mis padres a la carrera eclesiástica".

Vijil calla prudentemente las circunstancias que rodearon su ordenación i ciñe sus confidencias a decir que se ordenó de buena fe; pero en otro lugar de sus Apuntes confiesa que desde su primer viaje a Lima, en 1826, se fué trasformando poco a poco, en ese nuevo teatro, al influjo de nuevas ideas. I se concibe, aunque se concibe también que para la trasformación moral de un individuo no basta el poder del medio ambiente sin la docilidad del organismo.

Con la entrada del Ejército libertador a Lima, se coló en el vetusto palacio de los virreyes una ráfaga del espíritu moderno, i la ciudad nacida, según la espresión d'Edgard Quinet, "con las arrugas de Bizancio", ostentó en su semblante la belleza i lozanía de la juventud. Hubo un impulso jeneral de ir adelante, impulso que fácilmente se habría cambiado en estagnación o retroceso, si los españoles hubieron ganado la batalla de Ayacucho. Los hombres que sijilosamente, como practicando un delito, habían devorado un libro trunco de Voltaire o Rousseau, espresaban libremente su incredulidad i su liberalismo. Los realistas empedernidos se daban por republicanos de antigua data, los clérigos se afiliaban a las lojias masónicas, i los poetas que habían sido cortesanos de virreyes i cantores de madres abadesas, se convirtieron en Apolos de Bolívar i Sucre. Nada estraño, pues, que en semejante atmósfera, un hombre como Vijil perdiera la fe o acabara de perderla.

El filósofo sucede al creyente; pero en los primeros escritos el política refrena los arranques del propagandista. Juzgando inconveniente i hasta perjudicial descubrir de

improvisó toda su manera de pensar, no ataca ningún dogma, i en sus disquisiciones canónicas i curialísticas se limita sólo a preparar el terreno para labores m/as radicales. Sin embargo, con sus actos revela lo que no dice con sus palabras: desde entonces, aunque conserva el hábito sacerdotal, no ejerce ninguna función eclesiástica i renuncia toda dignidad que en la Iglesia le ofrecen los Gobiernos. A pesar de su difícil situación pecuniaria, no acepta una canongía en el coro de Lima ni el decanato en la diócesis de Trujillo. "Dejé, dice, al clérigo entregado a teólogos y canonistas con sus cuestiones, y me quedé de hombre y ciudadano".

Como terreno para ejercer su actividad, o más bien, como sucedáneo de las ocupaciones religiosas i docentes, escogió la política i se lanzó a la palestra con todo el entusiasmo de la juventud. Hacía muy pocos años de la Independencia i duraba la hora de las ilusiones. Figurándose que l'América del Sur formaría en breve tiempo repúblicas iguales o superiores a los Estados Unidos, todos los hombres de buena voluntad querían prestar su contingente i consideraban como delito l'abstención. Bolívar no había pronunciado sus desconsoladoras palabras: "La América es ingobernable. Los que han servido a la revolución han arado en el mar. La única cosa que se puede hacer en América es emigrar".

La vida pública de Vijil empieza en 1826 al ser electo diputado por Tacna. De ahí en adelante lleva una existencia variada i activa. Así, de 1826 a 1830 emprende por motivo de salud un viaje a Chile, en 1831 se gradúa de doctor en derecho, desde 1831 hasta 1834 desempeña con algunos intervalos el rectorado del Colegio de la Independencia en Arequipa, de fines de 1836 a principios de 1838 ocupa en Lima el puesto de bibliotecario. Publica también artículos en algunos diarios, compone 3 libros de largo aliento, asiste a las sesiones de los Congresos i emprende viajes a Lima, Tacna, Arequipa, etc.

En los Apuntes dice:

"En 1826 vine a Lima como diputado por la provincia de mi nacimiento; asistí a las juntas preparatorias, y no firmé la representación que hicieron cincuenta y dos diputados pidiendo que se suspendiera la instalación del Congreso, como sucedió..."

En 1827 fui elegido nuevamente diputado, y aunque mi salud no se hallaba en buen estado, concurrí a las sesiones que acabaron en 1828. Escribí algunos artículos en el *Eco de la Opinión*. Concluido el Congreso, navegué para Chile en busca de la salud, contando con lo que había economizado de las dietas de diputado, y regresé a Tacna en 1830.

Elegido diputado en 1831 para el Congreso de 1832, fui a Arequipa, pues el Supremo Gobierno me había nombrado rector del Colegio de la Independencia. Recibí en la Universidad de San Agustín de Arequipa el grado de doctor en derecho, por haber sido de los miembros fundadores de la Academia lauretana. De Arequipa vine a Lima por la segunda vez, como miembro de la Cámara de diputados y entonces se hizo la acusación en que tuvimos parte veintidós diputados (1832).

En 1833 fui elegido diputado a la Convención por mi provincia y por la de Arequipa. Escribí en el *Constitucional* de esa época; y confieso ahora, arrepentido y avergonzado, que me dejé llevar de la exaltación de partido, como lo he notado en el ejemplar de la Biblioteca y otro mío, número 20, el 15 de febrero de 1834...

En Tacna hice oposición el 14 de Marzo de 1836 en una junta pública, al conato de varios sujetos para que la provincia se separase de la capital de la República y de la del departamento y se pusiese bajo la protección del General Santa Cruz, Presidente de Bolivia, que se hallaba de auxiliar en el Perú.

En 1839, después de la victoria de Yungay y la caída de la Confederación, contradije al comisionado del Prefecto de Arequipa, que llevaba el encargo de trabajar en reducir el nuevo departamento a su antiguo estado, reincorporando sus provincias al departamento de Arequipa... Poco después fui conducido por soldados, para ir al destierro, de orden del General que entonces ejercía poder absoluto en el Sur, lo que tuvo la aprobación del

Presidente Gamarra: me creyeron cómplice en la Confederación... El 28 de julio zarpó para Valparaíso, buque que nos llevaba desterrados.

De Chile volví a Tacna en Enero de 1840.

L'actividad en la vida pública de Vijil terminó por 1845 cuando vino por segunda vez a desempeñar en Lima el cargo de bibliotecario. Tenía ya concluida la primera parte de su obra Defensa de l'autoridad de los Gobiernos contra las pretensiones de la Curia romana, i de ahí en adelante, vivió exclusivamente consagrado a sus estudios predilectos i publicación de sus escritos.

No quiere ya mezclarse en la política militante i hasta s'esquiva de intervenir en las discusiones parlamentarias, alegando por excusa el mal estado de su salud. Así, en 1851 asiste mui poco a las sesiones del Congreso i en 1866 s'exime de admitir la senaduría. Quién sabe sentía el prematuro cansancio de la edad, quién sabe estaba desengañado de la vida pública. Habían trascurrido algunos años desde la Independencia i se cumplía la predicción de Bolívar.

"Estos países caerán infaliblemente en manos de la multitud desenfrenada para pasar después a las de tiranuelos casi imperceptibles, de todos colores y razas, devorados por todos los crímenes y estinguidos por la ferocidad.

Aunque fué ocho veces electo diputado i una vez senador, aunque luchó con denuedo i enerjía en las Cámaras o fuera d'ellas, Vijil nunca figuró en sitio culminante ni pudo ejercer acción decisiva i capital sobre los graves acontecimientos del país. Con su carácter de clérigo laico se había colocado en situación delicadísima. En pueblos como Francia, un Lakanal es miembro de l'Academia de Ciencias, un Daunou par, un Sieyés director i cónsul, pero en naciones como el Perú, el clérigo que rompe con la Iglesia vive condenado al aislamiento, a una especie de secuestro social. Dichoso si le dejan morir en calma. Vijil ministro de justicia, Vijil vocal de una corte, Vijil presidente de la República, habría suscitado una oposición jeneral. Por eso, mientras clérigos públicamente simoníacos i libertinos, pero ortodoxos, eran ministros i obispos, él, públicamente impecable, pero heterodojo, murió de simple bibliotecario.

Con sus ideas políticas no produjo tanto ruido como con sus ideas religiosas: se manifestó siempre republicano moderado, liberal a estilo de los revolucionarios franceses de 1848. Defendió la libertad de consciencia, la tolerancia de cultos, el matrimonio civil i el divorcio; pero siempre tuvo la concepción romana del Estado omnipotente. Así, al quitar a la iglesia los privilejios i l'autoridad suprema sobre las consciencias, no lo hacía tanto para emancipar completamente al individuo cuanto para consolidar i ensanchar, el poder del Estado.

Como siempre sostuvo las mismas convicciones, como permaneció firme i leal mientras sus antiguos correligionarios cedían i prevaricaban, se rodeó de inmenso prestigio, aunque no discípulos o imitadores. Mil aplaudían su actitud i le daban razón; nadie le imitaba o le seguía. Confinado en su biblioteca, representaba el papel de jefe honorario de un partido liberal sin liberales, como quien dice, jeneral de un ejército sin soldados.

III

Pero al ahuyentarse de l'arena política, Vijil no se introdujo en campo más tranquilo. A las ajitaciones del hombre público sucedieron las penurias del escritor, el ímprobo afán de años enteros en conseguir recursos para costear la impresión de sus libros. Su primera obra, empezada en 1836 i concluida en 1845, no pudo salir a luz hasta 1848 i 1849.

"En 1845, dice en los Apuntes, vine por la cuarta vez a Lima a buscar suscripciones para imprimir la primera parte de la obra, interrumpida en el destierro y concluida en Tacna después del regreso.

Mucho he sufrido en la impresión de mis escritos por falta de fondos para costearla. Muchas vergüenzas he pasado. Escribía a sujetos de esta capital y de fuera de ella para que me hiciesen el favor de buscarme suscripciones; y como éstas no alcanzaron a los gastos hechos, quedé adeudado y tuve que enajenar dentro de la familia la parte que me tocaba entre mis hermanos para pagar a mis acreedores...

Publicada la obra en 1848 y 1849, la condenó en un breve. especial el papa Pío IX a solicitud del señor arzobispo de esa época. Con motivo de la condenación escribí una carta al Papa y analicé su breve: la carta y el análisis fueron condenados por la Congregación del Índice, lo que fué plenamente aprobado por el Pontífice".

Dos condenaciones seguidas: no bastó mas para que Vijil convirtiera en objeto de admiración para unos i materia d'escándalo para otros. Un hereje que, en lugar de amilanarse con los anatemas, erguía la cabeza i s'encaraba con el Sumo Pontífice, era cosa nunca vista en el Perú. Olavide no había sido más que un hereje inédito, un impío de salón, un seudo filósofo que terminó por arriar bandera i cantar la palidonia.

Soportando los insultos i calumnias de la jente santa, sin protección alguna de los Gobiernos, atenido a sus propias fuerzas, Vijil continuó por más de veinticinco años en su obra de propagandista i defensor del Estado contra la Iglesia. Los Apuntes contienen la enumeración de sus principales trabajos.

"En 1852 publiqué el Compendio de la obra ordenada y un cuaderno de Adiciones a la Defensa de la autoridad de los Gobiernos contra las pretensiones de la Curia romana, á que siguió luego la condenación.

En 1856 publiqué la segunda parte, Defensa de la autoridad de los Obispos, y en 1857 su Compendio, así como la Ojeada al Equilibrio, segunda edición aumentada de la que hice en 1853...

En 1858 hice publicar en Bruselas un volumen contra la Bula dogmática de 8 de Diciembre de 1854.

En 1859 compuse y se publicó el Catecismo patriótico. En 1861 el Compendio de los Jesuitas. En 1862 el tomo primero de los Opúsculos sociales y políticos; otros se hallan impresos separadamente ó en periódicos y la mayor parte inéditos. Escribí en el Constitucional de 1858; en la América y en la Democracia de 1862. En 1863 publiqué la obra de los Jesuitas. Publicados están igualmente en 1863 cinco opusculos sobre tolerancia y libertad civil de cultos y otro en defensa de los anteriores; corren éstos en un volumen.

También en 1863 publiqué un Manual de Derecho público eclesiástico para el uso de la juventud americana y unos Diálogos sobre la existencia de Dios y de la vida futura. Uno y otro trabajo fueron condenados por la Congregación del Índice el 25 de Abril de 1864, lo que fué aprobado por el papa Pío IX el 29 del mismo mes. Con motivo de la condenación de los Diálogos, en que defendí la existencia de Dios y de la vida futura, tengo escrita una segunda carta a Pío IX, que no he querido remitírsela.

En 1867 he trabajado la impugnación de un folleto intitulado Examen comparativo de la monarquía y de la república. Además un Bosquejo histórico de Bartolomé de las Casas, Defensa de Bossuet y de Fenelón, y varios opúsculos sobre diferentes acontecimientos del año".

Como se ha visto ya, Vijil redactó los Apuntes en Diciembre de 1867; pero algunos años después, agregó esta nota bibliográfica:

"Posteriormente se ha publicado un volumen en 1871 que contiene mis tres cartas a Pío IX, la primera con motivo de la condenación de la Defensa de la autoridad de los Gobiernos, la segunda por la condenación de los Diálogos, y la tercera á consecuencia de la Infalibilidad. Contiene varios documentos al caso".

Deja inédita una obra capital en que, apartándose de cuestiones canónicas i curialísticas, se muestra francamente racionalista i refuta uno por uno todos los dogmas católicos, desde

el pecado orijinal hasta la divinidad de Jesucristo. Libro pesado en la forma i poco nuevo en el fondo, no hará olvidar las obras conyéneres de Peyrat, Larroque i principalmente de Strauss. Publicado hoi, a los veinte o veinticinco años d'escrito, después de los profundos trabajos emprendidos por los alemanes, ingleses i franceses, el libro produciría entre los eruditos i exejetas europeos el mismo efecto que la resurrección de un hombre muerto en el siglo XVI.

Pero, si la obra inédita no encierra el mérito de la novedad, conserva gran valor documentario para conocer la evolución sicológica del autor i esplicamos su modo de proceder en la tarea propagandista.

Dice en el Prólogo:

"En un campo limpio y llano basta el riego y el arado algunas operaciones más, para echar la semilla del fruto se intenta recoger; pero cuando hay árboles, plantas y malezas que es preciso descuajar, ha de proceder otra suerte trabajo, á veces duro y prolongado, hasta llegar al objeto principal.

Estas reglas fundadas en la prudencia me han servido de guía en mis estudios y en los trabajos que he emprendido en servicio de mi patria y de toda la América. En países católicos, donde hay una creencia profundamente arraigada y la religión católica ocupa lugar entre las leyes fundamentales del Estado, no es dable ni conveniente y pudiera ser en extremo perjudicial emitir la última idea que se tiene en el ánimo, emitirla exabrupto; lo que á más de acarrear escándalo y gran perturbación en las conciencias, produciría un efecto contrario al que se intentaba y retardaría en vez de verificar su realización.

Por tanto, quise proceder gradualmente".

Vijil, en su evolución relijiosa, se despojó de las creencias católicas, para vivir confinado en una especie de cristianismo liberal o vago teísmo cristiano. Al decir que "dejó al clérigo entregado a los teólogos i se quedó de hombre", tuvo por conveniente agregar: "aunque siempre cristiano, porque el Evangelio es la religión de todo hombre de bien, pero como estaba en el corazón de Jesucristo". Cristianismo un poco vago i de latitud inmensa desde que nadie sabe con seguridad i precisión lo contenido en la cabeza de Jesucristo: al saberlo, no habría mil sectas cristianas, apoyadas todas en l'autoridad de los Evangelios. (En sus Diálogos, más dignos del padre Almeida que de Platón, defiende con tanto ahinco la existencia de Dios i la inmortalidad del alma, cifra tanta confianza en el poderío de sus razones, que el lector menos maligno disfruta el placer de sonreírse, ya que no alcanza la felicidad de convencerse. Ante las formidables acometidas de los revolucionarios modernos contra el orden social i relijioso, los ataques del heterodojo peruano parecen tiros de mosquete junto a descargas de cañón Krupp. Sin embargo, en este pueblo de secular fanatismo español, los escritos de Vijil pasan hoi mismo por atrevidas novedades, aparecen como trochas en el corazón de una selva primitiva.

IV

Al revés de Olavide, que en los últimos años vivió tristemente, viéndose desdeñado por los ortodojos como antiguo apóstata i por los heterodojos como nuevo prevaricador, Vijil tuvo una vejez honrosa i se conquistó la suprema gloria que apetece un anciano, verse respetado i creído. Como desde sus primeros anos supo rodearse de simpatía, como logró imponerse con su austeridad i buena fe, no sufrió persecuciones i pudo ejercer libremente su propaganda o apostolado solitario.

Murió en Lima el 9 de junio de 1875. Los sacerdotes asediaron su agonía par'arrancarle una retractación in extremis o tener ocasión de inventarla; pero él rechazó todas las insinuaciones i murió laicamente, "en los brazos del buen Jesús", como repetía en los últimos momentos.

Temeroso alguna vez de que su cadáver fuera objeto de profanaciones, había designado como sepulcro la isla de San Lorenzo, hasta que sus restos fueran trasladados a Tacna. Pero sus temores no se realizaron; Lima en 1875 no era ya la Lima que algunos años antes apedreaba en las calles a los diputados que en la Convención defendían la libertad de cultos. Como algunas provincias de la República, sin amedrentarse con los anatemas de Pío IX, elejían representante de la nación al escomulgado, así el pueblo de la Capital, sin oír las imprecaciones clericales condujo en hombros el cadáver del impenitente.

I el pueblo tuvo razón: pocas vidas tan puras, tan llenas, tan dignas de ser imitadas, como la vida de Vijil. Puede atacarse la forma i el fondo de sus escritos, puede tacharse hoi sus libros, de anticuados o insuficientes, puede, en fin, derribarse todo el edificio levantado por su intelijencia; pero una cosa permanecerá invulnerable i de pie, el hombre.

Vijil consumió en el estudio los dilatados años de su existencia, se mantuvo libre de miserias en atmósfera saturada de todas las malas pasiones i atravesó ileso las vergonzosas épocas de corrupción en que los más fuertes cayeron i los más limpios se mancharon. Cuando llegó la hora de partir a lo Desconocido, se hundió en el sepulcro sin pronunciar una cobarde retractación ni amilanarse con alucinaciones i espejismos de ultratumba. En resumen, supo vivir i morir como filósofo.

Vendiendo su patrimonio para costear la publicación de sus libros, soterrándose por más de treinta años entre los pergaminos de una biblioteca, luchando sin miedo ni jactancia para llevar a cabo la magna empresa de secularizar la vida, trabajando constantemente en dar luz a los miopes del entendimiento i vigor a los enfermos de la voluntad, contestando cortésmente o con leves ironías a los ataques brutales de la superstición i la ignorancia, se presenta como un ejemplo i también como un'acusación.

Lutero, al romper con la Iglesia, sintió una incesante cólera, interrumpida por gritos de un remordimiento que le hacía envidiar a los muertos; Vijil, al perder las creencias de los primeros años, conservó la injénita mansedumbre de carácter. Bastaba contemplar una sola vez su fisonomía para convencerse que había matado el odio en su corazón. Pero no hai que atribuir su imperturbable mansedumbre a timidez o cobardía: bajo l'apacibilidad del hombre manso. El supo encararse con Santa Cruz, Gamarra y Castilla cuando muchos enmudecían i temblaban. Como escritor figura en el número de los osados i valientes. Atacar el fanatismo en sociedad de fanáticos ¿no vale tanto como salir a la barricada o al campo de batalla?

Entre sus muchas cualidades resaltaba "la enerjía moral de la voluntad". Nunca se abatió. En las épocas de mayor producción cerebral tuvo que luchar con su propia naturaleza débil i enfermiza. Postrado en cama acometido de constantes hemorragias, acosado por fuertes dolores neurálgicos, pensaba i producía sin tener aliento para redactar sus ideas. Obligado a permanecer horas enteras inmóvil i d'espaldas, ni aún podía leer. Entonces le servía de plumario i lector un muchacho hemipléjico, ignorantísimo, que en la lectura de libros franceses o latinos una pronunciación estrafalaria.

Al tratarse de Vijil, sus adversarios pronuncian como argumento máximo la misma palabra que ayer escucharon Lutero i Calvino, que hoi escuchan Renan i el padre Jacinto, apostasía. Cargo pueril: si los hombres maduros no se hubieron despojado de los errores adquiridos en la niñez ni de las ilusiones forjadas en la juventud, la Humanidad no habría salido de cavernas i bosques. El fanático, olvidando que nada definitivo hai en el pensamiento del hombre, se inmoviliza en una secta o partido, mientras el verdadero pensador evoluciona incesantemente, considerando toda creencia política o relijiosa como hipótesis provisional.

Acusen a Vijil por exajeración de las buenas cualidades, no por esceso de las malas. Era un altruísta con subido color de optimismo. Poseía sencillez infantil que no le dejaba velo de ciertas acciones o palabras. Sólo por inefable

candor haber escrito al fin de los Apuntes

"Si mis trabajos fueran en adelante apreciados ó mereciesen alguna consideración, yo pido en recompensa á los gobernantes de mi patria que sirvan lealmente y hagan felices á unos pueblos tan dignos de serlos por muchos títulos".

Gobernantes i gobernados no tendrán su vademecum en las obras de Vijil, porque jeneralmente pecan de indijestas, porque no poseen la majia del estilo: más que leídas i estudiadas, serán discutidas i citadas de segunda mano. Pero, leídas o no, su autor merece un grato recuerdo: los hombres que en el Perú combatan por la Razón i la Ciencia contra la Fe i la ignorancia, deben agradecer mucho al verdadero precursor, al viejo soldado que allanó el camino, que luchó en la vanguardia, que dió i recibió los primeros golpes.

En fin, por la fortaleza de carácter, por la sinceridad de convicciones, por lo immaculado de la vida, Vijil redime las culpas de toda una jeneración. No tuvo rivales ni deja sucesores, i descuella en el Perú como solitaria columna de mármol a orillas de río cenagoso.

1890

INSTRUCCIÓN CATÓLICA

Je ne veux pas que les prêtres se mêlent
de l'éducation publique.

NAPOLEON

Cojamos un plano de Lima, señalemos con líneas rojas los edificios ocupados por congregaciones relijiosas, como los médicos marcan en el mapamundi los lugares invadidos por una epidemia, i veremos que nos amenaza la irresistible inundación clerical. Padres de los Sagrados Corazones, Redentoristas, Salesianos, Jesuitas i Descalzos, todos fundan o se preparan a fundar escuelas. Hasta nuestro viejos i moribundos conventos pugnan por rejuvenecerse i revivir para constituirse en corporaciones docentes.

De la Capital, las congregaciones irradian a toda la República: reinan en Arequipa, dominan en Cajamarca, invaden Huánuco, amenazan Puno, i terminarán por adueñarse de las últimas rancherías o pagos. Todo con tolerancia de Congresos, anuencia de Gobiernos i beneplácito de Municipalidades i Beneficencias. Nuestros obispos, que todavía guardan en sus cerebros el pliegue de la Edad media, no estiman el mérito de la propaganda tolerante i se hacen odiosos con la intransijencia del sectario, mientras sacerdote extranjero, que viene amaestrado con la esperiencia di pueblos más cultos i obedece a la consigna de corporaciones bien organizadas, procede con dulzura i miramientos, con lentitud i cautela; avanza dos pasos i retrocede uno; evita discordias, no ataca de frente, i jamás se impacienta porque confía en el auxilio del tiempo: *patiens quia aeterna*.

Todos los sacerdotes extranjeros van al mismo fin i se valen de iguales medios, desde el Visitador dominico hasta el Delegado apostólico, desde el azucarado padre francés que representa la metamorfosis masculina de la Pompadour, hasta el grotesco fraile catalán que personifica la evolución mística del torero.

Trabajan como las hormigas blancas en el maderaje de una casa o las madrêporas en las aguas del mar; notamos la magnitud de la obra cuando las vigas se desploman sobre nuestra cabeza o, el arrecife despedaza la quilla de nuestro buque.

Repitiendo con Leibniz² que "el dueño de la educación es dueño, del mundo", quieren apoderarse del niño, i han empezado por casi monopolizar en Lima la educación de las mujeres pertenecientes a las clases acomodadas.

Los colejos dirijidos por institutoras laicas viven difícil i precariamente, porque las madres de familia prefieren educar a sus hijas en el Sagrado Corazón, los Sagrados Corazones o el Buen Pastor, aun cuando las directoras de esos planteles renombrados

hagan de las niñas todo lo que se quiera, reinas o cortesanas, menos buenas esposas i buenas madres. Con efecto: la moral de las monjas se reduce al cultivo de la vanidad; la reliji3n, a la inconsciente pr3ctica de ceremonias supersticiosas; la ciencia, a nada o cosa que vale tanto como la moral i la reliji3n. Una se1orita, con diploma de tercer grado, sabe de Jeograf3a lo suficiente para ignorar si a Calcuta se va por mar o por tierra, i conoce de idiomas lo indispensable para chapurrar un franc3s de Gascogne o balbucir un ingl3s del Canad3. Las m3s aprovechadas en Bellas Artes arrancan del piano musiquitas con sonsonete de mirliton, o pintan (s3lo durante su permanencia en el colejo) cuadros en que refunden las estampas d'Epinal i las v3rjenes quite1as⁴. En cambio, todas las j3venes educadas por monjas salen eximias bordadoras en esterl3n: bordan zapatillas para el pap3 que no las usa, relojeras para el hermano que no tiene reloj.

Hai m3s: todos esos colejos, fundados so capa de instruir a las mujeres, no persiguen m3s objetivo que la difusi3n del fanatismo. Agentes de corporaciones masculinas, radicadas en Par3s o Roma, todas las congregaciones femeninas a estilo del Buen Pastor, los Sagrados Corazones o el Sagrado Coraz3n hacen el papel de ruedas movidas por conexiones ya visibles, ya subter3neas. 3Qu3 significan los directores espirituales, los capellanes, los visitantes? El Clero no aparece muchas veces, pero se deja sentir siempre. Los cl3rigos en la sociedad recuerdan a los cuerpos opacos en el Firmamento: aunque no se descubren a la vista, manifiestan su presencia por las perturbaciones que causan en los astros vecinos.

Hai m3s a1n: las monjas no reparan en medio alguno para satisfacer su voracidad de adquirir dinero: padecen el mal del oro i hasta presentan s3ntomas de cleptoman3a. Como no las anima el lucro individual, como no atesoran para s3, la impudencia en la rapacidad admite causas atenuantes: parodian a San Mart3n, porque no teniendo manto propio, sustraen el ajeno para dividirlo no siempre con el necesitado. As3, no s3lo cobran una pensi3n exorbitante, no s3lo la recargan con los llamados cursos de adorno, no s3lo aumentan fabulosamente el ramo de los extraordinarios s3lo presentan inconcebibles suscripciones para interminables obras p3as, no s3lo especulan con libros, 3tiles d'escritura i dibujo, art3culos de pasamaner3a, baratijas de iglesia, sino llevan parsimonia hasta implantar el r3jimen de nutrici3n homeop3tica.

Deficientemente alimentadas en la 3poca m3s cr3tica de evoluci3n org3nica, las mujeres no se desarrollan ampliamente almacenan fuerzas para m3s tarde, de modo que al terminar su educaci3n, cuando regresan al seno de la familia despu3s de seis o siete a1os de clausura i abstinencia, parecen deteriorados i viejos organismos que hubieran realizado ya el doloroso trayecto de la vida.

Tales mujeres 3qu3 pueden concebir al ser madres?, una prole an3mica, raqu3tica, destinada a consumir como art3culos de primera necesidad el hierro i el aceite de bacalao. En las familias acomodadas, no estra1a ver hoi ni1os con vientres descolgados i fofos, piernas torcidas, pechos hundidos, espinazos en arco, i lo que m3s prueba el empobrecimiento de una raza, fisonom3as seniles, caras de viejo. Nos amenaza, pues, una evoluci3n a la inversa, un retroceso al tipo ancestral; pero semejante calamidad no, entristece a las buenas madres ni a los buenos padres: como el, buen cat3lico no resume la perfecci3n humana en el dicho del antiguo fil3sofo: "entendimiento sano en cuerpo sano".

Buena, perfecta, la monja es mujer incompleta i por consiguiente una mala institutora que hace de la escuela un remedo del convento en vez de trasformarla en instituto moral donde las mujeres se aleccionen para ejercer las dos elevadas funciones de la vida: el amor i la maternidad. 3Qu3 saben de amor los corazones abiertos a Dios i cerrados al hombre? 3Qu3 saben de maternidad los vientres que no sintieron el placer de la concepci3n ni dolor del alumbramiento? Buena, perfecta, desvi3ndose i desvel3ndose por igualar a la madre, la monja confunde la melosidad con la ternura, la inclemencia con la justicia, la hipocres3a

con el pudor, i sólo consigue ofrecer una maternidad fría, empalagosa de oficio, en una palabra, contrahecha o d'encargo relance venal.

Se pregona jeneralmente que si los hombres dictan leyes, las mujeres establecen costumbres. Aquí, donde el hombre se distingue por la debilidad de carácter, donde la fortaleza de ánimo parece concentrada en el sexo femenino, la sociedad verificaría una evolución saludable si la mujer no empleara como único medio de dominación los atractivos sensuales. Desgraciadamente, el dominio, de la mujer peruana sobre el hombre es un doble dominio de harén i sacristía: el clérigo detiene a la mujer por el fanatismo, la mujer detiene al hombre por el sexo.

La educación de los varones no entraña menos vicios que la educación de las mujeres. Los niños, contaminados con el ejemplo de un hogar invertido i fanático, ingresan a escuelas de clérigos donde acaban de malearse o a escuelas de seglares donde no logran corregirse.

En las clases acomodadas (como pasa con las mujeres), los niños confiados a las congregaciones docentes cuentan en mayor número. El hombre de nuestro pueblo no averigua si la escuela primaria se llama libre o nacional, si la rejentan clérigos o seglares, contentándose con aprovechar de la instrucción gratuita, venga de donde viniere; pero nuestro semiburgués i nuestro pseudoaristócrata, sea por convicciones, moda, espíritu de imitación o vanidad, prefieren casi siempre la escuela del clérigo, señaladamente la del jesuita, que pasa en Lima por centro aristocrático. Un diputado, un prefecto, un jeneral, un ministro, un vocal de la Corte, en fin, cualquiera de esos mulatos o cuarterones enriquecidos en el dolo y la concusión o encumbrados por el favor i la intriga, no se resigna fácilmente a que en la escuela municipal i gratuita se rocen sus hijos con los hijos del artesano i del jornalero.

Hasta los individuos que blasonan de incredulidad ceden, a las influencias de familia i confían sus hijos a los clérigos, imaginándose que el hombre maduro se despoja fácilmente de los errores adquiridos en la infancia. Cierto, los estragos de una mala educación primaria se remedian con una buena instrucción media i superior; mas, ¿quién las da en el Perú? Aquí no educa i apenas se instruye. Al peruano que termina su instrucción le quedan dos trabajos, si quiere vivir intelectualmente con su siglo: olvidar lo aprendido i aprender de nuevo. Hai que ser auto pedagogo.

¿Qué sucede con la instrucción oficial? Como no funcionan escuelas normales, los directores de Liceos brotan por jeneración espontánea o se forman por decreto nominativo del Gobierno; como los profesores no pueden atenerse a un sueldo inseguro, mezquino i deficiente, el profesorado, en lugar de ser ocupación exclusiva o carrera pública, se convierte señaladamente en las universidades en cargo suplementario, auxiliar o de lujo.

¿Qué pasa con la instrucción independiente? Universidades libres no existen, liceos o gimnasios de igual clase luchan desesperadamente para no ceder a la competencia de los clérigos. Poseemos maestros hábiles, ilustrados i de tanta elevación moral que llevan el desinterés hasta el sacrificio; pero esos buenos obreros laboran silenciosa i oscuramente como la savia en el interior del árbol: se recata el mérito, se impone el reclame; s'eclipsa el pedagogo, i brilla el pedante. Hai hombres que optan por el majisterio como elejirían un trabajo manuable, que fundan un liceo como establecerían un'ajencia de domésticos i que de la noche a la mañana se consagran pedagogos como Don Quijote se armó caballero.

Pertenecientes a las universidades o a los liceos, rentados por la nación o fomentados por las familias, los preceptores siguen la rutina: una enseñanza puramente científica i sin oxidaciones teológicas no se concibe ni se admitiría. Así, negada la iniciativa personal i ahogado todo estímulo, abundan cátedras en que las lecciones se reducen a desgrefiadas

disertaciones con ergos i distingos, cuando no a la simple comunicación de copias extractadas de libros anejos i recalitrantes.

En resumen: si la enseñanza oficial es casi siempre una inoculación morbosa, la enseñanza libre suele dejenerar en industria ilícita o comercio con fraudes i contrabando.

Entre tanto, ¿quién remedia el mal? ¿El pomposamente llamado Consejo superior de Instrucción pública?, triste remedo del Conseil supérieur de l'Instruction publique, es un cónclave de legos, una camarilla dominada por astucia i charlatanería. ¿Los Ministros de instrucción?, más preocupados de políticas quede cuestiones sociales, pasan i pasan como nubes secas sin dejar un solo buen recuerdo. ¿Los Congresos?, tienen labor de sobra con aprobar contratos, discutir proyectos que no paran en leyes i decretar presupuestos que nadie observa. ¿Las Municipalidades i Beneficencias?, el bello ideal de Alcaldes municipales i Directores de Beneficencia se cifra en confiar todas las escuelas primarias a los Hermanos Cristianos. En el Concejo Provincial de Lima funciona desde tiempo inmemorial una Inspección de Instrucción: pues bien, de todos los inspectores no brotó jamás la iniciativa para una sola reforma útil, i si hubiera brotado, no habría despertado el menor eco en el cerebro de los concejales.

El Gobierno descuida la instrucción industrial i profesional, La Escuela de artes i oficios fue convertida en cuartel, el Instituto de Agricultura en hacienda de panllevar. La Escuela de construcciones y de minas, con todas sus apariencias de satisfacer una imperiosa necesidad, constituye el mayorazgo de unos cuantos profesores, el privilegio de unos pocos alumnos i el ataque directo a los intereses de la mayoría. ¿Hai acaso derecho de invertir injentes sumas en diplomar anualmente una docena de ingenieros, mientras miles de hombres carecen d'escuelas donde aprender los rudimentos más indispensables?

El fomento de la instrucción científica o superior, a costa de la industrial i primaria, ensancha más el abismo que separa las distintas clases sociales: de un lado, los que nada saben ni esperan saber. ¿De qué aprovecha la instrucción que se levanta sin estenderse? Instruir a un pueblo ¿consiste acaso en dar a unos cuantos privilegiados un caudal más o menos puro de conocimientos trascendentales? Si los privilegiados adquirieran ciencia profunda, i por consiguiente humana, servirían de agentes civilizadores i benéficos; pero no, resultan sabios a medias, con inteligencia suficiente par'aguzar la malicia, sin moralidad necesaria para refrenar los malos instintos: globos a medio inflar, vuelan a ras del suelo arrancando con el ancla los techos de las casas i las plantas de los sembrados.

Ahí están nuestras universidades. ¿Qué bien hicieron, qué luz derramaron todos esos hombres que vivieron incrustándose en el cerebro la Instituta de Justiniano, el Código Civil i el Derecho Canónico? La instrucción universitaria sirvió para henchir de orgullo a los mediocres, infundir exajeradas ambiciones en los ineptos i atestar la nación de infatigables pretendientes a los cargos públicos. Dice Tolstoy que "las universidades rusas preparan, no los espíritus que necesita el jénero humano, sino los espíritus que necesita una sociedad pervertida". De nuestras universidades surgen lejiones de abogados que se lanzan a la política, como los pabellones negros a los mares de la China. Para nuestros doctores in utroque no hai ciencias de observación i d'esperimento, sino alegatos con pidos i suplicos: fuera de sus Códigos i de su Práctica Forense, nada saben; sin embargo, constituyen la materia prima de donde salen el financista, el diplomático, el pedagogo, el literato i hasta el coronel. Al recibirse de abogado, un hombre obtiene en el Perú diploma de omnisciencia i patente de corso. Con una moral basada en la interpretación elástica de la Lei, sin escrúpulos ni remordimientos desde que las ambigüedades i casuismos del Código encierran toda obligación i toda sanción, nuestros rábulas atraviesan la sociedad perfectamente abroquelados para la lucha por la existencia. No merecen un panejírico

nuestros militares, llevan sobre la conciencia mui graves delitos; pero, si quiere juzgárseles con imparcialidad, debe recordarse que al oído de todo sátrapa con entorchados zumbó siempre un abogado de alma hebrea i corazón cartajinés.

Si el Foro peruano forjará las armas para contrarrestar la invasión negra, estamos lucidos. Todos nuestros doctores pertenecen a la Unión católica, a l'Adoración perpetua i a l'Archicofradía de nuestra Señora del Rosario, i los poquísimos que aciertan a emanciparse del yugo relijioso disimulan su emancipación como una enfermedad venérea: dejan al clérigo hacer con tal de que el clérigo les deje vivir i medrar.

Para enseñar Injenitura, Medicina o Filosofía, buscamos injenieros, médicos o filósofos, mientras para educar personas destinadas a establecer familia i vivir en sociedad, elejimos individuos que rompen sus vínculos con la Humanidad i no saben lo que encierra el corazón de una mujer o de un niño. La educación puede llamarse un enjendramiento psíquico: nacen cerebros defectuosos de cerebros mutilados. ¿Cómo formará, pues, hombres útiles a sus semejantes el iluso que hace gala de romper con todo lo humano, de no pertenecer a la Tierra sino al Cielo? ¿Qué sabe de luchas con las necesidades cotidianas de la vida el solitario que no trabaja ni para mantenerse a sí mismo? ¿Qué sabe de sudor ni de fatigas el venturoso que no siembra ni cultiva? ¿Qué sabe de pasiones humanas el mutilado del amor, del sentimiento más jeneroso i más fecundo? Mírese desde el punto de vista que se mire, el sacerdote carece de requisitos para ejercer el majisterio.

Tiene algo ríjido, marmóreo i antipático el individuo que vive segregado de sus semejantes i atraviesa el mundo con la mirada fija no sabemos qué i la esperanza cifrada en algo no llega. Ese vacío del corazón sin el amor de una mujer, ese despecho de no ser padre o serlo clandestinamente, hacen del mal sacerdote un alma en cólera, del bueno un insondable pozo de melancolía. Nada tan insoportable como las jenialidades históricas o las melosidades jembundas de los clérigos, que poseen todos los defectos de las solteronas i ninguna de las buenas cualidades femeninas: especie de andrójinos o hermafroditas, reúnen los vicios de ambos sexos.

La crónica judicial de las congregaciones docentes prueba, con hechos nauseabundos el riesgo de poner al niño en comercio íntimo con el sacerdote. A mayor misticismo i ascetismo del segundo, mayor riesgo del primero. Lo relijioso i lo voluptuoso andan tan unidos que el místico suele concluir por encerrarse en el harén, como el libertino acaba muchas veces por desvanecerse en las nubes. La predilección de las mujeres por Jesús i de los hombres por María ¿no revela que hasta en la devoción intervienen la voluptuosidad i el sexo? Penitencias i oraciones que parecen servir d'escudo a la tentación actúan como despertadores sensuales. Las santas, al salir de sus éstasis, se retorcíán como serpientes en el fuego i rompían en jaculatorias que remedaban los suspiros del orgasmo; los santos eremitas, después de velar noches enteras en arrodillamientos i maceraciones, sentían en sus carnes las tenazadas de la lujuria i, como leones, rujían al recuerdo de las prostitutas romanas.

Por su manera de ser, por sus ademanes i hasta por su vestidura o disfraz, los clérigos repelen, como la emblemática imagen de su doctrina. Cubiertos de negro desde los pies a la cabeza, encajonados en la sotana, no parecen hombres que se mueven como los demás hombres, sino ataúdes que marcharan solos. Si limpios, son el cuello de mostacillas, los puños de hilo bordado, las hebillas de plata, los polvos de arroz, el almizcle de la mujer pública i todas las frivolidades que patentizan el afeminamiento del sexo; si desaseados, son la barba eternamente a medio crecer, el rostro lubricado con la grasa de la primera comunión, la lluvia de caspa en los hombros, la uña con el implacable filete oscuro i el olor a mugre revuelta con sudor avinagrado.

N'obstante, clérigos i frailes sueñan con cernerse sobre la Humanidad, cómo si hubieran caído de un astro incorruptible i gozaran d'exención divina. Emparedados en su yo,

creyéndose superiores a los demás hombres, personifican el orgullo; i cuando quieren mostrarse humildes, s'humildad, como el harapo de Diógenes, deja traslucir la soberbia. I nada más natural: una clase que se imagina poseer la única verdad, que se proclama investida de carácter sagrado, que pretende redimir los pecados del rei i del mendigo, que delira con trasportar a Dios del Cielo, debe rebosar de orgullo i ver en seglares profanos una estirpe de seres ínfimos. La primera entre todas las mujeres, la Virgen inmaculada, la Reina de los cielos, la madre del mismo Dios--María--, estampa humildemente los labios donde el último sacerdote deja la huella de su pie. Orgullo i vanidad producen las más estrañas aberraciones en clérigos i frailes: no satisfechos de considerarse superiores a la especie humana, se tienen por colaboradores de la Divinidad, hasta se figuran que Dios les vive agradecido por los servicios que le prestan en la Tierra.

Como último recurso para enaltecer la educación clerical, no debe alegarse la buena fe de los profesores: buena fe tiene el mahometano que muere salmodiando versículos del Corán; buena fe, el negro del Congo que suprime a su madre con intención de trasfomarla en espíritu bienhechor i poderoso; buena fe, el indostán que se arroja en tierra para ser destrozado por el carro de Vichnú; buena fe, el salvaje que para sangrar la benevolencia de un fetiche se pintarraja con sangre de su enemigo; buena fe el fakir que por veinte años permanece sentado en una silla erizada de clavos agudos, imaginándose que la podre de sus heridas le servirá de bálsamo en el otro mundo. No, la buena fe no basta; i como para curarnos de una enfermedad, no buscamos injenieros de buena fe, sino médicos de buen saber, así, para educar niños, no debemos recurrir a teólogos de buena fe sino a educacionistas que sepan bien lo que son la mujer i el niño.

La Pedagogía clerical preconiza el internado, quiere decir, la secuestación: lejos de la familia par'amortiguar en el niño los efectos naturales, secuestación lejos de la sociedad par'hacer del niño un ciudadano de Roma i no del Universo, secuestación lejos de la vida para guiar al niño por la tradición o voz de los muertos.

En el internado florece el réjimen monacal i soldadesco, así no debe estrañarnos el encontrar acordes para sostenerle a la Iglesia que pretende hacer de cada hombre un sectario i a Napoleón que soñaba convertir a todo marcha al redoble del tambor; para el fanático, un convento donde todo se rige por el toque de la campana. El cerebro, el temperamento, en una palabra, el yo del individuo, figura como cantidad despreciable: reconocida la infalibilidad del Catecismo i la inviolabilidad de la Ordenanza, le quedan al alumno el silencio a toda iniciativa personal, el respeto ciego al superior i la obediencia pasiva. Hai que profesar doctrinas rechazadas por nuestra razón, que aceptar sentimientos contrarios a la índole de nuestro ser, que vivir fuera de nuestro centro, que cambiar la voluntad i la conciencia por el automatismo hasta el extremo de movernos sin gana, comer sin hambre i dormir sin sueño.

Se necesita no haber soportado la incesante presión de un reglamento pueril i absurdo, no haberse desesperado entre el espionaje del superior i la delación del condiscípulo, no haberse maculado en el roce ineludible con una muchedumbre torpe o malévola, no haber conocida la promiscuidad porcina de un refectorio ni haber respirado la fétida i cálida atmósfera de un dormitorio común, para encomiar la escelencia del internado.

Nada estraño que semejante réjimen produzca sus efectos. El alumno, aislado espresamente del otro sexo, crecido en el espíritu de hostilidad que la Iglesia fomenta contra la mujer, ingresa en la vida social i forma familia, con más disposiciones para libertino i tirano doméstico que para hombre, marido i padre. Saturado de falsas ideas, sin conocimiento alguno del carácter femenino ¿qué puede hacer? Los sacerdotes i con ellos todos los preconizadores del internado, olvidan que el hombre no se civilizó en la tienda de campaña, en el cuartel, en el claustro ni en la escuela, sino en el hogar, bajo la dulce influencia de la mujer. Olvidan también que nada influye tanto en l'adquisición de ideas

cortas i mezquinas, que nada malea tanto el carácter de un hombre como el trato exclusivo con personas de su mismo sexo. En todo buen discípulo de la educación sacerdotal, si no hai un misójino, s'encierra un prudoniano⁸ que sólo admite dos rangos en la mujer: cortesana o ama de llaves.

La enseñanza clerical se somete al dogma. Como los antiguos hacían jirar planetas, Sol i estrellas al rededor de la Tierra, los sacerdotes hacen moverse todos los acontecimientos humanos en torno de la Biblia. Todo lo acomodan, lo achican, lo agrandan, lo vuelven, lo revuelven, lo desfiguran i lo deforman para conformarlo con las sutiles i sofisticas interpretaciones de textos dudosos i oscuros. Tienen una Filosofía ortodoja, una Historia ortodoja, un'Astronomía ortodoja i hasta una Medicina ortodoja. Acostumbrados a vivir en las sombras teológicas, segregan oscuridad, como el viejo minero de Jerminal, que a fuerza de respirar entre carbón de piedra, concluyó por escupir negro. I esas tinieblas les favorecen, pues "las religiones, como las luciérnagas, necesitan de oscuridad para brillar".

Con el sometimiento de las Ciencias al Dogma viene el desdeñoso rechazo de toda concepción racionalista i, más que nada, de toda Filosofía, particularmente de la griega que sigue resonando en el mundo como el himno triunfal de la Razón. Para muchos (no sólo tonsurados sino profanos), la quintaesencia del saber helénico vive i se condensa en la Mitología; ¡cómo si un Anaxágoras o un Parménides, un Empédocles o un Epicuro hubieran creído en las Divinidades poéticas de Homero y Hesíodo! Engloban en un anatema común a todos los sabios de Grecia, aun cuando más luz derramaron sobre la Humanidad Tales i Pitágoras con sus teoremas problemas que todos los teólogos con sus nebulosas controversias i todos los concilios con sus declaraciones dogmáticas. La Ciencia moderna no es un salto sino una continuación de la Ciencia griega; los sabios más profundos se vanaglorian de beber en las fuentes de l'Antigüedad, aun recurriendo a textos mutilados o corrompidos; i sin embargo, los más doctores de la Iglesia reconocen con Bellarmino "más ciencia en la cabeza de un párvulo instruido en el Catecismo que en las cabezas de todos los filósofos paganos i maestros de Israel".

¿Qué resulta de una enseñanza fundada en el Catecismo? El niño abandona desde temprano el mundo real, para vivir en una rejión fantasmagórica. Adaptándose a un medio milagroso donde, en lugar de leyes inmutables, reinan voluntades flexibles, irregulares, i arbitrarias, concluye por tomar a lo serio los mitos i leyendas de los libros sagrados, como un campesino cree verídicas las novelas de Dumas o vivientes las figuras de una linterna mágica. Esas serpientes que discurren con las argucias de un doctor en Jurisprudencia; esos ángeles que s'entretienen en seducir a las hijas de los hombres, usando las estratagemas de don Juan Tenorio¹⁰; esos guerreros que en el fragor de una batalla inmovilizan el Sol, de la misma manera que un relojero detiene el péndulo de un cronómetro; ese Dios que hoi crea i mañana se arrepiente de haber creado i compone i recompone su obra, como artista caprichoso i voluble que se divierte en modelar i desbaratar figuras de arcilla plástica; ese Universo, en fin, eternamente perturbado por lo ilójico i lo sobrenatural, ejercen perniciosa influencia en el niño, le acostumbran a lo falso i maravilloso, le hacen concebir posible lo absurdo, le matan en jermen toda concepción sana i positiva de la Naturaleza, le transforman en receptáculo pasivo de todos los errores. Los sacerdotes convierten al hombre en una especie de palimpsesto; obliteran del cerebro la Razón Para grabar la Fe, como los copistas de la Edad media borraban del pergamino un discurso de Cicerón para escribir la crónica, un convento.

Por eso, nada más refractario al espíritu de la Ciencia que los cerebros deformados por una educación ortodoja: convencidos de lo absurdo, siguen creyendo "por lo mismo que es absurdo". Se consigue hacer entrar en razón a mil judíos o mahometanos primero que a un solo católico. Los buenos creyentes, los católicos rancios, son como esas botellas de vidrio

que en su vientre guardan una bola más gruesa que el gollete: hai que romper la botella para sacar la bola.

Lo anticientífico de la educación religiosa ¿se compensa con lo moral? Conviene advertir que no cabe diferenciación entre Ciencia i Moral desde que las reglas de moralidad se derivan de los principios sentados por la Ciencia. Con razón Augusto Comte colocaba la verdadera moral, la Moral sin Teología ni Metafísica, en la parte más encumbrada del saber, como el foco luminoso en la punta del faro. Como no existe Ciencia definitiva ni perfecta, cada siglo tiene la suya. Pero los sectarios de la superstición más absurda o pueril ensalzan sus hipótesis como las únicas soluciones racionales, miran su Liturgia como la más digna forma de rendir culto a los Dioses i se consideran ellos mismos como los únicos hombres capaces de llegar a la perfección moral. Nadie profesa con tanto desembarazo la doctrina de la perfección exclusiva como los católicos: la última, la incommovible palabra de moralidad ha sido enunciada ya por el Rabí de Nazaret; las naciones que no se rijen por la voz de Cristo, correjida i adicionada por la voz de Roma, se igualan a manadas de fieras entretenidas en procrear i devorarse.

Felizmente, pasó ya el tiempo en que no se advertía perfección fuera de una secta, i hoy se concibe tanta belleza moral en el buen judío como en el buen protestante, en el buen budista como en el buen mahometano, en el buen deísta como en el buen ateo. La moralidad del último encierra tal vez mayor desinterés i mayor nobleza: quien practica el bien por la remuneración póstuma no difiere mucho del usurero que presta hoy una moneda para embolsar mañana diez. Si comparamos a los justos de la Diócesis laica con los justos de la Iglesia Católica será fácil descubrir la superioridad.

¿Tiene derecho no sólo el Catolicismo sino todo el Cristianismo para jactarse de haber anunciado a la Tierra como Moral nueva? ¿Qué precepto de esos llamados divinos quedó sin ser formulado implícita o explícitamente por los filósofos del Indostán, la China, Persia, Judea, Grecia i Roma? Si hasta la máxima capital de amar al prójimo como a sí mismo no le pertenece ¿cómo sostener que la Religión Cristiana posee una Moral diferente de la Moral profesada por los grandes filósofos de la Antigüedad? El Cristianismo se redujo a la reacción del fanatismo judío i oriental contra la sana i hermosa civilización helénica; pero reacción sui generis en que el presuntuoso vencedor, a pesar de haberse proclamado rico i poderoso, no hizo más que engalanarse con los despojos del vencido. Los mismos hombres que sobre las columnas de un templo griego levantaban una basílica o trasformaban una estatua de Apolo en una figuración del Cristo, convertían en preceptos divinos las máximas de los filósofos paganos.

En cuanto al Catolicismo, que alardea de guardar en su doctrina la más esquisita esencia de la Religión Cristiana, se le debe aplicar las palabras de Rossini al juzgar una ópera: Tiene algo bueno i algo nuevo, con la circunstancia de que lo bueno no es nuevo i lo nuevo no es bueno. Efectivamente, el Catolicismo posee su moral en el cúmulo de preceptos incongruentes i ambiguos que el niño estudia sin comprender que el hombre olvida o recuerda sin practicar. Viéndolo bien, la secta católica encierra la negación de toda Moral, donde según San Pablo: "por gracia somos salvos por la fe; y esto no de nosotros, pues es don de Dios: no por obras, para que nadie se glorie", las voliciones quedan de más.

Una religión que se afana por considerar la Tierra como un tránsito i la vida futura como una habitación definitiva, concluye por entregar el mundo a los fuertes i audaces. Si el valle lágrimas nos ofrece poco i la Eternidad nos promete mucho, dejemos para otros lo menos i guardemos para nosotros lo mas. Vivido espiritualmente sin preocuparnos de la materia, dejemos en nuestro cuerpo desaseado i repugnante nustr'alma florezca i perfume como rosa de un cementerio. Un católico, para mostrarse lójico, debe darse integralmente a la Iglesia, convirtiéndose, mero en niño como dice Jesucristo, después en cadáver como prescribe Ignacio de Loyola.

I todos los males de la educación católica los palpamos ya. Por más de setenta años ¡qué! por más de tres siglos nuestros pueblos se alimentaron con leche esterilizada de todo microbio impío, no conocieron más nodriza que el cura i el preceptor católico; i ¿qué aprendieron? "Algunas ceremonias religiosas, unos cuantos ritos católicos, es decir, se convirtieron esteriormente sin que una sola chispa del espíritu cristiano haya penetrado en sus almas". Si del pueblo ascendemos a las clases superiores, veremos que la religión no sirvió de correctivo a la inmoralidad privada ni al sensualismo público. Los que se distinguieron por la depravación de costumbres o el jitanismo político, recibieron educación esencialmente católica, vivieron i murieron en el seno de la Iglesia.

Si salimos del Perú, observemos alrededor de nosotros el mismo fenómeno. Las brutales i grotescas dictaduras de l'América Española son un producto genuino del Catolicismo i de la educación clerical. En naciones protestantes, donde el hombre adquiere desde niño la noción de su propia dignidad, donde el respeto a sí mismo le inspira el respeto a los demás, donde todos rechazan creencia en autoridades infalibles i obediencias pasivas, allí no se concibe un Francia, un Rosas, un García Moreno ni un Melgarejo. Pero el Catolicismo con sus dos morales, una para l'autoridad i otra para el súbdito, es una verdadera secta d'esclavos tiranos.

III

La Nación garantiza la existencia i difusión de la instrucción primaria gratuita.
Constitución de 1860.

La instrucción primaria de primer grado es obligatoria para todos los habitantes del Perú.
Lei de Instrucción.

Como se ve, los legisladores peruanos estatuyeron la gratuidad de la instrucción primaria en todos sus grados, obligatoria sólo en el primero; i no agregaron católica probablemente para evitar redundancias, desde que la Constitución dice en su artículo 40: "La Nación profesa la Religión católica, apostólica, romana: el Estado la protege". . .

En las escuelas sostenidas por Municipalidades i beneficencias, los niños reciben instrucción católica esencial i forzosamente católica. En la Lei de Instrucción, la Doctrina Cristiana, la Historia sagrada, la Vida de nuestro Señor Jesucristo, la Historia eclesiástica, figuran como una obsesión.

Si a todo padre de familia obliga el mandato legal ¿qué hace un hombre cuando no quiere que los suyos reciban instrucción católica? El rico salva el conflicto haciendo que sus hijos s'eduquen fuera del país o reciban lecciones en su propia casa. Los que no cuentan con recursos para rentar maestros especiales ni se hallan en circunstancias de convertirse en preceptores a domicilio, deciden algunas veces que sus hijos no pisen la escuela i los condenan a total ignorancia, pensando, tal vez con razón, que tanto vale llevar la cabeza llena de aire como llena de humo.

Como el Estado subvenciona las escuelas con dinero de los contribuyentes, o con el óbolo de todos, la enseñanza católica establece un privilegio en favor de una sola secta. Nadie quedo excluido en la comunidad nacional ni exento de cumplir con sus deberes políticos, por no creer en el Catolicismo: ateos i librepensadores pagan contribución i cargan la mochila. Si hai obligaciones. ¿por qué no hai derecho? La lei, con su instrucción obligatoria gratuita, no pasa de burla, tan grosera como escitarle a un hombre la sed i acercarle a los labios un licor saturado con salitre.

¿Se aducirá que en el Perú los católicos están en mayor, número i que las mayorías poseen la facultad de imponer sus leyes a las minorías? Entonces los católicos, que en Turquía o Inglaterra están en menor número, se hallarían en la obligación d'educar a sus

hijos en escuelas mahometanas o protestantes. Sin embargo, nadie aprovecha más que los católicos la libertad d'enseñanza al establecer sus escuelas de Oriente, donde piden i obtienen del bárbaro franquicias que ellos niegan en Occidente al civilizado.

La conducta de la Iglesia merece recordarse: en naciones protestantes, como Holanda por ejemplo, todo un Arcipreste de Frisa clama por la neutralidad de las escuelas o laicismo en la instrucción, escribiendo que "para ver reinar la concordia, l'amistad i la caridad entre las diversas religiones, era necesario que los profesores se abstuvieran d'enseñar los dogmas de las diferentes comuniones"; en los pueblos católicos, como Francia por ejemplo, el Clero se opone abiertamente a la secularización de la enseñanza primaria i considera las escuelas laicas como "un'abominable fábrica oficial de ateos i enemigos de Jesucristo". "Nosotros no queremos sino la libertad de fundar nuestras congregaciones docentes", dice cualquier obispo católico en país disidente o pagano, i toda la congregación de fieles juzga que el obispo está en su perfecto derecho; pero si un'agrupación de clérigos protestantes desea establecer una escuela en algún país católico, en ese caso todos los católicos pretenden que los protestantes carecen de toda razón i de todo derecho.

La clerecía peruana tan suyo el derecho de vigilar la ortodoxia en la instrucción primaria que no admite discusión sobr'el asunto, i se lanza denodadamente a las vías d'hecho cuando teme verse desposeída. Así, la vez que Pardo¹² quiso, no secularizar las escuelas nacionales, sino contratar algunos pedagogos alemanes, nuestros clérigos i nuestros frailes removieron los bajos fondos de la sociedad hasta producir asonadas i motines. Últimamente, en 189_, les hemos visto renovar sus proezas cuando unos sacerdotes ingleses quisieron fundar una escuela en el Cuzco. El clero no consentirá jamás en la coexistencia de la escuela católica i de la escuela protestante, por una razón fácil de adivinarse: teme la competencia. ¿Cómo no preferir el clergymán sociable, humano i buen padre de familia al sacerdote antisocial, agreste i fracconier matadero del amor?

Quien arguyera que siendo el Catolicismo la única religión verdadera, el Estado s'encuentra en el deber ineludible de sostenerla e impedir la enseñanza pública de otras doctrinas, argumentaría con sencillez tan grande que haría sonreír al menos maligno. Ya los pueblos civilizados nos enseñan que en lo tocante a creencias no se legisla, ya todos sabemos que hoi no se disputa sobre falsedad o verdad de religiones, pues la cuestión se limita a considerarlas como la Ciencia infantil de la Humanidad. Toda Religión resuelve a priori los problemas físicos i morales, forma una Cosmogonía fantástica, algo así como teoría de los colores por un ciego. L'affirmación religiosa, con su carácter inesperimentable sobrehumano, adolece de anticientífica. Los dogmas no tienen que con leyes cosmológicas, i decir verdad religiosa vale tanto como hablar de transparencia opaca o liquidez sólida.

El Estado no busca observantes de sectas, sino cumplidores leyes: agrupación de individuos que practican diferentes cultos i se guían por los mismos intereses políticos, no se confunde con la comunidad de monjes que visten el mismo hábito i profesan "una degradante uniformidad de opiniones". Como los verdaderos estadistas saben que el progreso estriba en la diversidad de opiniones i creencias, legislan sin atenerse a ninguna superstición religiosa. En casi todas las naciones civilizadas, los tres grandes hechos de la vida, el nacimiento, el matrimonio i la muerte se regulan hoi con independencia de toda religión. La lei es laica. Pero la Iglesia no se conforma con un papel secundario i se cree desposeída de un derecho natural cuando no impera como absoluta soberana de vidas i de conciencias. Ella rabia por unjir al Estado con el óleo de una sacristía para rebajarle a la condición de monaguillo. El Poder civil no es su colaborador intelijente sino su brazo secular: no tanto como el halcón en manos del halconero, exactamente como el instrumento a disposición del obrero.

¿Valen tanto la religión i la religiosidad para esmerarse en, mantenerlas i fomentarlas? La religión va perdiendo su carácter social para reducirse a costumbre de familia, a cosa secundaria, del hogar o de uso íntimamente individual. Si hubo tiempo en que simples disensiones de secta lanzaban al hermano contra el hermano i al padre contra el hijo, si la mera diverjencia en la interpretación de un versículo abría insalvables abismos entre personas destinadas a vivir inseparablemente unidas, hoy duermen bajo el mismo techo los individuos de creencias más opuestas: a padre judío, madre luterana, hijos librepensadores. Los hombres comercian, celebran contratos, se asocian, viven juntos i hasta se aman, sin acordarse de averiguar sus religiones. Con la decadencia de la intolerancia i del fanatismo, se derrama en el mundo el espíritu de conciliación i mansedumbre. En esta universal armonía, el católico produce la única nota discordante: *in cauda venenum*.

La religiosidad, considerada por algunos tan inherente a la especie humana que definen al hombre un animal religioso ¿posee tal carácter? Si ella fuera inherente al hombre, su desaparición causaría efectos mórbidos; pero sucede lo contrario: cuando más brilla en el cerebro la inteligencia, más se nubla en el corazón el sentimiento religioso. La religiosidad no pasa de accidente en la marcha de la Humanidad, corresponde a un período intermediario de la evolución mental, oscilando entre l'absoluta ignorancia i la plena ilustración: el ignorante no niega ni afirma porque nada ve, el sabio duda i niega porque ve mucho. Querer, pues, que la inteligencia no salga de la religiosidad vale tanto como pretender que el organismo se detenga en la niñez o en l'adolescencia. Según la palabra de Guyau, los espíritus científicos son arreligiosos, tienden a serlo las inteligencias medianamente cultivadas, de modo que la religiosidad con su inevitable secuela de supersticiones se refugia en las últimas capas sociales, como la hez del vino se deposita en el fondo del barril.

Si pontífices i reyes, si políticos i guerreros, preconizan la escelencia de los sentimientos religiosos i se desviven por inculcarlos en la masa popular ¿obran por convicciones o por conveniencia? Vemos al tigre ya enjaulado, al déspota que en Santa Elena pregona sus sentimientos religiosos i considera como indigno de su estimación al General francés que pone en duda la divinidad de Jesucristo. Si Napoleón hubiera sido católico ¿habría ultrajado al Jefe de la Iglesia i prohibido que los sacerdotes intervienen en a educación pública? Si hubiera sido simplemente cristiano ¿habría repudiado a su mujer lejítima, cometido incesto con sus propias hermanas, mentido i perjurado cien veces, hecho fusilar al Duque d'Enghieri i convertido la mitad de la Tierra en un charco de sangre? Si pocos admiten hoy el catolicismo de un Pío IX cuando asalariaba ejércitos de condottieri i daba sangrientas batallas en defensa de su poder temporal, nadie cree tampoco en el cristianismo de un Von Moltke cuando en 1875 decía: Como alemán pido la guerra con Francia porque Alemania s'encuentra lista como cristiano la pido también porque dentro de diez años ambas naciones perderán cien mil hombres más.

El Estado i la Iglesia mantienen luchas seculares i al parecer i irreconciliables; pero en la guerra contra los derechos individuales Iglesia i Estado se alían, se defienden tácitamente, de modo que toda tiranía se apoya en el fanatismo, así como todo fanatismo se apoya en la tiranía. En la historia de las naciones, todo recrudescimiento del Despotismo coincide con una exaltación de las supersticiones. La Religión sirve como poderoso instrumento de servidumbre: con la resignación encadena el espíritu de rebeldía con la esperanza de un bien póstumo adormece el presente dolor de los desheredados. Es el monótono canto de la nodriza, i el hombre que se goza en escucharle no ha salido todavía de la infancia.

No siendo la religión católica fuente de saber, código de Moral, vínculo entre los hombres ni siquiera necesidad del individuo siendo por el contrario elemento de dominación i tiranía ¿por qué, basar en ella todo el edificio pedagógico? Reducidas a la

categoría de cosa exclusivamente personal i de uso íntimo, como la ropa interior, las relijiones escapan al dominio de la Lei; i así como no hai reglamento de Policía que nos prescriba llevar calzoncillos de franela o camisetas de hilo, no debe haber artículo de la Constitución que implícitamente nos obligue a recibir enseñanza católica.

Desde que el Estado no dispone de recursos para fundar en cada pueblo tantas escuelas como supersticiones hai, la única manera de salvar la dificultad sería suprimir el carácter obligatorio de las asignaturas relijiosas, o más bien, no enseñar relijión alguna en las escuelas i liceos nacionales.

Algunos llevan la neutralidad al punto de exigir al profesor que instruya sin educar, que enseñe sin moralizar. "La escuela, dice Tolstoy, debe proponerse por único objeto la trasmisión del saber o de la instrucción, sin tratar de inmiscuirse en el dominio moral de las convicciones, de las creencias ni del carácter". Pero semejante Pedagogía se funda en la diferencia puramente escolástica entre la educación i la instrucción. La Moral positiva, la Moral profesada hoi por la parte más selecta de la Humanidad, viene de la Ciencia i guarda más puntos de contacto con la Higiene i la Fisiología que con ninguna de todas las relijiones. Al segregar la moral de la enseñanza se mutilaría el edificio científico privándose de su grandioso coronamiento. A más ¿cabría la segregación? Cuando se trasmite un conocimiento se inculca inevitablemente la idea de aprovecharla en beneficio integral del individuo, así como de todos sus semejantes. En la disertación de un filósofo sobre los afectos humanos no aprenderemos seguramente a practicar el egoísmo; en la lección de un naturalista sobre el común orijen de la vida en el Planeta no aprenderemos tampoco a ser inhumanos con los animales. Toda enseñanza, aunque parezca dirigirse sólo al entendimiento, influye sobre la voluntad. Al esclarecer la inteligencia se moraliza: los sentimientos magnánimos bajan del cerebro.

La neutralidad en la escuela puede mui bien considerarse una cosa imposible o mui difícil: se necesita ser un imbécil o un gran filósofo para profesar una doctrina, vivir convencido de su escelencia i no tratar de inculcarla en el cerebro de sus discípulos. ¿Se concibe a un sabio de buena fe esplicando teológicamente la formación del Universo i probando la posibilidad de los milagros? Sólo la Ciencia, por su universalidad, debe ser el gran fundamento de la instrucción pública: la relijión es lo particular, porque hai relijión judía, relijión mahometana, relijión católica, relijión protestante, es decir, mil relijiones: la Ciencia es lo universal, porque hai una sola Astronomía, una sola Química, una sola Física, una sola Mecánica. Sin embargo, si abundan individuos que prefieren la Relijión a la Ciencia, dejémosles en su error, con tal que no le impongan a los demás estableciendo la obligación de recibir una educación católica.

Ya que imitamos a los revolucionarios del 89, debemos coronar la obra imitando también a los hombres de la tercera República francesa, a los que van haciendo práctico el ideal de Cordorcet i profesan el aforismo: "La Ciencia en la escuela, la instrucción relijiosa en el templo".

1892

Notas

1 Arequipa, Cajamarca, Huánuco y Puno son ciudades principales del Perú .

Gottfried Wilhelm Leibniz (1648-1716) filósofo y matemático que desarrolló el cálculo (al mismo tiempo que Newton). Leibniz era uno de los primeros cultivadores del idealismo alemán en la filosofía. Su concepto del mundo anticipa al krausismo cuando se entiende a las personas como compuestas de mónadas que se relacionan de una manera armónica .

3 Mirliton, francés, una especie de flauta sencilla .

Referencia de las vírgenes del sol, aspecto fundamental de la religión solar de los incas

5 Diógenes, filósofo griego, un cínico, despreció la riqueza y las convenciones sociales. Es proverbial su búsqueda con un farol por un hombre, cualquier hombre, honesto .

J Nótese que el cosmopolitismo de González Prada asume la forma de tercermundismo, la defensa moral de los pueblos colonizados por el Occidente .

7 A pesar de escribir este párrafo antes de su viaje a Europa en 1892, la defensa del individuo ya está presente en el pensamiento de González Prada. Esta fe en el individuo le conduce poco a poco a abrazar la doctrina anarquista .

Pierre-Joseph Proudhon (1809-1865), el primer anarquista, representa el momento en que la acracia se separa del movimiento socialista encabezado de Karl Marx .

9 Alejandro Dumas (1802-1870), novelista francés se hizo famoso con su novela Los tres mosqueteros .

Don Juan es un motivo en la literatura española desde la obra El Burlador de Sevilla de Tirso de Molina hasta Don Juan Tenorio de José Zorrilla y El estudiante de Salamanca de José de Espronceda. El tema también aparece en la literatura francesa, en Molière y el mismo Dumas .

11 Un manuscrito antiguo del cual se ha borrado su escritura original en la cual se escribe otro discurso. Durante la Edad Media los monjes solían borrar escritos clásicos de un pergamino para luego volver a utilizarlo redactando en el mismo un discurso católico .

Manuel Pardo, el líder del partido civilista hasta su muerte (asesinado en el congreso) .

13 El Papa Pío IX (1846-1878) declaró las doctrinas de la infalibilidad del Papa y de la Concepción Imaculada. Había visitado al Perú antes de ser Papa y fue el blanco de González Prada en numerosas ocasiones .

LIBERTAD D'ESCRIBIR

Cuando ejercemos cargos concejiles, pagamos contribuciones o salimos a morir en el campo de batalla, nadie averigua nuestra manera de pensar; pero el día que emitimos francamente nuestras ideas, caemos bajo la férula de ministros, fiscales, alcaldes, prefectos, subprefectos, gobernadores, comisarios, alguaciles, monaguillos, curas, canónigos, obispos i arzobispos.

En el teatro nos vemos ante la Comisión de Espectáculos, especie de Inquisición formada por hombres ignorantes que se arrogan la facultad de poner límites a la inspiración del dramaturgo y practicar con hacha de leñatero amputaciones que necesitan bisturí de cirujano.

En el periódico no tenemos la censura previa, sino la licencia difícil i morosa, la fianza personal, la caución pecuniaria, el hisopazo del obispo, la denuncia del fiscal, el sablazo del prefecto, la mordaza del intendente i la emboscada del esbirro.

II

El Reglamento de Teatros, vigente desde 1849, parece redactado por doncellas que hacen su primera comunión. Para juzgarle, véase una sola muestra:

"Artículo 34.-Cuando el censor sólo encuentre impropias o indignas de exhibirse una o algunas escenas, pasajes o frases de las obras, no prohibirá su representación, sino que suprimirá o,sustituirá las partes censurables, si de ello no resultase deformidad".

Así, pues, cuando la junta censora (hoy Comisión de Espectáculos) reciba una tragedia de Quintana, una comedia de Bretón o un drama de Echegaray, el censor de turno, ya sea leguleyo, mercachifle o boticario, tiene derecho de enmendar los yerros a un Echegaray, a un Bretón o a un Quintana.

Y esa manía de alterar o mutilar obras ajenas se propaga de modo amenazante: cómicos de la legua, motilonos hasta no leer de corrido, agregan, quitan, dislocan, descomponen i

componen escenas enteras; así que muchos dramas representados en Lima serían conocidos ni por sus mismos actores.

La Comisión de Espectáculos, tan meticulosa en conceder pase comedias erizadas de algunas púas contra Gobiernos o Congresos, contribuye más que nadie a convertir el escenario en plaza de toros al fomentar la representación de inepticias concebidas por cerebros completamente desequilibrados.

Hay ojos de lince para descubrir entre renglones la más leve alusión a los hombres públicos, i ceguera de topo cuando llega el caso de ver posturas pornográficas, bambulas africanas o bailes de vientre. Especialistas en Coreografía, los miembros de la Comisión avalúan el mérito de las artistas por el diámetro de las pantorrillas, la transparencia en el calzón de punto i la mayor amplitud del ángulo formado con las piernas.

La Comisión, que traquea siempre a los autores nacionales como el dómine al discípulo, no se muestra más complaciente con actores, dueños de teatros i empresarios: a todos les considera como dependientes, subordinados o domésticos de la Municipalidad. A más, algunos buenos señores, figurándose que las diversiones públicas son filones de riqueza pública, esquilman al empresario i al actor con gastos de licencia, multas i cuanta gabela cabe imaginarse. No se cuenta las entradas de favor i localidades gratis para los miembros de la Comisión, sus parientes i sus amigos, aunque, según declaración de un empresario, ascienden a número considerable.

Por fin, en la Comisión de Espectáculos, todos hacen i deshacen de los edificios, como atacados de monomanía arquitectónica: uno manda condenar una puerta, otro abrir una claraboya, éste ensanchar un pasadizo, aquél bajar un techo, sin que falte alguno que ordene dorar las cornisas o poner asientos colchados para que descansen muellemente su esposa o su querida.

En todos los países civilizados, el Gobierno, lejos de ver en los teatros un filón que beneficiar, les otorga pingües subvenciones; en el Perú se fomenta el más cruel i más repugnante de los legados españoles, la lidia de toros. Si estamos lejos de producir un Corneille i un Talma, quizá poseeremos antes de mucho, veinte rivales de Cúchares i Pepe Hillo.

III

Por aberración inaudita, vivimos hoy bajo la lei de Imprenta promulgada en 1823, allá cuando el Perú era una especie de antropoide que no había concluído de amputarse la cola monárquica.

El Código Penal de 1862 no avanza mucho sobre la Ley Orgánica de 1823: las penas señaladas a los hombres que intenten mudar la relijión del Estado escandalizarían a los menos intolerantes. Algunos artículos del tal Código parecen fragmentos arrancados a un concilio del siglo IV.

Setenta años de labor parlamentaria no han bastado para elaborar una buena Ley de Imprenta. I sobran razones para temer un retroceso el día que senadores i diputados modifiquen la Ley de 1823. Los Congresos del Perú se han convertido en viejos i desestañados alambiques: todo licor que destilan tiene deajo a cobre.

El escritor irreligioso no sufre hoi la pena de asistir leprosos o enterrar muertos; pero corre peligro de verse condenado a espatriación o arresto mayor. Felizmente, la tolerancia de los pasados Gobiernos, la independencia del Jurado i el buen juicio del pueblo, sirvieron de correctivo al espíritu menguado de la Lei. No puede negarse que en el carácter nacional se encierra un fondo de tolerancia: salvo uno que otro pueblo hipnotizado i aguzado por el clero, el Perú rechaza hoi la persecución relijiosa.

Rara vez las autoridades laicas inician la denuncia de escritos contra el dogma o andan a caza de herejes i librepensadores. Parodiando a Federico el Grande, los gobernantes del

Perú dejan escribir herejías con tal que les dejen cometer barbaridades. La autoridad eclesiástica da el grito de alerta para que la autoridad civil ordene la denuncia del escrito i abra juicio al autor; los clérigos, como sabuesos de buen olfato, husmean el rastro i menudean los latidos, para lanzar al galgo en la pista del venado.

El Gobierno toma la cuestión a cargo i despliega la autocracia de su poder, cuando se trata de escritores opositoristas, i periódicos que no siguen las aguas de los subvencionados: no hai voz, diario, libertad ni garantías para el hombre que ignora la consigna ministerial, que protesta de obedecer sumisamente las órdenes prefecturales o resiste a sufrir una depresión moral en las antecámaras de Palacio.

Para impedir que alguno hable, se recurre al uso primitivo de taponarle la boca. I el día que se impone silencio al escritor independiente i valeroso, nadie se da por entendido, todo el mundo calla en bloque: el Congreso discute el ascenso de un coronel o la demarcación territorial de Chumbivilcas, mientras los diarios llenan sus columnas con editoriales sobre la canalización del Rímac o la colonia alemana del Pozuzo.

Para disimular lo tosco del uso primitivo, los Gobiernos emplean el régimen de multas i depósitos: nadie funda periódico ni sigue publicando los fundados sin depositar quinientos soles. Tras el depósito, viene inmediatamente la multa, de modo que cada artículo de oposición cuesta bien caro. Entiéndase que depósitos i multas rezan sólo con los diarios independientes, o mejor dicho, semanarios, porque la independencia se manifiesta en nuestro periodismo con intermitencias hebdomadarias. Sin embargo, esos periodiquillos intermitentes o eventuales, algunas veces heroicos, encierran la única expresión sincera del sentimiento popular.

Hoy no existe, pues, libertad en el diario ni independencia en el diarista, i la oposición anodina de uno que otro editorial se reduce a fórmula o convenio de partes con el fin de guardar las apariencias: no asistimos a batalla donde se arroja plomo, sino a simulacro donde se quema pólvora.

Todos los Gobiernos, al inaugurarse, "ofrecen garantías a la emisión del pensamiento, i se congratulan de ver en la prensa o cuarto poder del Estado un colaborador inteligente para la magna obra de la regeneración nacional". Otorgan unos pocos meses de respiro i desahogo; pero insensiblemente resbalan por la pendiente del abuso i concluyen por justificar a los anteriores Gobiernos. Entonces regresamos a la vida normal: en nuestro régimen político, la legalidad i la justicia figuran como breves interregnos.

Los Vivancos i los Echeniques, los Baltas i los Piérolas, los Iglesias i los Cáceres, fueron en la prensa del Perú como tiburones en el mar.

IV

Cuando faltan garantías para censurar a las autoridades cuando en las graves cuestiones políticas, religiosas i sociales se puede emitir libremente las ideas, los hombres enmudecen, consagran toda su fuerza intelectual a discusiones insípidas, rastreras i ridículas. Toda prensa con mordaza termina por engolfarse en la pornografía, la lucha individual i el interés casero. periódico no es ya río que sale de madre para fecundizar el campo, sino mal canalizado albañal que con sus miasmas pestilentes, infecta el aire de la ciudad.

Nuestro periodismo lo comprueba. ¿Qué vemos en editoriales? Pesadas adulaciones al Gobierno, escritos que infunden sueño, literatura de cachalotes, buena para leída por elefantes. ¿Qué vemos en crónicas i comunicados? Improperios contra el candidato que no fomenta la impresión, insolencias que revuelven la bilis, literatura de verduleras, buena para leída por meretrices. Profesión semejante concluirá por llamarse empresa industrial de jitanos que compran a resmas el papel blanco para embadurnarle de tinta i venderle por hojas sueltas.

Para elevar el espíritu de una prensa no hai remedio mejor que libertarla. El diario más libre a la vez que más instructivo i moderado se encuentra hoi en la Gran Bretaña. Cierta periódico inglés, sea cual fuere su tinta, defiende primero que todo los intereses británicos; pero también concede amplio lugar a los intereses humanos: al abrir un buen diario de Londres, sabemos lo que se realiza en el mundo entero. Ahí no se acostumbra ya el pujilato de dos individuos en las columnas de un periódico; i recuérdese que Inglaterra, antes de conquistar sus libertades públicas, fué la tierra clásica del ataque virulento, del insulto procaz, del panfleto soez. Con la palabra sucede lo mismo que con el agua: estancada, se corrompe; movida i ajitada, conserva su frescura.

Siguiendo el ejemplo de Inglaterra, las naciones más civilizadas tienden a eliminar obstáculos para la emisión del pensamiento: los diarios de Estados Unidos, Italia, Bélgica i hasta España, encierran enormidades que en el Perú no se imprimieron nunca ni se imprimirán tal vez en muchos años. Todas las cuestiones son dilucidadas; y todas las ideas, por absurdas i estafalarias que parezcan, poseen su órgano i su público. I nadie goza de privilegio. No se hable de Estados Unidos, donde el presidente de la República sufre una incesante descarga de todas las baterías demócratas si es republicano, i de todas las republicanas si es demócrata; pero hágase una rápida escursión a las monarquías, i se verá que ni el mismo soberano se libra de la caricatura o del ataque personal. En el Perú sucede lo contrario: nuestros gobernantes se consideran como unidos del Señor, como fetiches que no podemos tocar ni para sacudirles el polvo. No aguantan más golpe que el del incensario.

Lo que en las naciones más cultas sucede con el periódico se realiza también con el teatro. Verdad, la censura no ha desaparecido, i en algunas partes reina tan mezquina i meticulosa que, en Francia por ejemplo, los autores nacionales se ven obligados a pedir la hospitalidad de los teatros belgas. Sin embargo, en medio de las restricciones, el dramaturgo dispone de grandísima latitud para evolucionar: plantea i resuelve los más arduos problemas sociales, dirige flechazos a las cabezas más levantadas. Cuando en las tablas no desfilan los individuos con sus propios nombres, figuran con señales tan marcadas que todo el público sabe de quién se trata y adónde va el tiro. En las revistas del año, la rociada empieza muchas veces con el primer mandatario i acaba con el último alguacil: cada uno con sus nombres o apodos.

I ¡aquí nos hacemos cruces con la caricatura, nos escandalizamos con el semanario picaresco donde asoman algunas punzadas contra las autoridades i ponemos el grito en el cielo por la comedia salpimentada con una que otra alusión personal! Nos pagamos de frases huecas i sofísticas, i creemos haber penetrado en el Polo Norte cuando cometemos la perogrullada de invocar "el santuario de la vida privada" hablamos de acojernos "al sagrado del hogar doméstico" i sentamos el principio de "combatir ideas del hombre público sin entrar en las faltas del individuo".

V

La distinción entre vida pública i vida privada, esa invención de los astutos para blindarse el sitio vulnerable, presenta su lado cómico, pues el individuo que al sentirse herido por un saetazo demanda si el tiro va lanzado contra el hombre público o el privado, no hace más que parodiar a Maitre Jacques, al anfibio criado de Harpagón, cuando preguntaba socarronamente a su amo: "¿Con el cochero habla usted o con el cocinero?".

La vida pública se reduce a la prolongación de la vida privada, como la sociedad se reduce también al ensanchamiento de familia, i nadie, por más agudeza de ingenio que tenga, puede señalar dónde acaba o dónde empieza la publicidad de un acto. Con uniforme oficial o traje casero, en el sillón de la oficina o en el sofá del dormitorio, el hombre

conserva su identidad i vive la misma vida. El criminal es tan criminal en su casa como en la plazuela, la hiena es tan hiena en la jaula como en el desierto.

Lo que irónicamente dijo Larra de la berruga i de la moza debe tomarse a lo serio, si para derribar, por ejemplo, a un mal ministro, hacer destituir a un juez prevaricador o dar en tierra con un prefecto rapaz, no se conoce medios más eficaces que cebarse en la moza i la berruga. ¿Por qué no insistir en el defecto corporal? Quién sabe la psicología de ciertos individuos s'esplica bien con la desviación siniestra de los ojos o el arqueo de la espina dorsal. Las anomalías de conformación suelen acarrear perfecciones morales. No se cura al enfermo colocándole bajo su almohada un libro de Terapéutica o Cirujía, sino propinándole drogas o ejecutándole operaciones quirúrgicas; no s'escarmienta ni se corrige a un mal hombre público regalándole el Espíritu de las Leyes, sino haciéndole beber tinta saturada con hiel o clavándole la pluma unos cuantos milímetros más allá de la epidermis.

Donde l'actividad pública se resume en el choque de intereses individuales, hai que derrocar personas antes d'elucidar principios. ¿A qué revestirnos de mansedumbre que no poseemos? ¿A qué endulzar jesuíticamente las frases que destilan veneno? ¿A qué finjir que tiramos al aire, cuando dirigimos la flecha contra el ojo de Filipo? En vez de alusiones hipócritas i solapadas, en vez murmuraciones callejeras o comunicados anónimos, venga el leal i desembozado ataque al grupo i al individuo. Hasta en la lucha de ideas sirven de blanco los hombres que las encarnan; de otro modo, la vida se convertiría en guerra de sombras, la historia en procesión d'espectros. Cuando combaten dos ejércitos no s'entretienen en destrozarse a balazos las banderas enemigas: dirijen el tiro al pecho de los soldados que las tremolan.

I ¡qué! el agresor ¿se libra de convertirse en agredido? Quien da estocadas certeras ¿no se espone a recibir mandobles mortales? Los políticos se defenderán astuta i eficazmente, porque no usarán el ataque de los galos, que se desnudaban el pecho, sino la emboscada de los pabellones negros que abren su agujero en la tierra, se ocultan, i el instante menos pensado descargan el rifle a la espalda del enemigo.

Cierto, el individuo que no se injiere en las luchas políticas i vive modestamente confinado en la penumbra del hogar, puede exigir el silencio i el olvido; a nadie toca, nadie tiene derecho de tocarle; pero el hombre que se lanza a la contienda pública i osadamente s'espone a la luz meridiana en calles i plazas, no debe lamentarse ni protestar al verse examinado con microscopio i descrito en sus más minuciosos rasgos intelectuales, morales i físicos: sube al escenario, i todos adquieren derecho de aplaudirle o silbarle.

I conviene no reconocer diferencia entre el político de acción i el periodista, considerándole como un político pasivo: el hombre que se instituye juez o acusador de los Gobiernos, director espiritual de las muchedumbres i propagandista o defensor de una idea, ese hombre ejerce una función pública; pertenece a todos como el actor i el político. ¿Quién ignora que la palabra elocuente de un periodista ejerce más influencia en la marcha de un estado que las leyes de un Congreso i los decretos de un Ministro? Si es mucha l'acción, que sea mucha la responsabilidad. I ¿ante quién se hará efectiva?, sólo ante la opinión pública que para fallar bien necesita conocer la vida íntima del periodista.

Se ha dicho con muchísima razón: "Los hombres que gastan su actividad en las luchas políticas i ejercen acción sobre los acontecimientos del mundo, pertenecen a la discusión i no s'escaparán con la muerte ni con el tiempo". En la historia de la Humanidad abundan exhumaciones de vidas privadas, i nadie protesta. Si juzgamos a los muertos, que no pueden defenderse ni atacarnos ¿por qué no juzgaremos de igual modo a los vivos, que tienen legua para hablar i manos para mover la pluma i la espada?

No hai, pues, derecho de abroquelarse en la inviolabilidad del hogar, mucho menos cuando se aparenta vivir como la doncella en el claustro i se vive como el cerdo en la pocilga. Por el contrario, todos deben allanar a casa del hipócrita para exhibirle i

escarnecerle, haciendo que su castigo sirva de provechosa lección. El hombre público no queda salvo ni se reviste de carácter sagrado, por acucillarse en un rincón de su alcoba o introducir la cabeza en su vaso de noche. Porque la víbora se guarece en su nido ¿dejamos de aplastarla? Porque el tigre se esconde en su cubil ¿dejamos de abalearlo?

Una sola cosa debemos a nuestros semejantes, la verdad; por los demás, siendo irrefragables como un axioma, podemos ser violentos como unas tempestad. No importa que a l'altivez i franqueza en el hablar llamen difamación los pecadores: hipócritas, pero no arrepentidos, que sientan zumbir el azote justiciero.

VI

Nosotros, como habitantes de verdadero limbo intelectual, nos encontramos en condición de recibir un rayo de luz, venga de donde viniere, necesitamos amplísima libertad en periódicos i teatros.

En el teatro, suprimamos censuras previas i Comisiones d'Espectáculos, alentemos al escritor nacional haciendo que sus obras sean representadas bajo su dirección, i dejemos al público frente a frente del autor para que ensalce al bueno i ejecute al malo. No temamos la invasión de lo deforme ni el entronizamiento de lo nauseabundo, recibe la obra que merece. España nos da el ejemplo: en Madrid no existe censura teatral. ¿Acaso los teatros barceloneses i madrileños se distinguen por la relajación i la licencia? Nada, pues, de leyes arcaicas i restrictivas: acudan todos, buenos i malos autores, que el tiempo depurará las obras para conceder a las buenas el lugar debido. Como en el orden físico el monstruo perece, así en el mundo intelectual lo malo desaparece en el olvido.

En el periódico, no abandonemos al publicista bajo la tutela de prefectos i subprefectos, suprimamos el cúmulo de trabas para la fundación de un diario, i sólo en caso de injuria inmerecida o de imputación calumniosa, dejemos a ofensor i ofendido batallar con el Jurado. ¿Hai algo tan ilóxico i tan absurdo como penar la injuria merecida i la difamación cuando se prueba la verdad del hecho imputado? Si llamamos estafador al estafador, falsario al falsario i asesino al asesino, aparte de no decir más que la verdad, practicamos la buena acción de informar a los hombres honrados para que se guarden i precavan del estafador, del falsario i del asesino. ¡Cómo!, un ladrón me desvalija en una calle pública, cien testigos presencian el acto, la justicia impone una pena al delincuente, la sentencia se publica en los diarios, i yo no puedo afirmar con la pluma que mi ladrón es un ladrón. Se dirá que el delincuente de ayer puede ser hoy un hombre honrado; posible, i en ese caso le queda la misma prensa donde se le difama para manifestar su arrepentimiento i su corrección. El solo hecho de considerarse a la difamación como un delito, manifiesta que las leyes sociales se fundan en la hipocresía. ¿Que las cosas son dadas muchas veces en provecho de los bribones? ¿Qué puede temer de la injuria o de imputación calumniosa el honrado? ¿Qué puede temer la persona honrada? El buen nombre es una usurpación si no se funda en la verdad; si se funda en ella no hai miedo de perderlo, porque si pueden llamarme ladrón ¿dejaría de ser honrado? Porque si el médico me llama tuberculoso ¿tengo yo los pulmones llenos de microbios?

¿Por qué autorizar la injerencia del Clero en cosas de imprenta? ¿Por qué reconocer en el Código penal delitos i faltas contra la Religión? Si castigamos al filósofo que en sus disquisiciones no se conforma con el Catecismo de Perseverancia ¿por qué no castigamos también al teólogo que en sus panejóricos infrinje el Arte de Hablar? Pecado contra pecado, tanto vale ofender el dogma como quebrantar las reglas del buen decir. Establézcase, pues, Jurados mixtos; i si un obispo denuncia un folleto contra la pureza de María, que un literato denuncie una pastoral contra la Gramática.

El Estado, al infligir penas por los delitos religiosos, se arroga el derecho de fallar en asuntos que no conoce ni le competen. ¿Cómo sabe que la Religión católica es la única

verdadera? Al afirmarlo implícitamente con sus leyes, se convierte en Concilio ecuménico, falla excátedra i se infiere en cuestiones resueltas por alguien más competente que el Estado--la Ciencia. A más, cuando se pena al hereje i al incrédulo, se corre el peligro de herir a la parte más esclarecida de la sociedad, a la que sabe i piensa. Aunque la Iglesia fragüe leyendas sobre la vida i la muerte de sus enemigos, el dictado de hereje, en lugar de significar vergüenza i oprobio, sirve de timbre glorioso para designar al hombre que desea ver con sus ojos i caminar con sus pies.

Muchos apolojistas de la secta romana ven un milagro patente de la divina Providencia en el establecimiento, propagación i persistencia del Catolicismo. ¿Por qué tanto miedo entonces a la libertad de imprenta i a la propaganda irreligiosa? ¿Temen acaso los buenos creyentes que con el simple artículo de un hereje la divina Providencia varíe de convicción i cese de continuar el milagro?

Con la libertad de imprenta se concede al Catolicismo una ocasión magnífica para confundir a sus detractores, afianzar su triunfo i más que todo justificar sus jactancias, porque no hai mucho mérito en dar por refutado al contendor que no pudo argüir ni por vencido al combatiente que no tuvo arena para luchar. Si la Relijión católica se llama luz ¿por qué teme las tinieblas? Si fuerza ¿por qué rehuye el combate? Si verdad ¿por qué se asusta con el error?

Los católicos arrojan el guante, desafían con altivez de caballeros a sabios i filósofos; pero observan la buena preocupación de cortar las manos al paladín que intenta recojerlo. La Iglesia comprende mui bien su precaria situación i no admite la lucha leal en campo abierto: sabe que basta luz en candil para desvanecer sus sombras chinescas, que sobran los dientes de mediana pluma para destripar su Firmamento de baudruche. De ahí su despotismo: nada tan cruel, tan opresor ni tan intolerante como una Relijión en las postrimerías de su existencia. Su rabia recuerda la rabia del tigre acorralado por los cazadores, su despecho recuerda el despecho del escorpión rodeado de carbones ardientes.

En ningún tiempo ni en ningún país convino más la libertad d'escribir que hoi en las naciones sudamericanas. Las ideas muertas i enterradas ya en Europa, renacen para cundir i dominar en el Nuevo Mundo. Bajo diferentes disfraces i con distintos nombres, las falanjes retrógradas nos invaden. Colombia, Ecuador, Bolivia i el Perú mismo, les sirven de fortalezas i cuarteles jenerales. La última batalla contra lo viejo i lo malo tiene que darse aquí, batalla formidable i tenaz, porque las preocupaciones relijiosas se parecen a los bueyes de la Odisea, que muertos i asados muen.

A todas horas i en todas partes se clama por la rejeneración nacional. Pues bien, seguiremos siendo lo que somos, la forma republicana continuará como frase de lujo en Constitución de parada, mientras el último de los peruanos carezca de libertad para emitir sus ideas o no disfrute de garantías para encararse con el poder i fustigarle por las concusiones, las ilegalidades i las injusticias.

Hai hombres civilizados que logran atrofiar la cabeza de los vivos, como los Guambizas del Morona consiguen reducir a pequeñas dimensiones el cráneo de los muertos. Con nuestra Lei de Imprenta, los peruanos concluiremos por llevar en los hombres la cabeza de un mono microcéfalo.

1889

PROPAGANDA I ATAQUE

I

Vicio capital de la literatura peruana, la fraseología. Tómese un diario i recórrase el editorial: ¿qué se encuentra? palabras. Tómese un semanario i léase las composiciones en

verso: ¿que se encuentra? palabras. Estamos en el caso de repetir con Hamlet: ¡palabras, palabras i palabras!

Padecemos de logomanía o logomaquia i deberíamos realizar el proyecto, concebido por Saint-Just, de imitar a los lacedemonios i fundar un premio de laconismo. Sí, laconismo, no para convertir el idioma en jerga telegráfica, sino para encerrar en el menor número de palabras el mayor número de ideas; no para dilucidar las cuestiones en una simple jaculatoria de cinco líneas, sino para conceder al pensamiento el desarrollo conveniente i a la frase la extensión indispensable: podemos ser difusos en una línea i concisos en un volumen.

Atolondrados con el monótono chapoteo de un lenguaje campanudo i hueco, nos vemos como hundidos hasta medio cuerpo en torrente que se derrama por cauce pedregoso i ancho: el ruido nos ensordece; pero la corriente no consigue arrastrarnos.

Entre la indecisión i vaguedad de la turbamulta, se delínean dos grupos de escritores: unos que hablan a lo Sancho Panza, con idiotismos, dicharachos i refranes; otros que s'espresan a lo don Quijote, solemnemente, en clausulones altisonantes i enrevesados.

Tenemos jerigonza judicial, jerigonza universitaria, jerigonza periodística, jerigonza criollo-arcaica, en fin, todas las jerigonzas que dicen al idioma como las erupciones cutáneas a la piel. Todo hay, menos el estilo franco i leal que precise la fisonomía del individuo, que diferencie al hombre de los otros hombres, que encierre la manifestación exacta del yo. Todo hay, menos el lenguaje claro i sustancioso, con la virtud del agua i del pan, no cansar.

No surge una personalidad eminente que seduzca i se imponga, lo que es un bien i un mal: un bien, porque toda eminencia literaria induce a imitación i ahoga la libre iniciativa del individuo, un mal, porque no habiendo superioridades, las falsificamos i nos convertimos en adoradores de medianías i mediocridades.

Los viejos se repiten o se esterilizan, los jóvenes no se estereotipan aún con rasgos definidos i claros. Muerto Althaus, paralítico i moribundo Salaverry, espatriado Arnaldo Márquez, tal vez por carecer aquí de aire i espacio ¿quién nos queda? Sin embargo, naciones desdeñadas por nosotros poseen hoy un Montalvo i un Llona, un prosador i un poeta.

Carecemos de buenos estilistas, porque no contamos con buenos pensadores, porque el estilo no es mas que sangre de las ideas: a organismo raquíptico, sangre anémica. I ¿cómo pensaremos bien si todavía respiramos en atmósfera de la Edad media si en nuestra educación jiramos alrededor de los estériles dogmas católicos, si no logramos espeler el virus teológico, heredado de los españoles?

Hasta en los cerebros con presunción de sanos reina espantosa confusión, pues las ideas más diverjentes i divorciadas cohabitan en amigable consorcio. No se pida lójica: soneto que se abre con apóstrofe racionalista se cierra con declaraciones de fe; discurso con exordio en favor de Darwin lleva peroración en defensa del Génesis. Para concebir algo semejante al desorden estrambótico de nuestra verbosidad incoercible, imagínese la promiscuidad de un ejército en derrota, o el revoltijo después de un incendio: por la boca de un costal repleto con los comestibles de una bodega i las alhajas de una joyería, brotan en risible confusión, nabos i rubíes, garbanzos i brillantes, roscas de morcilla i collares de perlas.

Predomina el catolicismo liberal o liberalismo católico. Periodistas i literatos arrojan a un solo molde el Syllabus i la Declaración de los derechos del hombre. Adoran en dos altares, como ciertas mujeres consagran al rezo la mitad del día i al amor libre la otra mitad. Olvidan que el liberalismo católico representa en el orden moral el mismo papel que en el orden físico representaron los lagartos voladores de la época secundaria: organismos con alas de pájaro i cuerpo de reptil, seres que hoy vuelan i mañana rastrean.

Muchos, con aire de emprender el décimotercio trabajo de Hércules, cojen la pluma i disertan horas de horas sobre libertad de cultos, sobre cementerios laicos i especialmente sobre los dos tesoros de su arca santa, el patronato nacional i el exequatur; pero cuando se ofrece aceptar los principios de la Ciencia positiva i aplicar sus lógicas i tremendas conclusiones, cuando llega la ocasión de blandir el hacha para dar el golpe recio, entonces retroceden espantados, i (adiós décimotercio trabajo de Hércules!

Los escritos de nuestros más audaces liberales parece bajo la cúpula de una catedral: entre choque de vasos, vapor de vino i gritos blasfemos, s'escucha de cuando en cuando el soplido del órgano, la interminable salmodia de fraile soñoliento i el chisporroteo de velas hisopeadas con agua bendita.

En fin, el diagnóstico de la literatura peruana se resume en una línea: congestión de palabras, anemia de ideas.

Inténtese hablar al pueblo de sus intereses i fácilmente comprenderá que si antes se hizo todo con él, pero en beneficio de unos cuantos, llega la hora que él haga todo por sí i en beneficio propio. Al escritor le cumple abrir los ojos de las muchedumbres i aleccionarlas para que no las coja desprevenidas el gran movimiento de liquidación social que se inicia hoi en las naciones más civilizadas.

Harto se habló a la Humanidad de sus obligaciones, para que se recuerde ya de sus derechos. ¡Abajo esas mentiras convencionales de respeto i resignación! Todas las antiguallas respetadas, aunque no respetables, sirvieron de cómplices a la tiranía religiosa, política i social. Consideramos el trascurso de siglos como una sanción, cuando, por el contrario, los errores más antiguos merecen más odio i guerra más implacable, porque más tiempo engañaron al hombre i más perjuicios le causaron. Abramos bien los ojos i veremos claro: veremos que muchos individuos nos "parecen colosos porque al medirnos con ellos nos arrodillamos", veremos que respetamos hoi como sagradas las abominaciones que nosotros mismos consagramos ayer, veremos que nos conducimos como el niño que vuelve sus espaldas a la bujía i s'espanta con la gigantesca proyección de su propia sombra.

Esa palabra resignación, inventada por los astutos que gozan, para encadenar el brazo de los inocentes que sufren iniquidades atropellos, debe desaparecer de todos los labios, porque resuena como sinónimo de ultraje en el opresor, de cobardía algo de su riqueza, i veremos si conocen i preconizan la resignación. La Tierra produce aún los frutos necesarios para alimentar holgadamente a la Humanidad, continúa siendo para sus hijos la madre de fecundas i preñadas ubres, i si hay hambre i miseria en unos mientras hay hartazgo i riqueza en otros, es porque el hambriento i el miserable, en lugar de rebelarse i combatir, se resignan cristianamente a sufrir suerte.

Basta ya de compensaciones celestes i d'esperanzas ilusorias en una justicia sobrehumana, basta de narcóticos i derivados que desalientan para l'acción, relajan la enerjía i convierten al hombre en la eterna víctima del hombre. Nadie se halla en la obligación de sufrir para que otros gocen, de ayunar para que otros coman, de morir para que otros vivan. Por el contrario, los desheredados tienen derecho de usar todos los medios para sustraerse a su desgraciada condición. ¿Porqué desmayar de hambre a las puertas del festín, si violentando la entrada se consigue manjar i sitio para todos? Los despojos sociales nacieron de la violencia, se fundan en la violencia más o menos solapada, i combatirles violentamente es ejercer el derecho de contestar a la fuerza con la fuerza.

El respeto i la resignación pueden haber llenado el martirolojio romano i el cielo; pero sólo el irrespeto i la rebeldía conquistaron la Naturaleza i cubrieron de flores el camino de la Humanidad. Un solo acto de rebeldía suele producir más bienes a la especie humana que todas las resignaciones i todos los respetos. Donde irradia un foco de luz, donde se derrumba una preocupación o un error, donde surge algo que sublima, el pensamiento i

ensancha el corazón, estemos seguros que ahí corrieron el sudor i la sangre de algún irrespetuoso i de algún rebelde.

I ¿a quién le cumple más que al escritor la indisciplina i insumisión? El debe marchar siempre a la cabeza de los insumisos e indisciplinados, tan ajeno a los aduladores del Poder como a los cortesanos de la muchedumbre. Para demandar justicia no aguarda hora propicia ni ocasión favorable, sino que la exige siempre en todo lugar, principalmente cuando se corre peligro al demandarla i cuando todos tiemblan i callan. I en esto se diferencia del político.

Los políticos de profesión, los que se desvelan por ganarse prosélitos, hablan siempre con atenuaciones, circunloquios i estratajemas, mientras que el hombre verdaderamente libre lanza el pensamiento en su más cruda integridad, sin que le importe nada herir los intereses de las clases acomodadas ni sublevar la cólera de agrupaciones ignorantes i fanáticas.

II

Muchos pueblos, al sufrir un descalabro, guardan la fuerza d'elasticidad suficiente para regresar al punto de la caída. Nosotros, vencidos por Chile, permanecemos colados al suelo como sustancia glutinosa.

Da grima ver el apego senil al camino trillado, el culto sin disidentes a la diosa rutina, el respeto servil a hombres huecos e instituciones apolilladas, a mitos aéreos i entidades metafísicas. En tanto que nuestros vecinos marchan al trote o a la carga, nosotros no salimos de marcar el paso.

Aquí no vivimos como hermanos, a la sombra del mismo techo, respirando el mismo ambiente i amando las mismas cosas, sino disputándonos un rayo de Sol, como jitanos en feria; tratando d'engañarnos sórdidamente, como tahures en mesa de garito; odiándonos interiormente con el rencor implacable de oprimidos i opresores.

A juicio de Bolívar, "no hay buena fe en América ni entre los hombres ni entre las naciones. Los tratados son papeles, las constituciones libros, las elecciones combates, la libertad anarquía i la vida un tormento". En el Perú de hoi, no existe honradez privada ni pública: todo se viola i pisotea cínicamente, desde la para de honor hasta el documento suscrito. La vida política se funda en fraude, concusión i mentira; la vida social se resume en la modorra egoísta, cuando no en la guerra defensiva contra envidia, calumnia i rapacidad del vecino.

En todo país civilizado funcionan grupos homogéneos o, cuando Menos, se bosquejan embriones de partidos con sus hombres i sus credos: nosotros no conocemos armonías de cerebros, sino alianzas de vientre. No poseemos elementos individuales que reunir en un cuerpo solidario i compacto, porque los ciudadanos útiles i probos esquivan la lucha, se sustraen a l'acción i viven acurrucados en el carapacho de su yo. El malo triunfa i manda, hace i deshace, mientras el bueno resume su filosofía en cuatro palabras: tranquilidad en la digestión.

¿Qué tenemos? En el Gobierno, manotadas inconscientes o remedos de movimientos libres; en el Poder judicial, venalidades i prevaricatos; en el Congreso, riñas grotescas sin arranques de valor i discusiones soporíferas sin chispa d'elocuencia; en el pueblo, carencia de fe porque en ninguno se cree ya, egoísmo de nieve porque a nadie se ama i conformidad musulmana porque nada s'espera. Pueblo, Congreso, Poder judicial i Gobierno, todo fermenta i despiden un enervante olor a mediocridad. Abunda la pequeñez en todo: pequeñez en caracteres, pequeñez en corazones, pequeñez en vicios i ;crímenes.

El escritor no s'exime del envilecimiento jeneral. ¿Dónde la boca libre que hable a las multitudes como se las debe hablar? ¿Qué publicista rompe la mordaza de oro? ¿Qué poeta truena con la cólera enjendrada por el odio al malo? El escritor que paladea la miel de un

cargo público, enmudece o aplaude; el diarista que inútilmente husmea las migajas del erario nacional, vocifera i ataca: con rarísimas escepciones, sólo hai cortesanos rastreros u opositores despechados. Los que distribuyen la propina i marchan, como ídolos de la India, contemplando a sus pies una muchedumbre de creyentes arrodillados, esos saben lo que significan las reverencias del periodista en el editorial, las congratulaciones del profesor en el discurso universitario i las lágrimas del poeta en la corona fúnebre.

Como profesamos un liberalismo a flor de piel, como nos hicimos al grillete del colono, ignoramos hacia dónde tenemos que ir i no acertamos ni a mover los pies con desembarazo. La independencia nos abrumba, como una montaña de plomo. Se diría que lamentamos la esclavitud perdida, como pájaros que, lanzados aire por un descuido del amo, regresan a revolotear i piar en derredor de la jaula. Siguiendo la tradición de los autores cortes nos que elejían sus Mecenas entre los duques i los marqueses nosotros mendigamos patrocinio i renta de Gobiernos, Congresos i Municipalidades. A la mendicidad de los individuos responde la mendicidad colectiva: las sociedades libres demandan subvenciones carácter oficial. Somos los hermanos mendicantes de la Ciencia i de la Literatura.

Mas, sería mui aventurado afirmar que nuestra miseria social venga esclusivamente de la guerra con Chile: cierto, la derrota apoca, pone en relieve todos los vicios del vencido, infunde gran desaliento en los ánimos, pero no cambia súbita i radicalmente el modo de ser de una sociedad; una conquista duradera u ocupación secular es una inoculación, una guerra de pocos años, una simple sangría. Podremos estar anémicos, mas ¿por qué grenados? Lo natural habría sido que, pasada la guerra, hubiera venido la reacción.

Cunde hasta el servilismo internacional: las agrupaciones literarias i científicas tienden a convertirse en academias correspondientes de las reales academias españolas. Literatos, abogados i médicos, vuelven los ojos a España en l'actividad vergonzosa de mendigar un título académico. Lacayos del mundo intelectual, nuestros médicos, nuestros abogados i maestros literatos, se pavonean con las medallas o emblemas de las corporaciones españolas, como los antiguos esclavos de casa grande se contoneaban i crecían con la librea del amo.

En resumen, hoi el Perú es organismo enfermo: donde se aplica el dedo brota pus.

III

Ardua tarea corresponde al escritor llamado a contrarrestar el influjo del mal político: su obra tiene que ser de propaganda i ataque. Tal vez no vivimos en condiciones de intentar l'acción colectiva, sino el esfuerzo individual i solitario, acaso no ,se requiere tanto el libro como el folleto, el periódico i la hoja suelta. Pero actúese personal o colectivamente, de nada serviría la más fogosa propaganda si no viniera simultáneamente con el ataque decidido a política i políticos.

¿Qué fué nuestra política? El arte de gobernar a los hombres como se gobierna una máquina o un rebaño. ¿Qué nuestros políticos?, sindicato de ambiciones malsanas donde por una selección invertida predominaron como flor i nata el médico sin clientela el banquero en liquidación, el periodista sin suscritores, el hacendado en ruina, el comerciante en quiebra, el ingeniero sin contratos, el militar sin hojas de servicios i señaladamente el abogado sin pleitos.

Por el rodadero de la política bajó todo a corromperse en charco cenagoso i pútrido. Las más preciosas fuerzas de la Nación quedaron desperdiciadas en discusiones de forma i de palabras, cuando no en riñas de intereses individuales o de camarilla. ¿Qué sacamos de todas nuestras divagaciones bizantinas? ¿Qué de todos nuestros pandillajes berberiscos? ¿Qué libertades conquistamos, después de las consignadas en las primeras Constituciones? Sacudimos la tutela de los Virreyes i vejetamos bajo la tiranía de los militares, de modo

que nuestra verdadera forma de gobierno es el Caporalismo. Emancipamos al esclavo negro para sustituirlo con el esclavo amarillo, el chino. El substrátum nacional o el Indio permanece como en tiempo de la dominación española: envuelto en la misma ignorancia i abatido por la misma servidumbre, pues si no siente la vara del Correjidor, jime bajo la férula de l'autoridad o del hacendado; si no paga tributo en oro, da contribución en carne; si no muere en la mina, sucumbe en los campos de batalla. Hasta vamos haciendo el milagro de matar en él lo que rara vez muere en el hombre: la esperanza. La historia nacional se resume en pocas líneas: muchas reformas políticas en ciernes, adelantos sociales casi ninguno, es decir, estancamiento; porque la civilización de una sociedad no se mide por la riqueza de unos pocos i la ilustración de nos cuantos, sino por el bienestar común i el nivel intelectual de las masas.

I sin embargo, la política resume todo el ideal de la juventud. Salidos apenas de las universidades, ¡qué!, hasta en los bancos del colejio, los adolescentes refrenan sus arranques de libertad, se adaptan a las pequeñeces del medio i adquieren todos los refinamientos i malicias del cortesano envejecido con la adulación i la mentira. No les pidamos el noble sentimiento de independecia, nada de lo que en otros países constituye el patrimonio de las almas recién abiertas a la conciencia de la vida. Su físico mismo les caracteriza: la humildad del semblante, la curvatura del cuerpo, la sumisa inflexión de la voz, denuncian al hombre destinado a momificarse bajo la piel de un senador, de un ministro, de un juez o de un mero empleado. Que la política no se diferencia de la majistratura ni de l'Administración o empleomanía i parasitismo: del cargo público se sale a la política, i de la política se vuelve al cargo público, de manera que los tres poderes públicos deben ser considerados como talleres donde se fabrica el artefacto nacional: el empleado. Como hubo castas en Indias i maestrías en la Edad media, así hai en el Perú familias de presupuestívoros o empleados por herencia secular. Para esas familias toda profesión, toda carrera, toda industria son estaciones para llegar a la Caja Fiscal. Hombres que en artes, ciencias o industrias hubieran dejado una huella luminosa, malograron sus buenas cualidades i en lo mejor de la vida se hicieron inválidos de la intelijencia. A las puertas del Congreso, de Palacio i de las oficinas públicas, deberíamos repetir las lamentaciones del poeta inglés en el cementerio de un'aldea.

Si la política es el mal, si el política es el enemigo ¿ha de concluirse que el escritor viva encerrado en s mismo, ajeno a las evoluciones de su país, como ser caído de un astro superior? Por escluirse un hombre de la política ¿deja de verse influído i arrastrado por los acontecimientos? Cuando un partido retrógrado invade el Poder i promulga leyes restrictivas del la libertad de imprenta ¿no sufre daño directo el escritor? Quien vive cerca de un pantano, lejos de querer prescindir de los miasmas, trata de aplicar el drenaje a las aguas detenidas. Aún más, aunque un hombre se libre de un perjuicio ¿no le sufren los otros? Por un egoísmo cobarde i frío ¿dejaremos desencadenarse el aluvión porque arrastra al vecino sin amenazarnos a nosotros. Si algo debe lamentar el hombre que siempre manejó una pluma es no haber consagrado los mejores años de su vida a colaborar en una obra de rejeneración social, i si de algo puede congratularse i enorgullecerse un escritor es de haber emitido una idea fecunda, estirpado un error o introducido un rayo de luz en algún cerebro nublado por las preocupaciones de casta i secta. "Cuando empecé a escribir, dice Zola, tuve un extraordinario desprecio de la política...Eso que era en mí la opinión simplista de un poeta exasperado, se me figura hoi la cosa más pueril i más imbécil...La política se me ha presentado como lo que es en realidad, como el enardecido campo donde se lucha la vida de las naciones, donde se siembra la historia de los pueblos para las futuras cosechas de verdad i de justicia. He comprendido que los espíritus , más elevados pueden evolucionar ahí, realizando la mejor de las tareas: el bien de los otros".

Si alguien tiene obligación i derecho de inmiscuirse en las discusiones políticas, es el escritor, no para quedar oscurecido i anulado en ellas, sino para iluminarlas i ensancharlas; no para defender una legalidad de convención i mentira, sino para descorrer anchos horizontes de justicia; no para divagar sobre interpretaciones de leyes o subsistencias de formas tradicionales i pueriles, sino para elevar las cuestiones políticas al rango de cuestiones, sociales. Sereno entre el desencadenamiento de las malas pasiones i de los bajos instintos, indiferente a los cambios personales que no entrañan reformas provechosas a las muchedumbres, el escrito defiende al oprimido contra el opresor; en las horas de más envilecimiento de los pueblos i de tiranía de los poderes hace oír una voz de humanidad i de justicia. El político de profesión es soldado que en la humareda del combate no ve más allá del estrecho círculo que le rodea; el escritor es vijía que desde una eminencia sigue las evoluciones de los ejércitos i prevé mejor el resultado final de la batalla.

Nada tan mezquino de miras como un hombre eternamente, confinado en la política. Si fiel a su partido se ajita en órbita de microbio, no concibe nada más allá de su grupo i realiza una obra de interés personal o d'egoísmo; cuando no, rencores i venganzas; s'infiel a sus correligionarios, va de agrupación en agrupación ejerciendo el ignominioso papel de tráfuga i merodeador público. Hasta el gran estadista, el modelo de jenerosidad i nobleza, el prototipo de las llamadas virtudes cívicas, descubre algo irreductible i maquinal que infunde antipatía: es siempre el hombre del buen éxito, de la cosa juzgada i de la razón d'Estado. Sacerdote laico, todo lo sacrifica en aras del Dios-Estado, como el clérigo católico lo inmola todo en holocausto del Dios-Iglesia. Aunque se jacte de librepensador i ateo, es el peor fanático de la peor de todas las religiones, pues tiene su Gran Fetiche en el Estado, su Papa en el Jefe del Poder Ejecutivo, su Concilio ecuménico en el Parlamento, sus Santos Padres en la Majistratura, su Biblia en la Constitución i las leyes.

Por eso, cuando se intenta amenguar el mérito de un escritor diciendo: ese hombre no es político, tradúzcase en esta frase que implica un'alabanza. Ese hombre es a la política como el bisturí a la carne fungosa, como el desinfectante al microbio.

En compendio: el escritor debe inferirse en la política para desacreditarla, disolverla i destruirla.

IV

Sí, los políticos son los verdaderos enemigos, i con ellos se necesita, no sólo el ataque jeneral i en globo, sino la espurgación individual para cojerles uno por uno i practicar una vivisección moral. Sí, la política es el mal, i toda propaganda debe tender a utilizar en provecho de las reformas sociales todas las fuerzas desperdiciadas hoi en luchas i divagaciones políticas.

Aunque se escandalicen los adoradores de mitos i de fraseologías tradicionales, conviene prescindir de cuestiones sobre fundamentos del Estado i principios del Gobierno i repetir con un verdadero pensador: cualquier Gobierno, con la mayor suma de garantías individuales i lo menos posible de acción administrativa. Al comparar las garantías que el súbdito inglés disfruta en la Gran Bretaña con las vejaciones que el ciudadano sufre en el Perú, se comprende que las formas de Gobierno nada o mui poco significan para la libertad del individuo. ¿Qué vale más: habitar en una autocracia rejida por un Marco Aurelio o en una república gobernada por un Cáceres o un Piérola?

Hai que mostrar al pueblo el horror de su envilecimiento i de su miseria; nunca se verificó excelente autopsia sin despedazar el cadáver, ni se conoció a fondo una sociedad sin descarnar su esqueleto. ¿Por qué asustarse o escandalizarse? Cuanto se diga ¿no lo palpan nacionales i extranjeros? La lepra no se cura escondiéndola con guante blanco.

Pero de nada serviría revolcar siempre a la Nación en su propio lodo i enconarla noche i día sus llagas, si al mismo tiempo no se levanta el espíritu de las muchedumbres que

rastrean en la costa, si no se sacude con rudeza brutal a esos hombres soñolientos que perdurablemente cabecean en las faldas de la Gran Cordillera, si no se da continuas descargas eléctricas al organismo amenazado de parálisis. Se necesita herir i punzar a las multitudes, no por el malévolu prurito de ofenderlas i exasperarlas, sino por el jeneroso deseo de estimularlas para el bien i enardecer el coraje para l'acción. Nada temamos que mui pocos oigan i entiendan; cuando vibra una voz sincera i franca, los mas ignorantes paran el oído i escuchan. Lo que se toma por insuficiencia de las masas para comprender las ideas, debe llamarse impotencia del escritor para darse a entender. Si el tecnicismo i las demostraciones particulares de la Ciencia figuran como letra muerta para el ignorante o no iniciado, las conclusiones capitales ofrecen tanta claridad i sencillez que las entienden los cerebros de instrucción más rudimentaria. ¿Se requiere haber estudiado a fonda Astronomía para comprender que la Tierra se mueve al rededor del Sol? ¿Se requiere haber estudiado a fondo Historia Natural para comprender que entre el hombre i los animales superiores no median diferencias inesplicables? ¿Se requiere haber estudiado a fondo sociología para comprender que la personalidad humana es sagrada i que todos poseen derecho a su parte de aire, de luz i de vida? ¿Fueron grandes teólogos todos los hombres que siguieron la predicación de Lutero? ¿Fueron grandes sociólogos los soldados de Cromwell i los voluntarios de la Revolución francesa?

Quien no se deja comprender, no sabe espresarse: el arte de la elocuencia depende mucho de saber colocarse al nivel intelectual de su auditorio. "Quien desprecia la multitud desprecia la Razón misma, desde que la juzga incapaz de comunicarse i hacerse oír; por el contrario, sólo es verdadera filosofía la que se cree nacida para todos y profesa que todos nacieron para la más elevada verdad i deben tener su parte della, como del Sol".

1888

CUARTA PARTE

VÍCTOR HUGO

I

Víctor Hugo ha muerto. El poeta del siglo, el eco sonoro colocado en el centro de nuestra sociedad, acaba de'extinguirse.

Para escribir la vida del ilustre muerto se necesitaría comprender la historia literaria de nuestro siglo. Lo que un autor francés afirmaba de Sainte-Beuve debe con más razón aplicarse a Víctor Hugo: "Ningún hombre de su época se rozó con mayor numero de ideas". Ninguno, tal vez, realizó con la pluma prodijios mayores: él destruyó para construir, sublevó el espíritu nuevo contra el espíritu viejo i convirtió en campo de batalla la república literaria del siglo XIX.

Su nombre, como el Islam i Sangre de los mahometanos o el Santiago i Cierra España de las huestes castellanas, repercutía como grito de combate. Cuando el cuerno d'Hernani resonaba, todos los espíritus independientes se apercibían a luchar, porque el romanticismo francés, que había empezado con Chateaubriand, por una exaltación algo mística i algo monárquica, se fué modificando con Víctor Hugo hasta significar emancipación del pensamiento, quiere decir, libertad en la Ciencia, en el Arte i en la Literatura.

Siempre que Víctor Hugo quiso levantar su voz de bronce todos guardaron silencio para recoger las palabras i entregarlas a los vientos de la Tierra. Los escritores de su tiempo le apostrofaban como Dante a Virjilio: "Tú eres el guía, el señor i el maestro".

Aunque los naturalistas pretendan derivarse de Stendhal i Balzac, revelan a cada paso la filiación romántica, dejan ver que avanzan en la inmensa trocha montada por el hacha de Víctor Hugo. Zola, en sus continuos arranques de mal humor, rabia de seguir involuntariamente el impulso del Maestro i no poderse quitar el penacho romántico.

Ser traducido al español, inglés, italiano, alemán, griego, i ruso, saliendo a luz lo mismo en París que en Madrid, Londres, Roma, Berlín, Atenas y Sampetersburgo, sólo él lo consiguió. En todas partes se introdujo a dominar, a imponerse. ¿Qué literatura no conserva hoy huellas de imitación romántica?

II

Víctor María Hugo nació en Besancon el 26 de febrero de 1802, i fueron sus padres el Jeneral José Leopoldo Sejisberto Hugo, hijo de un carpintero de Nancy,** y Sofía Francisca Trébuchet, hija de un armador de Nantes. Vivió, pues, más de ochenta i tres años, viendo desaparecer a los principales autores de su tiempo: A. de Musset, Vigny, Lamartine, Sainte-Beuve, Dumas, George Sand, etc., a sus hermanos Eujenio i Abel, a su hija Leopoldina, a su esposa i a sus hijos Carlos i Francisco. De sus descendientes le quedaban, su hija Adela, encerrada desde 1872 en una casa de locos, i sus nietos Jorje i Juana.

Hijo de un soldado que hoy atraviesa los Alpes i mañana los Pirineos, Víctor Hugo, a las seis semanas de nacido, fué llevado por sus padres a Marsella, i después siguió residiendo en Córcega, la Isla de Elba, París, Turín, Florencia, Roma, Nápoles i Madrid, donde permaneció en el Colejio de Nobles desde principios de 1811 hasta la Primavera de 1812.

A los diez años intentaba versificar sin conocer la métrica, a los doce componía sus primeros versos consagrados a Orlando, i de los trece a los dieciséis, no sólo había escrito innumerables composiciones, tanto orijinales como traducidas del latín o imitadas de Ossian, sino un poema sobre el diluvio, el cuento Bug Jargal, la tragedia Itarmeno, la zarzuela De algo sirve el acaso, el melodrama Inés de Castro, etc. A los quince años obtuvo una mención en el concurso de la Academia francesa, i a los dieciocho ganó el título de maestro en los Juegos florales de Tolosa. Chateaubriand le llamaba con justicia "el niño sublime".

Desde fines de 1819 hasta principios de 1821 colaboró asiduamente en el Conservador literario, periódico bimensual, fundado por él i sus hermanos. Sus escritos del Conservador se distinguen por el subido tinte monárquico, religioso i hasta clásico.

En 1822 dió a luz con el título de Odas i Poesías diversas su primera colección de versos, obtuvo de Luis XVIII una pensión anual de 1,000 francos i contrajo matrimonio con Adela Foucher, la virgen celebrada en el libro V de las Odas, la esposa ofendida i glorificada en los Cantos del Crepúsculo.

De 1823 hasta 1830 inclusive, publicó Han de Islandia (1823), Nuevas Odas (1824), la reedición esplanada de Bug Jargal (1826), Odas i Baladas (1826), Cromwell (1827), las Orientales (1829), el Ultimo día de un condenado a muerte (1829), Marion de Lorme (1829), i Hernani (1830). Estas obras levantaron una tempestad de aplausos i recriminaciones.

El prefacio de Cromwell produjo tanta resonancia, que alguien le llamó el Decálogo romántico. La primera representación d'Hernani se convirtió en la encarnizada lucha de dos partidos en el Waterloo de la clásica tragedia francesa. Con la obra de Víctor Hugo se impuso, el drama romántico, rematándose la campaña empezada por Alejandro Dumas con Enrique III i por Alfred de Vigny con la traducción de Otelo. Como los veteranos del Imperio s'enorgullecían de haber peleado en Austerlitz, así los viejos románticos se

vanagloriaban de haber asistido a la jornada d'Hernani. "Esa noche, dice Théophile Gautier, decidí de nuestra vida".

En aquella época, antes de los treinta años, Víctor Hugo había inspirado ya el odio implacable que Byron infundió en ciertos meticulosos espíritus de Inglaterra i el amor llevado que Goethe despertó en algunas nobles almas de Alemania. Si no faltó quien l'execrara como el Atila de la Literatura, hubo también hombres acometidos de hugolatría. Refiere Théophile Gautier que al ser presentado a Víctor Hugo por Petrus Borel Gérard de Nerval le faltó poco para desmayarse como Ester en presencia de Asuero. Lo que más le sorprendía en Víctor Hugo era "la frente monumental, de amplitud i belleza sobrehumanas, frente digna de llevar la corona de un Dios o un César".

De 1830 en adelante la fecundidad de Víctor Hugo raya, en asombrosa; como Lope de Vega y Goethe, lo abarca prende todo i lo puede todo. Cuando los demás incuban una estrofa o un canto, él produce un poema o un libro. Unos brillan como poetas líricos, otros como épicos o dramáticos; pero él se destaca sobre todos como el poeta único i de una pieza. Todo lo canta, desde la concha del Océano hasta el musgo de las montañas, desde el sapo hasta la estrella, i desde el amor que hace morir hasta el odio que hace matar. Vuela como el cóndor i trabaja como la hormiga. Asombra con la intensidad i extensión de su vida: no se abruma con la faena diaria, no siente la impotencia de la vejez, i por más de medio siglo publica volúmenes tras volúmenes que vienen al campo de la literatura francesa como creciente inundación de un Nilo inagotable.

III

Su obra, semejante al escudo de Aquiles, encierra la completa figuración de la vida, merece titularse como el libro de Humboldt, Cosmos.

Para estudiar el espíritu & nuestro siglo necesitamos leer las páginas del gran poeta: conociendo a Víctor Hugo, sabemos lo que fuimos, lo que somos, lo que anhelamos ser. Más que el tipo de una raza, debe llamarse el hombre representativo de una época.

Víctor Hugo pertenece a la familia de los genios eminentemente progresivos que se despojan hoy del error adquirido ayer: pájaros en eterna muda, a cada movimiento de sus almas dejan caer una pluma descolorida i muerta. Realista en l'adolescencia, bonapartista en la juventud, republicano en la edad viril, socialista en la vejez, sintetiza la evolución de un cerebro que avanza en espiral ascendente. Vilipendiarle por la variación de sus ideas vale tanto como acusar a la semilla de transformarse en árbol. La piedra en virtud de su peso, traza la línea recta; el tren, el humo i hasta el águila, siguen las entrantes i salientes de una curva para ganar en altura. Pasar de monárquico a republicano, de creyente a librepensador, significa ascender. Con razón, en 1853, comparando su vida intelectual con la tempestuosa carrera de Ney i Murat, exclamaba que "el orgullo en l'ascensión era permitido cuando en el último tramo de la escala luminosa se había encontrado la proscripción".

Erró al figurarse que la Restauración de los Borbones daría libertad al pueblo francés i que el pontificado de Mastai Ferreti sería pacto de alianza entre la Iglesia i la civilización; pero combatió infatigablemente por la segunda República, vivió cerca de veinte años en el destierro i clavó en la picota de los Castigos al Emperador de Sedán i al Pontífice de Mentana.

Su acción política no iguala su influencia literaria. Si como Par de Francia sostuvo duelos de palabra, tan gloriosos como las justas de los antiguos paladines, no arrastró con discursos a las muchedumbres, no tuvo en sus manos la suerte de Francia, no representó el encumbrado papel de Lamartine. Su gloria política se funda en haber sido un Homero con gorro frijio i blusa democrática. El quitó a la Poesía las immaculadas alas de serafín, que Lamartine le había revestido, él la sacó de la ebúrnea torre donde Alfred de Vigny la quiso

mantener encerrada, él l'alejó del palacio donde un tiempo se gozaba en murmurar monótonos cantos de servidumbre i lanzándola a la tribuna parlamentaria, al club jacobino i a la plaza pública, la hizo relampaguear como Mirabeau, tronar como Danton i herir como las encolerizadas i justicieras muchedumbres del 93.

La lectura de Víctor Hugo, como poderoso estimulante, hace brotar ideas; sus palabras actúan en el cerebro, como abono en la tierra. Siendo mucho lo que dice con sus versos, es más lo que sujiere. Cuando concluimos de leer algunos de sus poemas i cerramos los ojos, parece que las más recónditas células de nuestro cerebro se iluminaran con repentina luz sideral: con unos poetas soñamos, con otros sentimos, con Víctor Hugo pensamos. Con él, "no sólo experimentamos l'admiración por el escrito, sino también el gozo d'encontrar en el poeta al pensador ligado con todos los problemas que interesan a la Humanidad". Cuanto produce atesora el calor de la vida. Sus poemas no se limitan a hermosas cristalizaciones minerales: son cuerpos organizados en que se palpa el movimiento de la savia o la circulación de la sangre. Como lo declara él mismo, "tiene corazón hasta en la cabeza, entrañas en la inteligencia". "Quiero, dice, a l'araña i la hortiga porque son aborrecidas". Esa inmensa conmiseración, que abarca todo cuanto vive o existe, le inspira una filosofía optimista, verdadera filosofía de poeta: según Víctor Hugo, el mal desaparecerá un día, no sólo de la Tierra sino del Universo, i todos seremos eternamente felices bajo el ala paternal de Dios.

En su poesía, radicalmente humana, desborda la piedad hacia los desgraciados i relampaguea contra los opresores. El no renegó como Byron ni desesperó como Leopardi, i si alguna vez blandió la espada de fuego, siempre mostró en su frente olímpica el nimbo de la esperanza. Hasta en los Castigos, en ese tremendo libro de cólera i venganza, asoman la piedad i el amor, como fosforescencias en mar tempestuoso i negro.

Si no deja como Goethe una huella indeleble en la Ciencias naturales, imprimió en el idioma francés la efijie inalterable de su jenio: queda como el insuperable maestro de la forma i del colorido. Contribuyó más que nadie a enriquecer el lenguaje poético, ya pidiendo voces al vocabulario científico, ya incrustando en sus frases locuciones populares, ya rejuveneciendo i renovando las vetustas i manoseadas figuras retóricas de los seudo clásicos franceses. Sus composiciones hierven de metáforas, donde adquieren forma tangible i concreta las ideas más vaporosas i más abstractas: al decir que piensa con imágenes se l'ensalza en lugar de abatirle. Con sus imágenes enormes i exuberantes hace: recordar las flores gigantes i estrañas que flotan sobre las aguas Amazonas.

El dió a las palabras la ductibilidad del oro i la maleabilidad de l'arcilla plástica. Las frases dijeron siempre cuanto les mandó decir, produjeron las grandisonancias que les ordenó producir. Los ritmos le obedecieron como a César sus leones. Tiene versos lapidarios que encierran síntesis admirables, ideas que parecen presentimientos de leyes científicas o tajos de luz abiertos en lo impenetrable. Hasta cuando el pensamiento se pierde en las abstracciones metafísicas o en las nebulosidades apocalípticas, el verso conserva su inimitable sonoridad, i produce el efecto de música subterránea o recuerda el rítmico galope de un caballo las tinieblas.

El adolescente que en 1816 escribía: "Quiero ser Chateaubriand o nada", consiguió más de lo deseado, fué el poeta del Siglo.

IV

Voltaire se levanta como el escritor francés más digno de colocarse frente a Víctor Hugo; la tarea demoledora del uno en el siglo XVII vale tanto como la obra literaria del otro en el siglo XIX . Voltaire, que se realza con el mérito de haber escrito a riesgo de libertad y vida, presenta una desventaja. Sin decir con Pascal: "ingenio burlón, mal ingenio", puede asegurarse, que si la Humanidad ríe con los escritores alegres, no adora más que a

los hombres serios: Momo no será nunca la divinidad de un pueblo. Ingenio esencialmente satírico, aguzado por irresistible comezón de risa, Voltaire lo sacrifica todo al placer de lanzar un chiste i descubrir la parte vulnerable de sus adversarios, Víctor Hugo es un carácter radicalmente grave; la chispa francesa no, brota en él espontánea, sino estudiadamente. Lo que en Voltaire concluye por una risotada rabelesiana, en Víctor Hugo termina por estupendos estallidos de cólera dantesca. Voltaire aplica en la piel de su enemigo vejigatorios microscópicos; Víctor Hugo descarga mandobles que matan o dejan cicatrices indelebles. Voltaire no causa respeto: viejo medio alegre i medio libertino, es el papá Voltaire; Víctor Hugo infunde cierto alejamiento: patriarca optimista i bondadoso, es el padre Hugo. Sin embargo, el uno se completa con el otro, i algo habría faltado a la Humanidad si no hubieran existido Voltaire i Víctor Hugo. Ambos poseyeron l'audacia en las ideas, la universalidad de la inspiración, la constancia en el trabajo, la combatividad infatigable, la vejez sin decrepitud i la fuerza tenaz de arraigarse a la vida.

Francia tuvo la gloria de producir a Napoleón Bonaparte, el hombre de la espada, i a Víctor Hugo, el hombre de la pluma. El uno abre el Siglo con sus campañas, el otro le cierra con sus libros. El uno representa la plenitud en la vida de l'acción, el otro la exuberancia en la vida del pensamiento. Víctor Hugo es el Napoleón de la palabra, Napoleón el Víctor Hugo del hierro. Soldado i poeta se distinguen por la enormidad i la fuerza. Si el uno gana batallas, el otro escribe poemas; i el artista no cede ante el guerrero, pues tanto valen los Castigos o las Leyendas de los Siglos como las Pirámides o Marengo. Ambos sintieron los estásis de la victoria, ambos probaron las amarguras del destierro, ambos sembraron amores profundos i odios implacables, ambos hicieron repercutir su nombre en los más apartados rincones del Globo. Reyes d'Europa rindieron vasallaje a Napoleón; esceptuando a Lamartine i A. de Vigny, los poetas franceses del período romántico siguieron las huellas de Víctor Hugo. Como Bonaparte, muere en Mayo, mes de las aves, de las flores i de los poetas. Hai una diferencia: Napoleón terminó su vida, triste, desamparado, en una isla estéril; Víctor Hugo acaba de morir tranquilo, en el seno de sus amigos, llorado por un gran pueblo que le da por catafalco el Arco de Triunfo, por tumba la cripta del Panteón. La muerte así equivale a una trasfiguración.

Los siglos correrán, i todas las medianías que surjen para deslumbrar a sus contemporáneos desaparecerán en las tinieblas del olvido, mientras la figura ideal de Víctor Hugo irá creciendo en proporción a la distancia que la separe de nosotros. Como se dice, la Grecia de Homero, la Italia de Dante, la España de Cervantes i l'Alemania de Goethe, se dirá la Francia de Víctor Hugo.

1885

RENAN

Al mismo tiempo que Víctor Hugo hizo de la poesía un arma democrática i demoledora, vino Renan a convertir la erudición en arte mágica de infundir la incredulidad.

Después de Lutero i Voltaire, pocos hombres encendieron polémicas más virulentas ni desencadenaron cóleras más furibundas.

Al traducir el Libro de Job, Renan se presentó como un nuevo escomulgado entre los mil autores inscritos en el Indice; al perder su cátedra en el Colegio de Francia por haber negado los dogmas del Catolicismo, se rodeó de celebridad entre librepensadores i eruditos; pero al escribir la Vida de Jesús, se convirtió en objeto d'execración universal, en cabeza de turco donde los más inofensivos se juzgaron con derecho de asestar un puñetazo.

Como en tiempo de las Cruzadas, justos i pecadores se creían obligados a romper una lanza en Tierra Santa, así, desde 1863 hasta 1870, los buenos i malos discípulos del Nazareno tomaron a punto de honra esgrimir la pluma contra Renan. Mil salieron a la palestra, desde Pío IX que le llamó "el blasfemador francés hasta el obispo Dupanloup que le amenazaba con los "rigores brazo secular".

Hubo más: protestante i papista, que nunca logran ponerse de acuerdo, se confabularon tácitamente para denigrar el libro i escarnecer al autor. No se concibe hoi la ira que sintieron algunos protestantes porque el hijo de Athanase Coquerel trató a Renan de querido amigo.

Hubo más todavía: los librepensadores le atacaron por razones contrarias, pues encontraron la obra llena de miramientos, transacciones i reticencias, cuando habrían querido que la pluma de Renan se hubiera transformado en arma hiriente i cortante, en la segunda lanza de Lonjino.

Se formaría una biblioteca muy voluminosa, aunque no mui amena, con todo lo escrito para insultar a Renan i rebatir la Vida de Jesús. Al estallar la guerra franco-prusiana, comenzó el apaciguamiento hacia el hereje i declinó una literatura cultivada por hombres que suplían el genio con las buenas intenciones.

Renan, que no tuvo mui desarrollado el órgano de la combatividad, continuó encerrado entre sus papeles, sin dejar su siríaco su hebreo, su arábigo, ni su griego, mientras zumbaba el huracán se desencadenaban los truenos. Apenas si concedió importancia al decreto imperial que le destituía de la cátedra en el Colejio de Francia, apenas si una que otra vez se sulfuró con los repetidos i malévolos ataques de Dupanloup. La controversia con adversarios intransijentes i de mala fe, el combate rastrero donde se gasta más lodo que tinta, no cuadraban con la índole del hombre que reunía la mansedumbre de Kant a la sencillez de Spinoza.

Nunca sostuvo polémicas "En la polémica, decía, hai que saber encontrar el lado frágil de sus adversarios i cebarse en él, no tocar las cuestiones inciertas, guardarse de toda concesión, en fin, renunciar a la esencia misma del espíritu científico". "Calumniado como nadie, nunca se vindicó, no creía en la eficacia de las calumnias, estaba persuadido que para los espíritus serios la rectitud del hombre honrado se revela siempre". "Odiar a los tontos ¡gran Dios! Responder a todas las inepcias, gastar su vida en una lucha infecunda, entregarse a merced de los insultadores, concediéndoles derecho de figurarse que pueden herimos ¡qué locura!, cuando el mundo es tan vasto, cuando el Universo encierra tanto secreto que adivinar, tanta magnificencia que contemplar".

Los enemigos de Renan eran lobos que aullaban inútilmente; él, un termite infatigable i silencioso que seguía carcomiendo el madero del Calvario.

II

Hoi nos admira el escándalo suscitado por la Vida de Jesús en la Francia bonapartista i gazmoña. Un pueblo donde escribieron Bayle, Fréret, Diderot, Voltaire i d'Alembert, donde pasó el soplo racionalista i laico de la Revolución, donde Dupuis i Volney redujeron toda la leyenda del Evangelio a un mito solar, donde Parny cantó la Guerra de los Dioses, donde Laplace, Stendhal i Proudhon hicieron gala de ateísmo ¡escandalizaba porque un erudito negaba la divinidad de Jesús!

Si Renan procede con atenuaciones, circunloquios i cortesía, no debe inferirse que intenta una obra de transacción entre fanático i ateo, ni afirmar con Jules Levallois que la Vida de Jesús levantó unánime tempestad en los bandos más opuestos, porque "nada separa tanto a los hombres como una tentativa de reconciliación que no se realiza".* Cierto, Renan al convertir en hombre al Dios usa de gran cautela; pero todos los subterfujos morales; todas las edulcoraciones del lenguaje, no pasan de recursos literarios para ganarse la benevolencia del lector. Jesús se diseña con rasgos tan admirables i simpáticos, se ha embellecido tanto con los adornos adventicios de la leyenda, representa un modelo de mansedumbre tan sublime, que al embestirle con odio i rabia se despierta la invencible antipatía de los lectores, se pierde toda probabilidad de buen éxito en el ataque, s'emprende una obra perjudicial i contraproducente.

Si por muchos de sus libros marcha Renan con los tímidos i conservadores, por su Vida de Jesús va con los avanzados zapadores de viejas teogonías. Mide mui bien la magnitud de su demolición, sabe que basta despojar a Cristo del barniz divino para derrumbar el edificio inmenso del Catolicismo. Emprende con toda consciencia una labor profundamente radical, i sólo por maquiavelismo puede calificarse de "respetuoso, disidente" i pronosticar que "algún día la Iglesia le invocará como un apolojista".

No: la Iglesia le anatematizará siempre como el peor enemigo, i con razón, por incurrir en el imperdonable delito de hacerse leer, por causar a la fe católica el mismo daño que puñal escondido, en ramo de flores o veneno en copa de oro. Jeneralmente, las vidas de Jesús pecan de ilejibles i enojosas, en tanto que la de Renan es atrayente, lijera, por decirlo así, alada. Tiene sabor helénico, i en muchas páginas trasciende a idilio virjiliano. Si no merece titularse un libro divino, en el sentido ortodojo de la palabra, debe llamarse algo que vale mucho más, un libro perfectamente humano. Al terminar su lectura, se ve que el hijo de María gana inmensamente con perder la divinidad, pues de sombra mítica i lejendaria se trasforma en personaje real e histórico. Ningún hombre puede quejarse de que le hayan consagrado monumento igual, i si volviera Jesús al mundo, tal vez preferiría ver encarecidas sus acciones puramente humanas en el libro de Renan a ver glorificados sus prodijios de taumaturgo en los Evangelios.

Por medio de una crítica ingeniosa, despojar el hecho real de todas sus incrustaciones lejendarias; inducir cautelosamente cómo pudieron realizarse los acontecimientos, cuando falta la narración imparcial i concluyendo; espurgar las indecisas o contradictorias pinturas de los Evangelios, para fijar con rasgos precisos la figura histórica de Jesús, he aquí la empresa intentada por Renan. Cristo, dejando de mostrarse como el gran fetiche i el milagrero, adquiere toda su verdad aproximativa i aparece humanamente posible, aunque dibujado algunas veces con perfecciones sobrehumanas, casi divinas. Sin llegar a convertirlo en Dios, Renan le prodiga exageradas alabanzas que le roza con la Divinidad. "Jesús es el individuo que ha hecho dar a nuestra especie el mayor paso hacia lo divino... Jesús es la más elevada entre las columnas, que indican al hombre de dónde y adónde debe tender... Jesús no será sobrepasado". Anticatólica, pero no irreligiosa, la Vida de Jesús exhala un perfume de vago misticismo.

Si el libro de Peyrat deja tal vez en el ánimo del lector una impresión más duradera i eficaz, la obra de Renan, con todas sus herejías destiladas en cláusulas místico-idealistas, ofrece el curioso aliciente de música profana, tocada en órgano de iglesia, por eximio artista.

Eximio artista: ni sus mayores enemigos se atrevieron a negarlo; condenaron su alma, no su estilo ni su lenguaje.

La Vida de Jesús posee un mérito indiscutible, una escelencia que la impone i la eternizará: la forma, Renan confiesa que gastó un año en sólo corregirla, porque el asunto requería toda sobriedad, toda simpleza; i con su trabajo asiduo consiguió lo que más enorgullece al artista, disimular el arte. En las muchas cualidades del estilo resalta la suprema, la que parece resumirlas todas, la claridad: no se necesita volver sobre una frase para comprender el sentido, no hai que desperdiciar en interpretarla el tiempo que debe aprovecharse en meditarla. Como decía Joubert de Platón, "el lenguaje se colora con el esplendor del pensamiento".

En la Vida de Jesús se patentiza el don de algunos escritores franceses para componer con materiales ajenos un libro casi orijinal. La grave erudición de los exejetas, alemanes se convierte con Renan en disertación agradable; o de otro modo: el jugo de los autores jermánicos, al sufrir las manipulaciones del estilista francés, se clarifica i se cristaliza con las facetas del diamante.

III

A Renan hai que examinarle por distintos lados, porque no es una esfera sino un poliedro irregular. El se pinta así: "Estuve predestinado a ser lo que soi: un romántico que protesta del romanticismo, un utopista que predica en política el a ras del suelo, un idealista que inútilmente se afana en parecer burgués, un tejido de contradicciones que recuerdan el hircocervo de la escolástica, dotado de dos naturalezas. Una de mis mitades se ocupa en demoler a la otra, como el animal fabuloso de Ctesias se comía las patas sin notarlo".

Si un tonsurado cuelga los hábitos, se convierte a menudo en enemigo implacable del Catolicismo i en el más terco refutador de sus dogmas. Sólo en un fraile ex papista como Lutero se concibe una cólera tan violenta contra los Papas. Renan se manifiesta impío sin hiel, hereje con la seráfica unción de un eclesiástico. Habla del Catolicismo con respeto, casi con veneración; rebosando de ternura inefable, recuerda sus primeros años de fe; confiesa que a la educación religiosa debe todo lo bueno que hai en su naturaleza; i se lamenta de haber contristado con sus ideas heterodojas a sus primeros institutores, los venerables sacerdotes de Tréguier. De ahí que sus libros encierren una cualidad rara en nuestro siglo: la serenidad. Aunque se manifieste sentimental i melancólico, se aleja mucho de los autores que escriben en continua exaltación nerviosa. Se cierne sobre los acontecimientos i las personas como si fuera de otro planeta, muchas veces como el Micrómegas de Voltaire.

Renan no pasó del misticismo a la voluptuosidad. Cortó su carrera eclesiástica i abandonó el seminario, porque la lectura i meditación de algunos autores alemanes le probaron la falibilidad de sus antiguos maestros. "Hacia 1843, dice, me hallaba en el Seminario de San Sulpicio cuando empecé a conocer Alemania por Goethe i Herder. Creí entrar en un templo, i todo lo que había yo tenido por una pompa digna de la Divinidad me produjo entonces el mismo efecto que flores de papel amarillentas i ajadas".* Confiesa que toda la vida se mantuvo casto, que sólo amó a cuatro mujeres--su madre, su hermana Enriqueta, su esposa i su hija--, que en los dinteles de la vejez vino a comprender las palabras del Eclesiastés: "Anda, pues, come tu pan y regocíjate con la mujer que amaste un día". Sin embargo, "desde niño entreveía la hermosura como don tan superior que el talento, el talento, el jenio, la virtud misma, eran nada en comparación"; i en su vejez escribe frases que recuerdan a Heine predicando la rehabilitación de la carne o a Zola defendiendo la dignidad i nobleza del jenésico: "¡Qué, dice, la obra por excelencia, la continuación de la da estará ligada como un acto ridículo o grosero!". Quizá en, todo su erotismo senil hai un simple recurso literario, un contajio del naturalismo. Sólo así puede esplicarse que haya escrito: "El libertino tiene razón i practica la verdadera filosofía de la vida".

Renan se presenta como ave rara en su época i en su nación, por el desinterés, o "desprendimiento de los bienes temporales", según decía él mismo. Sus obras le produjeron mui poco: mientras novelistas i dramaturgos acumulaban sumas fabulosas i vivían rejamente, él vejetaba en la medianía i, a no ser por el Gobierno de la República, habría muerto en la escasez. Cuando el Imperio, al quitarle la cátedra d'hebreo, quiso darle una compensación, él la renunció altivamente. Sin ser despilfarrador como Lamartine o pródigo como Dumas, no tuvo como Voltaire i Víctor Hugo la ciencia práctica de la vida. Su felicidad habría consistido en que alguien hubiera tomado a cargo alojarle, alimentarle, vestirle i calentarle, dejándole completa libertad de pensar i escribir. Poco más o menos la dicha del buen abad que pide una buena biblioteca sin desdeñar un buen refectorio.

Contrariamente al pesimismo jeneral, Renan se regocijaba de haber nacido i proclamaba el placer de vivir. Siempre se mostró satisfecho, salvo que toda su satisfacción no pasara de un velo discreto para disimular los combates interiores. Quizá ni su alegría ni su tristeza

fueron muy profundas, porque el verdadero fondo de su carácter parecía un egoísmo sonriente, amable y de buen tono. El mismo declara con llaneza que de su educación clerical guardaba el horror a las amistades particulares, que nunca prestó servicios a sus amigos y por consiguiente a nadie. Probablemente, los dolores de la Humanidad no le quitaron una hora de sueño. Le tocó buen asiento para ver la representación del drama, y se divertía sin cuidarse mucho de averiguar si sus prójimos se divertían también. Hombre ajeno a las pasiones profundas y por consiguiente a los dolores profundos, miraba el Universo por el lado bueno profesaba un optimismo tan exagerado que más de una vez rayaba en irónico. Quién sabe si toda su filosofía optimista se explica por este arranque: "Debemos la virtud al Eterno; pero, como desquite personal, tenemos derecho de agregarle la ironía, devolviendo así a quien lo merece, burla por burla, haciendo la misma pasada que nos hicieron".

Hombre de restricciones y reticencias, de avances y retrocesos, daba un rasguño y en seguida restañaba la sangre y aplicaba un vendaje, sin pensar que la cicatriz quedaría indeleble. Los rasguños femeniles que Renan ha dado al Catolicismo producen más daño que los furibundos hachazos propinados por otros. Por una parte ha quitado al ídolo de cartón sus papeles dorados, y por otra ha querido apuntalarle con barras de hierro.

IV

Paul Bourget afirma que la obra de Renan, considerada en conjunto, es de ciencia. ¿Erudición no convendría más? Una serie de encadenamientos lógicos y sin contradicciones, un todo inatacable y compacto, en fin, una gran pirámide de observaciones rematada con la afirmación de una ley, eso no se busca en los escritos de Renan. El mismo lo conoce cuando en su vejez se lastima de haberse consagrado a investigaciones "que nunca lograrán imponerse y quedarán siempre como interesantes consideraciones acerca de una realidad desaparecida para no volver".

Hasta se figura desviado de su carrera intelectual, y con asombrosa injenuidad escribe en sus últimos años: "El extremo ardor que la Fisiología y las Ciencias naturales escitaban en mi espíritu, me hace creer que, al haberlas cultivado sin interrupción, habría llegado yo a muchos resultados de Darwin, resultados entrevistos por mí".** Pero el haber entrevisto desde muy joven muchos resultados de Darwin no le impide resolver metafísicamente problemas que pertenecen a las Ciencias naturales (como por ejemplo el origen del lenguaje), ni llamar "falsa hipótesis la idea de una primitiva Humanidad viviendo en estado salvaje y casi bestial".*** "La Ciencia, dice, demuestra que cierto día, en virtud de leyes naturales que hasta entonces habían presidido el desarrollo de las cosas, sin excepción ni intervención exterior, el ser pensante apareció dotado de todas sus cualidades y perfecto en cuanto a sus elementos esenciales, y, por tanto, querer explicar la aparición del hombre sobre la Tierra por las leyes que rigen los fenómenos de nuestro globo desde que la Naturaleza ha cesado de crear, sería abrir la puerta a imaginaciones tan extravagantes, que ningún espíritu serio se detendría en ellas un solo instante".

Renan costó el continente científico a manera de un Américo Vesputti; pero no penetró en él como un Hernán Cortés o un Pizarro. Así, recordando a Schopenhauer, llama al amor "voz lejana de un mundo que quiere existir"; recordando a Darwin, afirma que "el amor originó la belleza en el animal"; recordando a Jacobi, dice que "sus antepasados le legaron sus añejas economías de vida, que piensa por ellos"; recordando a Flammarion, escribe: "Pensemos que todo lo existido existe aún en alguna parte como imagen capaz de ser reanimada. Los clichés de todas las cosas se conservan. Los astros de la estremidad del Universo reciben actualmente la imagen de acontecimientos realizados hace muchos siglos. Las matrices de todo lo existido viven escalonadas en las diversas zonas del espacio infinito".

Al leer su *Porvenir de la Ciencia*, al recordar que alguna vez otorgó a los futuros químicos un poder sobrehumano, al oírle sostener que "el mundo nos revela un'ausencia completa de plan reflexionado a la vez que el mismo esfuerzo espontáneo del embrión hacia la vida i la conciencia", se le creería un sabio moderno; pero al ver sus continuas divagaciones en la esfera del misticismo, al escucharle profetizar la inmortalidad del sentimiento religioso i proferir que "sólo un materialismo grosero puede atacar esa necesidad eterna de nuestra naturaleza", se le distingue a mil años de un Taine declarando el vicio i la virtud naturales como el vitriolo i el azúcar, o de una madame Ackermann proclamando que "el elemento de las religiones es la ignorancia", que "la Fe desaparecerá con la Ciencia", que "una Humanidad más civilizada no necesitará creer sino saber".

No se le compare con Darwin o Spencer, no se le pida tampoco l'audacia de un Feuerbach para derribar todo el edificio religioso de la Humanidad, ni de un Haeckel para reconstruir la evolución de la vida en el Planeta; pero, sin salir de Francia ni penetrar en el dominio de las Ciencias naturales, compáresele con Letourneau, André Lefèvre o Guyau. Junto a la Irreligión del Provenir o al Bosquejo de una Moral sin obligación ni sanción, muchos libros de Renan parecen anticuados i retrógrados. Hasta Vacherot* llegó a conclusiones más atrevidas sobre el porvenir psicológico de la Religión. Su gran audacia consistió en negar la divinidad de Cristo i sostener, aunque no siempre, la concepción hegeliana del Universo, es decir, considerarle como un ser en la gestación de Dios. El no se detuvo a reflexionar en la fecunda solidez del Positivismo; i aunque rindió entusiastas homenajes al carácter filosófico de Littré, procedió injustamente con Augusto Comte acusándole de haber escrito en mal francés: acusación de gramático a gramático, no de filósofo a filósofo.

Los ortodoxos le tachan d'escéptico. No, Renan no merece el calificativo, porque si puso en duda lo dudable i lo dudoso, afirmó la realidad del mundo sensible, creyó ciegamente en la demostración matemática i aceptó la lei comprobada con observaciones i experimentos. En lo moral i religioso, se abstiene o divaga; en lo dogmático "afirma categóricamente la humildad de Jesucristo i l'ausencia de revelación divina. Es, como dice Jules Simon, incrédulo, no escéptico".* Con todo, el padre Gratry no carece de razón cuando le tacha de sofista. Renan sostiene el pro i el contra con asombrosa desenvoltura, no por mala fe, sino tal vez por descubrir, la fragilidad de la Dialéctica: edifica un castillo de barajas, le derriba de un soplo, i en seguida le reedifica para volverlo a derribar. Se diría que se propone burlarse de la lógica, del asunto i del lector. Nos acordamos de Mefistófeles enamorando a la vieja Marta.

Cuando Renan reconoce en Víctor Cousin "uno de los escitadores de su pensamiento",** se comprende que por el afán d'encontrar en todo alguna verdad, quiera conciliar hasta las contradicciones. Si algunos de sus defectos nacen del Eclecticismo, otros s'esplican por la exajeración del espíritu crítico: el temor de engañarse i la manía de creerse un "espíritu delicado i libre de pasión", le hacían muchas veces afirmar todo con reticencias o negar todo con restricciones, es decir, no afirmar ni negar i hasta contradecirse, pues le acontecía emitir una idea i en seguida, valiéndose de un pero, defender la contraria. De ahí su escasa popularidad: la multitud sólo comprende i sigue a los hombres que franca i hasta brutalmente afirman, con las palabras como Mirabeau, con los hechos como Napoleón.

V

José Ernesto Renan, nacido en Tréguier el 27 d'Enero de 1823, murió en París el 2 de Octubre de 1892.

El, que solía poner en duda la existencia de Dios i la inmortalidad del alma, nada temió tanto como la decadencia cerebral i de nada cuidó más que de su fama póstuma. " ¡Cuánto

me dolería, dice, el atravesar un período de apocamiento en que el hombre antes fuerte i virtuoso queda reducido a la sombra i a la ruina de si mismo, causando muchas veces el regocijo de los tontos al ocuparse en destruir la vida que laboriosamente edificó! Semejante vejez es el peor don que los dioses otorgan al hombre. Si tal suerte me cabe, protesto de antemano contra las flaquezas que un cerebro reblandecido me haga decir o afirmar. A Renan sano d'espíritu i de corazón, como estoi ahora; no a Renan medio destruído, por la muerte i no siendo ya el mismo, como seré si me descompongo lentamente, es a quien yo quiero que se oiga i crea".

Había deseado morir violentamente en el campo de batalla o asesinado en la curul del senador, i en algo se cumplieron sus deseos, pues s'estinguió dulcemente, sin agonía dolorosa, conservando hasta los últimos momentos la lucidez cerebral. Con él no hubo mascaradas religiosas ni leyendas de muerte a lo Juliano el Apóstata o arrepentimientos in extremis a lo Littré i Claude Bernard, porque al sentirse grave, tuvo la precaución de recomendar a los miembros de su familia que no le llamaran sacerdote, aunque en las angustias i alucinaciones de la última hora le oyeran clamar por auxilios espirituales. Casado con una protestante (hermana del pintor Ary Scheffer), asistido por sus dos hijos, rodeado de amigos fieles i prevenidos, el asalto clerical no pudo ni ser intentado.

Muerto impenitente i laico, Renan tuvo suntuosas exequias nacionales, atravesó París en una especie de triunfo póstumo, i fué a reposar en el cementerio de Montmartre, bajo la misma tumba que Scheffer, no mui lejos de Théophile Gautier i Henri Murger.

¿Cuáles fueron sus últimas, sus definitivas convicciones? Pregunta difícil de responderse, cuando se recuerda que el mismo Renan exclamó un día: "In utrumque paratus. Estar preparado a todo, es quizá la sabiduría. Entregamos, según las horas, a la confianza, al escepticismo, al optimismo, la ironía, es la manera d'estar seguros que, a lo menos por momentos, hemos poseído la verdad".

Para dar alguna idea de sus convicciones en Política i en Sociología, bastan algunas citas de su libro, publicado con el pomposo título de La reforma intelectual i moral.

"El egoísmo, fuente del socialismo; la envidia, fuente de democracia, formarán siempre una sociedad débil, incapaz de resistir a poderosos vecinos. Una sociedad sólo es fuerte con tal de reconocer el hecho de las superioridades naturales, que en el fondo se reducen a una sola, la del nacimiento, puesto que la superioridad intelectual i moral no es más que la superioridad de un jermen de vida, desarrollado en condiciones particularmente favorecidas".

"No soi rico, pero no podría casi vivir en una sociedad sin ricos. No soi católico, pero me gusta mucho que haya católicos, hermanas de caridad, curas de aldea, carmelitas, i si de mí dependiera suprimir todo eso, no lo suprimiría".

"En realidad, la Iglesia i la escuela son igualmente necesarias: una nación no puede pasarse sin una ni otra: cuando Iglesia i escuela están en pugna, todo va mal".

". . .educar al pueblo, reavivar sus facultades algo amortiguadas, inspirarle (con l'ayuda de un buen clero patriota) l'aceptación de una sociedad superior, el respeto de ciencia i virtud, el espíritu de sacrificio i abnegación...

"No considerando más que el derecho de los individuos, es injusto que un hombre sea sacrificado a otro hombre; pero no es injusto que todos se sometan a la obra superior que realiza la Humanidad. Cumple a la Relijión explicar estos misterios, i ofrecer en el mundo ideal superabundantes consolaciones a todos los sacrificados en la Tierra".

Lo último es el cómodo sistema de una relijión para el pueblo, sistema que trasciende a ironía sangrienta en labios del hombre que no vivió mui seguro de hallar en la otra vida las compensaciones que ofrecía jenerosamente a los desgraciados.

Efectivamente aunque dijo: "que prefiere el infierno a la Nada", "que espera i desea la inmortalidad", no vivió muy seguro de lograrla. I ¿cómo, si ni sobre Dios tuvo idea clara i

definitiva? Su Dios es unas veces un devenir, otras lo divino en la Naturaleza, otras el Padre celestial de Jesús, otras el papá-Dios o viejo calavera que se divierte con las travesuras de sus nietos. Atacó a Béranger por son Dieu des bonnes gens, i se muestra más irreverente que Béranger; censuró a Voltaire por sus impiedades, i se manifestó, más impío que Voltaire. Voltaire acusa a Júpiter de habernos jugado una broma pesada al crearnos; Renan afirma que "el seductor supremo ocultó gran parte de ironía en nuestras más santas ilusiones". Voltaire, moribundo, responde al sacerdote que l'encarece los méritos de Jesucristo: "No me hable usted dese hombre". Renan, al atravesar la puerta de una Iglesia, se quita el sombrero. Creía que estaba usted de pleito con el buen Dios", le dice su amigo. Renan responde: "Nos saludamos, pero no nos hablamos".

¿Hai acaso un abismo entre Voltaire i Renan? Quién sabe si la Vida de Jesús podría llamarse otra Doncella de Orléans, no en verso voltairiano, sino en prosa renaniana, con la diferencia que donde Voltaire se muestra grosero, desvergonzado i mordaz, Renan se manifiesta pulido, discreto i simplemente irónico.

Renan es un Voltaire clarificado i tamizado.

VI

Al compulsar hoi los trabajos de Renan, se admira dos cosas: la flexibilidad del talento i la inmensa laboriosidad. El mismo hombre que descifra una vieja i borrosa inscripción semítica, escribe los Dramas filosóficos o los Recuerdos de infancia i juventud. Como Voltaire, maneja la pluma con mano moribunda i sólo descansa al hundirse en el sepulcro. Achacoso, amenazado ya por la muerte, dicta dos cursos en el Colejio de Francia i trabaja sin reposo en concluir su Historia del pueblo de Israel. Más afortunado que su amigo Taine, no deja inconclusa ninguna de sus obras capitales.

Sus adversarios, principalmente los católicos, le acusan de frívolo i lijero, olvidando que la Misión de Fenicia, la Historia de los orígenes del Cristianismo, la Historia del pueblo de Israel, la Historia jeneral de las lenguas semíticas i el Corpus semiticarum inscriptionum, revelan muchísimas horas de estudio i profundas meditaciones. Cierito, Renan pagó tributo a su época escribiendo volúmenes de simples amenidades o amplificaciones; pero semejantes libros, compuestos muchas veces para ceder a la petulancia voraz de los editores, no encerraban la savia ni el meollo de su talento: eran cosas análogas a los entretenimientos o desahogos del artista, que después de fabricar una basílica iluminaba una miniatura o cincelaba una copa. El descubre tal vez el fondo grave de su carácter cuando escribe que de todas sus obras prefiere el Corpus semiticarum inscriptionum la más árida i de público más restringido.

Tal vez la última circunstancia contribuía mucho a la preferencia, pues, como Taine, proclamaba l'aristocracia intelectual i habría deseado convertir a los sabios en una especie de seres privilegiados o divinidades terrestres. I no sólo miraba en menos al vulgo pedestre, sino que en un momento de pesimismo literario ataca en globo a sus contemporáneos i pronostica siniestramente que nada o casi nada vivirá de todo lo escrito en el presente siglo. Sin manifestarse tan pesimista como él, se puede preguntar: ¿Cuál de i sus trabajos sobrenadará en el futuro naufragio? ¿Quién acierta en profetizar la selección del porvenir? Quevedo, uno de los hombres más sabios de su tiempo, vive por las letrillas i romances, por lo superfluo de su ingenio. Ni los autores mismos conocen la suerte de sus obras: Petrarca cifraba la gloria en sus versos latinos. Newton apreciaba tanto su libro sobre el Apocalipsis como sus tratados de Matemáticas. Algo semejante sucede ya con Renan: olvidamos al colaborador de Víctor Leclerc, al viajero i al arqueólogo, al lingüista i al filólogo, al historiador de Israel i al traductor de Job, el Cantar de los cantares i Eclesiastés, para sólo recordar al estilista de la Vida de Jesús. Pensó vivir por la erudición, i vive por lo que menos estimaba o finjía no estimar: la literatura.

Renan se dibuja como un erudito que se duele de haberse consagrado a la erudición i como un literato que s'enorgullece detener en menos la literatura. Dice que no adolece de vanidad literaria, que algún tiempo de su vida hizo caso de la literatura por sólo complacer a Sainte-Beuve que ejercía mucha influencia en él. Sin embargo, antes de conocer íntimamente a Sainte-Beuve i después de haber escapado a su influencia, escribió frases, pájinas i libros enteros de simple Literatura. Cuando afirma que "desierto es monoteísta", que "las paralelas s'encuentran en lo Infinito", que "si la Naturaleza fuera mala sería fea", que "Dios es ya bueno; pero no todopoderoso i que sin duda lo será un día" ¿no construye frases puramente literarias? Cuando escribe la Plegaria en el Acrópolis o Emma Kosilis ¿no llena pájinas puramente literarias? Cuando compone los Recuerdos de infancia i juventud ¿no hace libros puramente literarios i hasta lamartinianos con una Graziella en forma de Noemí?

En fin, Renan realizó con la Exéjesis alemana lo mismo que madame Staél i Egger intentaron con la literatura i la Filología jermánicas. Puede la Ciencia destruir una parte de su obra, como sucede ya con el Orijen del lenguaje, pero el arte conservará siempre mil i mil de sus pájinas donde s'exhala el aliento de una juventud eterna i se aspira el inefable aroma de la vida. En las antologías francesas ocupará un lugar cerca de Lamartine, porque no media gran distancia entre Jocelyn i la Vida de Jesús. Si Lamartine fué poeta extraviado en la política o abeja que labró su panal en el gorro frijio, Renan fué poeta emparedado en la erudición o un Ariel que llevó en sus alas el polvo de una biblioteca.

1893

VALERA

(Poeta y epistolario)

I

Con siete laminas de marfil, que representan cinco triángulos i dos cuadriláteros, se divierten los chinos en formar cientos i cientos de las figuras más caprichosas. En análogo juego de paciencia s'ejercitan muchos versificadores americanos i españoles: con dos adjetivos, una frase del siglo XVI i otra frase traducida o imitada de algún escritor francés, componen redondillas, sonetos, silvas i cuantas combinaciones métricas conocieron Renjifo i Hermosilla.

¿Se quiere adjetivos en las composiciones poéticas de Valera?

Era el silencio de la negra noche,

Y yo lloraba mi ilusión perdida, Y de mi triste llanto se burlaban

Los rayos de la luna, el aura

Efervescente en chispas vividoras

Y las antes recónditas estrellas,

Del hemisferio austral lúcido ornato,

Cuyo fulgor vió Dante sobre el rostro

De quien sin libertad no quiso vida.

Un poeta más conciso habría reducido los últimos siete versos a dos:

Y se burlaban de mi llanto, el aura,

La Luna i las estrellas;

pero tenía que haber un llanto triste, unos rayos tibios, un aura efervescente, unas chispas vividoras, unas antes recónditas estrellas, un lúcido ornato, algunos ripios más, sin contar la inútil alusión a unos versos de la "Divina comedia".

¿Se quiere frases hechas?

La esperanza, esa flor de primavera, fresca i lozana cuando Dios quería.

El "cuando Dios quería" estuvo mandado enterrar en tiempos de Garcilaso i fué resucitado por Sancho Panza al lamentar en Sierra Morena la pérdida del rucio. El mismo Valera confiesa que "en cualquiera época hai un estilo de convención, un enjambre de frases hechas, una manera, en suma, a la que se adapta la turbamulta de poetas".

¿Se quiere traducciones o imitaciones? La respuesta merece algunos párrafos.

Muchos atenúan el plajio con el eufemismo de traducción o imitación i consideran como corsarios con patente legal o marinos caleteros a los más descarados piratas. Supongamos un Derecho marítimo redactado por la tripulación del Draque.

A José Nakens se le antojó escribir que don Ramón de Campoamor metía con alguna libertad su hoz en la mies de Víctor Hugo, i Valera entabló polémica en defensa del acusado. Defensa i polémica inútiles, i peor aún, hasta contraproducentes, pues ala afirmar Valera que lo tomado a Víctor Hugo no valía la pena, daba desfavorable idea del gusto de Campoamor, que, pudiendo asimilarse lo bueno, escujo lo insignificante o lo malo. Nadie necesita de menos abogados i abogacías que el poeta de las Doloras. Por su rica fantasía, por su profunda intención filosófica, por su verso unas veces gráfico i otras alado, por su estilo viviente i personal, Campoamor compite con los mejores poetas del mundo. Es tan individual, tan él, que se denuncia en una línea, pero no dejenera en monótono ni obstruye con su personalidad i su egotismo. Su imaginación, como las rosas de Oriente, perfuma lo que toca. ¿Hai muchos hombres capaces d'escribir hoi las Fábulas o las Polémicas i mañana Colón o las cuadros dantescos del Drama universal? Los Tennyson, los Leconte de Lisle i los Carducci, no están encima de Campoamor ni l'eclipsan.

El resultado de la polémica se calcula recordando que las controversias literarias, como fogatas de leña húmeda, suelen producir más humo que fuego. Conforme a las teorías sentadas por Valera, no plajia quien pone en consonante ajenos pensamientos consignados en prosa llana, o traduce en verso una poesía con tal de conservar o mejorar la hermosura del orijinal. Hurto es apropiarse brillantes u onzas; pero no diamantes en bruto para, lapidarlos nosotros mismos, ni lingotes de oro para convertirlos en vajillas grabadas con nuestro monograma. Consecuencia práctica: al acercarse el Invierno, róbate la capa del vecino, i para que no te acusen de ratero, mándala teñir. Esto no posee ni el mérito de la novedad, pues muchos sostuvieron lo mismo en términos casi idénticos. "Un autor, en concepto de Nisard, hurta el bien de otros cuando no iguala lo que les toma, como el grajo que se adorna con las plumas del pavo real, pero recobra su bien, como decía Molière, cuando lo que inventa iguala o supera a lo que toma... Lo que sin ninguna violencia se traslada de poeta a poeta pertenece a los dos con el mismo título. Si hubiera violencia, habría robo".

Compárese las teorías de Nisard i Valera con la opinión del hombre que nunca se manifestó mui favorable al derecho de la propiedad literaria, que hasta escribió un libro para combatirla. "Todos sabemos, dice Proudhon, que "el plajio no sólo consiste en el robo de frases i usurpación de nombre o paternidad sino también (i es la manera más cobarde de robar lo ajeno) en l'apropiación de una doctrina, de un razonamiento, de un método, de una idea".

A cualquiera se le ocurre preguntar si el escritor que sobre el plajio formula teorías de manga tan ancha osa llevarlas a la práctica. Pregunta difícil de contestarse, dada la

erudición poliglota de Valera: ¿cómo comprobar fácilmente que pone a contribución un griego, un latino, un inglés o un alemán? Vale más suponer que predice una teoría i sigue otra, que no ejerce ese pickpocketismo literario en que el mérito de la sustracción se aquilata por la destreza del operador.

Con todo, Valera se cree poeta, como Lamartine se creía gran arquitecto, Chateaubriand gran diplomático, Ingres gran violinista i Gavarni gran matemático.

II

Desde la malhadada polémica, Valera no desperdicia ocasión de zaherir a Víctor Hugo, porque le guarda la ojeriza de Sancho a la manta. Se maneja con el poeta francés como el que de mala fe nos pisa un callo, i en el acto nos pide mil perdones i nos hace mil reverencias.

Una vez le censuró haber llamado a la Creación o Universo le crachat de Dieu, el esputo de Dios; no recordamos qué magister colombiano contestó que crachat debía de traducirse en ese caso por condecoración; i sobre si el Universo era condecoración o esputo, se renovó entre colombiano i español la disputa famosa de los Dos Preceptores.

Atacar todo lo francés, achaque de todo buen español. Algunos escritores castellanos copian, imitan o traducen a Víctor Hugo, i apenas acaban de hacerlo, l'embisten i le denigran. Cosa mui natural: cuando un amigo nos convida la sopa, nos hartamos bien, i en seguida hablamos mal de la sopa i del amigo.

A más de la ojeriza con Víctor Hugo, Valera esconde su pequeña neurosis, o como dicen los franceses, son dada, creerse escéptico. "Yo que soy un poco escéptico", dice repetidas veces, á cheval sur son dada. Cada uno cree lo que le parece creíble, i muchos no pasarán tal escepticismo, como no dijieren el republicanismo de Castelar. Se apostaría que Valera hace cruces al abrir la boca, i bendice el plato, antes de meter la cuchara, imitando al buen español que decía:

Yo tengo por devoción De santiguar lo que bebo.

Luis Carreras asegura que Valera "no se atreverá jamás a adoptar un estilo volteriano, por recelo de los abanicos de cuatro emperifolladas i embarnizadas marquesas", i "que antes de tomar la pluma enciende a su derecha una vela a Dios, a su izquierda otra al Diablo i enfrente una lámpara incandescente a la ninfa Comodidad".

Los seguro es que la teomanía la cristolatría resaltan en sus obras. Todo es Dios, en Dios, con Dios, por Dios i para Dios; i en todo, con todo, por todo, i para todo está el divino Redentor. Canta la Resurrección de Cristo, la Divinidad de Cristo, no sabemos si la virjinidad de Cristo; i rendiría gracias a la Providencia que nos colma de infinitas bondades haciendo pasar los ríos por en medio de las ciudades i poniendo en rajadas los melones para mayor facilidad de ser comidos en familia. Posee la Cólera santa del justo, el odium teologicum i el regocijo inefable del bienaventurado. No puede mentar a Machiavelli sin anteponerle el calificativo de impío, i arremete contra Pi i Margall porque el grotesco Adolfo de Castro "se convierte de sus antiguas ideas de librepensador a ferviente católico".

Con una crueldad felina s'encarniza contra el bueno de Aparisi i Guijarro i después de haberle destrozdo i desmenuzado. se arrepiente e sufre los remordimientos "del seminarista que regresa de cometer un pecado contra el pudor". Al fin, Aparisi i Guijarro, que vivió i murió en el seno de la Iglesia, merecía más consideraciones.

Si Valera no pone en tela de juicio ningún dogma, si hace gala de buen católico, si aboga por el Syllabus, ¿de qué duda? Se le podría definir: un escéptico sui géneris que rechaza las audacias lójicas de la Ciencia i afirma las desvaríos patológicos del Catolicismo. Vanagloriarse d'escéptico, i no rechazar el Catolicismo, vale tanto como creerse dispéptico i decir el bálsamo de Fierabrás. El escepticismo de académico que asiste anualmente a la misa por el alma de Cervantes, es un artificio retórico, dandismo

literario, préstamo de Renan, pero préstamo tan inofensivo como resolver charadas o jugar dominó.

Valera comparó unas liras de Menéndez Pelayo con una oda de Sinesios, el obispo de Ptolemaida. Bueno habría sido que autor de las Cartas Sudamericanas se hubiera parangonado él mismo con el autor de la oda griega. Como los primitivos obispos semipaganos, continuaban en vida conyugal con sus mujeres lejitimas, así Valera, con todas sus dudas i todo su escepticismo, sigue cohabitando con su esposa la Santa Madre Iglesia.

III

Negado como poeta, no sólo por sus malquerientes, sino hasta por su amigo Revilla, discutido como dramaturgo, admirado como erudito, Valera se impone como traductor, i en la literatura castellana ocupa lugar más prominente que los Eujenio de Ochoa i los Ventura de la Vega.

Al revés de muchos traductores americanos i españoles, que traducen de traducciones francesas las obras de ingleses o alemanes, Valera acude a la fuente i nos ofrece un agua pura i fresca, recojida con sus manos. Cuando en el encabezamiento de una composición escriba: traducida del alemán o del inglés, debe creérsele, porque los versos no denuncian el trasvase de segunda mano, como quien dice, el empego del orden francés.

Sus traducciones cortas de Uhland i Goethe, principalmente las versificadas en romance octosilábico, suelen rivalizar con los orijinales. Esas baladas, esos lieder, admirablemente confeccionados por Valera, figurarán en las antologías españolas, como figuran las vidrieras del confitero las perlas de azúcar, rellenas con lágrimas d'esquisita mistela.

Véase dos ejemplos, los más cortos, no los mejores:

LAS GOTAS DE NÉCTAR

(De Goethe)

Por complacer al amado,
Al divino Prometeo,
Un cáliz lleno de néctar
Minerva trajo del cielo.
Con él inspiró a los hombres
El santo amor de lo bello,
Y puso en sus corazones
De las artes el anhelo.
Recatándose de Jove
Bajaba, y estremeciendo
El cáliz, algunas gotas
Vertió sobre el verde suelo.
Abejas y mariposas
Al punto allí concurrieron,
Y hasta la deforme araña
Gustó del licor benéfico.
Dichosas, pues, que libaron
Inspiración y deseo,
Y del arte con el hombre
El alto don compartieron.

ROMANCE DEL PASTORCITO Y LA INFANTA

(Del alemán)

En el balcón del alcázar,

Al romper el nuevo día,
Tan hermosa como triste,
Está la infanta y suspira:
El Pastorcito del valle
Su pensamiento cautiva.
La Infanta murió de amores,
Su cuerpo a enterrar iban:
El lo vió, lo vió, y no supo
Por quién la Infanta moría.
En el valle está el sepulcro,
Y cuando en él se reclina
El Pastor, sueña dulzuras
De una tristeza infinita.

Sin embargo, en sus Trozos del Fausto descubre al versificador que desesperadamente lucha con rima i ritmo, mientras en su traducción de von Schack, Poesía y arte de los árabes en España i Sicilia, cede a escrúpulos monjiles que no conocieron ni los antiguos frailes españoles al interpretar la Egloga II de Virjilio. La pudicia de Velera, ruborizándose ante cosas análogas al

Formosum pastor Corydon ardebat Alexin
Delicias domini,

le granjeó los aplausos de un señor Marqués de Valmar.** Hai algunos santos varones que encuentran mui diáfano el peplus i vestirían a las Musas griegas, como una vieja de Paul de Kock pretendía forrar a hombres i mujeres con media docena de calzoncillos.

En cambio, su fidelidad al traducir algunos pasajes del mismo von Schack le atrajo la fraternal amonestación de un escritor bilingüe. "Así quisiéramos, dice el catalán Milá i Fontanals, que se hubiesen modificado ciertos paralelos del estado moral y del entusiasmo bélico religioso de los árabes y el de los cristianos; que por más que se trate de árabes, no se alabase cierto género de tolerancia, y que tuvieran el debido correctivo ciertas pullas antimonacales, únicas que al parecer disfrutaban de privilegio de desarrugar el sobrecejo científico".

¡Lucido habría quedado von Schack en una traducción corregida por un Marqués de Valman i revisada por un Milá i Fontanals! Con el procedimiento de correctivos i modificaciones se convierte a Lutero en defensor de los Papas, a Kropotkine en panejirista del Zar. Es el mismo sistema de los Padres Jesuítas al aconsejar que "la interpretación de los autoclásicos se practicara de modo que, aunque paganos, aparecieran como heraldos del Cristo".

Por un'antinomia común a los místicos (Valera gustó mucho de que le llamasen místico i platónico),** el mismo hombre que ceja cuando llega el caso de traducir integralmente una poesía escabrosa, vierte al castellano las Pastorales de Longus, libro en que el episodio de Gnathon pasa de castaño oscuro. Aquí Valera no sólo trasforma en mujer a un hombre, sino hace i deshace del Libro IV como si fuera una obra de su propiedad. Oigámosle.

"Una gran contra, fuerza es confesarlo, tiene por cierto, Dafnis y Cloe; el realismo de sus escenas amorosas, y la libertad, que raya en licencia, con que algunas están escritas; pero sería de disculpa que los que en Dafnis y Cloe pueda tildarse de licencia no el fondo perverso, y si algo de esto último hay en el original, lo hemos cambiado o suprimido" (XVIII).

"En el cuarto libro nos hemos atrevido a hacer bastantes alteraciones, algo parecido a lo que llaman un arreglo. Esto no quita que muchos párrafos (más de la mitad de dicho Libro IV) estén también traducidos por nosotros con la mayor exactitud. Sólo hemos variado unos lances originales por cierta pasión repugnante para nuestras costumbres, sustituyéndolos con otros fundados en más naturales sentimientos" (124).

"Ciertas obras literarias que representan una época, verdaderos documentos de los usos, costumbres y estado de alma, tocarles vale tanto como retocar el cuadro de un primitivo, completar una estatua o adulterar un edificio. Por la escasez de novelas griegas, Dafnis y Cloe es un documento preciosísimo, i alterarlo y corregirlo por simple gazmoñería o por mal entendido...".

¿Será Valera como algunos spinsters o solteronas inglesas que a solas se pasan horas enteras con los ojos fijos en un estereoscopio de fotografías pornográficas, mientras en público se sonrojan i miran al cielo cuando escuchan hablar de brazos i pantorrillas? No lo sabemos; pero es de temerse que de repente salga traduciendo los epigramas de Straten o el Faublas de Louvel, todo correjido por un Marqués de Valmar, espurgado por un Milá i Fontanals i con indulgencias del Ordinario.

IV

Entretanto consagra sus ocios de cesante o diplomático a escribir Cartas sudamericanas. En esas Cartas, que deberían llamarse Epístolas de un nuevo San Pablo a los Efesos, revela intenciones de convertirse en apóstol o emisario de la buena palabra. Se desvela por hacernos el bien, no como ese pícaro arriero de Cervantes, que se pasaba la noche en blanco porque le "tenían despierto sus malos deseos" de refocilarse con Maritornes. Considerando con razón a España como nuestra madre i creyendo posible nuestro regreso a la vida de feto, quiere convertirse en el cordón umbilical.

¿Qué nos trae Valera con sus Cartas? Si el espíritu moderno, le recibimos directamente de Alemania, Inglaterra i Francia sin necesidad de atravesar aduanas españolas; si el espíritu español, le conservamos suficiente para que nos haga falta una nueva importación. Hay muchos críticos españoles que, si bien admiten la emancipación política, siguen considerándose aún como los amos intelectuales de Sudamérica, predicando el respeto a la tradición, sin considerar que muchos defectos literarios son herencia de nuestros padres. Lo que en literatura necesitamos los sudamericanos es dejar la tradición española, emanciparnos completamente del espíritu castellano, ser menos gráficos, cortar el cable.

Hasta hoi sólo nos ha traído un mal. Con sus críticas de'espectación ultramarina, va propagando tal afición hacia el género epistolar que los escritores hispanoamericanos concluirán por llamarse, no clásicos ni románticos, idealistas i naturalistas, sino epistolarios. Toda república de lengua española se ilustra hoi con según seudo Valera que en cada día de vapor escribe tantas páginas como líneas escribió el Tostado en diez años. Gracias a tanto Lord Chesterfield con faldas o tanta madame de Sevigné con pantalones, vamos en camino de ver constituirse un'asociación internacional de alabanzas mutuas i chismes caseros.

Como los devotos anhelan por la bendición pontifical, así los autores sudamericanos sueñan con una epístola de Valera, que saca del limbo literario i posee más virtudes que bula de la santa cruzada. Novelistas i filósofos, historiadores i críticos, prosadores i poetas, mozos i viejos, todos le envían el primer ejemplar de sus obras, con la esperanza de merecer la consabida carta congratulatoria.

Valera suele contestar burlándose del libro i ridiculizando al autor; pero los infelices toman la cosa por el lado serio i pasan su buen cuarto de hora figurándose en posesión de

un salvoconducto para la inmortalidad. Hasta vilipendiados, quedan contentos: hai individuos que por la comezón de darse a conocer, atravesarían la ciudad montados en un asno, vestidos de plumas i anunciados por la vociferaciones de un pregonero.

I ¡cómo sabe escarnecer a su clientela! Verdad que muchas veces con justicia, porque no faltan chauvins que en los modernos españoles vengarían la degollación de Atahualpa ni lacrimosos literatos que con la pérdida de la poesía incaica vivan tan inconsolables como Sancho con el robo de alforjas i fiambre. Se deleita pájinas, de pájinas en hacer la vivisección de algún pobre diablo, hasta que por clemencia i capricho varía de tono i quiere justificarle con atenuaciones i alabanzas. Inútilmente: quita la buena reputación i no logra devolverla. Como aprendiz de brujo, Valera puede sacar al diablo de una botella, mas no volverle a meter.

Para esas críticas de doble efecto se pinta solo. Hermosilla, Villergas i Clarín, no sólo aplican banderillas de fuego, sino estocadas a fondo: son los tres grandes matadores de la crítica española; pero agradan con toda su injusticia i toda su acrimonia, por la franqueza en emitir sus convicciones i el valor de acometer a cuerpo desnudo sin abroquelarse con frases ambiguas. Valera, con aire de deslizarse sobre su víctima, suavemente, en el sentido de la hebra, asienta la mano i pasa como peine a contrapelo. Quand il fait patte de velours o se calza guantes, cuida de agujerear con disimulo las puntas para que la uña funcione alevosamente. En lugar de hacer cosquillas como Renan o Anatole France, escoria la piel como navaja roma. Escribe sus alabanzas en papel sinapismado, sus denigraciones en el reverso de un parche de unguento rosado. Asperjea con vitriolo i en seguida pone cataplasmas. La ironía, ese grano de sal en unos o cucharaditas de salsa inglesa en otros, es en Valera lazo gaucho para detener a los audaces o medialuna traidora para desjarretar a los fuertes.

V

Imitando probablemente a Chateaubriand i Lamartine, que en los últimos años de su vida menospreciaron la literatura, Valera confiesa con señorial desdén que escribe por sólo divertirse i divertir a sus lectores. Lo segundo no sucede siempre: algunas veces narcotiza con sus frases soporíferas, como tertulia de viejos que bostezan, cabecean i hasta roncan. Con sus frases cortas i lijeras, nos introduce en sociedad de pisaverdes que no atraviesan un jardín por conservar el lustre de sus botines ni abrazan fuertemente a una mujer por miedo de arrugarse la pechera."

Por mucho que se proclame un simple dilettante, denuncia siempre al escritor que se propone llenar diariamente un número fijo de carillas: si tiene algo que decir escribe; si nada tiene que decir, escribe también, porque sabe disimular la vaciedad del fondo con períodos estoraqueados i relamidos. Al releerle cuando escribe por escribir, nos acordamos de los viejos verdes que conservan unos cuantos mechones de pelo, les dejan crecer, les dan ni' vueltas, les pegan con goma, i piensan haber ocultado la calva.

Valera no hace gala de castizo i arcaico, habla jeneralmente como todos hablamos, comete sus estranjerismos, aunque más de una vez cede al capricho de construir frases que no desdecirían de ir intercaladas en autores del siglo XVII. Con todo, nunca s'embaraza en el movimiento de los períodos, va recta i derechamente adonde quiere ir i dice siempre lo que quiere i como quiere decirlo, apartándose de los Cánovas, de los Cuetos i de los demás hombres que se figuran nadar en el golfo cuando no consiguen más que chapotear en la orilla. Tiene su dejo artístico, su descuido con cuidado i hasta su admirable bonhomía, pero carece de sabor medular: todos sus libros parecen vertebrados con hueso convertido en jelatina.

Carece también de pujanza varonil. Lombroso descubre en casi todas las literatas eminentes algo masculino, tanto en sus obras como, en su fisonomía i acciones. Sin

avanzar que todos los cortesanos concluyan por afeminarse moral i físicamente, puede afirmarse que cierto aire adámico suele resaltar en las obras de los hombres de mundo. El escritor acostumbrado a las ceremonias de corte i a las jenuflexiones de salón o antecámara, presenta muchas veces en su estilo la minuciosidad i meticulosidad de la mujer; cuando escribe, parece que borda o cose; su pluma concluye por adquirir la sutileza de l'aguja. Véase, por ejemplo, a monsieur Arnese Honssaye, al seudo Petronio del segundo Imperio francés: sus metáforas se reducen a manipulaciones de abanico, su cháchara insustancial a chismografía de cortesanas i porteras. Hai, pues, casos de inversión cerebral: hombres que escriben como mujeres, mujeres que escriben como hombres; i s'espone a graves errores, el crítico que por la forma de un libro intenta descubrir el sexo del autor. Así, atribuiríamos a un hombre los poemas filosóficos de madame Ackermann i las disquisiciones científicas de Clemence Roger; por el contrario, atribuiríamos a una mujer los versos de Grilo i la prosa de Valera.

En sus novelas, más que en todas sus obras, denuncia sus defectos en el fondo i en el estilo: es un Daudet pasado por agua de Javel. La señora Pardo Bazán considera las novelas de Valera como aplicaciones del misticismo y del platonismo, y Brunetière las encuentra no sólo místicas i platónicas, sino casuísticas. Ahora bien, ¿qué prueba el misticismo? Todo lo que se quiera, menos virilidad d'espíritu. Al entregarse al sueño i al sentimiento, el místico se convierte en un ser neutro, se amputa la razón que es la virilidad del hombre. No sabemos si Valera lleva su misticismo al extremo de avergonzarse de poseer un cuerpo; sabemos si que con todo su casuismo, con todo su platonismo i con todo su misticismo presenta indicios de mostrarse impiamente burlón i hasta hace ademán de lanzar la flecha volteriana; pero, a lo mejor, todo que en nada, sea por gracia del Espíritu Santo, sea "por recelo de abanicos de cuatro emporifolladas i embarnizadas marquesas".

Al lector se le ocurre de cuando en cuando preguntarse si toda la religiosidad i todo el respeto al Catolicismo no s'esplican por la simulación del hombre astuto que evita romper lanzas con la Iglesia, por la táctica del epicúreo que desea vivir i morir tranquilamente. ¿Será Valera más volteriano que Voltaire i más maquiavélico que Machiavelli? Como protestaría de semejante manera de juzgarle, debemos admitirlo tal como se nos muestra, como seguramente desea que le veamos, sin fijarnos mucho en las incompatibilidades que median entre el escepticismo i el misticismo, entre la duda profana i el flirt divino.

Todo lo aseverado anteriormente no impide afirmar que Valera contenga en sus libros apreciaciones ingeniosas i profundas, que sea muchas veces leído con deleite i provecho, que figure como uno de los talentos más cultos i más variados d'España i aun de Europa. Escritor jenérico por escelencia, no se confina en especialidad i abarca muchas materias: es novelista, dramaturgo, crítico, historiador, diplomata, filólogo i con mucha razón se le ha comparado con los eximios humanistas que brillaron en la época del Renacimiento. Sabe latín, alemán, inglés, italiano, francés; ha leído en el orijinal a los grandes i pequeños escritores, antiguos i modernos, i hasta parece que lleva su ingenio al punto de traducir el griego sin haberle estudiado.

Su defecto capital, lo que amengua sus buenas cualidades, consiste en ser hombre de transición, en quedarse en el dintel de una puerta, sin entrar ni salir, en llevar medio rostro bañado de luz i medio rostro cubierto de oscuridad. No vuela libremente: sujeto por la Relijión i la Monarquía, se mueve i cabecea como globo cautivo. Espíritu esencialmente burgués, no tolera el desquiciamiento del orden establecido ni la plena libertad en la concepción filosófica. Adorador del justo medio, nada entre dos aguas: a medias defiende las corridas de toros, a medias combate el poder temporal de los Papas, advirtiendo cautelosamente que no es dogma declarado por la Iglesia.

Pero no siempre se anda con términos medios: en presencia de un librepensador o revolucionario, ve rojo i embiste, no con franqueza, sino con su buena dosis de

subterfujos. En ese caso, su crítica se metamorfosea en toro jarameño con pitones agudos pero dorados. Ya vimos cómo se manejó con Pi i Margall; mas no queda en eso. Exagerando l'antigua costumbre francesa de azotar al paje del delfín cuando el delfín merecía los azotes, se va contra unos cuando delinquen otros, como sucede con Guyau i Comte, que pagan los que no pecan. En unas cuantas líneas o pájinas, escritas al correr de la pluma, como si se tratara de unos advenedizos, clava púazos a Guyau i deja como nuevo al pobre Augusto i Comte.

Nada que se levante un palmo del suelo: fuera el águila, paso a la avenida o gusanillo alado que vuela un momento para caer y no remontarse nunca; abajo el cedro, arriba la grama. Cambiemos el Océano por una pila de agua bendita; dejemos las selvas ecuatoriales por el jardín de Tartarín de Tarascón.

Un crítico español tuvo la ocurrencia de comparar a Valera con Goethe. Distingamos: Valera es a Goethe como el padre Claret a Strauss, como Cánovas del Castillo a Bismarck, como Martínez Campos a von Moltke, como Ferrán a Koch i como el mismo crítico es a Hegel.

Sin fecha

CASTELAR

Castelar seduce por el arte de rejuvenecer en España las ideas envejecidas en Europa, i arrebatada por su estilo de períodos ciceronianos i cervantinos; pero cansa con la amplificación interminable de los mismos pensamientos, i hace sonreír con su lenguaje sesquipedal, heteróclito, abracadabrante, palinjenésico, caótico, superplanetario i cosmogónico.

No contiene un ápice del jeneroso espíritu pagano que animó a los grandes oradores de l'Antigüedad; por el contrario, personifica la neurosis mística que desde hace mil ochocientos años inficiona los pueblos de Occidente. Parece un Fénelon que llevara en sus venas unos cuantos glóbulos rojos de la sangre impía i volucionaria de Víctor Hugo, i muestra visos de un San Luis Gonzaga hipnotizado por un descreído como Pi i Margall.

Su corazón exhala vapores de falso sentimentalismo que perturban las funciones del cerebro. De ahí su carencia de lójica; librepensador, "no consiente que derriben los altares donde repetía sus oraciones de niño"; apóstol de la democracia universal, se opone a que la Monarquía española deje caer de su manto la hermosa perla nombrada Cuba".

Los años pasan con sus tempestades i sus cataclismos, sin grabarle el sello de austeridad que la lluvia i el viento imprimen hasta en los monumentos de piedra. Viejo, escribe hoí con la misma lijereza i la misma superficialidad de hace cuarenta años, i no descubre en ninguna de sus obras "una madurez potente, un dulce i rico sabor de Otoño".

El cráneo deste hombre maravilloso semeja la retorta de un alquimista, o más bien, un caos mental donde accionan i reaccionan las utopías de todos los soñadores, las negaciones de todos los incrédulos i las afirmaciones de todos los creyentes. Nadie tiene derecho de creerle materialista o espiritualista, librepensador ,o católico, monarquista o republicano, pues con un fragmento de sus libros se refuta lo que se prueba con un trozo de sus discursos, pues todas sus producciones se reducen a "magnífica i abigarrada i procesión de pensamientos desordenados i rapsódicos"

II

Como político y propagandista, como literato i orador, Castelar no pertenece a la familia de los hombres que amenazan desequilibrar la Tierra cuando la golpean con los pies. El ha removido la costra del terreno arable, pero no ha sabido ahondar el surco, estirpar de raíz las malas yerbas ni sembrar una buena semilla.

El causó mayores daños a España con su liberalismo expectante i emoliente, que Bonaparte con su invasión sangrienta, que Isabel II con su reinado gangrenoso, que los

Prim y los Martínez Campos con sus pronunciamientos i conspiraciones. Como el Nerón de Soumet asfixió a sus convidados con una lluvia de rosas, así Castelar ha concluído por ahogar la democracia española en un de flores oratorias. El más que nadie merece el título de "ilustre calamidad."

Puede servir de oráculo infalible entre los estudiantes de España y Sudamérica, puede figurar como apóstol en los corrillos de sus partidarios; pero en Alemania, Inglaterra i Francia, en países donde se piensa con madurez, Castelar no ejerce ninguna influencia, no goza de autoridad ninguna.

En Sociología i Moral, sólo divaga cuando intenta vulgarizar, como en Ciencias Naturales lo consiguen Figuiet, Foinville, Verne o Flammarion. En Historia, desnaturaliza el arte que Michelet poseía de evocar una época: la Humanidad que nos presenta en sus narraciones aparece desfigurada, contrahecha, como cuerpo retratado en caprichosa combinación d'espejos cóncavos i convexos. Ve cosas i acontecimientos como si adoleciera de daltonismo intelectual. Cuando en sus biografías pretende reconstruir un personaje, procede como el paleontólogo que para restaurar un fósil uniera el cráneo de un hombre, las alas de un pterodáctilo i el tronco de un megaterio.

Como orador, con todo su descomunal talento, es un capuchino extraviado en la política: ha convertido la tribuna en púlpito. De sus creaciones oratorias debe repetirse lo que Villergas dijo de los dramas escritos por Gil i Zárate: "Empiezan en la Tierra i acaban en el Cielo".

En Castelar los órganos fonológicos se nutren a espensas del juicio. Su palabra tiene la inconsciencia de una función animal, habla como los otros dijeren. Es el Zorrilla de la elocuencia. Adjetiva como el poeta de Granada: los sustantivos de Castelar desfilan con sus adjetivos, como interminable hilera de cojos i paralíticos apoyados en sus muletas. Posee la verbosidad inagotable sin el razonamiento irresistible. No convence, porque sus argumentos se reducen a perisolojías declamatorias o a meros arranques de sentimentalismo. Tiene relampagueos i auroras, pero no la luz meridiana de los clásicos griegos; arranques enérgicos, pero no las frases decisivas del gran historiador latino.

Teórico primero que todo, no recula ante un aluvión de palabras, cuando ceja i cede ante el hecho que presenta la magnitud de un grano de arena. No aterra como enemigo: acomete al adversario, l'envuelve i l'estrecha, pero no le desarma ni le vence: abraza con descomunales brazos de gigante, i aprieta con fuerzas de pigmeo. Cuando s'encoleriza i cree pulverizar a su contendor, no hace más que ensordecirle con una sinfonía o abofetearle con pétalos de rosa. Su elocuencia se parece a la de Mirabeau, como la espuma del champagne al hervidero de un mar en tempestad.

III

Se le debe clasificar entre los músicos, lejos de Mozart o Wagner, cerca del hombre-orquesta que azora i divierte a las muchedumbres en las ferias. Considerándolo bien, es el tambor mayor del siglo XIX: marcha presidiendo el bullicioso batallón de los hombres locuaces, de todos los inagotables habladores que hablan i hablan por el solo prurito de hablar.

Niño en sus caprichos, hembra por sus veleidades, no espresa el vigor del carácter varonil. Aunque nos empalague siempre con sus emulsiones de sensiblería siroposa, nunca nos hace sentir el salto de la carne herida por el amor, nunca el estremecimiento del corazón estrujado por mano de una mujer. Este hombre, o no amó jamás o sólo amó lo que no debe amarse. Todo prueba en él l=atrofia de los órganos viriles o la perversión del instinto jenésico.

En Demóstenes, en Cicerón, en Mirabeau, descubrimos al individuo: en Castelar vemos siempre al actor. Como su personalidad se reduce a casi nada, puede hacer suyo el dicho del orador latino: *Yo sólo suministro las palabras, que nunca me faltan*.

El no pinta como individuo, sino como colectividad: no como cóndor capaz de fatigarnos i derribarnos a fuerza de aletazos, sino como enjambre de insectos multicolores que nos marean con su incesante revoloteo i nos embriagan con el aroma recogido en el nectario de las flores i con el sahumerio aspirado en el incensario de una catedral.

Tenor que grita siempre i alguna vez arranca el do de pecho, pintor que sin cuidarse de medias tintas hermana todos los colores de la paleta, danzante que empieza a moverse en curvas regulares i acaba por entradas i salidas angulosas, estatuario que pone plinto de barro a un coloso de bronce, arquitecto que remanta el Partenón con el techo de una cabaña mozambique: todo eso i mucho más es Castelar cuando habla o escribe.

Gorgoritos de la Patti acabados en responso, retorcimientos de gimnasta unidos a contorsiones d'epiléptico, sacrílegas crispaturas de puño que terminan en señales de la cruz, ascensiones al Olimpo que paran en descensos a una sacristía, ahitamiento de ambrosía regada con agua de Lourdes: todo eso i mucho más hai en el estilo de Castelar.

Cuando recorre las épocas jeológicas desde la solidificación del Globo hasta el nacimiento del hombre, i la Historia desde la edad de piedra hasta nuestros días, sucedan dos cosas mui naturales: el público se duerme como el individuo que bebe la dosis máxima de cloral; Castelar se duerme también sobre la palabra i habla dormido, como esos viejos soldados que se duermen en la marcha i marchan durmiendo.

Tal es el hombre que lleva sobre sí tres enormes pecados: haber convertido el idioma castellano en orquesta forana i churrigueresca donde predominan el tantán chinesco i la esquila del convento; haber hecho de la Historia, ya una leyenda inverosímil como las novelas de Dumas, ya una mascarada trágica como los Jirondinos de Lamartine; i haber representado el papel de colaborador inconsciente del carlismo, contribuyendo a que España sea lo que es hoy: el clericalismo conduciendo a la monarquía, el ciego cargando al paralítico.

Sin fecha

QUINTA PARTE

LOS FRAGMENTOS DE LUZBEL

I

Núñez de Arce ha subido hasta una eminencia donde no llegan venablos de críticos malévolos ni recriminaciones d=envidiosos. Posee títulos de reyecía literaria en Raimundo Lulio, la Pesca, el Idilio, la Visión de Fray Martín i algunas diez producciones más, que vivirán tanto como la lengua castellana.

Verdadero portacetro de la poesía castellana marcha seguido por innumerables lejjones de incipientes versificadores que desean escribir su Idilio, como ayer quisieron componer su oda, su canto a Teresa, su oriental, su dolora, su cantar o su rima.

II

Las obras publicadas hasta hoi por Núñez de Arce han sido simples ensayos, ejecutados con el fin de amaestrarse en lo mecánico del verso antes de lanzarse a la composición de un gran poema. El Idilio y la Pesca figurarían como campañas d'Ejipto que anuncian un Austerlitz. El mismo Núñez de Arce lo declara en la especie de carta-prólogo que antecede

a su poema El Vértigo: "Pero no es esto decir que, atendiendo a los consejos de amigos para mí muy afectuosos, entre los cuales ocupa V. lugar preferente, no me decida acaso a escribir un poema de mayores y más trascendentales proporciones que los que hasta ahora he producido. Abrigo este pensamiento hace tiempo, y espero realizarlo, si Dios me concede para ello vida y reposo. Los poemas de cortas dimensiones que he publicado sólo son, como serán los que publique en lo sucesivo, tentativas en que ejercito mis fuerzas y ensayo mi aptitud para los varios géneros de la poesía contemporánea".

Luzbel ¿es el magno i aguardado poema? Los Fragmentos ¿vienen como globo de ensayo? Sea lo que fuese, los 134 endecasílabos, lejos d'eclipsar al Raimundo Lulio, patentizan que "algunas veces dormita el buen Homero". Abundan fraseologías, prosaísmos i revoques usados por malos versificadores para resanar grietas del edificio. Lunares que ni siquiera se dejan notar en proveedores de álbumes o abastecedores de abanicos, resaltan mucho en los grandes poetas como Núñez de Arce.

"Luz de ópalo y grana", "majestad i pompa soberana", "corriente bullidora", "confín lejano", etc., son monedas gastadas por el vulgo consonanero. Destas frases hechas i otras análogas, como "blanca vestidura de la inocencia" o "campañas esmaltadas de flores", decía Johnson que "habían sido imaginación, i ya era memoria".

En los dos versos referentes al Sol:

y cuando por los términos de Oriente
en tu carro de llamas centelleas,

no sólo recordamos el carro d'Helios en Grecia, sino el de Surya en la India. Hecho curioso: los poetas modernos, al cantar los fenómenos celestes, usan jeneralmente las mismas figuras que los antiguos; así, cuando falta "l'aurora que abre con dedos de rosa las puertas del Oriente", viene seguro "el carro de llamas que centellea en el zenit".

Luzbel

de pie sobre el granítico cimientó...

.....volvía en torno

sus pupilas candentes como un horno;

y al resplandor de la siniestra hoguera

que en sus ojos radiaba, su figura,

semejante al dolor que nada espera,

destacábase hermosa, pero oscura.

Si en prosa escribiéramos: "al resplandor de sus pupilas, candentes como un horno, se destacaba su figura hermosa pero oscura, semejante al dolor que nada espera", sobraría lo demás: "la siniestra hoguera que en sus ojos ardía", no pasa de redundancia.

Ya que los Fragmentos recuerdan la Fin de Satán, véase cómo pinta Víctor Hugo los ojos del Diablo:

La rondeur de sa rouge et luisante prunelle
semblent, dans la terreur de ces lieux inouis,
Une goutte de flamme au fond du puits des nuits.

Encima de Luzbel

brilla y arde

con todo el esplendor de una corona,

la solitaria estrella de la tarde.

En el arde hai un pleonasma i una impropiedad de lenguaje: los soles arden, los planetas brillan. I ¿por qué llamar solitaria la estrella de la tarde, sin antes dijo que había multitud de luceros, que la Luna se elevaba?

Y fiel (el Sol) a su promesa halagadora,

con majestad y pompa soberana,

torna otra vez al despuntar la aurora,

A más de los muchos asonantes en oa i de los tor, tra, tar, que endurecen el verso, choca el prosaico ripio de otra vez.

S'esperimenta la obsesión de cumbres i alturas:

Sobre estéril picacho que cubría...

Por las vertientes

ásperas del monte...

Al trasponer espléndido una cumbre...El Sol, al esconderse tras la sierra...

Pero invencible, y por el monte y llano...

Que se elevaba, coronando un risco...

... Luzbel alzado Sobre peñón altísimo...

De pie sobre el granítico cimientó...

Respecto a los adjetivos, hai habitada tierra, fiero orgullo, soberbia fiera, caricias inefables, siniestra hoguera, i un disco Luna ardiente, jigantesco i fantástico. ¡Qué diferentes de los adjetivos homéricos i virgilianos! El mérito de un adjetivo consiste en no admitir sustitución por adherirse al sustantivo, como la carne, al hueso, como el tegumento al músculo. Muchos calificativos de Núñez de Arce pueden faltar o separarse del sustantivo, como la ropa del cuerpo, como el parásito del tronco.

El idioma castellano continúa en el período mórbido del adjetivo: prosa o verso, cada sustantivo lleva su apéndice adjetival, i ¡ojalá llevara uno solo! Como los preceptistas afirman que existe lenguaje de la prosa i lenguaje del verso, que las voces bajas o plebeyas s'ennoblecen con adjetivos, i que la poesía se diferencia de la prosa en admitir mayor número de calificativos, los poetas se creen con derecho de adjetivar cada sustantivo, olvidando que todo prosaísmo se reduce por lo jeneral a simple infracción del ritmo i que el verso, lejos de contener amplificaciones inútiles i vacías, debe espresar las ideas en forma concisa y, por decirlo así, lapidaria. El verso se parece a la prosa como el alcohol al vino. Un pensamiento rítmico es algo definitivo que recuerda la infrajibilidad del vidrio vulcanizado. Víctor Hugo decía: "La idea templada en el verso adquiere de pronto algo más incisivo i más brillante. Es el hierro convertido en acero".

III

Los Fragmentos abundan en descripciones y comparaciones.

Sin la descripción, no conoceríamos el medio ambiente i veríamos accionar a los personajes como sombras en el vacío. Describiendo con tino, resaltan las figuras i se vivifica l'acción; pero haciéndolo inmoderadamente, los personajes desaparecen entre i el aparato escénico i el argumento se desenvuelve con insufrible, languidez. Entre los cuentos de Pérrault i los poemas de Delille ¿quién no prefiere Nene Pulgar a los Jardines?

El autor minuciosamente descriptivo se iguala con la mujer que no da un paso sin detenerse a desenvolver o replegar la cola de largo vestido. Los escritores que al nombrar cada objeto se creen obligados a describirle, olvidan que todo concluye por cansar, hasta el recojer rosas. Pope, aficionado en la juventud a descripciones, terminó por llamar a la poesía descriptiva "un guiso compuesto de salsas".

Núñez de Arce suele pintar figuras mui pequeñas, en telas mui grandes, con marcos jigantescos. En algunos de sus poemas consagra más versos a las descripciones que a la narración, más al escenario que a los personajes; pero lo hace con tanta delicadeza i maestría que no cansa ni aburre al lector. Así, en la Pesca, el verdadero Protagonista de l=acción, quien más nos interesa, es el mar que de simple escenario se trasforma en actor principal: ante la imperturbable grandeza del Océano, que

siente rodar los siglos, y no calla,

se reducen a dimensiones microscópicas Miguel i Rosa con todos sus amores i todas sus desgracias, ¡Quién sabe si l'absorción del individuo por el escenario simboliza la pequeñez o nada del hombre en presencia de la Naturaleza! Verdaderamente ¿qué somos? Sombras móviles i efímeras en decoración inmóvil i cien veos seculares. Sin embargo, las figuras pintadas por Núñez de Arce ocupan alguna vez más lugar que el paisaje, le dominan i l'eclipsan, como sucede en el Idilio, en ese poema tan único en la literatura española, que para citar algo semejante o mejor, se necesita recurrir al Hermann und Dorothea de Goethe o a la Evangeline de Longfellow.

Fidias blasonaba de que al esculpir el Zeus olímpico se había inspirado en los versos de Homero. Ningún artista figuraría en tela o mármol lo que muchos poetas describen hoy con la pluma. No quiere decir que el mérito de una descripción se mida por la facilidad de ser pintada o esculpida. Todos los cuadros i estatuas de los mejores artistas no alcanzan donde llega la palabra: la idea conoce gradaciones que no caben en la gama del color ni en el ritmo de la línea. La música misma, incapaz de emitir ideas claras i definidas, comunica sentimientos sin precisar su intensidad: más que espresa, estimula; más que describe o pinta, evoca: la vaguedad de la nota no llega jamás a la precisión de la palabra.

Las Artes plásticas representan el momento, la Poesía a espresa el momento i la continuidad: un cuadro es como una fotografía instantánea; una estatua, como una escena petrificada; un poema, como el desenvolvimiento sucesivo de figuras en diferentes posiciones i bajo diversa luz. Como la Escultura i la Pintura suplen con símbolos a su deficiencia en la espresión de ideas i acciones, encierran algo convencional que escapa muchas veces a la inteligencia de los profanos: necesitamos la clave de la Mitología para saber lo que representan algunas estatuas i algunos cuadros.

Si la poesía lleva superioridades a las Artes plásticas, no carece de inferioridades. Aunque Théophile Gautier no reconozca ideas inesprimibles, basta leer una descripción delante del objeto descrito para convencerse que la palabra no logra espresar todos los matices del color ni todas las inflexiones de la línea: una estampa mediocre nos da mejor idea de Nuestra Señora de París que todas las descripciones de Víctor Hugo, más conocemos a Napoleón por la estatua de Canova o el medallón de David que por todas las páginas de los historiadores.

Si las artes poseen dominios propios, no viven separadas por barreras infranqueables; i Lessin anduvo exajerado i exclusivista cuando afirmó que "a la Poesía pertenecen las acciones i a la Pintura los cuerpos con sus cualidades visibles"; tan exajerado i exclusivista como Voltaire cuando dijo que "las metáforas, para ser buenas, deben formar imájen verdadera i sensible, i suministrar al pintor materia para un cuadro". Las Artes observan procedimientos especiales o técnicos, trazan reglas que, infrinjidas, estravián la mano del más inteligente infractor. Hai que respetar lo técnico; así, cuando un poeta salga de su terreno, está obligado a manifestarse pintor si pinta, escultor si esculpe, arquitecto si construye. Se presenta una cuestión difícil: fijar la línea divisoria entre la Poesía i las demás artes, saber hasta dónde logra el poeta realizar con la pluma la obra que verifica el pintor con los colores, el escultor con el mármol, el arquitecto con los materiales de construcción. Cuando Alfred de Vigny describe a Eloa, diciendo:

Ses ailes sont d'argent: sous une pâle robe,
Son pied blanc tour á tour se montre et se dérobe,
Et son sein agité, mais á peine aperçu, Souleve les contours du celeste tissu...

el poeta rivaliza con el pintor, quizá le supera. Se' ve al personaje con las alas de plata, con el tejido celeste que baja i sube a impulso del ajitado pecho; hasta se le ve caminar con el blanco pie que asoma i se oculta bajo la fimbria del pálido vestido.

En estos versos de Catulle Mendés:

L'oeil clos, les bras croisés et, sans qu'un poil no bouge
De sa barbe touffue et de ses blancs sourcils,
Cet homme a l'air d'un mort qui se tiendrait assis,
Tant sa forme est rigide en sa tunique rouge.

el poeta rivaliza también con el escultor.

Lo mismo sucede en el cuarteto de Leconte de Lisle, que resume todos los Fragmentos de Luzbel y parece haberles servido de modelo:

Silencieux, les poings aux dents, le dos ployé,
Enveloppé du noir manteau de ses deux ailes.
Sur un pic hérissé de neiges éternelles,
Une nuit s'arrêta l'antique Foudroyé.

Théophile Gautier, no satisfecho con la escultura policroma del verso, cincela estrofas que compiten con la blancura del Paros: en sus Emaux et Camées algunas composiciones son como sinfonía de immaculado mármol. Cuando Núñez Arce, queriendo pintar a Luzbel, escribe: Ráfagas de huracán eran sus alas,

rojo su traje, desceñido y suelto,
y, a imagen del pesar, negras sus galas

no dice mucho, principalmente con el ripio a imagen del pesar.

En los Fragmentos se suceden auroras, tardes, noches, etc.; pero los cuadros carecen de perspectivas i hasta de luz. Hai descripciones bellísimas:

Por las vertientes ásperas del monte
la niebla en sueltas ráfagas caía.

¡Qué poética la siguiente enumeración!:

Es cada rayo un beso, cada rama
un arpa sacudida por el viento,
un incensario cada flor.

Algunas de sus comparaciones, cortas pero vagas i confusas, recuerdan el perfil trazado por mano de paralítico. Ya se ha visto una "galas negras como el pesar", una "estrella que brilla como una corona" cuando sería mejor una corona que brillara como estrella, i una "figura que se destaca hermosa, pero oscura, como i el dolor que nada espera".

¿Qué valen los símiles que no embellecen o aclaran el estilo? En Homero, que tiene la claridad del Sol, las comparaciones pomposas i teatrales, embellecen la narración épica; en Víctor Hugo, que suele presentar la oscuridad de un pozo estrellado, las metáforas iluminan la idea filosófica.

Núñez de Arce despierta i recobra toda su inspiración cuando hace comparaciones como las siguientes: ...La tierra se desnuda

de su atavío, y cual doliente viuda,
las negras tocas de la noche viste.
Ancha masa de sombra se extendía
como legión conquistadora, muda, pero invencible.
No vale más la metáfora de Víctor Hugo:
L'hidre immense de l'ombre ouvre seis ailes noires.

IV

Núñez de Arce comete inexactitudes i errores científicos: pecado no exclusivamente suyo, sino de casi todos los poetas modernos, pues no sobran hombres que hoi escriben el

Gran Galeoto i mañana resuelven una ecuación de grado superior o disertan sobre las aplicaciones de la electricidad. Valdría la pena componer un índice espurgatorio de las científicas herejías en que diariamente incurren los más notables autores de versos.

¡Qué diferentes los poetas clásicos! Forman la enciclopedia de l'Antigüedad. Agradan por el buen sentido, por las pocas salidas de tono, por la estricta conformidad con el espíritu de su época. Yerran con el error de su tiempo; i, quién sabe, @si cuando las ideas de los antiguos suelen parecernos absurdas, debemos culpar a nuestra inteligencia más bien que las de un Homero i un Hesíodo".

Déjese la bobería de llamar apóstoles o profetas a los escritores de buenos versos; pero no se olvide que el buen poeta sintetiza las ideas analísticas de su época, i sirve de intermediario entre el sabio abstruso i las multitudes incipientes. Como los antiguos lo comprendieron así, viven hoi i parecen más modernos que los modernos mismos. Si nuestras poesías a los veinte o veinticinco años de publicadas adquieren un aire vetusto, mientras las composiciones de los griegos conservan toda su lozanía juvenil, es porque los poetas contemporáneos se fijan más en los arabescos de la frase que en la solidez del pensamiento. Usan en las formas algo como una tela i un corte de moda; pasada la moda, pasó lo escrito.

El Ramayana patentiza las luchas étnicas del Indostán, la Ilíada i la Odisea sirven de testimonio en Arqueología helénica, Virjilio ayuda tanto como Tito Livio a conocer el orijen fabuloso de Roma, Lucrecio suministra inestimables datos para estudiar el epicureísmo latino, i hasta el decadente Ausonio proporcionó materiales a Cuvier para la descripción de algunos peces. "Ensayad, decía irónicamente Martha, ensayad el modo de infundir la más leve noción de Astronomía moderna con todos nuestros versos dirigidos a Luna i estrellas". Efectivamente, ciñéndose a los poetas, sabemos hoi del cielo tanto como supo Tolomeo, quizá menos: con versos de autores modernos se conseguiría probar que el Sol iguala en superficie al Peloponeso. Hoi no se afirmará con los retóricos antiguos que "la Poesía encierra más verdad que la Historia".

¿Quiere decir que toda composición poética resume un aforismo de Higiene, un teorema de Jeometría o un problema de Aljebra? No; pero, si toda verdad contiene un fondo de poesía ¿por qué toda poesía no ha de contener un fondo de verdad? ¿Por qué, si la Ciencia no es antipoética, la Poesía ha de ser anticientífica? Los mejores poemas modernos no almacenan un adarme de ciencia, en tanto que las obras científicas rebosan de poesía. Las producciones maestras viven no sólo por el estilo, sino por la cantidad de verdades que atesoran. El almizcle sirve para fijar el olor de las esencias fujitivas: la verdad hace en los versos un papel semejante.

Unos cuantos renglones de crítica minuciosa i pedantesca pondrán de manifiesto algunas inexactitudes i errores científicos.

¡Siempre es bello el crepúsculo! Ese instante
melancólico y dulce en que palpita
el alma universal, es semejante
al ósculo postrer con que un amante
pone forzoso término a la cita.

Los crepúsculos duran poco en la zona tórrida; mucho en las templadas i mucho más en las glaciales. En el solsticio de Verano, el crepúsculo de algunos países dura toda la noche, fenómeno que Víctor Hugo pinta diciendo que el día

Semble toute la nuit trainer au bas du ciel.

¿Se alegará que Núñez de Arce toma la palabra instante por un tiempo indeterminado? No, al comparar el crepúsculo con una cosa de breve duración, "el ósculo postrer que pone forzoso término a la cita".

La vida entonces se despierta: el germen

vibra en el surco, en la arboleda el ave,
 el pez en la corriente bullidora;
 hasta a los monstruos que en el seno duermen
 del tenebroso mar, alcanza el suave
 efluvio de la luz reparadora.

Se habla de las "vibraciones que ajitan al jermen en los meses de aparente inercia", i efectivamente, vibran los jérmenes, atmósfera i montes vibran también por l=acción solar; pero ¿vibran un ave i un pez? Usando vibrar por cantar, vibra el ave; mas el verbo no puede aplicarse en el mismo sentido al jermen i al pez. A más, los peces no abundan en las corrientes bullidoras, prefieren los remansos o aguas profundas i no mui rápidas.

¿A qué animales se refiere Núñez de Arce al decir "hasta o los monstruos que en el seno duermen del tenebroso mar"? Por lo tenebroso, parece que a los habitantes de las profundidades oceánicas; y en este caso l=afirmación resulta falsa, porque los animales submarinos no sienten la influencia de la luz, no saben el Sol nace o muere. ¿Por qué llamarles monstruos? La palabra monstruo va perdiendo la significación vulgar de cosas mui grandes o estrañas para ceñirse a la científica de "grave anomalía la conformación de un individuo". Se admite decir que Nerón era monstruo de perversidad, se clasifica de monstruo sicológico al idiota, no estraña que al hablar de Demóstenes su enemigo Esquines s'espresara repitiendo: "Ustedes le admiran, i, qué sería si hubieran escuchado al monstruo mismo"; pero choca llamar con Cervantes a Lope de Vega "un monstruo de ingenio", cuando para, indicar la escelencia de una persona o cosa tenemos el vocablo prodijio. Lo contrario sucede con la palabra fenómeno que antes implicaba monstruosidad, i hoi tiende sólo a significar un hecho de la Naturaleza.

El adjetivo suave ¿conviene al efluvio de la luz? Venga Núñez de Arce a nuestra zona tórrida, esperimente el fuego del Sol matutino, i díganos si la luz se distingue por la suavidad. Aquí suave figura para rimar con ave, lo mismo que reparadora con bullidora. La luz solar, no sólo repara, crea: desde la fragancia exhalada por la flor hasta la idea elaborada por el cerebro, todo, en la superficie de la Tierra, viene del Sol.

Núñez de Arce, con sus efluvios de la luz, o junta palabras que nada significan o nos hace retrogradar a la teoría newtoniana de las emanaciones, cuando reina hoi la hipótesis cartesiana de las ondulaciones.

La sombra s'estendía
 ...por el monte, el llano,
 la selva, el mar que indómito rugía.

Enumeración imperfecta, hechos inexactos: la oscuridad no comienza por los montes; al contrario, puesto ya el Sol, conservan iluminadas las cumbres.

...Con su disco ardiente,
 gigantesco y fantástico la Luna.

Pase lo gigantesco, perdónese lo fantástico; pero ¡ardiente! Respondan los astrónomos que consideran a nuestro satélite como un astro apagado sin luz propia. Luna i frío andan tan unidos en el lenguaje vulgar que el pueblo canta:

Primero que yo te olvide
 ¡Miren qué comparación! Ha de calentar la Luna
 I ha de refrescar el Sol.

¿Núñez de Arce quiso referirse con el vocablo ardiente al color rojizo que algunas veces presenta el disco lunar? Cuando, Quevedo, al hablar de un prócer español, dijo:

Su tumba son de Flandes las campañas,
 Y su epitafio la sangrienta Luna,

tuvo una idea felicísima: el adjetivo sangrienta posee un mérito más que pintoresco, aplicado a un guerrero de los Países Bajos.

Luzbel, sumido en su dolor eterno,
sobre estéril picacho, que cubría
de immaculada nieve el duro invierno,
surgió de pronto...
...Luzbel alzado
sobre peñón altísimo, que alfombra
nieve perpetua...

Aquí tenemos una nieve perpetua en unos versos i de Invierno en otros, cosas muy diferentes: las nieves de Invierno aparecen al venir la estación fría, mientras las llamadas perpetuas dependen de la altura sobre el mar o de la latitud.

Luzbel
Se parece a un planeta condenado
a recorrer en sideral concierto
su órbita inmensa, siempre inhabitado,
árido y sin calor; pero no muerto!

Concierto sideral trasciende a ripio i contradice la idea que, los ortodoxos conciben del Diablo: al moverse como un planeta en su órbita, Luzbel obedece una ley, se convierte en siervo sumiso, deja de ser el símbolo clásico de la rebelión. "Un planeta inhabitado, árido y sin calor; pero no muerto", raya en cosmogónicamente imposible. Para la Ciencia, el cuerpo celeste, ya solidificado, sin luz propia, habitantes, vejetación ni calor, ha ya muerto. Vida sin calor, no se concibe, siendo el calor un agente inseparable de la vida, tal vez la vida misma. ¿considerará Núñez de Arce a los astros como especie de catalépticos que hoy pierden las apariencias de vida i mañana las recobran?

V

Imaginemos que allá por el año 3000 algún erudito exhume los Fragmentos de Luzbel i comente verso por verso, como los modernos comentan hoy los Vedas o las Rapsodias homéricas, ¿qué deduciría? Que los hombres del siglo XIX creíamos a la Luna con luz propia, que nos figurábamos el Sol en un carro semejante al de Helios, que admitíamos la teoría de los efluvios o emanaciones de la luz, i lo peor aún, que éramos mazdeístas o maniqueos. Dios, al ver vencido a Luzbel,

...Compartió su imperio
con él, y le entregó la noche oscura
y la mitad de la conciencia humana.

Pensándolo bien, no hubo tal vencimiento: Luzbel perdiendo, ganó; i por muy ambicioso que haya sido, estará satisfecho con haber logrado la mitad del imperio, alentándose con la esperanza de adquirir la otra mitad en la segunda revolución. Su rival, sí, no queda muy bien parado hasta en concepto del hombre. ¿Qué significa un vencedor que divide su imperio con el vencido? Al Juez supremo que consiente de asesor al Diablo ¿quién no prefiere el Zeus pelagoso que vivía en coloquio eterno con la justicia? ¿Quién no prefiere también el Krischna indostánico que sin conocer superior, sostenía de su mano todos los mundos, como perlas ensartadas en un hilo? Vale más el ateísmo franco i leal, la negación en bloque de todos los dioses unos i trinos, que la mezquina concepción teológica de una Divinidad infinitamente buena, limitada por la intervención de otra Divinidad esencialmente mala.

Los versos no contradicen la ortodoxia, desde que el Catolicismo jira sobre dos puntos de apoyo, Dios i el Diablo, i desde que, suprimido el Diablo, todo el Catolicismo se derrumba. Efectivamente: sin Luzbel no hay tentación de Eva, sin tentación no hay pecado original, i sin pecado no hay redención. Si el Catolicismo fuera una secta lójica, rendiría el

mismo culto a Dios que al Diablo. Pero ¿se concibe que un hombre de nuestro siglo tome a lo serio la demonología de la Edad media? Sólo por conveniencia deberíamos aceptarla: si la mitad de nuestra conciencia pertenece al Diablo i la otra mitad pertenece a Dios, nada de conciencia nos queda, somos inconscientes o irresponsables i podemos delinquir con toda impunidad.

Seguramente Núñez de Arce no profesa el Maniqueísmo cuando afirma que Dios comparte su imperio con el Diablo, como tampoco profesa el Panteísmo al hablarnos del "alma universal que palpita en el crepúsculo", usando los mismos términos en que un poeta nos hablaría de "Paramatman o el alma suprema del Universo". Entonces ¿qué espíritu filosófico encierra la obra del poeta que en unos versos parece maniqueo i en otros panteísta? Hai derecho de preguntarlo al escritor que dijo un día: "La época presente reclama de sus poetas algo más que versos sonoros, imágenes deslumbradoras, recuerdos históricos y sentimientos de pura convención". Hai derecho de preguntarlo si se recuerda también que Núñez de Arce atacó duramente a Darwin, al hombre acusado de tímido por sus discípulos, al tipo de observación despreocupada, al modelo de probidad científica.

VI

¿Qué se propone el nuevo cantor del Anjel caído? Por los Fragmentos no se conoce la índole del poema, i sólo se ve que el Diablo, sumido en su dolor eterno, s'encuentra de pie sobre una montaña, al venir la noche. Mas, se presume algo. El poeta que cerró con maldiciones injustas un magnífico soneto a Voltaire, escribirá un poema ortodoxo, un poema digno de atraerse las palabras de Lessing: "la obra en que predominan rasgos de conveniencias religiosas no debe llamarse artística, desde que ahí el Arte no actúa en plena libertad sino como auxiliar de la Religión".

Como las rebeliones i caídas anjélicas no pasan de mitos solares, como el genio del mal o Diablo es figura alegórica o abstracción personificada, el poema concebido por Núñez de Arce pertenece al género ultrahumano i alegórico: todos los personajes que rodean a Luzbel parecerán un sistema de astros agrupados al rededor de un sol fantasma. ¿Hai algo más helado que un'alegoría? Soportable en las composiciones cortas, se hace insufrible en poemas de regulares dimensiones. Puede convertirse a un hombre en centro de mil alegorías; pero ¿puede convertirse un'alegoría en centro de mil realidades? El Satanás de Milton, con su cuerpo de toesas i sus arengas de kilómetros, concluye por agotar la paciencia del lector; i el Paraíso perdido vive únicamente por los amores humanos de Adán i Eva. El poema de Goethe, a pesar de sus escentricidades i metafísicas, conserva el interés, porque todas las máquinas alegóricas i fantásticas se mueven al rededor de un personaje real: Fausto rejuvenecido, Fausto en la noche de Walpurgis, Fausto en el seno de las Madres, no deja un solo momento de ser hombre como cualquiera de nosotros. En la Divina Comedia, el actor principal, el núcleo sólido, es el mismo Dante que en alma i cuerpo atraviesa Infierno, Purgatorio i Paraíso. Todo gran poema, sin esceptuar el Orlando furioso ni el Quijote, se basa en algún hombre. La excelencia del Arte se alcanza con la expresión más intensa i más estensa de la vida; i ¿qué vida cabe en entes de pura imaginación?

A más, los poemas de las caídas anjélicas resultan contraproducentes: el poeta, queriendo glorificar al Dios vencedor, engrandece al Anjel vencido. Toda rebelión implica valor, i valor heroico si el soberano disfruta de un poder sin límites: a mayor encumbramiento del autócrata, mayor mérito del rebelde. El heroísmo está, pues, en el Diablo, que representa el valor temerario; no en el Dios omnipotente, que triunfa sin practicar la menor hazaña.

Por otra parte, como nuestra razón i nuestro sentimiento rechazan la idea de culpas irredimibles i eternas, el Dios de los poemas ortodoxos aparece como sér inhumano i

antipático, hasta inferior a los dioses i héroes escandinavos, que durante el día se acuchillaban en los campos de batalla, i de noche bebían amigablemente el hidromel en los festines del Walhalla.

Víctor Hugo, que llevó su piedad hasta decir

Je sauverais Judas si j'étais Jésus-Christ,

comprendió el grave inconveniente de la inflexibilidad divina, i en una de sus obras póstumas *La Fin de Satan*, admite el arrepentimiento, del culpable i

La disparition du mal dans l'infini.

Sin embargo, el gran poeta francés, con todo su jenio con creador toda su potencia rítmica, no logró componer un poema orijinal, digno de coronar la Leyenda de los Siglos. Su Anjel Libertad, nacido de una pluma de Satanás, recuerda palpablemente a Eloa, nacida de una lágrima derramada por Jesucristo, con la diferencia que el Anjel Libertad no pasa de una fría concepción metafísica, mientras Eloa posee la realidad i tristeza de la vida. La redención del Diablo, idea capital del poema, no pertenece a Víctor Hugo: ya Klopstock cantó en su Mesías el arrepentimiento i perdón de Abbadona, ya Lamartine concibió la odisea de un ángel caído que recupera la gloria por medio de sucesivas espiaciones, ya Soumet, en la Divina Epopeya, llevó al último extremo la piedad celeste haciendo que Idamael fuera redimido por una segunda pasión de Cristo en el infierno.

En fin, los poemas que se desenvuelven sin traspasar el horizonte de la Teología se reducen a pastichos sin vida, que son a las leyendas bíblicas como los evangelios apócrifos a los canónigos, o las epopeyas alejandrinas a la Iliada de Homero. Semejantes obras, por muy buena versificación que atesoren, a pesar de los bellos episodios que amenicen la inevitable monotonía del argumento, no satisfacen la necesidad poética del Siglo, no cuadran con el espíritu de la época, parecen anacronismos.

Hoi nos deleitamos con la imaginación científica que enjendra el Viaje al centro de la Tierra o la Pluralidad de los Mundos habitados, i rechazamos la imaginación mórbida que aborta dioses teológicos, demonios rebeldes i hechiceros o brujas. Concebimos que hasta las quimeras de un sér racional deben respetar la lógica; quien dice poeta, dice visión fantástica; pero no sueño incoherente.

La Ciencia posee su maravilloso lógico, diametralmente opuesto al maravilloso absurdo de las religiones. I la inspiración no carece de pábulo al abandonar el caos teológico, pues hai más poesía en la duda varonil del sabio que en las afirmaciones pueriles del creyente: derribadas las barreras de las religiones caducas, el hombre tiene a su disposición lo Desconocido para colmarlo de hipótesis racionales.

1886

NOTAS ACERCA DEL IDIOMA

I

Lamartine lamentaba que pueblo i escritores no hablaran la misma lengua i decía: "Al escritor le cumple trasformarse e inclinarse, a fin de poner la verdad en manos' de las muchedumbres: inclinarse así, no es rebajar el talento, sino humanizarlo".

Los sabios poseen su tecnicismo abstruso, i nadie les exige que en libros de pura Ciencia se hagan comprender por el individuo más intonso. La oscuridad relativa de las obras científicas no se puede evitar, i pretender que un ignorante las entienda con sólo abrirlas, vale tanto como intentar que se traduzca un idioma sin haberle aprendido. ¿Cómo esponer en vocabulario del vulgo nomenclaturas químicas? ¿Cómo formular las teorías i sistemas de los sabios modernos? No será escribiendo llegar a ser por devenir, otrismo por altruismo ni salto atrás por atavismo. Se comprende que no haya labor tan difícil ni tan ingrata como

la vulgarización científica: sin el vulgarizador, las conquistas de la ciencia serían el patrimonio de algunos privilegiados. Virgilio se jactaba de haber hecho que las selvas fueran dignas de ser habitadas por cónsules; los vulgarizadores modernos hacen más al conseguir que la verdad se despoje algunas veces de su ropaje aristocrático y penetre llanamente a la mansión del ignorante.

En la simple literatura no sucede lo mismo. Los lectores de novelas, dramas, poesías, etc., pertenecen a la clase medianamente á ilustrada, i piden un lenguaje fácil, natural, comprensible sin necesidad de recurrir constantemente al diccionario. Para el conocimiento perfecto de un idioma se requiere años enteros de contracción asidua, i no todos los hombres se hallan en condiciones de pasar la vida estudiando gramáticas i consultando léxicos. El que se suscribe al diario i compra la novela o el drama, está en el caso de exigir que le hablen comprensible y claramente. La lectura debe proporcionar el goce de entender, no el suplicio de adivinar.

Las obras maestras se distinguen por la accesibilidad, no formando el patrimonio de unos cuantos iniciados, sino la herencia de todos los hombres con sentido común. Homero i Cervantes merecen llamarse ingenios democráticos: un niño les entiende. Los talentos que presumen de aristocráticos, los inaccesibles a la muchedumbre, disimulan lo vacío del fondo con lo tenebroso de la forma: tienen profundidad de pozo que no da en agua, elevación de monte que vela entre nubes un pico desmochado.

Los autores franceses dominan i se imponen, porque hacen gala de claros, i profesan que "lo claro es francés", que "lo oscuro no es humano ni divino". I no creamos que la claridad estriba en decirlo todo i explicarlo todo, cuando suele consistir en callar algo dejando que el público lea entre renglones. Nada tan fatigoso como los autores que explican hasta las explicaciones, como si el lector careciera de ojos i cerebro. El eximio dibujante, suprimiendo sombras i líneas, logra con unos cuantos rasgos dar vida i expresión a la fisonomía de un hombre; el buen escritor no dice demasiado ni muy poco i, eliminando lo accesorio i sobrentendido, concede a sus lectores el placer de colaborar con él en la tarea de darse a comprender.

Los libros que la Humanidad lee i relee, sin cansarse nunca, no poseen la sutileza del bordado, sino la hermosura de un poliedro regular o el grandioso desorden de una cordillera; porque los buenos autores, como los buenos arquitectos se valen de grandes líneas i desdeñan ornamentaciones minuciosas i pueriles. En el buen estilo, como en los bellos edificios, hai amplia luz i vastas comunicaciones, no intrincados laberintos ni angostos vericuetos.

Las coqueterías i amaneramientos de lenguaje seducen a imaginaciones frívolas que se alucinan con victorias académicas i aplausos de corrillo; pero "no cuadran con los espíritus serios que se arrojan valerosamente a las luchas morales de su siglo". Para ejercer acción eficaz en el ánimo de sus contemporáneos, el escritor debe amalgamar la inmaculada transparencia del lenguaje i la sustancia medular del pensamiento. Sin naturalidad i claridad, todas las perfecciones se amenguan, desaparecen. Si Heródoto hubiera escrito como Gracian, si Píndaro hubiera cantado como Góngora ¿habrían sido escuchados i aplaudidos en los juegos olímpicos?

Ahí los grandes agitadores de almas en los siglos XVI i XVIII; ahí Lutero, tan demolidor de Papas como regenerador del idioma alemán; ahí particularmente Voltaire con su prosa, natural como un movimiento respiratorio, clara como un alcohol rectificado.

II

Afanarse por que el hombre de hoy hable como el de ayer, vale tanto como trabajar por que el bronce de una cometa vibre como el parche de un tambor. Pureza incólume de la lengua, capricho académico. ¿Cuándo el castellano fué puro? ¿En qué época i por quien se

habló ese idioma ideal? ¿Dónde el escritor impecable i modelo? ¿Cuál el tipo acabado de nuestra lengua? ¿Puede un idioma cristalizarse i adoptar una forma definitiva, sin seguir las evoluciones de la sociedad ni adaptarse al medio? Nada recuerda tanto su inestabilidad a los organismos vitales como el idioma, i con razón los alemanes le consideran como un perpetuo devenir. En las lenguas, como en las religiones, la doctrina de la evolución no admite réplica.

Un idioma no es creación ficticia o convencional, sino resultando necesario del medio intelectual i moral, del mundo físico i de nuestra constitución orgánica. Traslademos en masa un pueblo del Norte al Mediodía o viceversa, i su pronunciación variará en masa un pueblo del Norte al Mediodía o viceversa, i su pronunciación variará en el acto, porque depende de causas anatómicas i fisiológicas.

En las lenguas, como en los seres orgánicos, se verifican movimientos de asimilación i movimientos de segregación; de ahí los neologismos o células nuevas i los arcaísmos o detritus. Como el hombre adulto guarda la identidad personal, aunque no conserva en su organismo las células de la niñez, así los idiomas renuevan su vocabulario sin perder su forma sintáctica, Gonzalo de Berceo i el Arcipreste de Hita requieren un glosario, lo mismo Juan de Mena, i Cervantes le pedirá mui pronto.

Los descubrimientos científicos i aplicaciones industriales acarrear la invención de numerosas palabras que empiezan por figurar en las obras técnicas i concluyen por descender al lenguaje común. ¿Qué vocabulario no ha jeneralizado en menos de 40 años la teoría de Darwin? ¿Qué variedad de voces no crearon las aplicaciones del vapor i de la electricidad? Hoi mismo la Velocipedia nos sirve d'ejemplo: diccionarios especiales abundan en Francia, Inglaterra i Estados Unidos para definir los términos velocipédicos; i no se diga que todas esas palabras o frases se reducen al argot de un corrillo; por miles, quizás por millones se cuentan hoi las personas que las entienden i emplean. La velocipedia, posee toda una literatura con sus libros, sus diarios i su público.

Paralelamente al movimiento descensional se verifica el ascensional. Basta cruzar a la carrera uno de los populosos i activos centros comerciales; señaladamente los puertos, para darse cuenta del inmenso trabajo de fusión i renovación verbales. Oímos, todas las lenguas, todos los dialectos, todas las jergas y jermanías; vemos que las palabras hierven i se ajitan como jérmenes organizados que pugnan por vivir i dominar. Cierito, miles de vocablos pasan sin dejar huella, pero tambien muchos vencen i se imponen en virtud de la selección. La espresión que resonaba en labios de marineros i mozos de cordel, concluye por razonar en boca de sabios i literatos. Los neologismos Pasan por la conversación al periódico, del periódico al libro i del libro a l=academia.

I l'ascensión i descensión se verifican, quiérase o no se quiera: "la lengua sigue su curso, indiferente a quejas de gramáticos i lamentaciones de puristas".

El francés, el italiano, el inglés i el alemán acometen i abren cuatro enormes brechas en el viejo castillo de nuestro idioma: el francés, a tambor batiente, penetra ya en el corazón del recinto. Baralt, el severo autor del Diccionario de Galicismos, confesó en sus últimos años lo irresistible de la invasión francesa en el idioma castellano; pero algunos escritores d'España no lo ven o finjen no verlo, i continúan encareciendo la pureza en la lengua, semejantes a la madre candorosa que pregona la virtud de una hija siete veces pecadora.

La corrupción de las lenguas ¿implica un mal? Si por infiltraciones recíprocas, el castellano, el inglés, el alemán, el francés i el italiano se corrompieran tanto que lo hablado en Madrid fuera entendido en Londres, Berlín, París i Roma ¿no se realizaría un bien? Por cinco arroyos tendríamos un río; en vez de cinco metales, un nuevo metal de Corinto. Habría para la Humanidad inmensa economía de fuerza cerebral, fuerza desperdiciada hoi en aprender tres o cuatro lenguas vivas, es decir, centones de palabras i cúmulos de reglas gramaticales. ¿Qué me importaría no disfrutar el deleite de leer el Quijote en castellano, si

poseo la inmensa ventaja d'entenderme con el hombre de París, Roma, Londres i Berlín? Ante la solidaridad humana todas las intransjencias de lenguaje parecen mezquinas i pueriles, tan mezquinas i pueriles como las cuestiones de razas i fronteras. Los provenzales en Francia, los flamencos en Bélgica, los catalanes en España, en fin, todos los preconizadores de lenguas rejionales en detrimento de las nacionales, intentan una obra retrógrada: al verbo de gran amplitud, usado por millones de hombres i comprendido por gran parte del mundo intelectual, prefieren el verbo restringido, empleado por miles de provincianos i artificialmente cultivado por unos pocos literatos. Escribir Mireïo en provenzal i no en francés, l'Atlántida en catalán i no en español, es algo como dejar el ferrocarril por la diligencia o la diligencia por cabalgadura.

La lengua usada por el mayor número de individuos, la más dócil para sufrir alteraciones, la que se adapta mejor al medio social, cuenta con mayores probabilidades para sobrenadar i servir de base a la futura lengua universal. Hasta hoi parece que el inglés se lleva la preeminencia: no es sólo la lengua literaria de Byron i Schelley o la filosófica de Spencer i Stuart Mill, no la oficial de Inglaterra, Australia i Estados Unidos, sino la comercial del mundo entero. Quien habla español habla con España; quien habla inglés habla con medio mundo. Podría tal vez llamarse al español i al italiano lenguas de lo pasado, al francés lengua de lo presente, al inglés i alemán lenguas del porvenir. Lenguas, más que viejas, avejentadas, todas las neolatinas necesitan espurgarse de la doble jerga legal i teológica, legada por el Imperio romano i la Iglesia católica. El sánscrito, el griego i el latín pasaron a lenguas muertas sin que las civilizaciones indostánicas, griegas i romanas enmudecieran completamente. Se apagó su voz, pero su eco sigue repercutiendo. Sus mejores libros reviven traducidos. Tal vez, con la melodía poética desos idiomas, perdimos la flor de l'Antigüedad; pero conservamos el fruto; i ¿quién nos dice que nuestro ritmo de acento valga menos que el ritmo de cantidad? Cuando algunos en su entusiasmo por la literatura clásica, opinan que "nuestras lenguas decrepitas son jergas de bárbaros en comparación del griego i del latín, no hacen más que aplicar a la Lingüística la creencia teológica de la degeneración humana. El sér que sin auxilios sobrenaturales pasó del grito a la palabra i cambió los pobres i toscos idiomas primitivos en lenguas ricas i de construcción admirable, como las habladas en la India i Grecia, se habrá detenido i hasta retrogradado en el desarrollo de sus facultades verbales: hasta el sánscrito, progreso; después, retrogradación, porque según la lei de muchos, el sánscrito es superior al griego, el griego al latín, el latín a todas las lenguas neolatinas. Si algún día se descubrieran libros en lengua más antigua que el sánscrito, los sabios imbuídos de teología i metafísica probarían que esa lengua era superior al sánscrito. Sabemos más que nuestros antepasados, i no hablamos tan bien como ellos. La función no ha cesado de ejercerse, i el órgano se atrofia o se perfecciona. El perfeccionamiento de las lenguas --la pretendida decadencia-- ha consistido en pasar de la síntesis al análisis, así como el entendimiento pasó de la concepción en globo i a priori del Universo al estudio particular de los fenómenos i a la formulación de sus leyes. Cierto, vamos perdiendo el hábito de pensar en imágenes, las metáforas se trasforman en simples comparaciones, la palabra se vuelve analítica i precisa, con detrimento de la poesía; pero, ¿la Humanidad vive sólo de poemas épicos, dramas i odas? ¿El Orijen de las especies no vale tanto como la Iliada, el binomio de Newton como los dramas d'Esquilo, i las leyes de Kepler como las odas de Píndaro? Dígaselo que se diga, hablamos como debemos hablar, como lo exigen nuestra constitución cerebral i el medio ambiente. No siendo indostanos, griegos ni romanos ¿podríamos espresarnos como ellos? Una lengua no representa la marcha total de nuestra especie en todas las épocas i en todos los países, sino la evolución mental de un pueblo en un tiempo determinado: el idioma nos ofrece una especie de cliché que guarda la imagen momentánea de una cosa en perdurable trasformación. El verdadero escritor es el hombre que, conservando su propia

individualidad literaria, estereotipia en el libro la lengua usada por sus contemporáneos; y con razón decimos la lengua de Shakespeare, la lengua de Cervantes, la lengua de Pascal o la lengua de Goethe, para significar lo que en una época determinada fueron el inglés, el castellano, el francés i el alemán.

Cuando nuestras lenguas vivas pasen a muertas o se modifiquen tan radicalmente que no sean comprendidas por los descendientes de los hombres que las hablan hoy, ¿habrá sufrido la Humanidad una pérdida irreparable? La desaparición se verificará paulatina, no violentamente: como las naciones, como todo en la Naturaleza, las lenguas mueren dando vida. A no ser un cataclismo jeneral que apague los focos de civilización, el verdadero tesoro, el tesoro científico se conservara ileso. Las conquistas civilizadoras no son palabras almacenadas en diccionarios ni frases disecadas en disertaciones eruditas, sino ideas morales transmitidas de hombre a hombre i hechos consignados en los libros de Ciencia. La Química i la Física ¿serán menos Química i menos Física en ruso que en chino?)Murió la Geometría d'Euclides cuando murió la lengua en que está escrita? Si el inglés desaparece mañana ¿desaparecerá con él la teoría de Darwin?

En el idioma s'encastilla el mezquino espíritu de nacionalidad Cada pueblo admira en su lengua el non plus ultra de la perfección, i se imagina que los demás tartamudean una tosca jerga. Los griegos menospreciaban el latín i los romanos s'escandalizaban de que Ovidio hubiera poetizado en lengua de hiperbóreos. Si los teólogos de la Edad media vilipendiaban a Mahoma por haber escrito el Korán en arábigo i no en hebreo, griego ni latín, los árabes se figuraban su lengua como la única gramaticalmente construída i llamaban al habla de Castilla aljamía o la bárbara. Tras el francés que no reconoce sprit fuera de su Rabelais, viene el inglés que mira un ser inferior en el extranjero incapaz de leer a Shakespeare en el orijinal, i sigue el español que por boca de sus reyes ensalza el castellano como la lengua más digna para comunicarnos con Dios.

Como el idioma contiene el archivo sagrado de nuestros errores i preocupaciones, tocarle nos parece una profanación. Si dejáramos de practicar la lengua nativa, cambiaríamos tal vez nuestra manera de pensar, porque las convicciones políticas i las creencias religiosas se reducen muchas veces a fetichismos de palabras. Según André Lefèvre, "de las mil i mil confusiones, acarreadas por espresiones análogas, nacieron todas las leyendas de la divina tragicomedia. La Mitología es un dialecto, un'antigua forma, una enfermedad del lenguaje".

Con el verbo nacional heredamos todas las concepciones mórbidas acumuladas en el cerebro de nuestros antepasados durante siglos i siglos de ignorancia i barbarie: la lengua amolda nuestra intelijencia, la deforma como el zapato deforma el pie de la mujer china. Por eso, no hai mejor hijiene para el cerebro que emigrar a tierra extranjera o embeberse en literaturas de otras lenguas. Salir de la patria, hablar otro idioma, es como dejar el ambiente de un subterráneo para ir a respirar el aire de una montaña.

Se concibe el apego senil del ultramontano al vocablo viejo, desde que las ideas retrógradas se pegan a los jiros anticuados, como el sable oxidado se adhiere a la vaina; se concibe también su horror sacrílego al vocablo nuevo, desde que el neologismo, como una especie de caballo griego, lleva en sus entrañas al enemigo. Nada, pues, tan lójico (ni tan risible) como la rabia de algunos puristas contra el neologismo, rabia que les induce a ver en las palabras un enemigo personal. Discutiéndose en l'Academia francesa l=aceptación de una voz, usada en toda Francia pero no castiza, Royer-Collard exclamó lleno de ira: "Si esa palabra entra, salgo yo".

En la aversión de la Iglesia contra el francés i la preferencia por el latín, reviven el odio de la Sinagoga contra el griego i el amor al hebreo. Como la lengua griega significaba para el judío irreljiión i filosofía, el idioma francés encierra para el católico impiedad i Revolución, Enciclopedia i Declaración de los derechos del hombre. Es la peste negra, i

hai derecho d=establecer cordón sanitario. Como el judaísmo vivía inseparablemente unido a la lengua hebrea, el Catolicismo ha celebrado con el latín un'alianza eterna: el dogma no cabe en las lenguas vivas; a lo muerto, lo invariable; a la momia, el sarcófago de piedra.

III

El castellano se recomienda por la enerjía, como idioma de pueblo guerrero i varonil. Existe lengua más armoniosa, más rica, más científica, no más enérgica: sus frases aplastan como la masa d'Hércules, o parten en dos como la espada de Carlomagno. Hoi nos sorprendemos con la ruda franqueza i el crudo naturalismo de algunos escritores antiguos que lo dicen todo sin valerse de rodeos ni disimulos, i hasta parece que pasáramos a lengua extranjera cuando, después de leer por ejemplo a Quevedo de las buenas horas), leemos a esos autores neoclásicos que usan una fraseología correcta i castiza.

En los siglos XVI i XVII hubo en España una florescencia d'escriitores que pulimentaron i enriquecieron el idioma sin alterar su índole desembarazada i viril. Los poetas, siguiendo las huellas de Garcilaso, renovaron completamente la versificación al aclimatar el endecasílabo italiano: con la silva, el soneto i la octava real parece que el ingenio español cobró mayores alas. Para formarse idea del jigantesco paso dado en la poesía, basta comprar las coplas de Ayala o las quintillas de Castillejo con la Noche serena, la Canción a las ruinas de Itálica i la Batalla de Lepanto. Los prosadores no se quedaron atrás, aunque intentaron período colosales dimensiones, imitando ciegamente a Cicerón. Sin embargo, en cada escritor, señaladamente en los historiadores, trasciende la fisonomía personal, de modo que nadie confunde a Melo con Mariana ni a Mendoza con Moncada. Cierto, ninguno llegó a l'altura de Pascal o Lutero: los heterodojos no fueron eminentes prosadores, i los buenos escritores no fueron ortodojos. El mayor defecto de los autores castellanos, lo que les separa de la Europa intelectual, lo que les confina en España dándoles carácter insular, es su catolicismo estrecho i menguado. Se siente en sus obras, como dice Edgar Quinet, "el alma de una gran secta, no el alma viviente del jénero humano". Fuera de Cervantes, ningún autor español disfruta de popularidad en Europa. Duele imaginar lo que habrían realizado un Góngora i un Lope de Vega, un Quevedo i un Calderón, si en lugar de vivir encadenados al Dogma hubieran volado libremente o seguido el movimiento salvador de la Reforma. En el orden puramente literario, Saavedra Fajardo insinuó algo atrevido i orijinal: despojar el idioma de idiotismos i modismos, darle una forma precisa i filosófica, tal vez matemática. Dotado de más ingenio habría iniciado en la prosa una revolución tan fecunda como la realizada por Garcilaso en el verbo; pero queriendo imitar o corregir a Maquiavelo, se quedó con su Príncipe cristiano a mil leguas del gran florentino.

Á mediados del siglo XVIII surjió un linaje de prosadores, peinados i relamidos, que exajeraron el latinismo de los escritores de los dos siglos anteriores, i de un idioma todo músculos i nervios hicieron una carne escrescente i fungosa. Por la manía de construir períodos ciceronianos i mantener suspenso el sentido desde la primera hasta la última línea de una página en folio, sustituyeron al encadenamiento lójico de las ideas el enlace caprichoso i arbitrario de las partículas. Sacrificaron la sustancia a la rotundidad i construyeron esferas jeométricamente redondas, pero huecas.

Verdad, en nuestro lenguaje se reflejan la exuberancia i la pompa del carácter español: el idioma castellano se goza más en lo amplio que en lo estrecho, parece organizado, no para arrastrarse a gatas, sino para marchar con solemnidad i magnificencia de reina que lleva rica i aterciopelada cola. Pero, verdad también que entre el lenguaje natural i pintoresco del pueblo español i el lenguaje artificial i descolorido de sus escritores relamidos media un abismo.

La frase pierde algo de su virilidad con la superabundancia de artículos, pronombres, proposiciones i conjunciones relativas. Con tanto el i la, los i las, el i ella, quien i quienes,

el cual i la cual, las oraciones parecen redes con hilos tan enmarañados como frágiles. Nada relaja tanto el vigor como ese abuso en el relativo que i en la preposición de. Los abominables pronombres cuyo i cuya, cuyos i cuyas, dan origen a mil anfibolójías, andan siempre mal empleados hasta por la misma Academia española. El pensamiento espresado en inglés con verbo, sustantivo, adjetivo y adverbio, necesita en el castellano de muchos españoles una retahíla de pronombres, artículos i preposiciones. Si, conforme teoría spenceriana, el lenguaje se reduce a máquina de transmitir ideas ¿qué se dirá del mecánico que malgasta fuerza en rozamientos innecesarios i conexiones inútiles?

Si nuestra lengua cede en concisión al inglés, compite en riqueza con el alemán, aunque no le iguala en libertad de componer voces nuevas con voces simples, de aclimatar las exóticas i hasta de inventar palabras. Lo último dejenera en calamidad jermánica, pues filósofo que inventa o se figura inventar un nuevo sistema, se crea vocabulario especial, haciendo algo como l'aplicación del libre examen al lenguaje. L'asombrosa flexibilidad del idioma alemán se manifiesta en la poesía: los poetas jermánicos traducen con fiel maestría larguísimas composiciones, usando el mismo número de versos que el orijinal, el mismo número de sílabas i la misma colocación de los consonantes. A más, no admiten lenguaje convencional de la poesía, i, como los ingleses, cantan con admirable sencillez cosas tan llanas i domésticas que traducirlas en nuestra lengua sería imposible o difícilísimo. Mientras en castellano el poeta se deja conducir por la forma, en alemán el poeta subyuga rima i ritmo. Los versos americanos i españoles ofrecen hoi algo duro, irreductible, como sustancia rebelde a las manipulaciones del obrero: los endecasílabos sobre todo, parecen barras de hierro simétricamente colocadas. En mui reducido número de autores, señaladamente en Campaamor, se descubre la flexibilidad jermánica, el poder soberano de infundir vida i movimiento a la frase poética.

Pero, no sólo tenemos lenguaje convencional en la poesía, sino prosa hablada i prosa escrita: hombres que en la conversación discurren llanamente, como cualquiera de nosotros, s'espresan, estrafalaria i oscuramente cuando manejan la pluma: como botellas de prestidijitador, chorrean vino i en seguida vinagre. Parece que algunos bosquejan un borrador i en seguida emprenden una traducción de lo intelijible i llano a lo inintelijible i escabroso; i el procedimiento no debe de ofrecer dificultades insuperables, cuando individuos profundamente legos, tan legos que no saben ni los rudimentos gramaticales, logran infundir a su prosa un aire anejo i castizo. Con períodos kilométricos salpimentados de inversiones violentas; con lluvia de modismos, idiotismos i refranes cojidos al lazo en el diccionario; con decir peinar canas por tener canas, parar mientes por atender, guapa moza por joven hermosa, antojeme por me antojé o díjome por me dijo, se sale airosamente del apuro. El empleo de refranes, aunque no sea novedad (pues Sancho Panza dió el ejemplo), posee la ventaja de hacer reír con chistes que otros inventaron. Todo esto, más que lucubración de cerebro, es labor de mano: hacer listas de frases o palabras i luego encajonarlas en lo escrito. Obras compuestas con tal procedimiento seducen un rato, pero acaban por hastiar: descubren el sabor libresco i prueban que el peor enemigo de la literatura se encierra en el diccionario.

Cierto, la palabra requiere matices particulares, desde que no se perora en club revolucionario como se cuchichea en locutorio de monjas. Tal sociedad i tal hombre, tal lenguaje. En la corte gazmoña de un Carlos el Hechizado, se chichisbea en términos que recuerdan los remilgamientos de viejas devotas i las jenuflexiones de cortesanos; mientras en el pueblo libre de Grecia se truena con acento en que reviven las artísticas evoluciones de los juegos píticos i la irresistible acometida de las falanjes macedónicas.

Montaigne gustaba de "un hablar ingenuo i simple, tal en el papel como en la boca, un hablar suculento i nervudo, corto i conciso, no tanto delicado i peinado como vehemente i brusco". Hoi gustaría de un hablar moderno. ¿Hai algo más ridículo que salir con magüer,

aina mais, cabe el arroyo i doncel acuitado, mientras vibra el alambre de un telégrafo, cruje la hélice de un vapor, silba el pito de una locomotora i pasa por encima de nuestras cabezas un globo aerostático?

Aquí, en América i en nuestro siglo, necesitamos una lengua condensada, jugosa i alimenticia, como extracto de carne; una lengua fecunda como riego en tierra de labor; una lengua que, desenvuelva períodos con el estruendo i valentía de las olas en la playa; una lengua democrática que no se arredre con nombres propios ni con frases crudas como juramento de soldado; una lengua, en fin, donde se perciba el golpe del martillo en el yunque, el estridor de la locomotora en el riel, la fulguración de la luz en el foco eléctrico i hasta el olor del ácido fénico, el humo de la chimenea o el chirrido de la polea en el eje.

1889

LA REVOLUCIÓN FRANCESA

I

Hai épocas en que las naciones, sumerjidas en profunda modorra, oyen i ven sin tener aliento de hablar ni fuerza para sostenerse de pie; otras épocas en que se fatigan sin avanzar un palmo, como atacadas de parálisis ajitante; i otras épocas en que se rejeneran con el soplo de un viento jeneroso, traspasan las barreras de la tradición, i caminan adelante, siempre adelante, como atraídas por irresistible imán. A estas últimas épocas pertenece la Francia de la Revolución.

Los hombres de aquellos días poseen una gloria que no supieron conquistar los revolucionarios de otras naciones ni de otros siglos: haber trabajado en provecho inmediato de la Humanidad. Es que Francia, por su carácter cosmopolita, siembra para que la Tierra coseche. Los acontecimientos que en los demás países no salen de las fronteras i permanecen adheridos al terreno propio, como los minerales i vegetales, adquieren en el territorio francés la movilidad de los seres animados i s'esparcen por todos los ámbitos del Globo.

La Revolución inglesa i la Independencia norteamericana presentaron, por decirlo así, un carácter insular, fueron evoluciones, locales que sólo interesaron a la dinastía de un reino i a los pobladores de un estado; pero la Revolución francesa vino como sacudida continental, hizo despertar a todos como toque de clarín en campamento dormido, se convirtió en la causa de todos. Con razón dijo Edgar Quinet que "si la Iglesia se llama romana i católica, la Revolución tiene legítimo derecho de llamarse francesa i universal, porque el pueblo que la hizo es el que menos la aprovecha".

La Revolución significa ruptura con las malas tradiciones de lo pasado, golpe de muerte a los últimos restos del feudalismo i establecimiento de los poderes públicos sobre la base de la soberanía nacional. El 4 de Agosto muere l'antigua sociedad francesa con sus privilegios i sus castas; pero el día que l'Asamblea Constituyente declara, no los derechos del francés, sino los derechos del hombre, surge para la Humanidad un nuevo mundo moral: desaparece el siervo i nace el ciudadano, al derecho divino de los reyes sucede el derecho de rebelión, i el principio de autoridad pierde l'aureola que le ciñeron la ignorancia i el servilismo.

Largas i tremendas luchas sostuvieron aquellos innovadores que todo lo atacaban i todo lo derribaban; pero ante nada se amilnaron, ante nada retrocedieron. Europa les apretaba con argolla de hierro, Francia misma les amagaba con esplosiones intestinas; ellos rechazaban transacciones, se negaban a demandar o conceder tregua, i según la frase de Saint Just, "no recibían de sus enemigos i no les enviaban sino el plomo". Los

revolucionarios combatieron en el cráter de un volcán, rodeados de llamas, pisando un terreno movedizo que amenazaba hundirse bajo sus plantas.

Vencidas en el interior las resistencias de la nobleza i del clero, arrollados en la frontera los ejércitos de los monarcas europeos, no estaba concluída la obra: faltaba que la Revolución se pusiera en marcha, que volara de pueblo en pueblo, que dejara de ser arma defensiva para convertirse en carga ofensiva. Entonces surgió Napoleón.

Como ciego de nacimiento que lleva en sus manos un antorcha, ese tirano, que no conoció respeto a la libertad ni amor a la justicia, caminó de reino en reino, propagando luz de libertad i justicia. El divinizó la fuerza i, como nuevo Mesías de una era nueva, rejeneró a las naciones con un bautismo de sangre. Fué el Mahoma de Occidente, un Mahoma sin Alá ni Korán, sin otra lei que su ambición ni otro Dios que su persona. Sabía magnetizar las muchedumbres, subyugarlas con una palabra, i arrastrarlas ciegamente al pillaje i a la gloria, al crimen i al heroísmo, a la muerte i a l'apotesosis. Con sus invencibles lejiones se precipitaba sobre la Tierra, unas veces devastando como un ciclón, otras fertilizando como una creciente del Nilo. Era el hombre del 18 Brumario, la negación de las ideas modernas, la personificación del cesarismo retrógrado; pero sus soldados llevaban de pueblo en pueblo los jérmenes revolucionarios, como los insectos conducen de flor en flor el polen fecundante. De las naciones mutiladas por las armas nacía la libertad, como la savia corre del tronco rajado por el hacha. "Los pueblos, dice Michelet, despertaban heridos por el hierro, mas agradecían el golpe salvador que rompía su funesto sueño i disipaba el deplorable encantamiento en que por más de mil años languidecían como bestias que pacen la yerba de los campos".

En vano asomó la Restauración apoyada en los ejércitos de la Santa Alianza; en vano desfilaron, como espectros de otras edades, Luis XVIII, Carlos X i Luis Felipe; en vano quiso Napoleón III seguir las huellas gigantescas de Bonaparte; Francia espermentó siempre la nostalgia de la libertad i regresó a la república como a fuente de rejeneración i vida.

II

La revolución no se reduce al populacho ebrio i desenfrenado que apagaba con sarcasmos la voz de las víctimas acuchilladas en las prisiones o guillotinas en las plazas públicas. Frente a los enérgumenos que herían sin saber a quién ni por qué, como arrastrados por un vértigo de sangre, se levantaban los filósofos i reformadores que vivían soñando con la fraternidad de los pueblos i morían creyendo en el definitivo reinado de la justicia.

Si no faltaron bárbaros que ante el cadáver de un Lavoisier proclamaban que "la Revolución no necesitaba de sabios" sobraron también hombres que, según la gráfica expresión de Víctor Hugo, buscaban "con Rousseau lo justo, con Turgot lo útil, con Voltaire lo verdadero i con Diderot lo bello". ¿Quién no los conoce? Lalande, Lagrange, Laplace, Berthollet, Daubenton, Lamarck Parmentier, Monje, Bailly, Condorcet, Lakanal i otros mil pertenecen a la Revolución, brillan como estela de luz en mar de sangre.

Verdad, hubo momentos en que Francia parecía retrogradar, a la barbarie; pero verdad también que tras de l=acción impulsiva i perjudicial, vino inmediatamente la reacción meditada i reparadora. La Revolución, la buena Revolución, se mostró siempre inteligente: fué movimiento libre de hombres pensadores, no arranque ciego de multitudes inconscientes.

"Hasta en pleno Terror, los revolucionarios ofrecen ejemplos de habilidad i prudencia que no siempre fueron imitados en épocas más tranquilas. . .". Esos hombres "dan a la Ciencia vida política i la emplean como medio de infundir confianza, preparar victorias i ganar batallas". Piensan en todo, desde aplicar a la guerra el telégrafo i los globos hasta

uniformar pesos i medidas con el sistema métrico decimal. Confinados en el territorio francés, se bastan a sí, de nadie necesitan: mientras unos fabrican lápices o enseñan a extraer alquitrán del pino, otros vulgarizan un nuevo procedimiento para curtir pieles o hallan la manera de obtener acero i hierro.

Francia vacilaba en la orilla de un precipicio. Las flotas enemigas dominaban el mar, bloqueaban los puertos i efectuaban continuos desembarcos. Tolón había caído en manos de los ingleses, mientras Landrecies, le Quesnoy, Condé i Valenciennes estaban en poder de los aliados. La contrarrevolución batía pendones en la Vendée, Marsella i Lyon, a la vez que el hambre i el Terror imperaban en todo el territorio francés. Era indispensable armar 300,000 soldados, i la pólvora escaseaba, pues el bloqueo cerraba el paso al salitre de las Indias. La Convención acude a los hombres de ciencia, pide milagros a la Química; i los sabios inventan en poco tiempo la elaboración i purificación del salitre. Según la frase de un convencional, "a los cinco días d'encontrada la tierra salitrosa se carga el cañón".

Los hombres de acción secundan, superan a los hombres de saber. Brotan jenerales de veinte años que enseñan el Arte de la Guerra a los encanecidos mariscales d'Europa, surjen reclutas que hacen morder el polvo a los veteranos de cien campañas. Los ejércitos de la Revolución carecen de todo i suplen a todo: ganan batallas sin tener cañones, pasan ríos sin puentes, hacen marchas forzadas sin zapatos, vivaquean sin ron i muchas veces sin pan. En sólo cinco meses aplastan a los ingleses i holandeses en Hondschoote, derrotan a los austríacos en Wattignies, rechazan a los piemonteses, contienen a los españoles, recuperan las líneas de Weissemburg, libertan Landau, reconquistan Alsacia, espantan a los aliados, sofocan las sublevaciones de Lyon, arrancan Tolón a los ingleses i someten la Vendée.

Francia, como círculo de fuego, s'ensancha prodijiosamente, arrojando por todas partes muerte i luz. El toque de la Marsellesa resuena desde el Tajo hasta el Tíber i desde la tumba de Carlomagno hasta el sepulcro de los Faraones. Hai florescencia de vida, exuberancia de fuerza, desbordamiento de actividad. Todas las enerjías acopiadas durante siglos estallan a la vez. Como se ordena la construcción de un dique o el trazo de un camino, se decreta la victoria. Se trasmona los Alpes como Aníbal i se atraviesa los desiertos como Cambises. Hoi se combate en la nieve que entumece, mañana en el arenal que sofoca. Parece que la carne no siente dolor i que el miedo ha dejado de habitar la Tierra. Se sufre cantando i se muere riendo. Francia celebra las panateneas del heroísmo.

La historia i la fábula no refieren nada igual a la epopeya que se abre con el ¡adelante! de Kellermann en Valmy para cerrarse con la soldadesca interjección de Cambronne en Waterloo.

III

Cuando asomó la Revolución, parecía que sobre la Tierra hubiera descendido un espíritu nuevo, que la Humanidad acabara d'encontrar el camino de una relijión iluminada por interminable aurora boreal. Desde el Manzanares hasta el Rhin i desde el Támesis hasta el Volga, hubo una explosión de regocijo. En las calles de Sampetersburgo los hombres se abrazaban llorando. Todos los poetas cantaron el 89, desde Burns i Klopstock hasta Schiller. Todos se enorgullecían con merecer el título de ciudadanos franceses. Goethe, el impasible Goethe, confesó que la victoria de los revolucionarios franceses en Valmy señalaba el principio de una éra nueva.

Francia, en un deliquio de amor, salvaba las fronteras i estendía los brazos para estrechar a todas las naciones del Globo. Los odios vinieron más tarde: el pueblo francés hizo el 89, los reyes provocaron el 93. Si algo debe censurarse a los revolucionarios es la exajeración en el ideal humanitario, el afán de convertir a Francia en el caballero andante de las naciones. A los dos meses de Valmy, el 19 de Noviembre de 1792, la Convención

Nacional promulga un decreto para socorrer a los pueblos que quieran recobrar su independencia i auxiliar a los ciudadanos que sufran o hayan sufrido vejámenes por la causa de la libertad.

La Revolución nos parece una pesadilla de sangre cuando le vemos como hecho aislado i no como consecuencia lójica, cuando contamos las centenas de hombres que arrastró a la guillotina i no los millares de víctimas que vengó. La estupenda cólera popular, que hoi nos admira i espanta, fué reventazón de mina cargada grano a grano, durante siglos enteros, por nobleza, clero i reyecía.

Hai que aceptarla como aceptamos un fenómeno atmosférico, sin contar los desastres, aprovechando los beneficios. Los hombres del 93 destruyeron, pero también construyeron; segaron plantas fecundas, pero a la vez arrojaron buenas semillas; se manifestaron pródigos de la vida ajena, pero no fueron avaros de la propia; sintieron la embriaguez del bandido en la emboscada, pero también conocieron las alucinaciones del apóstol i del mártir.

No debe considerársele como una obra consumada, sino como un acontecimiento en marcha; ella fermenta inconscientemente en el corazón de sus propios enemigos, desaparece como locomotora en el túnel, i de cuando en cuando estalla en medio de un pueblo, como súbita llamarada de fuego subterráneo.

Todo paso de las naciones hacia la emancipación relijiosa, política o social, viene como repercusión del empuje dado a la Humanidad por los hombres del 93. Los pueblos, que ya entrevieron anchos horizontes de luz, no se resignan hoi a tantear en el limbo ni a tener por código el amalgama de la inicua legislación romana con las absurdas decisiones canónicas. Coronando el Renacimiento i la Reforma, la Revolución servirá de correctivo a la propaganda retrógrada de las comuniones relijiosas i cortará el vuelo a la degeneración del tercer estado, a la burguesía implacable i avara. De 1789 a 1793 se acabó de templar las armas que tarde o temprano herirán de muerte a los seculares enemigos de la libre expansión individual.

Imajinemos lo que sería hoi Europa sin la Revolución Francesa. Hubo entonces crímenes i horrores; pero, ¿cuando las naciones combatieron el mal con sólo el bien, se libertaron de la esclavitud con sólo amigables convenios? Las cuestiones sociales son problemas, planteados con la pluma en el silencio del gabinete, resueltos con pólvora en el fragor de la barricadas. Los Enciclopedistas plantearon la ecuación, el pueblo francés encontró la incógnita. Las ideas que en el principio de su jstación se limitan a palabras o sombras, se convierten después en hechos o cuerpos; actúan, débiles primero, irresistibles luego, como viento que empieza por rizar la superficie de los mares i acaba por levantar la marejada tremenda i purificadora.

¿Cuándo la Humanidad ejecutó algo bueno sin lágrimas ni sangre? ¿Cuándo lo ejecuta la Naturaleza? Las lentas evoluciones del Universo ¿cuestan menos sacrificios que las violentas revoluciones de las sociedades? Cada época en la existencia de la Tierra se marca por una carnicería universal, todas las capas jeológicas encierran cementerios de mil i mil especies desaparecidas. Si culpamos a la Revolución francesa porque avanzó pisando escombros i cadáveres, acusemos también a la Naturaleza porque marcha eternamente sobre las lágrimas del hombre, sobre las ruinas de los mundos, sobre la tumba de todos los seres.

1889

LA MUERTE I LA VIDA

I

Pobres o ricos, ignorantes o sabios, nacidos en chozas o palacios, al fin tenemos por abrigo la mortaja, por lecho la tierra, por Sol la oscuridad, por únicos amigos los gusanos i la podre. La tumba, ¡digno desenlace del drama2!

¿Hai gran dolor en morir, o precede a la última crisis un insensible estado comatoso? La muerte unas veces nos deja morir i otras nos asesina. Algunos presentan indicios de consumirse con suave lentitud, como esencia que s'escurre del frasco por imperceptible rajadura; pero otros sucumben desesperadamente, como si les arrancaran la vida, pedazo a pedazo, con tenazas de fuego. En la vejez se capitula, en la juventud se combate. Quién sabe la muerte sea: primero, un gran dolor o un pesado amodorramiento; después, un sueño invencible; en seguida, un frío polar; i por último, algo que s'evapora en el cerebro i algo que se marmoliza en el resto del organismo.

No pasa de ilusión poética o recurso teológico, el encarecer la belleza i majestad del cadáver. ¿Quién concibe a Romeo encontrando a Julieta más hermosa de muerta que de viva? Un cadáver infunde alejamiento, repugnancia⁴; estatua sin la pureza del mármol, con todos los horrores i miserias de la carne. Los muertos sólo se muestran grandes en el campo de batalla, donde se ve ojos que amenazan con imponente virilidad, manos en actitud de cojer una espada, labios que parecen concluir una interrumpida voz de mando.

El cadáver en descomposición, eso que según Bossuet no tiene nombre en idioma alguno, resume para el vulgo lo más tremendo i espantoso de la muerte. Parece que la póstuma conservación de la forma implicara la supervivencia del dolor. Los hombres se imaginan, no sólo muertos, sino muriendo a pausas, durante largo tiempo. Cuando la tumba se cambie por el horno crematorio, cuando la carne infecta se transforme en llamas azuladas, i al esqueleto aprisionado en el ataúd suceda el puñado de polvo en la urna cineraria, el fanatismo habrá perdido una de sus más eficaces armas.

¿Existe algo más allá del sepulcro? ¿Conservamos nuestra personalidad o somos absorbidos por el Todo, como una gota por Océano? ¿Renacemos en la Tierra o vamos a los astros para seguir una serie planetaria i estelar de nuevas i variadas existencias? Nada sabemos: céntuple muralla de granito separa la vida de la muerte, i hace siglos de siglos que los hombres queremos perforar el muro con la punta de un alfiler. Decir "esto cabe en lo posible, esto no cabe", llega al colmo de la presunción o locura. Filosofía i Religión declaman i anatematizan; pero declamaciones i anatemas nada prueban. ¿Dónde los hechos?

Entonces ¿qué esperanza debemos alimentar al hundirnos en ese abismo que hacía temblar a Turenne i horripilarse a Pascal? Ninguna, para no resultar engañados, o gozar con la sorpresa si hai algo. La Naturaleza, que sabe crear flores para ser comidas por gusanos i planetas para ser destruidos en una explosión, puede crear Humanidades para ser anonadadas por la muerte. ¿A quién acojernos? A nadie. Desmenuzadas todas las creencias tradicionales, subsisten dos magnas cuestiones que todavía no han obtenido una prueba científica ni refutación lójica: la inmortalidad del alma i la existencia de un "Dios distinto i personal, de un Dios ausente del Universo", como decía Hegel. Hasta hoi ¿a qué se reducen Dios i el alma? A dos entidades hipotéticas, imaginadas para explicar el orijen de las cosas i las funciones del cerebro.

Si escapamos al naufragio de la tumba, nada nos autoriza para inferir que arribaremos a playas más hospitalarias que la Tierra. Quizá no tengamos derecho de jactarnos con el estoico de "poseer en la muerte un bien que el mundo entero no puede arrebatarnos" porque no sabemos si la puerta del sepulcro conduce al salón de un festín o a la caverna de unos bandoleros. Morir es un mal, decía Safo, porque de otro modo, los dioses habrían muerto. Acaso tuvo razón Aquiles cuando entre las sombras del Erebo respondió a Ulises con estas melancólicas palabras: "No intentes consolarme de la muerte; preferiría cultivar

la tierra al servicio de un hombre pobre i sin recursos, a reinar entre todas las sombras de los que ya no existen"6.

En el miedo a la muerte ¿hai un simple ardid de la Naturaleza para encadenarnos a la vida o un presentimiento de venideros infortunios? Al acercarse la hora suprema, todas las células del organismo parece que sintieran el horror de morir i temblaran como soldados al entrar en batalla.

En la Tierra no se realizan esclarecimientos de derechos, sino concursos de fuerzas; en la historia de la Humanidad no se ve apoteosis de justos, sino eliminaciones del débil; pero nosotros aplazamos el desenlace del drama terrestre para darle un fin moral: hacemos una berquinada. Aplicando a la Naturaleza el sistema de compensaciones, estendiendo a todo lo creado nuestra concepción puramente humana de la justicia, imaginamos que si la Naturaleza nos prodiga hoy males, nos reserva para mañana bienes: abrimos con ella una cuenta corriente, pensamos tener un debe i un haber. Toda doctrina de penas i recompensas se funda en l'aplicación de la Teneduría de Libros a la Moral. La Naturaleza no aparece injusta ni justa, sino creadora. No da señales de conocer la sensibilidad humana, el odio ni el amor: infinito vaso de concepción, divinidad en interminable alumbramiento, madre toda seno i nada corazón, crea i crea para destruir i volver a crear i volver a destruir. En un soplo desbarata la obra de mil i mil años: no ahorra siglos ni vidas, porque cuenta dos cosas inagotables, el tiempo i la fecundidad. Con tanta indiferencia mira el nacimiento de un microbio como la desaparición de un astro, i rellenaría un abismo con el cadáver de la Humanidad para que sirviera de puente a una hormiga8.

La Naturaleza, indiferente para los hombres en la Tierra ¿se volverá justa o clemente porque bajemos al sepulcro i revistamos otra forma? Vale tanto como figurarnos que un monarca dejará de ser sordo al clamor de la desgracia porque sus súbditos varíen de habitación o cambien de harapos. Vayamos donde vayamos, no saldremos del Universo, no escaparemos a leyes inviolables i eternas.

Amilana i aterra considerar a qué parajes, a qué trasformaciones, puede conducimos el torbellino de la vida. Nacer parece entrar en una danza macabra para nunca salir, caer en un vertiginoso torbellino para jirar eternamente sin saber cómo ni por qué.

¿Hay algo más desolado que nuestra suerte?, ¿más lúgubre que nuestra esclavitud? Nacemos sin que nos hayan consultada, morimos cuando no lo queremos, vamos tal vez donde no deseáramos ir. Años de años peregrinamos en un desierto, i el día que fijamos tienda i abrimos una cisterna i sembramos una palma i nos apercibimos a descansar, asoma la muerte. ¿Queremos vivir?, pues la muerte. ¿Queremos morir?, pues la vida. ¿Qué distancia media entre la piedra atraída al centro del Globo i el hombre arrastrado por una fuerza invencible hacia un paraje desconocido?

¿Por qué no somos dueños ni de nosotros mismos? Cuando la cabeza gravita sobre nuestros hombros con el peso de una montaña, cuando el corazón se retuerce en nuestro pecho como tigre vencido pero no domesticado, cuando el último átomo de nuestro ser experimenta el odio i la náusea de la existencia, cuando nos mordemos la lengua para detener la explosión de una estúpida blasfemia, ¿por qué no tenemos poder de anonadarnos con un acto de la voluntad?

¿Acaso todos los hombres desean la inmortalidad? Para muchos, la Nada se presenta como inmersión deliciosa en mar sin fondo, como desvanecimiento voluptuoso en atmósfera infinita, como sueño sin pesadillas en noche sin término¹⁰. Mirabeau, moribundo, se regocijaba con la idea de anonadarse. ¿Acaso siempre resolvemos de igual modo el problema de la inmortalidad? Unas veces, hastiados de sentir i fatigados de pensar, nos desconsolamos con la perspectiva de una actividad eterna i envidiamos el ocio estéril de la nada; otras veces experimentamos insaciable sed de sabiduría, curiosidad inmensa, i anhelamos existir como esencia impalpable i ascendente, para viajar de mundo

en mundo, viéndolo todo, escudriñándolo todo, sabiéndolo todo; otras veces deseamos yacer en una especie de nirvana, i de cuando en cuando recuperar la conciencia por un solo instante, para gozar la dicha de haber muerto.

Pero ¿a qué amilanarse? Venga lo que viniere. El miedo, como las solfataras de Nápoles, puede asfixiar a los animales que llevan la frente ras con ras del suelo, no a los seres que levantan la cabeza unos palmos de la tierra. Cuando la muerte se aproxima, salgamos a su encuentro, i muramos de pie como el Emperador romano. Fijemos los ojos en el misterio, aunque veamos espectros amenazantes i furiosos; estendamos las manos hacia lo Desconocido, aunque sintamos la punta de mil puñales. Como dice Guyau, "que nuestro último dolor sea nuestra última curiosidad".

Hai modos i modos de morir: unos salen de la vida, como espantadizo reptil que se guarece en las rajaduras de una peña; otros se van a lo tenebroso, como águila que atraviesa un nubarrón cargado de tormentas. Hablando aquí sin preocupaciones gazmoñas, es indigno de un hombre morir demandando el último puesto en el banquete de la Eternidad, como el mendigo pide una migaja de pan a las puertas del señor feudal que siempre le vapuleó sin misericordia. Vale más aceptar la responsabilidad de sus acciones i lanzarse a lo Desconocido, como sin papeles ni bandera el pirata se arroja a las inmensidades del mar.

II

Nosotros nos figuramos al Todo como una repetición inacabable del espectáculo que ven nuestros ojos o fantasea nuestra imaginación; pero ¿qué importa el diminuto radio de nuestras observaciones? ¿Qué valor objetivo poseen nuestras concepciones cerebrales? Probamos la unidad de las fuerzas físicas i la unidad material del Universo; i ¿quién sabe si nos encontramos en el caso del espectador iluso que toma por escenario i actores las simples figuras del telón!

Estendemos brazos de pigmeo para cojer i abarcar lo que dista de nosotros una eternidad de tiempo i una inmensidad de espacio. Nos enorgullecemos con haber encontrado la verdad; cuando, en lo más dulce de las ilusiones, la observación i el experimento derriban todos nuestros sistemas i todas nuestras religiones, como el mar desbarata en sus playas los montículos de arena levantados por un niño. Todas las jeneraciones se afanan por descubrir el secreto de la vida, todas repiten la misma interrogación; pero la Naturaleza responde a cada hombre con diversas palabras i guarda eternamente su misterio.

¿Qué separa la cristalización mineral, la célula de las plantas i la membrana de los animales? ¿Qué diferencia media entre savia i sangre? El hombre ¿representa el último eslabón de los seres terrestres o algún día quedará desposeído de su actual supremacía? Cuando nacemos ¿surgimos de la nada o sólo realizamos una metempsícosis? ¿A qué venimos a la Tierra? Todo lo creeríamos un sueño, si el dolor no probara la realidad de las cosas.

La duda, como noche polar, lo envuelve todo; lo evidente, lo innegable, es que en el drama de la existencia todos los individuos representamos el doble papel de verdugos i víctimas. Vivir significa matar a otros; crecer, asimilarse el cadáver de muchos. Somos un cementerio ambulante donde miríadas de seres se entierran para darnos vida con su muerte. El hombre, con su vientre insaciable, hace del Universo un festín de cien manjares; mas no creamos en la resignación inerme de todo lo creado: el mineral i la planta esconden sus venenos, el animal posee sus garras i sus dientes¹². El microbio carcome i destruye el organismo del hombre: lo más humilde abate a lo más soberbio. El omnívoro comedor es comido a su vez.

¿Para qué tanta hambre de vivir? Si la vida fuera un bien, bastaría la seguridad de perderla para convertirla en mal. Si cada segundo marca la agonía de un hombre ¿cuántas lágrimas se derraman en un solo día? ¿Cuántas se han derramado desde que la Humanidad existe? Los nacidos superan a los muertos; pero ¿gozamos al venir al mundo? Esa masa de carne que llamamos un recién nacido, ese frágil ente que dormita con ojos abiertos, como si no hubiera concluido de sacudir la somnolencia de la nada, sabe quejarse, mas no reírse. El alumbramiento ¿no causa el dolor de los dolores? En el lecho de la mujer que alumbra se realiza un duelo entre el ser estúpido i egoísta que pugna por nacer i la persona inteligente i abnegada que batalla por dar a otro la vida.

¿Por qué hai un Sol hermoso para iluminar escenas tristes? Cuando se ve sonreír a los niños, cuando se piensa que mañana morirán en el dolor o vivirán en amarguras más acerbadas que la muerte, un inefable sentimiento de conmiseración se apodera de los corazones más endurecidos. Si un tirano quería que el pueblo de Roma poseyera una sola cabeza, para cercenársela de un tajo; si un humorista inglés deseaba que las caras de todos los hombres se redujeran a una sola, para darse el gusto de escupirla ¿quién no anhelaría que la Humanidad tuviera un solo rostro, para poderla enjugar todas sus lágrimas?

Hay horas de solidarismo jeneroso en que no sólo amamos a la Humanidad entera, sino a brutos i aves, plantas i lagos, nubes i piedras; hasta querríamos poseer brazos inmensos para estrechar a todos los seres que habitan los globos del Firmamento. En esas horas admiramos la magnanimidad de los eleusinos que en sus leyes prescribían no matar animales, i concebimos la esquisita sensibilidad de los antiguos arianos que en sus oraciones a Indra le imploraban que hiciera descender bendición i felicidad sobre los entes animados i las cosas inanimadas. La verdadera caridad no se circunscribe al hombre: como ala gigantesca, s'estiende para cobijar todo el Universo.

¿Por qué negar la perversidad humana? Hai hombres que matan con su sombra, como el manzanillo de Cuba o el duho-upas de Java. La Humanidad, como el océano, debe ser vista de lejos; como el tigre merece un bocado, no una caricia. El mérito enjendra envidias, el beneficio produce ingraticudes, el bien acarrea males. Nuestros amigos parecen terrenos malditos donde sembramos trigo i cosechamos malas yerbas; las mujeres que amamos con todo el calor de nuestras entrañas, son impuras como el lodo de los caminos o ingratas como las víboras calentadas en el seno. Pero ¿qué origina la perversidad? Un infeliz ¿puede ser bueno i sufrido? Toda carne desgarrada se rebela contra Cielo i Tierra. Si el hombre sufre una crucifixión ¿s'eximen de padecer el animal, la planta i la roca? ¿Qué realidad encierran nuestras casuísticas diferencias de materia inanimada i animada, de seres inorgánicos i orgánicos? ¿Quién sabe lo que pasa en las moléculas de una piedra? Tal vez una sola gota de agua encierra más tragedias i más dolores que toda la historia de la Humanidad. El gran paquidermo i el arador, el cedro del Líbano i el liquen de Islandia, el bloque de la cordillera i la renilla del mar, todos "son nuestros compañeros en la vida", nuestros hermanos en el infortunio. Filósofos antiguos creían a los astros unos animales gigantescos. La celeste armonía que Pitágoras escuchaba ¿no será el jemido exhalado por las humanidades que habitan en las moles del Firmamento? Dondequiera que nos trasportemos con la imaginación, donde concibamos la más rudimentaria o la más compleja manifestación del ser, allí están l'amargura i la muerte. Quien dijo existencia dijo dolor; i la obra más digna de un Dios consistiría en reducir el Universo a la nada.

En este martirolojio infinito no hai ironía más sangrienta que la imperturbable serenidad de las leyes naturales no hai desconsuelo más profundo que lo intanjible, lo impersonal, de las fuerzas opresoras: nos trituran inconscientes piedras de molino, nos estrangulan manos que sentimos i nos podemos asir, nos despedazan monstruos de cien bocas invisibles. Mas el Universo ¿es actor, cómplice, verdugo, víctima o sólo instrumento i escenario del mal? ¿Quién lo sabe! Sin embargo, se diría muchas veces que en medio del

horror universal i eterno alguien goza i se pasea, como Nerón se paseaba entre el clamor de hombres, lentamente devorados por el fuego i convertidos en luminarias.

Mas ¿qué determinación seguir en la guerra de todos contra uno i de uno contra todos? Si con la muerte no queda más refugio que el sometimiento mudo, porque toda rebelión es inútil i ridícula, con la vida nos toca l'acción i la lucha. L'acción aturde, embriaga i cura el mal de vivir; la lucha centuplica las fuerzas, enorgullece i da el dominio de la Tierra. No vejemos ocupados únicamente en abrir nuestra fosa ni nos petrifiquemos en la inacción hasta el punto que aniden pájaros en nuestra cabeza.

Poco, nada vale un hombre; pero ¿sabemos el destino de la Humanidad? ¿Sabemos si está cerrado el ciclo de nuestra evolución? ¿Sabemos si nuestra especie dará origen a una especie superior? ¿No concebimos que el ser de mañana supere al hombre de hoy como Platón al gorila, como Friné a la Venus hotentota? Viendo de qué lugar salimos i dónde nos encontramos, comparando lo que fuimos i lo que somos, puede calcularse adónde llegaremos i lo que seremos mañana. Habitábamos la caverna o el bosque, i ya vivimos en el palacio; rastreábamos en las tinieblas de la bestialidad, i ya sentimos la sacudida vigorosa de alas interiores que nos impelen a rejiones de serenidad i luz. El animal batallador i antropólogo produce hoy abnegados tipos que defienden al débil, se declaran paladines de la justicia i se inoculan enfermedades para encontrar el medio de combatir las; el salvaje, feliz antes con dormir, comer i procrear, escribe la Iliada, erige el Partenón i mide el curso de los astros.

Ninguna luz sobrehumana nos alumbró en nuestra noche ninguna voz amiga nos animó en nuestros desfallecimientos, ningún brazo invisible combatió por nosotros en la guerra secular con los elementos i las fieras: lo que fuimos, lo que somos, nos lo debemos a nosotros mismos¹⁴. Lo que podamos ser nos lo deberemos también. Para marchar, no necesitamos ver arriba, sino adelante. Sobradas horas poblamos el Firmamento con los fantasmas de nuestra imaginación i dimos cuerpo a las alucinaciones forjadas por el miedo i la esperanza; llega el tiempo de arrojar la venda de nuestros ojos ver el Universo en toda su hermosa pero también en toda su implacable realidad.

No pedimos la existencia; pero con el hecho de vivir, aceptamos la vida. Aceptémosla, pues, sin monopolizarla ni quererla eternizar en nuestro beneficio exclusivo; nosotros reímos i nos amamos sobre la tumba de nuestros padres; nuestros hijos reirán i se amarán sobre la nuestra.

1890

Este ensayo se escribió después de la muerte de sus dos primeros hijitos. Precisamente a causa de aquello (y otras razones) los esposos González Prada se fueron a Francia donde nació el tercer hijo, Alfredo .

González Prada con estas líneas "pobres y ricos" coloca su ensayo en la tradición medieval de la Danza de la Muerte. En esta trayectoria literaria aparecen poemas anónimos, como un famoso del siglo XV, y las Coplas por la muerte de su padre por Jorge Manrique (1440-1479). La idea, desde luego, es que nadie ni "pobres ni ricos" puede escapar de la muerte la cual hace igual a todos .

Obviamente una referencia al drama de William Shakespeare .

Aquí González Prada rechaza la necrofilia que iba integrándose a la estética modernista .

Cláusulas como ésta y la del segundo párrafo en que el ensayista escribe que "algo que se evapora en el cerebro" son indicios del panteísmo del autor .

En este párrafo (y en otros lugares) el cosmopolitismo de González Prada revela un conocimiento de la mitología clásica .

Berquinada: Parece que esta palabra se deriva del francés berquinade que, según el Dictionnaire de L'Académie française, octava edición (1932-1935), significa una obra literaria de carácter sentimental y hasta infantil al modo del escritor Berquin .

Para González Prada, la Naturaleza no tiene alma; su concepto aquí es naturalista, es decir, la Naturaleza controla fatalmente el destino de la humanidad

La vida como desierto es imagen común en varios pensadores latinoamericanos del siglo XIX. Aparece en un artículo crítico de Mariano José de Larra sobre la poesía de Juan Bautista Alonso, Obras, 4 vols., ed. Carlos Seco Serrano, Madrid: BAE, 1960, I, 456. Se repite en José Mármol, Amalia, ed. Juan Carlos Ghiano, México: Editorial Porrúa, 1974, p. 246b, refiriéndose a Buenos Aires. Se asoma en la poesía de González Prada, Obras, 7 vols., ed. Luis Alberto Sánchez, Lima: PetroPerú, 1985-1989 y en "Lo que intentó Bolívar" de Eugenio María de Hostos, La lucha por la libertad, ed. Manuel Maldonado-Denis, México: Siglo Veintiuno XXI, 1980, pp. 56-59. Estudio este aspecto del pensamiento de Hostos en mi próximo libro, Teoría literaria: romanticismo, krausismo y modernismo ante la 'globalización' industrial .

En esta oportunidad González Prada anticipa a los existencialistas como, por ejemplo, L'être et le néant. de Jean-Paul Sartre, París: Gallimard, 1943 .

Según el Pequeño Larousse Ilustrado la metempsicosis se refiere a la "transmigración de las almas de un cuerpo a otro" .

En éste y otros lugares, González Prada busca la unidad entre los tres reinos, el mineral, el vegetal y el animal .

Estas líneas muestran el evolucionismo de González Prada y su adhesión al método positivista para pronosticar el porvenir .

Aquí parece contradecir lo que dijo anteriormente sobre la voluntad de la Naturaleza

Libros Tauro

<http://www.LibrosTauro.com.ar>